



*Nuestro
Caos*

SIRA DUQUE

Sira Duque
Nuestro
Caos

Título original: Nuestro Caos

Primera edición: Mayo 2017

© 2017, Sira Duque

Diseño de Cubierta: Alexia Jorques

ASIN: B06Y1SJ8HJ

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, escenarios, diálogos y organización de esta novela es producto de la invención del autor. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Para J.

Gracias por no rendirte y animarme a escribir.
Por formar parte de mi vida y poner un poco de orden en Nuestro Caos.

«Caminando en línea recta no puede uno llegar muy lejos.»
El principito

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1

Simon

Desde hace rato, el rugir del viento no cesa en aspaventarme el sueño, pero estoy tan atontado que; me coloco bocabajo, cubro mi cabeza con la almohada y aprieto los ojos en un amago de poder ignorar el ruido exterior y continuar durmiendo. Necesito silencio y oscuridad para poder hacerlo, lo cual, no es precisamente sencillo en un lugar donde las únicas persianas son retazos de madera, tapiando las ventanas sin mucho refinamiento en el acabado.

Siento algo frío traspasar la tela de la sábana, acto reflejo, salto del colchón y me pongo los primeros pantalones que pillo, lanzando maldiciones a las jodidas goteras sin perder tiempo en abrocharme el cinturón. No estoy muy seguro de cuantas me han caído en la cara a lo largo de la noche. Y me encantaría levantarme algún día de buen humor, aunque está claro que, con la bienvenida que me da el entorno, es prácticamente imposible. Salgo descalzo y, lo cierto, es que no sé ni cómo me atrevo. La única fuente de luz artificial cercana es una lamparita de acampada que dura mientras le das a la manivela. Además, mi memoria espacial recién levantado, es demasiado retardada como para salir de mi dormitorio sin tropezar, con tanto polvo y mierda contenida en las incontables cajas, dispersas de forma irregular por la estancia.

Saco los escalones de la buhardilla y bajo con cuidado. Escucho un leve trasteo en el piso bajo, pero no me exalto y, aunque tengo serias dudas de que el abuelo duerma alguna vez, según mi reloj, es demasiado temprano incluso para recibir una visita suya. Suelo estar perdido entre los días del calendario, no obstante, atando cabos y analizando el modus operandi de mis habituales visitas, no me es complicado adivinar de quién se trata.

Así pues, con despreocupada lentitud, continúo avanzando en dirección a la cocina improvisada que tengo montada en el antiguo almacén de la barbería, y si mi olfato no falla, Rob ha conseguido cogerle el truco a la cafetera. No estoy muy convencido de que ese sea su nombre real, pero sabiendo que es una de las pocas cosas que me ha contado sobre él desde que viene cada sábado a darme la tabarra a la luz del alba, seguiré llamándolo así hasta que algo me indique lo contrario.

—¡Tu cafetera es una mierda! —espeta en cuanto cruzo el quicio de la puerta—. Deberías plantearte comprar otra, no mejor, tan solo otra que no deje un gusto a requemado al café.

No me sobresalto al verlo, porque como ya he dicho, sus visitas empiezan a ser rutinarias. Lo que por más vueltas que le dé, no consigo resolver, es al cómo y por dónde se cuele exactamente. La semana pasada revisé a conciencia una a una cada ventana y no hay ninguna tablilla suelta, ni hueco lo bastante holgado, como para poder entrar por él. Cómo opción más remota pensé en que mi abuelo le hubiera dado llave, pero la deseché poco después de bregar abriéndola yo. Y si es pesada para mí, para él es algo difícil de conseguir.

—Buenos días a ti también, enano —saludo con sarcasmo—. Deberías cuidar un poco tu lenguaje, dicen que ayuda al descanso de las muelas.

Levanta una ceja, poniendo cara de no haberme entendido. Claro que, teniendo en cuenta que como mucho tendrá seis años, saber con seguridad qué dobles sentidos comprende y cuáles no, es dejar trabajar a la intuición.

—No estoy muy puesto en nutrición infantil, pero dudo que tu madre apruebe un desayuno como ese —digo sin ser capaz de quitarle la taza de las manos.

No voy a contaros como de desarrollado está mi sentido paternal, porque a mis veinticuatro años, es la primera vez que me planteo si mis ganas de darle dos patadas en el trasero se deben a la ausencia de él, o es más bien personal. Inspiro hondo y expulso el aire sin alterarme. Para medir poco más de un metro, toca los cojones que da gusto y tiene la lengua más descansada que yo en cualquiera de mis días malos. A

veces me pregunto dónde narices ha podido aprender algunas cosas. La única explicación plausible que se me ocurre es que, en realidad, es un viejo escondido en el cuerpo de un niño.

—¿Por qué vives todavía aquí? —pregunta, esbozando un gesto de asco tras darle un trago largo al café—. La semana pasada dijiste que habías encontrado algo habitable.

—Sí, lo recuerdo, eso y un: «Esto no es lugar para críos». No está bien colarse en... lo que sea esto para mí ahora. Además, no deberías fiarte de desconocidos.

—El señor Patrick —empieza a decir como cada vez que se refiere a mi abuelo— no es un desconocido. Él te quiere y tampoco entiende por qué estás durmiendo aquí, teniendo una casa decente para hacerlo.

¡Papagayo! Esas palabras que bien podría salir de él, son una extensión del martilleo repetitivo de los monólogos del abuelo sobre su tema favorito; yo. Y por mucho que finja tener amnesia, él sí sabe por qué duermo aquí y no en casa.

—Si no esperabas encontrarme aquí, ¿por qué has vuelto a venir? —Continúo con su juego.

—Tu bicicleta. Estaba en la puerta.

Medito su respuesta. Puede que la barbería o lo que queda de ella, le pille de camino a casa del abuelo. Normalmente soy cauto con las preguntas que le hago, porque con asombrosa maestría desvía la conversación hacia otros derroteros si no quiere revelar la respuesta.

—¿La barbería te coge de camino a casa de mi abuelo?

—¿Esto era una barbería? ¿Qué es una barbería?

¿Me entendéis un poco?

—Algo así, como una peluquería para hombres —resumo con rapidez—. ¿Te has terminado el café? —pregunto, con la camisa a medio abrochar y la bufanda sobrepuesta.

—¿Ya estás con las prisas?

—Remitiéndome a tus palabras de la semana pasada: «No vienes a verme a mí, sino al señor Patrick» —aclaro, imitando su tono—. Así que, arreando. Tengo cosas que hacer.

—¿Buscar un sitio dónde vivir?

—Por ejemplo.

Nunca he sido hombre de multitudes. Tengo amigos, por supuesto, aunque no de encontrarme con ellos cada día, ni relatarnos con pelos y señales cada eventualidad de nuestra rutina. Nos cernimos a lo destacable, fuera de esa línea, hacemos lo de cualquier grupo de chavales; beber cerveza e intentar meternos en la cama de cualquiera que se preste, cuando nuestras recién despegadas carreras profesionales nos lo permiten. A parte de eso, prefiero los momentos de soledad. Estos me ayudan a centrarme. Mi objetivo es convencer al abuelo para que venga a vivir a Nueva York, y una vez allí, abrir mi estudio de fisioterapia y evolucionar profesionalmente. Pero lejos de lo que pude creer cuando decidí venir; ni está siendo tan sencillo convencer al abuelo ni tan complicado adaptarme. Lo primero, lo tenía claro. Lo segundo, me desconcierta, pues nunca pensé que, conforme avanzara zambullido entre días, aparecerían dudas. Dudas sobre olvidar el plan inicial y empezar a barajar la posibilidad de quedarme. Tal vez, la soledad de estos meses empiece a hacer mella o, simplemente, algunas partes de mi han ido madurado sin que fuera consciente de ello. De cualquier modo, no me avergüenza reconocer cuanto me alegra que el pequeño entre por donde sea a animarme las mañanas de los sábados, y menos todavía, que sea una de las razones por las que esas dudas estén acampando tan anchas en mis ideas. Porque lo hace. Hay ruido cuando él está, ruido que despierta algo en mí. Ternura. Esperanza.

Es probable que el motivo sea que me recuerde un poco a mí. Es curioso cómo podemos ver nuestro reflejo en otras personas, incluso en etapas en las que somos incapaces de desnudarnos nosotros mismos frente a un espejo.

Cinco minutos después, caminamos a casa del abuelo. Se encuentra un par de calles más delante de la

barbería, pero el trayecto me permite hacer hipótesis sobre quien es realmente Rob.

Nuestras conversaciones no suelen ser muy extensas. Se resumen a preguntas triviales sobre nosotros mismos, que nos dedicamos a esquivar la mayor parte del tiempo. A cualquier persona con dos dedos de frente le puede resultar poco creíble que un niño tenga que zafarse de las preguntas de un adulto. Al revés podría contestarle cualquier pantomima y él no sabría si estoy mintiendo o no, porque no me conoce. En teoría. Porque sabe cuándo no estoy siendo sincero y sus opiniones me importan. Lo considero un amigo, especial, por la evidente diferencia de edad entre ambos. Pero, básicamente, cumple las funciones de un amigo. Incordia, apoya y... Sí, todo eso está incluido en una personita que apenas sobrepasa la altura de mi cadera, y créeme, es mucho más de lo que a menudo estamos dispuestos a dar los adultos. Sobre todo, porque lo hace con el cariño y la inocencia que le otorga su aparente falta de experiencia con las personas.

—¿Sabe tu madre que sales tan temprano de casa?

Sin aflojar el paso, se encoge de hombros, mirando al frente.

—No tiene ni idea, ¿cierto?

Suspira, asegurándose de que lo he oído.

—Mamá estaba en una de sus guardias, es enfermera, ¿sabes? Ni siquiera habrá llegado a casa. —Paro en seco, instándolo a imitarme—. Tranquilo, he dejado una nota para informar que estoy con el señor Patrick...

Alzo una ceja interrogante; ahora soy yo quien no sabe si eso es bueno o malo.

—Además, Lily está ocupada con los exámenes. Seguro que anoche se quedó estudiando hasta tarde y...

—¿Quién demonios es Lily? —interrumpo.

—Mi niñera.

—Tu niñera —repito.

—Sí, me cuida siempre que mamá no está, aunque a veces olvida que tiene que hacerlo. —Toma aire y lo expulsa con pesadez—. No me importa, tiene mucha presión...

—¿Tiene mucha presión? —alzo la voz—. ¿Tu madre te deja con una niñera fantasma, y tú la defiendes, porque «tiene mucha presión»?

—Intento ser *apático*, ¿vale?

—¿No será empático?

—Eso es lo que he dicho.

—¿Dónde narices aprendes tú esas palabrejas?

—De Lily.

—¡Vaya hombre, algo hace bien... !

Sacudo la cabeza y retomo la marcha.

—Es casi psicóloga, la conocí cuando estaba aprendiendo a leer. —Se rasca la mejilla—. Soy un poco torpe, me cuesta pronunciar algunas letras. Es un asco.

—Sí, debe serlo —respondo con fingida indiferencia.

—Pero Lily me ayuda a centrarme y me presta sus apuntes para que los lea en voz alta. —Sonríe orgulloso—. Y cuando no comprendo algo, me explica qué significa. Es divertido.

—Sí, lo es —repito con la mitad de su emoción.

Al llegar a la entrada de la casa de mi abuelo, Rob tira de la manga de mi abrigo, invitándome a poner un pie más allá del baldosín de la acera, pero mi cuerpo se queda rígido y estático; como siempre que lo intento. Carraspeo y lo miro disimulando, aunque sé que en cuestión de minutos, cada molécula que habita mi cuerpo comenzará a helarse como si estuviera perdido en medio de la nada durante el peor de los inviernos.

—¿No vas a entrar? —pregunta.

Niego en silencio, mientras le desordeno el pelo.

—El señor Patrick dijo que esta semana haríamos un comedero para pájaros. —Sonrío al ver su emoción—. ¿Estás seguro de no querer ayudarnos?

—Ya me gustaría —digo, declinando la ostentosa oferta—. Tengo una casa que encontrar, ¿recuerdas?

—La semana pasada dijiste lo mismo y no cumpliste tu palabra.

Bizqueo. ¿Cómo es posible que me deje amedrentar por una criatura de seis años?

—Está bien... —Suelto una carcajada—. Entraré por detrás.

—¿Por qué?

Lo miro frunciendo el ceño, gesto que favorece a que desista de su criba de preguntas interminables y camine detrás de mí en el rodeo de la fachada para entrar. Él no se imagina una vigésima parte lo que me supone cruzar con éxito hasta el patio trasero. Mientras intento averiguar si es por la decisión en sí o por lo precipitado de la misma, mi cuerpo va saliendo de la corta hibernación que había comenzado, reemplazándola por una extraña sensación de calor.

—¡Hombre, mira quién ha venido!

Después de abrazarlo, nos mira por turnos. Verme en el jardín lo ha cogido por sorpresa; más que a mí, si eso es posible. Intuyo que está deseando soltar algún comentario de los suyos y, aunque prefiere centrar su atención en Rob, no disimula al preguntarme con la mirada si estoy bien cada pocos segundos.

En realidad, es algo que no podría describir con claridad. Esta casa despierta las pesadillas más enterradas en el fondo de mi alma y revive los peores recuerdos de mi vida. Al margen de eso, paso el rato como puedo y muestro con la mayor naturalidad posible, sin detenerme a observar los posibles cambios desde la última vez que estuve en estos mismos metros cuadrados. Tomo aliento que no me cabe en los pulmones y fuerzo a mis extremidades a que abandonen el hormigueo de angustia que las recorre. El abuelo parece tener más color que el día anterior. Se le da bien fingir que está al cien por cien. Pero un infarto no es algo que haya que tomarse a la ligera, así que, por más que proteste, me aseguro de no darle sobresaltos y tome su medicación.

La mañana transcurre volando, y a pesar de que no participo directamente en su trabajo de manualidades, sí que lo hago en la conversación entre ellos, esforzándome por entender el vínculo que los une o algún dato personal del pequeño. Al no lograrlo, desisto y empiezo a hacerme a la idea de que si quiero saber algo más de él, tendré que esperar paciente a que quiera contármelo. Sin presiones, ni prisa.

—Es hora de irnos, colega, tu queridísima Lily debe estar preocupada por ti —sugiero a la hora de almorzar.

Decepcionado asiente y obedece, yendo por su abrigo. Se despide del abuelo y quedan para mañana. Lo que significa que también tendré despertador a domicilio.

Al salir, también por el jardín, se queda pasmado mirándome.

—¿Qué?

—Hasta mañana —dice antes de echarse a correr. No estoy seguro del por qué, pero hago lo mismo hasta llegar a su espalda. Frena y toma aire.

—¿Qué pasa?

—Voy a acompañarte a tu casa, colega. —Me mira reflexivo—. ¿Te parece bien? —Asiente sonriendo, mientras se pone en camino.

Sin querer, yo también lo hago. Me alegra que poco a poco, mi pequeño amigo me deje entrar en su vida. Sonrío y miro a mi espalda por encima del hombro, quizá, con él en la mía, mis fantasmas no me atosiguen con tanta dureza como hasta ahora, e incluso que se despidan de mí para siempre.

Capítulo 2

Vega

Después de abrir la puerta, me deshago de los audífonos y subo al baño, saltándome varios escalones. Salí tan temprano a correr por las afueras hasta cansarme, que ducharme es más necesidad que capricho.

Paso por delante del dormitorio de Adele, mi madre, y como me imaginaba, todavía no ha llegado. Según mis cálculos poco falta para que su turno se convierta en un día completo. Aun así, si os dijera que transmite lo quemada que está por sus interminables jornadas cuando por fin se sienta, mentiría. Es una de las pocas cosas tuyas que admiro y detesto. Su profesión es un centro tan magnético, que absorbe y resta importancia a casi todo lo demás. No puedo recriminarle que mi hermano esté desatendido, porque no he estado en los últimos siete años, pero sé por experiencia que pone tanta pasión en el trabajo que, a veces, demasiadas, olvida compartir un poco con el resto de facetas que la definen, por ejemplo, con la de madre.

Continúo hasta el dormitorio contiguo al suyo; el que comparto con Robert. La casa en general es lo bastante grande para vivir sin tropezarnos mucho los unos con los otros. Y si así fuera lo agradecería, pero no llega a cumplirse ni por asomo. Siendo así, os preguntaréis por qué no tenemos un dormitorio para cada uno. La explicación es simple; tuve que elegir entre tener intimidad para dormir o para mis cosas. Y teniendo en cuenta que podría considerarme un vampiro, por el escaso tiempo que dedico a dormir, opté por hacerlo cerca de mi hermano y tener un cuarto donde pudiera dedicarme a mi pasión; la pintura.

Al entrar en el dormitorio, la cama desecha de Robert llama mi atención. Por instinto miro a mi espalda, y lo primero que me escama es el silencio que reina. Porque no pecho de exagerada, si etiqueto a esta casa como un manicomio. Adele no suele estar, pero Peter, su marido, y Robert, se pasan el día chillando y haciendo méritos para ponerles una mordaza, y de su niñera mejor ni hablamos.

Me siento en la cama y por inercia huelo mi ropa que, por increíble que parezca, después de varias semanas todavía está en la maleta dando tumbos de un lado a otro del dormitorio. En cierto modo, estoy aquí por obligación. No buscarle sitio a mis cosas es una forma de llevar mejor el hastío y desgaste que me produce fingir continuamente que ignoro a mi madre, o que no me duele ver como mi hermano está creciendo con ella cuando a mí me privó de poder hacerlo hace años. Me ayuda a hacerme a la idea de que solo será por una temporada. Luego volveré a Nueva York y lo máximo que compartiré con ellos será alguna que otra llamada de teléfono de vez en cuando, en la que hablaremos de cosas intrascendentes como hasta ahora.

Con los ojos cerrados aspiro con fuerza el olor del suéter que quiero ponerme. Una acción tan manida y, sin embargo, me transporta a mi casa. Porque, mire donde mire, en ninguno de los rincones de esta, encuentro algo familiar que me haga sentirme a salvo. Sus bonitos y funcionales muebles de diseño, sus contrastes de colores entre los pocos detalles, los visillos sin abrir... No dicen más de lo que se ve de ellos, cumplen su función sin que parezca transmitir vida. Ni siquiera el olor. El azahar de cada estancia, lejos de gustarme o envolverme, ha provocado una curiosa aversión de mi olfato a él. Ahora, incluso me repugna percibirlo.

Normalmente me cuesta adaptarme, porque tampoco suelo mostrarme extrovertida o agradable en exceso. Lo justo. Lo mío es soltar todo lo que rumio durante horas, semanas o años, utilizando el sarcasmo como muleta. Para decir poco, pienso antes. Mucho. Adivinaréis que no hay una cola de personas decididas a ofrecerme su amistad o algo parecido. Es mutuo. Y, mientras se mantenga ese equilibrio, todo irá bien. Aunque para ello tenga que ser gruñona, distante o pasarme el rato aclarando que mis comentarios sobre algo no son bromas; las pienso. También es posible que contenga mi yo real por miedo, rencor o una mezcla de ambas, y de forma egoísta haga culpables de los errores pasados de mi madre a todos cuantos se acercan a mí, por ejemplo, a mi hermano. Odio estar aquí tanto como no ser

capaz de soltar lo que nunca le he contado a nadie para dejarme llevar. Dicen que gritar lo que te atormenta y te escuece, hace que desaparezcan esas sensaciones, pero sé que decirle a mi madre que hubo un tiempo que la eché de menos y que dejé de hacerlo para no culpar a los demás por el dolor que ella me causó, no va a cambiar mi terror porque me abandonen.

—¿Por qué tuviste que dejarme sola tú también, papá? —balbuceo entre hipidos.

Dejo el suéter a un lado y me limpio el río de lágrimas que brota por mis ojos y corretea por las mejillas. Lo echo muchísimo de menos. Ojalá tuviera razones para sentirse orgulloso de mí y de la promesa que le hice; no la estoy cumpliendo, ni siquiera me estoy acercando un poquito. Lo sé sin que nadie me lo diga. Me limito a ver pasar los días para poder volver a mi casa, albergando un mínimo de certeza de haber hecho lo que él quería, pero en un sentido bastante literal a lo que él desearía; ver a su hija y a su hermano, unidos. El lado positivo de todo es que no tengo miedo a ser incapaz de cumplir lo que Adele espera de mí, pues hasta hace un par de meses, dudo que supiera que elegí estudiar o dónde termina el límite de mis sueños. En parte me alivia que no espere nada de mí. Mentira. Bueno, solo a ratos.

Entro en la ducha y permito que el agua caliente arrugue la carne y elimine la tensión de los músculos. Apoyo las manos en las baldosas y observo pensativa como el agua abandona la bañera por el desagüe. Poco a poco, me iré haciendo a la idea de que no volveré a ver a papá y, aunque ahora centre mi rabia de forma injusta en él por haberme dejado con este vacío, algún día, aceptaré que ni él ni nadie quieren dejar este mundo. Pero sobre todo, que a él si le importaban mis inquietudes y me quería.

Al salir, me pongo el pijama de jirafas. Es un poco hortera, pero así soy yo. Cuando algo me enamora, no pienso en si encaja conmigo o no. Lo cojo. Lo adopto. Bajo tranquila al piso bajo y miro en varias direcciones hasta localizar la procedencia del zumbido vibrante de mi móvil. El nombre de Adele aparece parpadeando en ella. Descuelgo y me lo coloco en la oreja sin responder.

—Hola —saluda y suspira al ver que no se lo devuelvo—. Solo llamo para saber qué tal va vuestro sábado. Lily me llamó está mañana para decirme que no podría ir a cuidar de Rob. —Arrugo la frente y miro mi reloj: «Es casi la hora del almuerzo»—. Aunque ahora estás tú...

—Sí..., estamos bien —digo en tono neutral, para no transmitirle mi incipiente nerviosismo.

Cuelgo sin despedirme y corro a inspeccionar todas las esquinas. Entro y salgo varias veces de cada una de las habitaciones. Por la calma ya sabía que no lo iba a encontrar en ninguna.

La angustia me come.

Mareada y desorientada, me dirijo al jardín como última opción y me quedo fija en el movimiento involuntario del columpio a favor del viento; ni rastro de mi hermano.

—¡Rob! —grito con las manos como altavoz—. Si estás escondido no tiene gracia, enano. —Resoplo—. Sal ahora mismo.

Vale, es oficial. He perdido a mi hermano y sin estar al tanto de que estaba a mi cargo.

De puta madre.

De camino a la calle, cojo el abrigo y el móvil y marco el número del marido de mi madre. Sé que suena raro no ser capaz de llamar mamá a tu madre, hablar con ella poco menos que en morse y tener confianza con su marido, a quien casi no conoces, para confesarle tu gran acción del día. Sin embargo, es un buen tío y lo más importante: no se altera con facilidad. Y teniendo en cuenta la naturaleza de mi involuntaria metedura de pata, su sosiego ayudará a que uno de los dos piense con lógica.

—Peter —digo en cuanto siento que ha descolgado— dime que estás volviendo a casa, por favor —gimoteo.

—Eh... Sí, estoy llegando. —Carraspea—. ¿Pasa algo? ¿Has discutido con tu madre?

—No, no tiene nada que ver con eso —explico, casi sin respirar—. Es Rob, no sé dónde está. Se suponía que tenía que cuidarlo y no lo sabía... No sé dónde buscarlo..., yo... ¡Joder!

—Tranquila. —Chasquea la lengua—. A veces se pierde...

—¿Cómo que se pierde? —interrumpo histérica.

—Sale sin decir nada, quiero decir. Pero deja una nota.

Muy normal todo. Estoy alucinando.

—Debe estar con Patrick —añade con calma—: Es un vecino.

—Vale... ¿Es de fiar? ¿Lo conocéis?

—Sí, es el antiguo barbero —explica—. Un señor mayor bastante agradable. Tu hermano suele hacer manualidades con él... —Toma aire—. Voy a pasar por su casa y lo recojo; seguro que está allí. No te alteres.

«Claro me sentaré a comer pipas», pienso.

Los siguientes diez minutos transcurren conmigo desgastando el parqué del salón. Permanecer sosegada y quieta no es algo propio de mí, sobre todo si la preocupación por algo me carcome. Así que, para evitar provocar daños irreparables en mis uñas o quedarme calva, decido ir yo misma a casa del señor Patrick. Idea no muy disparatada en su planteamiento, aunque sí en su puesta en marcha, porque no tengo ni idea de dónde vive el buen hombre.

Por suerte, Cold Springs es un pueblo pequeño y, como bien dicen, preguntando se llega a Roma. Vuelvo a coger el abrigo y salgo.

Miro a mi izquierda, rogando a los cielos que mi hermano me ahorre perderme yo también mientras me pateo de cabo a rabo las calles próximas, apareciendo al final de la nuestra. Desvío la cabeza hacia la derecha y el corazón me da un vuelco. Doy un par de brincos al verlo aparecer. El primero de alegría; el segundo todavía no lo he descifrado. Un chico, cuya cara está enterrada hasta la nariz en una gruesa bufanda, escucha con atención algo que el crío le relata, acompañado de efusivos gestos. Parece que se llevan bien y que comparten un vínculo especial. Sin poder evitarlo, siento celos.

«Jamás tendrá esa confianza conmigo».

No obstante, aunque me esfuerzo por no ser paranoica o desconfiada..., rememorando la descripción de Peter sobre el tal Patrick, la de este no coincide. Sin mucha dilación, me acerco a ellos como un torbellino y cojo a mi hermano del brazo; no sin sorprenderlos por mi acción.

—Eh, eh... ¿Qué haces? —espeta el chico, retirándose la prenda de la boca.

Ignorando su pregunta, intento agarrar a Rob por la muñeca para llevarlo a casa, cuando un manotazo brusco me lo impide.

Lo intento otra vez, pero Robert retrocede unos pasos y se escuda detrás de su acompañante.

—Deja de hacer el tonto, ¿quieres? —advierto.

Insisto en acercarme otra vez y vuelvo a fracasar; su amigo me agarra por el antebrazo con fuerza, aunque sin hacerme daño. Despacio levanto la cabeza para clavar mis ojos en él, quien molesto pasea su lengua por el labio inferior y gira el cuello para dirigir su mirada a mi hermano.

—¿Es Lily? —Robert niega—. ¿La conoces?

Vuelve a negar. Una puñalada se me clava en lo más profundo del estómago. Ha renegado de mí. Soy incapaz de moverme, ni siquiera para despegar la mirada de su amigo. A la decepción repentina se suma un profundo cosquilleo que me recorre desde el codo a la muñeca. Los dedos de la mano que tengo inmóvil se mueven a través de espasmos. Arrugo la nariz y examino detenidamente al capullo que tengo delante. Sus iris miel me taladran desafiantes. Además, percibo un deje de chulería que sirve como chispa para que mi sangre comience a bullir. No solo me molesta no saber qué narices ocurre, también que él sepa que lleva los hilos de la situación. Y es tan alto, que ni adrede podría intimidarlo con mi cabeza y media de menos.

«Huele bien» «Vega, querida, no es el momento».

—Entenderás que no puedes llevarte así como así, a un niño que no te conoce, ¿verdad? —susurra, sacándome de mi abstracción.

De un soplido retira parte del rizado flequillo que le tapa la visión. Parte de su aliento rebota en mi

cara y hace que me tambalee, como si su intensidad hubiera sido suficiente para empujarme un paso atrás. Lleva uno de esos cortes de pelo modernos caracterizados por llevar los laterales casi rapados y la zona alta de la cabeza y el flequillo con volumen y cortado a capas.

—¿En serio, Robert? —pregunto sin apartar la mirada de su amigo—. ¿Así es cómo quieres que sea?

Ninguno de los dos parecemos estar atentos a la respuesta del crío. En silencio, tratamos de anticiparnos a la próxima reacción del otro, y estoy tan concentrada en sus ojos, que nada de lo que hay a nuestro alrededor es lo suficiente atrayente para dejar de hacerlo. Los he visto antes, estoy segura de ello. No es la primera vez que trato de imaginar que podría haberle pasado para que esos iris estén tan opacos y sin brillo. Y esa barba tan arreglada como poblada, cubriéndole la cara, oculta parte de sus rasgos y me impide asegurar mi presentimiento.

—¿Nos conocemos? —pregunta, leyéndome el pensamiento.

Su voz es rasgada y madura, pero denota la juventud que camufla con su atuendo y sus gestos. A lo sumo, es un par de años mayor que yo. Parpadeo y, al abrir los ojos, como si de un flash se tratase, su imagen adolescente se despliega por mi memoria.

—Lo dudo —miento, zafándome de su agarre.

—¿Estás segura? —Vuelve a rodearme la muñeca.

Tiro de mi brazo, evitando no trastabillar al retroceder. Me giro y camino en dirección a casa.

—¿Te vas?

—Admiro tu sentido de la responsabilidad. —Sonrío con sarcasmo, sin dejar de andar.— Si eres tan crédulo como para tomarte al pie de la letra las palabras de un crío. Tú mismo, es *tooodo* tuyo.

Viene detrás de mí. Escucho el sonido de sus pasos. Paro en seco, hecho que lo coge de sorpresa, porque literalmente me arrolla. Con rapidez me rodea la cintura, estabilizando mi cuerpo con la presión hacia el suyo. Su calor me inunda, confundiéndome por lo que me hace sentir; por poco tiempo. Con desprecio retiro sus dedos y elimino los escasos pasos que me alejan del picaporte.

Me amonesto por lo ridículo que me parece que la persona con la que más palabras he intercambiado desde que estoy aquí, sea un desconocido que, además, no se ha cortado en dejar claro que cree que soy una tarada capaz de llevarse a la fuerza a niños.

—¡Vega!

«¡Es la voz de Peter!».

Aprieto los ojos y lo busco, sabiendo que él todavía está detrás de mí.

—Así que Vega es tu nombre.

—Eso dice mi documento de identidad, sí —digo con desdén—. Él es su padre, te lo digo no vaya a ser que también te niegues a dejar que lo coja por la mano y lo acompañe a su casa.

—Simon. —Me tiende una mano que no acepto.

Entretanto, Peter camina hacia nosotros con la mano sobre el hombro izquierdo de Robert.

—Dejé una nota...

—Está bien, Rob. —Se agacha para ponerse a su altura—. Tal vez tu hermana esté preocupada porque no la ha visto...

—Yo no soy su hermana, no me conoce... —Clavo la vista en Simon—. ¿Es eso lo que le has dicho a tu amigo, no?

—Vega..., por favor, no es necesario hacer pulsos sobre quién es más niño de los dos.

«Esa ha sido buena»

—Eres Simon, el nieto de Patrick, ¿cierto? —El susodicho asiente con entusiasmo—. Gracias por traerlo. Si no te importa, cuando Robert vaya a casa de tu abuelo, llámame a este número. Ayudaría bastante saber que está bien — pide, mientras se busca en los bolsillos y le entrega una tarjeta.

Ambos se despiden con un sentido apretón de manos. Robert entra en casa delante de Peter, sin ocultar su... descontento, decepción... no tengo ni idea...

—Espera —grita, sujeto a un extremo de la camiseta de mi pijama.

«¡Oh, mierda!».

—Primera y última vez que me tocas, Rizos —amenazo, clavando el dedo índice en su abrigo.

Examina cada uno de mis gestos con un descaro, que acompañado de su pose erguida, me confirma lo relajado y seguro de sí mismo que está en este momento. Todo lo opuesto a mí.

—Creo que ya sé de qué te conozco. —Sonríe orgulloso por su hallazgo— Por cierto, bonito pijama.

Lo último lo oigo con la puerta a medio camino del portazo. Me apoyo en ella y río tan fuerte que hasta Peter me mira asustado.

¿Por qué me río? ¿Qué acaba de pasar?

Robert pasa delante de mí para subir los escalones que llevan al piso superior. Ni me mira ni añade nada a la escena. Estiro mi ropa y me humedezco la boca.

«No ha pasado nada. Solo necesita tiempo para aceptarte. Tú eres la adulta de los dos. Paciencia», me repito.

Capítulo 3

Simon

Estaba hambriento y cansado. Me había pasado la tarde estudiando para un examen, pero ella fue clara; nada de picoteos antes de cenar. Aun así, no tuvo que hacer la vista gorda cuando atraqué el estante de los dulces; estaba ebria y demasiado relajada por las pastillas.

Todavía me veo contando las pintitas de chocolate de la última galleta antes de bajar alarmado por el golpe seco de la botella contra el suelo. De primeras, no me pareció algo destacable, desde hacía un tiempo solía ser bastante común en ella, pero a veces nos daba sustos. Se caía y se hacía moretones con frecuencia. Y cuando el abuelo no estaba, yo era el adulto, así que, tenía experiencia en aliviar los berrinches de mi madre o en despertarla de cualquier manera, atacado de nervios y preocupación por su indiferencia a mis zarandeos o protestas.

Sin pisar el último escalón, mis ojos se clavaron en su cuerpo aparentemente relajado por el letargo y tuve un presentimiento. Quise alejar todas las ideas que desfilaron por mi mente, pensando en que era una de las veces en las que solía quedarse dormida durante horas y la dejábamos hacerlo. A menudo, le retiraba el pelo de la cara e incluso la arropaba si hacía frío, pero aquella noche pasé por alto hacerlo. Me puse a hurtadillas y acerqué mis dedos a sus mejillas todavía calientes, acunando su cara entre mis manos. Era tan guapa...

—¡Mamá, despierta! ¡Mamá!

No reaccionaba, la sangre empezó a coagularse en mis venas y las lágrimas comenzaron a empañarme la visión; no me rendí. Grité y grité cuanto pude. Tenía que despertarse, siempre lo hacía, pero... no lo hizo. No abrió los ojos, ni reaccionó a pesar de mis zarandeos y ruegos cada vez más bruscos y ruidosos.

—¡Mamá, por favor, no nos hagas esto...! —le rogué entre hipidos.

La mano temblorosa del abuelo se posó en mi hombro tras confirmar la ausencia de pulso en su cuello y, con una asombrosa entereza, que no sé de dónde sacó, me lo dijo:

—Mamá no va a despertarse, hijo.

Deseé no haberlo oído. Quise hacerlo pasar por un mal sueño, pero dolía como la realidad. Se había ido, no volvería a oír su voz cuando cantara canciones que ponían en la radio o al reñirme. Me levanté, no sé lo que pasó por mi cabeza. Salí sin escuchar al abuelo y me eché a correr. Lo dejé con ella, con su dolor; lo dejé derrumbarse a solas; lo dejé durante años, sin saberlo en aquel momento.

No tenía ningún destino en mente, tan solo quería correr y avanzar, dejando atrás lo que acababa de ocurrir. Evidentemente, no sucedió. Cuando me serené tuve que regresar y afrontarlo, pero jamás volví a poner un pie dentro y, aunque ridícula, esa fue mi forma de ponerle candado a esos recuerdos. Hasta hace un par de meses, cuando volví. Y hoy, aquí estoy, observando taciturno la entrada de mi casa. Intento avanzar hasta llegar al picaporte y abrirlo, pero me quedo estático después de trastabillar adelante y hacia atrás varias veces. Me ocurre siempre que vengo. Por el camino me convenzo de poder hacerlo: «Solo tengo que acercarme y cruzar la puerta para maravillarme al comprobar lo poco o mucho que ha cambiado en estos años». Luego pongo el pie en la acera y los músculos se me ponen rígidos y me paralizan. Tal vez, si pudiera hacerlo en silencio lo conseguiría, pero la voz de los recuerdos hace tanto ruido y provocan tanto dolor que lo pospongo.

«Otra vez será. Quizá, si vuelvo con Robert podré», me digo, dándome una palmadita en la espalda. Y vuelta a empezar. Siempre igual; diferentes días, misma reacción cobarde.

—¿Listo? —pregunta mi abuelo, viniendo hacia mí.

—Eh sí, vamos...

Nunca me he planteado si mi cara expresa lo que me pasa por la cabeza. Lo que sí sé, es que para él, soy transparente y cristalino. Y como hoy no me apetece especialmente ser avasallado por las ideas que rumia constantemente, evito hacerme accesible a su escrutinio emocional y acelero el paso para

colocarme delante de él.

—¿Estás bien?

¡Ya empezamos!

—Perfectamente, viejo —respondo, fingiendo sosiego.

Nota como se ahoga intentando ponerse a mi lado. Aflojo la marcha para facilitarle que me alcance. Me falta saliva de repetirle que a su edad y en su actual estado de salud, mezclar puros con una inexistente rutina de deporte o movimiento no ayuda mucho, a pesar de que se empeñe en mostrar siempre que puede, que tiene la misma forma y soltura que a los cuarenta, y por mucho que se jacte haciendo el tonto y experimentos físicos; no, no lo está.

—Si le hicieras caso al médico y pasearas por lo menos treinta minutos diarios, tus pulmones tendrían algo de tregua —inquiero, parando para esperarlo.

—Gilipollecés, esos buitres solo quieren que hagas estupideces. Parece que ganan algo, o se divierten haciendo prescripciones ridículas como esa. ¡Pasear! —Chasquea la lengua contra el paladar—. ¡Qué pérdida de tiempo!

—Sí claro, todo el mundo sabe que ganan un plus según el kilometraje diario de cada jubilado al que le aconsejan moverse del sofá.

Me arrea un puñetazo en el estómago. Para correr no estará, pero dando leches...

La mañana transcurre igual que las demás desde que empezamos a adecentar la vieja barbería; yo queriendo tirarlo todo y él buscándole sentido a conservar chismes. Y si por mi abuelo fuera, no nos hubiéramos desecho de nada, porque tiende a conservar todo lo que tenga una historia, incluso si el trasto en cuestión esté mejor en la basura. La prueba de ello está en las cientos de cajas que hemos ido revisando día tras día a lo largo de la semana, para decidir qué nos quedamos y qué no. Y os puedo asegurar que, con una persona que le encuentra utilidad a algo oxidado y desgastado, no es una tarea sencilla, pero tengo paciencia. Al fin y al cabo, son sus cosas y sus recuerdos los que tenemos entre manos.

—Es raro que no venga —dice, refiriéndose a Rob.

—Ya te lo he dicho abuelo, está castigado —explico por vigésima vez.

—Dijo que había dejado una nota. Además, sus padres me conocen. —Resopla—. Es estúpido que no lo dejen venir.

Sonrío sin intención al verlo tan afectado por la ausencia del niño. La verdad, es que a mí también me parece extraño no verlo, toqueteándolo todo o esquivando su voz de pito, mientras espera una respuesta a sus interminables y profundas preguntas.

—El otro día conocí a su hermana.

—¿Esa chiquilla está aquí?

—Apareció de la nada como una histérica y claro, como no tenía ni idea de quién era, pensé que era una loca y le impedí que se lo llevara... —Sonrío—. Tenías que haberla visto, ¡qué carácter!

Como si nada continúo revisando la caja que tengo delante.

—¿Qué pasa, viejo?

—Nada, me ha sorprendido...

—¿Qué se preocupe por su hermano?

—No, que esté aquí después de tantos años. —Se calla unos segundos, dejando a un lado algo que había cogido—. Era muy dulce.

—Sí..., casi me hago una idea —digo con sarcasmo—. ¿Qué?

—Oí que su padre murió hace poco, era un buen hombre. La traía a menudo a ver a su hermano, luego dejó de venir. Creo que su madre...

—¿No quería ver a su hija?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, hijo —suspira—. Todo lo que es obvio a simple vista, a menudo, tiene una explicación más compleja. Me cuesta creer que así sea. Aunque eso fuera lo que se oyera por ahí... Una madre es una madre. Mejor o peor, siempre va a ser quien más te quiera, aunque se equivoque con sus elecciones y acciones.

Lo último tiene moraleja. Le encanta raspar de dónde sea para sacar alguna.

—Abuelo... hace años que la perdoné —Suspiro—. Nunca entenderé sus motivos, pero...

—Ella querría que durmieras en tu cama, no en este... cuchitril...

—Este cuchitril —enfático— es todo lo que nos queda, nuestros recuerdos.

—Mis recuerdos —pone énfasis al decirlo—: Son míos, y mi vida. MÍA. No la tuya, Simon. La prueba la tienes en que no te importaría tirarlo todo.

Me da la espalda para seguir rebuscando entre sus cosas.

—Eso no es cierto.

—Solo digo, que si es verdad lo que dices —me señala con el dedo índice—, más pronto que tarde, tendrás que afrontar ese día y volver a tu casa. —Finge mirar dentro de la caja—. Aquella, la que te niegas a pisar, no esto.

La discusión se zanja rápido. No hablamos mucho más a partir de ahí, porque cuando nuestras conversaciones toman desvíos incómodos, lo dejamos. Siempre.

Pese a que nos queda mucho trabajo por delante, cuando el abuelo se va a casa, me tomo un descanso, haciendo uno de mis puzzles. Es una afición que me ayuda a relajarme y quedar vacío de ideas cuando tengo varias acosándome. Al ponerme con ellos, enfoco la mayor parte de mi atención en el dibujo que tengo delante y en los trozos que le faltan para que estén completos. Reconozco que en más ocasiones de la que desearía, llega a convertirse en una obsesión insana; puedo alejarme de todo hasta conseguir completarlo, incluso cuando para ello tenga que sacrificar horas de sueños o comidas.

Hoy no tengo esa suerte, no consigo concentrarme. Me levanto del suelo y voy a la caja cuyo interior tantas horas ha robado a mi abuelo. Dentro encuentro objetos que reconozco y no por verlos con asiduidad; son cosas de mamá. Su cepillo, su perfume... y varias fotografías que están al fondo, que dejo donde están. Y por increíble que suene, hace años que no veo una de sus fotos, hay días que me gustaría tener presente su rostro y con imágenes alrededor sería más sencillo, pero da igual que las mire, mi último recuerdo de ella será el que es. No se puede engañar a la mente por más que uno desee.

—Joder, tío, esto cada día está peor —grita Thomas, uno de mis mejores amigos de la infancia, acercándose—. ¿No se suponía que estabas liberando de mierda todo esto?

Choco el puño cerrado con el suyo.

—El viejo es más sentimental de lo que parece...

Bizquea y da una vuelta sobre sus talones.

—Ya te lo he dicho, pero te lo diré otra vez — se desprende del abrigo y se sienta en una de las sillas de la barbería, y añade—: Mi casa, es tu casa.

—Ya, ya...

Su ofrecimiento es sincero, porque no sería la primera vez que me acoge. Cuando ocurrió lo de mi madre, sus padres me acogieron un par de semanas hasta que me fui a vivir definitivamente a Nueva York con la tía Meredith y los chicos. Thomas suele venir casi todos los días, al principio, me instigaba para que saliéramos a tomarnos algo, ahora ha optado por venir con la cerveza hasta aquí. Es un cabroncete de manual y por las pintas que trae, la hazaña del día está a punto de caer. Saca el mechero y coge dos botellines de cerveza. Los abre y me ofrece uno. Coge un par de cigarrillos de la cajetilla, que guarda en el bolsillo interior de la chaqueta, y repite operación, pero declino ese ofrecimiento.

—He visto a tu colega —musita con el cigarrillo entre dientes—. Lily dice que lleva todo el día sin hablar con nadie.

—¿Lily? ¿Su niñera?

Sonríe, asintiendo.

—Estamos... —Levanto una ceja—. ¿Saliendo? ¡Vale, vale! —Me enseña las palmas de las manos—.

Nos hemos visto alguna vez... —Balanceo la cabeza desaprobando su actitud—. Está buena la hermana del mocoso...

Alzo la cabeza con rapidez y lo miro ceñudo.

—¿Qué es esa cara?

«¿Qué cara?».

Se carcajea mientras callo.

—La has mirado, colega, y has pensado exactamente lo mismo que yo... —Me guiña un ojo.

—Te aseguro que no. —Me aclaro la voz—. Coincidí el otro día y no terminamos quedando para tomar café precisamente.

«Pero no he parado de pensar en ella, ni en el día que la vi por primera vez».

Me amonesto por volver a hacerlo.

—El pelo corto le aporta un toque de... morbo..., o será esa altivez con la que finge ignorar a todo el mundo.

—Quizá no finja... —digo sin pensar—. Creo que la conozco —confieso.

—¿A la chica?

—Cuando el abuelo y la tía Meredith decidieron que estar un tiempo con ella y mis primos me vendría bien, había una chica en el tren. —Doy un sorbo—. Llevaba el pelo largo del mismo color del suyo. Los mismos ojos casi negros y enormes, pero...

Me parece increíble que Thomas me escuche embobado, como si estuviera contándole algo grandioso.

—Sigue, capullo, no te calles ahora.

—Pues eso, el otro día cuando la vi, supe que la conocía y que podría ser la misma, pero la chica del tren sonreía, estaba relajada y... no sé, es como si su parecido solo resultara físico...

—Joder, pues sí que tienes buena memoria, macho, o llevo razón y te has fijado en lo...

—¡Idiota! —interrumpo—. Durante todo el trayecto la observaba a ratos, la verdad es que tampoco tenía ánimos para pensar en otra cosa que no fueran los cambios que se me venían encima. Joder, tenía diecisiete años, acababa de perder a mi madre y tenía que irme a vivir con mi tía porque... —Palmea mi espalda—. El caso es que ella parecía tan feliz y concentrada en su burbuja que llamó mi atención.

—Además de porque está buena y tal.

—¡Tenía diecisiete años!

—La edad propia para querer ir liberándote del exceso de semillitas. —Ríe de su propia broma—. ¿Y qué ocurrió? ¿La saludaste?

Niego con la cabeza.

—Fue ella quien se acercó antes de bajar del tren. —Se muerde el labio, apremiándome porque termine—. Me regaló un retrato. Mío.

Arruga la frente con cara de no entender nada.

—Durante el viaje, me dibujó a carboncillo.

—¿En serio? Joder, con...

—Cuidado con lo que vas a decir... —advierdo.

De un trago vacía su botellín de cerveza y mira su reloj, mientras el líquido baja por su garganta.

—Y el otro día, volví a verla de lejos frente al Hudson. Dibujaba en un cuaderno como si el mundo que la rodeara no le interesara. Entonces, uní datos y lo supe; era ella.

—Esta noche, vas a salir de este agujero. —Aprieta mi hombro—. Ve pensando que modelito de te pones para estar *guapa*, porque no acepto un no. Y podrás preguntarle si era ella y salir de dudas.

No me molestó en oponerme y acepto con un apretón de manos. ¡Qué remedio! En el fondo, lleva

razón, las cajas no van a moverse y salir de aquí no va a venirme mal del todo.

—Tranquilo, si tengo problemas con alguno de mis *trapitos*, ya te pediré algo prestado... —Ríe— Y en el caso de ser ella, dudo mucho que recuerde aquel día. Ha pasado mucho tiempo.

La chica del tren y su dibujo. A cuento de qué, no lo tengo muy claro, pero me sobra tiempo para arreglarme antes de que Thomas venga a buscarme. Miro el reloj para asegurarme de la hora y voy directo al baño. Probablemente me equivoque, aunque estoy casi seguro de que ese retrato vino conmigo de Nueva York aquí y si es así; voy a encontrarlo.

Capítulo 4

Vega

—Seré clara, mocososo; o dejas de dar el coñazo, o te tiro por la ventana.

La advertencia ha surtido efecto, porque baja del alfeizar, sacándome la lengua. Calla unos segundos y vuelve al ataque, lanzando un pincel en mi dirección, que no consigue darme. Mini punto para mí.

—Sal al jardín, ve a la cocina... ¡Adónde quieras! Largo de aquí. —Bufo—. ¡No hay metros cuadrados suficientes en esta habitación, para soportar el calvario que me haces pasar!

—¿Qué es calva... eso?

Me dejo caer en la silla que tengo detrás, apoyo la nuca en su respaldo y me masajeo las sienes con dos dedos. Inspiro y expiro con ansias en un intento relajarme. Las venas del cuello me van a estallar si tengo que forzar a mi paciencia a permanecer intacta un minuto más.

—Quiero ir a ver al señor Patrick.

—Estás castigado —le recuerdo.

—Por tu culpa —chilla y se sienta en el suelo con los brazos cruzados sobre el pecho.

Me duelen los oídos y la mandíbula del rechinar de mis propios dientes. Su maravillosa niñera ha dejado el pueblo para prepararse y presentarse a los exámenes de las asignaturas que le faltan para graduarse y obtener el título de psicóloga. Así que estoy sola ante el peligro hasta que vuelva.

Bizqueo y me levanto para continuar pintando; una vez más. Desde el sábado pasado, no ha cesado en su empeño por salirse con la suya a través de gritos, lloriqueos o manotazos a todo lo que sabe que me es útil, para lo que sea que esté haciendo... Y vuelta a empezar.

—Si no te hubieras chivado, ahora estaría ayudando a Simon...

—Me importa un huerto entero de pimientos.

—¡Eres mala y *desestable*!

—Detestable —corrijo.

—¡Eso es lo que he dicho! —espeta y se levanta del suelo—. ¡Ojalá no hubieras venido nunca! ¡Te odio!

Con mucho esfuerzo, hago como que no he oído nada y continúo observando sus movimientos por el rabillo del ojo. Sin que me lo espere, coge un bote de pintura y lo planta, esta vez sí, de lleno en mi lienzo.

Lo mato.

Con rapidez, recojo lo que queda en el bote del suelo y, a hurtadillas, apunto para tirárselo antes de que salga...

—¡Eh, Eh! —Me detengo al oír una voz femenina familiar.

Una chica de cabello largo y rizado, ocupa el lugar de Robert en el hueco de la puerta. En un vistazo rápido deduzco quién es, aunque no consigo recordar su nombre. Adele se está tomando algo más en serio su papel como madre esta vez, y debido a eso, en algún momento, tuvo la brillante idea de sugerir que al menos una vez por semana, cenáramos en familia. Já. Por supuesto, no le he facilitado el plan, haciendo una exhibición de alegría o le puse trabas negándome. Me encogí de hombros, sin más.

—Perdón —digo, incorporándome—. No te había visto. —Suelto el bote de pintura—. Debes ser la hermana de Peter.

—Sí, Brianna. —Su cara, notablemente desencajada, se va recomponiendo del susto—. La cena. Tu madre me ha pedido que os avise de que está lista.

Hemos conversado un par de veces, pero ninguna se había presentado oficialmente. Es una chica bastante agradable y, para lo chiflada que parece a veces, también es demasiado cuerda. Supongo que la curiosa mezcla de esos rasgos es lo que ha hecho que me sienta a gusto con ella. O la soledad. Tarde o temprano tenía que ocurrir que alguien me transmitiera confianza.

—Bien, bajaré en un segundo.

Me limpio los restos de pintura de las manos y me deshago del delantal. Entretanto, Brianna pasea por la habitación, examinando los lienzos terminados y medio acabados que ocupan los rincones de la estancia.

—Eres buena... —susurra—. ¿Están en venta?

—¿Qué? ¡No! —grito incómoda—. Gracias. Creo que sería buena idea ir bajando. Nos están esperando.

—Dale tiempo —Esboza una sonrisa forzada—. Tiene que ser complicado para él.

«Claro y para mí no», pienso.

Trago saliva para ablandar el nudo que tengo en la garganta, le devuelvo la sonrisa y bajamos las escaleras con ella delante. Abajo algunos ya están sentados alrededor de la mesa; conversando entre ellos o metiendo la mano en los platos repartidos por su superficie. No he puesto mucho empeño en informarme, pero creí entender que la mayoría de invitados, por no decir todos, eran familia de Peter.

Al arrastrar la silla para acomodarme, noto como varios pares de ojos centran su atención a la *asombrosa* acción de sentarme. Es obvio, al igual que cuando llegué, que mi estancia en Cold Springs despierta mucha curiosidad y preguntas. Sin embargo, no es algo que me quite el sueño.

La cena empieza con Peter contando anécdotas graciosas. Ruth, la otra cuñada de Adele, secunda a su hermano en alguna de las historias, detallando cada por menor. Por mi parte, me llevo a la boca lo que me parece y mastico en silencio, sonriendo cuando me miran.

—Esto es un tostón —susurra Brianna—. Necesito un cigarrillo, ¿te vienes?

Adele, sentada a mi otro costado, aprueba la sugerencia señalando con la vista la salida al jardín.

—¿Quieres? —pregunta, tendiéndome la cajetilla.

—No, gracias.

—No soy especialmente amiga de las cenas familiares. Creo que en Navidad y porque se me contagia el espíritu y, ya sabes... —Presiona el encendedor y aspira—. ¿Alguien les ha dicho que no necesitas estas mierdas de reuniones? —Suelta el humo—. Porque está claro que, esto es un paripé de narices.

Me quedo un poco pillada escuchando su confesión. A simple vista, puede verse que tanta pantomima no me hace especial ilusión. Sin embargo, cuando supe que por primera vez en mucho tiempo, Adele, iba a poner de su parte para que pareciéramos una familia, no pude evitar dar saltitos para mí. En cierto modo, en infinidad de ocasiones, me he preguntado cómo sería volver a estar así; hablando de chorradas mientras cenamos una típica sopa, o viendo una película sentada en la alfombra.

—Si te digo la verdad, con que Peter, Adele y mi hermano hubieran estado a la vez en la mesa, me hubiera bastado. Está claro que mi madre nunca entenderá que lo simple es lo que más llena. —Callo sorprendida al oírme llamarla así.

Estar con la guardia baja, a veces, me hace hacer confesiones estúpidas. Tanta lucha por aparentar que todo me da igual para que no me cueste irme cuando corresponda y, al final, sigo siendo la misma niña que pedía a Santa Claus poder pasar un día con su madre, aun siendo mayor para creer en su existencia.

—En fin, no pretendía ser entrometida. —Apaga la colilla en un macetero—. ¿Qué te apetece hacer?

Suelto una estrepitosa carcajada a la que le siguen varias. Ríe con ganas. Fuerte. Muy fuerte. Brianna me mira descolocada hasta que se contagia sin estar muy segura del motivo, hasta que ambas acabamos retorciéndonos en el umbral.

—¿Qué? —pregunta cuando nos calmamos.

—Eres la primera persona que me lo pregunta desde que vine.

—Yo me bebería un buen Martini, con aceituna y todo. —Da una calada y expulsa el humo mientras lo dice.

—Odio las aceitunas —confieso, simulando una arcada.

—Bueno, pues sin aceituna para ti.

Volvemos a reír, mientras nos dirigimos al salón. Brianna habla por mí explicándoles que, ya que es sábado, nos apetece salir a dar una vuelta, como la gente de nuestra edad. Me contengo de volver a carcajearme al oírla: «Gente de nuestra edad». He pasado tantas horas con el ahora dormido plácidamente, que paso por alto todo lo que solía hacer antes de venir para divertirme. Y alejando cualquier misterio, no es más ni menos que lo que hace cualquier chica de veintidós años.

Tras cambiarme cojo el abrigo y una bufanda y salimos. Por el camino conversamos de todo y de nada. Me cae bien, no sé si es porque es la primera amiguita que hago aquí, o porque desprende esa energía que en estos momentos me falta a mí. Pero a pesar de las buenas impresiones iniciales, tengo que reconocer que en la mitad del trayecto he puesto el piloto automático. Brianna es de esas personas que divaga y divaga en círculos para llegar a una obviedad, y al no tener confianza para impulsarla a llegar al grano, la dejo cotorrear y cotorrear sola.

Diez minutos después, paramos en un bar pequeño, abarrotado de gente. Y por el esfuerzo que tenemos que hacer para entrar, seguramente haya más personas dentro de lo que su aforo permite. De fondo se oye a Emeli Sandé con su canción Hurt. Cierro los ojos y escucho la letra unos instantes. Lo preciso para que la ola de gente me arrastre lejos de Brianna, a quien veo hablando amigablemente con un chico cerca de la barra. Mira en varias direcciones buscándome y, cuando me encuentra, me indica que me acerque con la mano. Gesticulo, haciéndole ver que la he entendido y me dispongo a acercarme. Sin embargo, cuando voy a hacerlo, una fuerza me tira hacia atrás. Siento una opresión en el cuello, me giró y veo una mano de hombre, por el tamaño, tirando de un extremo de mi bufanda. Sin ver el rostro del brillante precursor de descoyuntar sin motivo aparente a desconocidas, tiro de la prenda para poder irme, cuando vuelve a tirar y me la quita. Aprieto los ojos y noto como se me abren los agujeros de la nariz de hiperventilar. Que me empujen, pase. Que me pisen, vale. Que me manoseen, también, puede. ¿Qué queréis que os diga? Es inevitable con tanta mano camuflada. Que me roben... ¡No!

Cegada por el mosqueo me giro decidida a dejar impresos los cinco dedos de mi mano izquierda en la mejilla del responsable. Pero antes de darme la vuelta, desde el lado opuesto, me la devuelven y me la enroscan con cuidado en el cuello. O eso creo, porque al tocarla, percibo un tacto diferente al de la mía. La reviso con esmero y, aunque podría pasar por ser el mismo tono de gris, no tiene el mismo punto ni el mismo grosor. Y por supuesto, no lleva mi perfume.

La acerco a mi nariz y aspiro, el olor de esta me resulta familiar, aunque no logró saber de dónde. Me muerdo el carillo conforme me aproximo a la barra y asumo que hay graciosos repartidos por el mundo, trabajando gratis. Allí, doy un largo sorbo al Martini que me ha pedido Brianna. Y cuando dije que odiaba las aceitunas, quizás, olvidé mencionar que puede que el Martini tampoco fuera mi bebida favorita. Como puedo, disimulo las náuseas que me produce el líquido; trago pequeños sorbos y toqueteo con la punta de los dedos mi nueva bufanda.

—¿Verdad que sí, Vega? —me pregunta Brianna.

—Sí, si —respondo distraída.

—Por cierto, este es Thomas —informa con tono meloso.

—Encantada, Vega. —Nos damos dos besos.

—Eres la hermana perdida del pequeño Robert, ¿no?

Arrugo la frente y la nariz, al mismo tiempo que medito una respuesta que no sea muy brusca. Tengo carácter y no quiero estropear mi primera interacción con personas de mi edad, y no me lo ponen nada fácil. Primero el capullo que cree que voy a llevarme porque sí a un niño pequeño y, ahora, el... este, siendo un bocazas.

—Sí, la misma —respondo con sequedad—. Aunque no recuerdo haber estado perdida. Siempre he sabido dónde quedaba Cold Springs. —Bebo sin apartar la mirada de él—. Es una lástima que mi madre sí olvidara dónde está Nueva York.

—Oh, yo... solo estaba bromeando.

—Y yo, querido, y yo. —Sonríó forzada y vuelvo a beber.

Tengo la bilis tan pancha dando vueltas por mi boca, que mi paladar apenas percibe el asco que segundos antes me producía el brebaje. Supongo que esta es una de las tantas señales del cosmos para que vaya acostumbrándome a ser reconocida como «*Anastasia la gran Duquesa perdida*», en versión moderna.

Cuando veo un taburete libre, no me lo pienso y me planto en él. Estoy a un par de metros de Brianna y Thomas y, a pesar de mi alejamiento voluntario, Brianna me invita a mover el asiento para colocarme cerca de ellos, pero por su tonto descarado, asumo que cerca no hago más que estorbar y no me muevo de dónde estoy.

—Apuesto la liga de tus medias a que es la primera vez que pruebas eso —me susurran al oído, a la par que mi muñeca es rodeada por un par de dedos.

Nada más oír su voz y percibir su contacto, las manos me cosquillean. Suelto la copa y tiro del bajo del vestido. Miro por el rabillo del ojo su boca torcida. Simon. Con el ruido no he reconocido su voz, pero está claro que sí lo han hecho mis terminaciones nerviosas, reaccionando exactamente igual que el día que me aprisionó la muñeca por primera vez.

—¿Para qué quieres la liga? —pregunto, tirando del extremo de mi bufanda robada—. Por lo menos esta te tiene caliente...

Al procesar los posibles significados de mis palabras, agito la cabeza y contengo una sonrisa que se empeña en curvar mi boca.

—La liga también puede ser muy calentita si me lo propongo. —Me giña y sonrío—. La falta de imaginación, no es una de mis carencias.

Percibo como arden mis mejillas. ¿Estoy coqueteando con él?

—¿Qué quieres? —pregunto para evitar que diga otra burrada que supere a la última.

Se relame los labios y desvía la mirada al interior de la barra. Levanta un brazo y llama al camarero.

—Dime, ¿qué te apetece beber de verdad?

—Te lo agradezco; estoy estupendamente así. —Finjo mirar la hora y luego a los dos tortolitos— Es tarde y no hay nada que me interese aquí.

—Es mi forma de disculparme por lo del otro día. —Clava sus ojos en los míos.

¡Oh, no así no! Carraspeo, me revuelvo en el asiento y resoplo, dándole a entender que acepto la copa.

—Whisky.

—Empezamos fuerte, Jirafita.

—Terminamos más bien, y es Vega, no Jirajita —énfasis.

El camarero es veloz, y en cuanto coloca la copa delante, la tomo y bebo como excusa de no tener que mirarlo ni responderle a ninguna de sus sandeces. Hoy, más relajada, no he podido evitar fijarme más en él y me regañado por ello. He venido a Cold Springs para cumplir una promesa, no a reírle las gracias al primer bruto con algo de atractivo que me provoque.

—Estaba pensando en pedirte rescate por tu bufanda, pero veo que le has cogido cariño a la mía.

Río sarcásticamente.

«Es por el alcohol, es por el alcohol», me repito en un amago de convencerme de que no me parece gracioso el mamarracho que tengo al lado.

—Ya... Se agotó el tiempo de cambio. Quédatela, salgo ganando. —La reviso—. Hugo Boss... no tienes mal gusto.

—Suelen decírmelo. —Vuelve a guiñarme el ojo.

Pongo atención a mi copa casi llena y busco a Brianna para decirle que me voy.

—¿Qué tal con Robert? —pregunta interrumpiendo mis planes.

—Pues... piensa que soy *desestable* y, además, me odia.

Suelta una sonora carcajada y paro de hablar.

—Bueno, ser *desestable* es mejor a que te nieguen como hermana —empieza a decir, embobado en mi mano apretando el vaso—. Yo también lo creo...

Levanta las cejas. Su expresión cambia, arrepentido por su comentario.

—¿Qué?

—Que eres *desestable* y no te odio.

Me observa, callado. Como si estuviera meditando lo siguiente que va a decir para no ofenderme; como si estuviera regalándome toda su compasión. Y hay pocas cosas en el mundo que soporte menos que eso.

«¿Qué haces Vega? No lo conoces. No tienes que contarle tu vida».

—Créeme, ha sido un placer conversar contigo. —Abre la boca para decir algo. Lo corto—. Disculpas aceptadas.

—Hasta mañana, Jirafita.

Sin añadir nada más, finalmente, me despido de Brianna y su acompañante, para cinco minutos después estar llegando a casa, y casi sin perderme.

Dentro, me deshago de los zapatos y de las prendas de abrigo. Y al llegar a la bufanda, no puedo evitar acariciarla más tiempo del usual antes de dejarla en el perchero. Subo a dormir con ideas que están aparcadas en mi mente. Y que irremediablemente, me llevan a darles vueltas. Pienso en él, en su retrato.

¿Conservaré una copia en alguna mis viejas libretas?

Sin hacer ruido entro en el dormitorio y me pongo el pijama, sí el de jirafas. Y al meterme dentro de la cama, noto que está calentita y hundida a mi espalda. Me recuesto con cuidado y sonrío cuando siento la respiración de Robert en mi cara. No me he confundido de cama. Él está en la mía.

Paso un brazo por encima de su lado de la almohada y lo acurruco sin tocarlo.

—Pedí un hermano pequeño —susurra, pegándose a mi costado—. Un chico. Tú eres una chica y mayor.

—Si... se lo que se siente. Yo también pedí muchas veces una hermana. Una chica. Mayor. —Me coloco de lado y a tuestas le meso el pelo—. Y viniste tú. Un chico y pequeño.

—Si... ninguno tenemos lo que pedimos —dice resignado.

—Tendremos que acostumbrarnos el uno al otro —confieso con sinceridad.

Si me dejara llevar, lo achucharía hasta que despertara a toda la casa con sus gritos.

—Vega...

—¿Qué?

—No creo que seas mala. —Calla—. Eres guapa. Si no fueras mi hermana, querría que fueras mi novia.

Un ataque de ternura repentino me embarga y lo estrujo y beso.

—Te quiero, enano.

Es la primera vez que se lo digo y me he sentido bien al hacerlo. Supongo que, a veces, por más que nos esforcemos. Está bien hacer saber cuánto queremos y... cuánto nos quieren. No obstante, aún queda un poco para que me llegue el turno para poder oírlo yo.

Capítulo 5

Simon

—Así que este es tu escondite. —El eco de mi voz se cuela entre los recovecos del silencio, que reina entre aquellas cuatro paredes.

Su espalda reacciona dando un exagerado respingo. Mi presencia la ha alterado e incomodado, pues en cuestión de segundos, sus nudillos han cambiado a un tono blanquecino de apretar con la punta de los dedos el carboncillo que sujetan.

Hasta que me he hecho notar, la visión había sido estimulante. Observaba con curiosidad el avance de su cuadro desde el lienzo completamente blanco, hasta avistar los primeros trazos. Tarareaba *City of stars* en un murmullo dulce y suave. Como si quisiera traspasar al lienzo una historia que solo ella conoce.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido, pero podría haber permanecido, viéndola dibujar como si nada indefinidamente. En esta última semana he podido verla tantas veces absorta en sí misma, sonriendo con timidez o abrazándose a ratos, que cuento los segundos transcurridos entre sonrisas, la repetición del estribillo de la canción que pasea por sus labios o el alivio camuflado entre suspiros, cuando sus brazos la consuelan. Siempre la observo de lejos. En la calle o en su casa. Y me siento extraño al reconocer que su lenguaje corporal, tan inocente como agresivo, produce en mí reacciones que me cuesta entender. Cuando quiero acercarme, unas veces me contengo por no espantarla y otras me quedo catatónico sin poder moverme. Desde el primer día, me impone y me atrae. Y eso despierta mi curiosidad.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta y se gira hacia mí con el pasador del pelo, aprisionado entre sus dientes.

Los cortos mechones le caen por los hombros y la frente hasta que lo ahueca y vuelve a recogerse. El aspecto aparentemente desaliñado le otorga un grado de sensualidad que no había visto antes en ella. Quizá sea por verla relajada, sin intención de irse o dejarme con las palabras entre los dientes tras improvisar una de sus maniobras de despedida forzada, por primera vez.

Sonrío y embuto las manos en los bolsillos, más que nada porque no sé cómo ponerlas para que no me suden, ni combatir el instinto de acercarme para quitarle el pasador y ver su cara acunada entre ese negro y brillante pelo. No estoy muy seguro del porqué de esa necesidad repentina, pero mis dedos reclaman percibir su suavidad a través del tacto, cuanto más tiempo me descubro mirándola.

—No pareces sorprendida de verme —afirmo, mientras examino su trabajo hasta que mis ojos deciden volver a ella al instante.

Sé que no es lo más inteligente, pero ignoro la poca resistencia que me queda y me acerco, quedando a unos pocos centímetros.

—Sabía que tenía visita —carraspea con seguridad—, aunque pensaba que se trataba de otro ratón.

—¿Te dedicas a ello? —pregunto con la mano estirada hacia el dibujo.

Arquea las cejas con la nariz arrugada como si mi pregunta fuera lo más disparatado que ha oído nunca. Da media vuelta y me dé la espalda otra vez.

—Si buscas al monstruito —asiento sin intención de hacerlo—, su dormitorio está al final del pasillo. Puerta de la derecha.

Me quedo parado bastante confundido por el corte... Ni un sencillo saludo ni un leve rastro de algo parecido. Acepto sus indicaciones y abandono la habitación para ir en busca de Robert.

—Gracias —digo con la mirada clavada en su espalda.

He pasado la noche en vela mirando al techo. Dormir en un amasijo de alambres y muelles en el suelo me estaba destrozando la espalda, por lo que sin mucha dilación, al levantarme, salí decidido a comprar un somier y colchón nuevo. De vuelta, se me ocurrió pasar a saludar a Robert, pero mi curiosidad tropezó con la esquiva de su hermana. Quise creer que la razón de no pegar ojo fueron mis huesos tullidos por la

incomodidad a la que los exponía. No obstante, después de toparme con Vega, tengo razones para creer que esa chica es un enigma que se ha acomodado entre mis inquietudes, como uno de mis puzzles. He pensado mucho en ella y en las perlitas que le podría dedicar con el mismo desagrado que se dirige a mí. Y ahí está el problema. Empieza a molestarme esa actitud cortante con el mundo que, si no es usual en ella, el esfuerzo que hace por ser distante y rancia es enorme. Y aún mucho más, las energías que malgasto, intentando comprender el mecanismo de su forma de actuar. Nunca, en toda mi vida, nadie ha llamado mi atención con tanta determinación por modales que detesto.

—¡¡Simon!! —grita Robert, lanzándose sobre mí—. ¡¡Pensaba que te habías olvidado de mí!!

Hinco una rodilla en el suelo y le revuelvo el pelo. Tras el saludo de rigor—suerte que en esta familia alguien se alegra de verme—, me conduce hasta el salón, donde Adele, su madre, nos sirve una merienda consistente en leche con cacao y pan tostado con mantequilla y mermelada. Hacía eones que no bebía algo diferente a café y al probarlo, he recordado y comprendido porqué Rob traga sin sacar la nariz del vaso.

—De modo que es por esta maravilla que te prepara tu madre que mi café te parece una porquería, ¡eh, colega! —Me golpea el brazo y contiene la risa a la vez que mira a su madre de reojo.

—No me habías comentado esto —dice su madre, después de leer un papel—. Tienes que entregarlo antes del viernes firmado.

—No importa mamá, no voy a ir.

Resopla varias veces y agacha los hombros.

—Ey, colega, ¿qué ocurre? ¿Va todo bien?

—La semana que viene tenemos acampada.

—¿Y? ¿No quieres ir?

—¿Has discutido con algún amigo? —interviene su madre, mientras se sube las gafas con el dedo.

—No, no he discutido, pero no quiero ir. ¿Por qué tengo que ir? Será el fin de semana, prefiero quedarme contigo y con el señor Patrick.

—Ir de excursión está bien —afirmo.

—Robert...

Por mucho que lo intentamos, ni su madre ni yo logramos hacerlo entrar en razón. Parece, que ser de ideas fijas es un rasgo común de la familia. No podía haber heredado otra cosa en la que semejarse a su hermana, tuvo que ser la obstinación en negarse a hacer algo.

Pasadas las seis y media de la tarde, me despido. Su madre me ha parecido agradable, aunque demasiado tranquila y despistada para algunos menesteres. Se veía que estaba ocupada, y pese a cierto ímpetu, ayudándome a descubrir el motivo por el que su hijo se negaba a ir a esa acampada, nada más rendirme, también lo ha hecho ella. Es más, juraría que yo he puesto más énfasis en sonsacarlo y convencerlo para ir que ella.

Me subo a la bici, y conforme me ato el casco, una voz femenina me pide que espere. De soslayo observo a Vega venir hacia mí. Tiene el pelo mojado y una camiseta en color crema un par de tallas superior a la suya, que le tapa a la altura del trasero. Octubre dará paso en unos días a Noviembre, así que, fuera hace frío para salir con una tela tan fina sin abrigo que cobije, y lo deja claro apretando los puños y encogiéndose conforme se aproxima. Quito el pie derecho del pedal y la miro fijamente. Sus labios están oscuros y húmedos de pasarse la lengua por ellos y en su cara todavía reside alguna mancha de color.

Me increpo al ser consciente del recorrido de mis ojos por ella—otra vez—. Cruzo los brazos sobre el pecho y espero a que empiece a hablar.

—No tiene bici —suelta de sopetón.

Levanto las cejas y las bajo con rapidez. No añado nada, porque no sé qué quiere decirme con su revelación.

—Mi hermano tiene que llevar bici a la acampada. —Apoya su peso en los talones a la vez que se agarra un codo—. Le da pudor tener que confesarlo.

—¡Pues vaya tontería! —Me abrocho el caso. Ella examina mi vieja bicicleta—. Le conseguiré una. Siempre he tenido bici. Desde que puedo andar, creo. Seguro que encontraré algo que se adecue a su tamaño sin problemas.

—Bien. —Se recoge el pelo entre los dedos, lo suelta y repite la acción varias veces—. En realidad no es eso lo que le preocupa —explica antes de añadir—: No sabe montar.

Aprieto los ojos y suelto aire despacio. Y al descubrir lo que intenta pedirme, sonrío para mí. Conste que lo enseñaré encantado. Sin embargo, no puedo negar la satisfacción que me produce saber que tiene que pedírmelo. Bien porque pasa rotundamente de hacerlo ella, bien porque prefiere que lo haga yo. La cuestión es que, por el énfasis compulsivo con el que se frota las manos y las esconde de la vista, no es de la clase de personas que suelen pedir cosas. Seguramente, no esté dispuesta a devolverme a mí, en concreto, el favor.

—Bien, entonces me pasaré por aquí en cuento consiga una. —Me muerdo el carrillo a punto de echarme a reír—. Sería buena idea que le consiguieras un casco y demás. Se caerá y no queremos que se rompa algo. —Abre los ojos como platos—. Todos nos caemos, ¿no?

Asiente sin parpadear. Durante unos segundos ninguno despega la vista del otro. Sonrío, trago saliva y me acomodo en el sillín.

—Hasta mañana entonces — le digo, mirando al frente.

Coloco el pie en el pedal y me impulso un poco.

—Espera —pide, tocándome el antebrazo.

Pese a que le tiembla la mano del frío, su contacto es cálido y suave. Sin querer, examino sus manos; dedos finos y largos.

—Tienes que enseñarlo. —Aprieta mi brazo cuando me lo pide.

—¿Tengo?

—Eres su amigo, como un hermano mayor para él. —Se calla y suspira—. Preferirá que lo hagas tú.

—Y de paso te quitas un peso de encima, ¿no?

Bizquea y golpea la acera con la punta del zapato.

—Haz lo que te dé la gana.

Para no variar, se da media vuelta. Permanece de perfil, pero no llega a irse. Medita si se va o no.

—Prefieres que lo haga yo para no tener que pasar tiempo con él, ¿verdad? —Apoya el peso en los talones un instante y hace amago de dar una zancada que interrumpo. Rodeo su muñeca y atraigo hacia atrás—. ¿Tan malo es hacer algo por él?

Sin moverse gira la cabeza. Los luceros que tiene por ojos me taladran. Parpadea tan rápido que parece estar dándome aire con las pestañas. Esbozo una sonrisa y al momento finjo ponerme serio. Sé que me he pasado. Si no se preocupara por él, no hubiera salido de su jaula para contarme el secreto del pequeño precisamente a mí.

—No finjas conocerme, listillo. —Respira con trabajo. Reprime lo que le gustaría soltarme—. Mucho menos pongas en duda lo que haría o dejaría de hacer por alguien. Que no me gusta estar aquí, no es un misterio, pero de ahí a que no quiera a mi hermano o me anteponga con tal de no ayudarlo....

—Es lo que veo.

—Se nota que no eres más que un niño que cree saberlo todo. —Me enseña una sonrisa sarcástica antes de desviar la mirada al cielo— Y, a mí, no me conoces.

—¿Entonces?

—Entonces nada.

Despega uno a uno mis dedos de su carne. Con lentitud, sin ser brusca. Como si le doliera hacerlo. Como si le molestara la necesidad de seguir prolongando el contacto.

—No se puede enseñar lo que no se sabe.

Acabo de perderme. ¿No sabe montar en bici? Lee mi gesto porque asiente sin retirar la mirada de mí.

Titubea antes de irse.

—Tengo entendido que no tienes mucho que hacer. —Alza la voz desde el umbral de la casa—.

Espero que tengas paciencia. Robert almuerza en el comedor del colegio. Te estará esperando cuando vuelva.

Suelto una carcajada.

—¿Das por hecho...?

—Conozco a los de tu clase, Rizos; mucho ruido y pocas nueces. —Gira el pomo y entra hasta la mitad—. Aunque incapaz de jugar con la ilusión de un niño. Porque sí, pienso contarle lo atento que eres ofreciéndote.

Me guiña y me deja como a un idiota, embobado por enésima vez la dichosa puerta. Empiezo a pensar que le encanta decir la última palabra. O que no es de la que escuchan algo que va en contra de sus deseos.

El cazador cazado. Intenté divertirme provocándola, y al final, el provocado he resultado ser yo.

«Será...»

Capítulo 6

Vega

Por enésima vez desbloqueo la pantalla del móvil para comprobar si ha llegado un mensaje de Brianna. La espera de noticias se me está haciendo un suplicio. Con toda probabilidad mi trasero ha probado lo mullida o dura que está cada superficie de la casa, pero en ninguna aguanto más de un par de minutos.

Resoplo, entro en la cocina y me dejo caer en un taburete. Me apoyo sobre la isleta y escondo la cara entre mis brazos, flexionados a la altura de la cabeza. Peter se sienta a mi derecha y estrecha mi hombro, trasasándome una seguridad que ni siquiera yo tengo.

La inseguridad y el miedo al fracaso se asientan en mi estómago como raíces gruesas e irrompibles. Es algo por lo que paso siempre que alguien tiene que darle el visto bueno a alguna de mis obras. A menudo, mi reacción primaria es esconder de ojos extraños mi trabajo por miedo a desnudarme y quedar vulnerable al escrutinio de quien lo ve.

Soy consciente de que no a todo el mundo puede gustarle, ni pueden llegar a entender lo que intentaba transmitir en aquel momento. Al fin y al cabo, cada cuadro es como un libro; cada pincelada o trazo es un capítulo de la historia que cuenta. Y del mismo modo, cada parte lleva implícita una parte de mi camuflada entre colores, volúmenes y sombras. Al mirar un cuadro, imagino las personas que lo han visto, las sensaciones que les ha transmitido y la resaca emocional o vacío que les dejó después. Ese es mi mayor terror; no transmitir nada.

El sonido de la campanilla de la entrada acelera mi corazón y desordena el ritmo de mi respiración. Apoyo las palmas sobre el mármol y me impulso para bajar del taburete. Sonrío nerviosa, pero mi estado de histeria dura el mismo tiempo que tardo en ver a *Don perfecto*.

—¡Estupendo! —susurro y vuelvo a mi postura anterior.

—Tranquila, todo irá bien —dice Peter—. Ten un poco de paciencia.

El día no hace más que mejorar por minutos. Primero, en mi visita matutina al banco soy consciente de que mis ahorros no paran de descender, y claro, sin ingresos es difícil mantenerlos. Así que, si no quiero tener que conseguir cajas para meter lo que pueda en ellas y quedarme aquí por tiempo indefinido, no tengo otra opción que buscarme un trabajo.

Es lo que he tratado toda la mañana, y en una localidad tan diminuta como Cold Springs, las opciones no es que sean reducidas, a veces son inexistentes. Aquí solo hay turistas y tiendas de antigüedades. Por ese orden. Hay más atractivos, es un sitio precioso encerrado en montañas, pero esas tampoco necesitan personal o ayuda por la que paguen. Suerte que Brianna piensa más rápido que yo y se ha ofrecido a ayudarme. Cuando me ha contado su idea, al principio, no estaba muy convencida luego... me he lanzado a la aventura. Alguna vez tendrían que salir desde el olvido a la luz y que mejor forma que siguiendo los planes disparatados de una amiga loca que apenas conoces.

—¿Un mal día? —pregunta él, sacándome de mis pensamientos.

—Puede que tenga que decidir que partes de mi vida caben en una caja, pero...

—No pienses eso, Vega —interrumpe Peter—. Sabes que si necesitas dinero cuentas con el apoyo de tu madre y, por supuesto, con el mío.

Sonrío y asiento con sinceridad. No me hace mucho chiste que mis penurias salga a la superficie frente a desconocidos, pero he sido yo la que ha empezado con las confesiones.

—Además, todavía no sabes que ha conseguido Brianna. —Mira a Simon—. A mi hermana se le ha ocurrido pedirle permiso a Mark para que Vega pueda exponer algunos de sus cuadros en su cafetería y quien esté interesado, pueda comprarlos. Él se gana un porcentaje y ella —me señala con la barbilla— se hace con algo de dinero.

—¡Eso es genial! —Me acaricia el hombro, gesto por el que involuntariamente me retiro.

Su contacto ha traspasado la ropa y me ha marcado la piel. Ha sido tan extraño que debo reflejar en el rostro la confusión, además del azoramiento. Me llevo las manos a las mejillas, y por primera vez me alegro de tenerlas casi siempre congeladas. El frío me calma mientras sus iris miel me miran brillosos. Se ha percatado de mi reacción.

Miro a otro lado, e intento poner en práctica lo que mejor se me da desde que estoy aquí; aislarme del mundo. Bueno, lo mejor hasta que me topé con él. Me está costando más de lo usual ignorarlo. Mi cerebro ha comenzado una guerra en contra de la sensatez difícil de combatir y él me gana batallas por días, porque por alguna razón desconocida reacciono a sus provocaciones, y sus reclamos ponen hasta ebullición mi sangre. Nunca, nunca, me había importado lo que pensarán de mí, mucho menos alguien que apenas me conoce. En otras circunstancias, me hubiera reído y lo hubiera dejado hacer sus propios juicios sin preocuparme de desmentirlos y hacerle saber lo correcto. Pero con él no. Él me revuelve las tripas y pone alerta mi vena infantil.

—¿Y por qué no has ido tú con ella? —pregunta serio.

—No cree que sea buena —responde Adele desde el patio.

Pongo los ojos en blanco y busco con la mirada a Peter. Ese hombre se tiene el cielo ganado: aguanta a Adele por placer, le da una buena educación a Robert y sobrelleva con éxito a la otra hija de la que se olvidó su mujer, mediando entre sus comentarios absurdos y una mandíbula fija en posición de sonrisa. Por favor, si hasta tengo serias dudas de si antes de ver el mercadillo que monté en el piso de arriba con mis cosas, supiera que había decidido hacer con mi vida.

Simon continúa mirándome, parece ser que tiene interés en saber mi respuesta. Sonrío forzada.

—Básicamente eso mismo.

—Según recuerdo, hacer retratos se te da bien.

—Sólo has visto un par de ellos. Aun así, agradezco tus ánimos. No sé si podría acostumbrarme a que me alagues sin atacarme...

Suelta una carcajada sorda que llena la estancia. Sin querer, muestro una sonrisa que borro en cuanto soy consciente de que mi boca se ha torcido, y él parece estar meditando lo siguiente que va a decirme. ¿Por qué nunca se cansa? Vale que tenga que acostumbrarme a que entre y salga de esta casa a su antojo, pero ¿por qué no me deja tranquila en mis pensamientos catastróficos?

—Todavía lo tengo. —Se muerde el labio inferior—. Un poco desgastado por el paso del tiempo, aunque está casi como el primer día.

Me quedo fija en él. Me ha dejado muda. Desde que nos conocimos, alguna vez he pensado en aquel día, en lo que vi en sus ojos para reflejarlo en el papel. Divago en mis recuerdos y lo encuentro. El dolor, el abatimiento. Perdido en lo que el cristal dejaba atrás, parpadeando por inercia, respirando con culpa. Culpa; la llevaba escrita en la frente. Puede que aún conserve bocetos de los primeros intentos de aquel retrato que luego le regalé, aunque claro, encontrarlo entre tantos cuadernos es casi imposible. Clavo los ojos en él y lo recorro sin cortarme. Ha cambiado y no me refiero a su físico. Se mueve y habla con seguridad, disfruta del ahora y no le importa enseñar a montar en bici a un niño de seis años, porque lo considera su igual. Loco, es un loco lleno de vida que entonces parecía faltarle.

—¿Qué?

—Nada —musito—. Supongo que has venido por algo, ¿verdad?

—Oh si, la bici. —Pasea por la cocina hasta quedar frente a la ventana, colocada sobre el fregadero—. Encontré una. Un poco antigua... Nada que ruedas nuevas y un poco de pintura y aceite no arreglen.

—¿En serio vas a restaurar una solo porque te pedí que enseñaras a mi hermano a montar?

—No, porque él quiere y disfruto haciéndolo.

He sentido la presión del bofetón que me acabo de llevar.

—Incluso así —susurra mientras se acerca a mí. Para a escasos centímetros y se agacha quedando a la

altura de mis labios—, me debes una Wonder Woman.

Carraspeo y me retiro. Ya sé algo nuevo; le gustan mis camisetas de superhéroes.

—Deja el opio. —Sonríe con descaro—. Con lo que disfrutas, ¿Qué mejor recompensa quieres? —espeto en tono repipi.

Vuelve a acercarse. Espero a que Peter intervenga con algún comentario; no está. Nos ha dejado solos. Saca una mano del bolsillo y con un simple clic, abre el pasador y libera mi pelo. Un gesto tonto que provoca que el rubor ascienda desde mi abdomen hasta mis mejillas.

No suelo ser accesible, ni en pensamientos ni físicamente. Y por si os lo preguntáis; no, no soy virgen. Simplemente, estoy en una etapa de mi vida en la que no me apetece involucrarme con nadie de ningún modo. Ni física ni con emociones de por medio, por muy banales que sean. Sin embargo, un leve roce como este no suele afectarme. Inconscientemente, aspiro su olor cerrando los ojos; bergamota y cítricos.

—Confiscado hasta nueva orden. —Lo examina y se relame los labios como si tuviera un manjar entre sus manos—. Estás más guapa así y... ¿déjame ver que ha sido eso?

—¿Qué?

—Cuando tuerces la boca y enseñas los dientes sin tensión en la mandíbula. —Me insta a mirarlo, alzando mi barbilla con dos dedos.

Esbozo una sonrisa que oculto entre sarcasmo. El idiota hace que ría. Y no quiero hacerlo, no por él. Y cada vez que habla es como si a través del sonido rasgado de su voz, mis oídos se recrearan saboreando cada palabra, sílaba a sílaba.

—Te advertí que no volvieras a tocarme. —Le recuerdo con el dedo corazón en su pecho.

Retrocedo y adelanto un pie. Alzo el brazo e intento recuperar mi pasador. Llevo el pelo por los hombros, un corte bastante cómodo. Aunque prefiero no tener un flequillo, jugueteándome delante de los ojos todo el día.

—Pienso quedármelo como aval. —Elimina la distancia entre los dos—. Desde que te conozco tengo curiosidad por saber qué es lo que me incita a provocarte —susurra sin dejar de fulminarme con la mirada.

Es evidente, que a Don ricitos también le cae como una patada en sus partes nobles tener cierto interés en mí.

—En cambio, yo no tengo ninguna —espeto y se lo arrebató de la punta de los dedos—. Limítate a hacer actividades con mi hermano y aléjate de mí, Rizos.

—Simon.

—¡Lo que sea!

—¡Pero bueno! ¿Qué pasa aquí? Con lo que me gusta una discusión acalorada y me lo estaba perdiendo —grita Brianna, dando palmitas.

Nos separamos con trabajo. Y tras saludarla con un leve balanceo de cabeza sale al jardín. ¡Capullo!

Me giro hacia Brianna y le meto prisa con el choque de mi pie en el mármol del suelo para que me cuente lo que llevo toda la maldita mañana esperando saber con los nervios desquiciados.

—¿Me he perdido algo entre vosotros?

—Lo que vas a perder van a ser las extensiones si sigues callada. —Voy a la nevera y sirvo zumo para las dos—. ¿Qué?

Su expresión cambia, baja la cabeza y se sienta en uno de los taburetes, tomándose su tiempo.

—Vale, no digas nada. —Vacío de un trago el vaso—. Ya lo sabía, ¿a quién iba a interesarle los cuadros de una novata recién salida de la universidad?

Arruga la frente con las aletas de la nariz abierta hasta que parte a reír como una descosida. Al oír la carcajearse de mí, le propino un mamporro en el brazo.

—¡Auch! Eres tan mona... —Se alisa las arrugas del suéter—. ¡Lo hemos conseguido!

—¿¿Qué??

—Que sí, tonta. —Entrelaza sus dedos con los míos—. Mañana mismo puedes ir a elegir la disposición de los cuadros.

Dejo salir el aire sobrante de mis pulmones y me lanzo sobre ella para rodear su cuello con fuerza. Al menos algo empieza a salir bien.

Esa misma tarde, Brianna y yo elegimos la localización de los cuadros en la cafetería. Mark ha cerrado y deja que correteemos con libertad entre las mesas riéndonos por todo, como dos bobas. Directamente no lo he conocido, aunque según me ha contado Brianna debe estar por el almacén haciendo inventario o algo así. El café bar es pequeño, con una barra de madera de roble que recubre su enorme extensión. Hay taburetes de diferentes colores chillones alrededor de ella, unas lámparas con una luz tenue que caen justo encima de la cabeza del que se sienta y más variedades de cerveza de las que conocía hasta que me puse a curiosear sus nombres en unos estantes, también de madera, que dejan el espacio justo a la máquina del café. Es acogedor y lo que más me gusta es que puedes elegir más o menos intimidad, según te sientes más o menos próximo a los ventanales de la entrada junto a las mesitas que, en su mayoría, descansan apoyadas en la tarima que recubre las paredes hasta la mitad. Además, ninguna mesa y casi ninguna silla son igual a las demás. Cada metro cuadrado tiene su personalidad y carácter. Tanto que al ver su aspecto y distribución, puedes imaginarte como es el tipo de persona que ocupará una u otra mesa.

—Bueno, ¿me lo vas a contar o qué?

Sin especificar ya sé a qué o quién involucra su pregunta. Resoplo y me aclaro la voz.

—No me cae bien, no le caigo bien. Fin de la historia.

—Si claro, te enzarzas con él por un pasador del pelo y ya está. —Finge que se pone seria.— Tiene pinta de ser muy caro sí—. Me da la espalda y le golpeo el brazo.

—Era un regalo de mi padre.

—Ya, imagino que eso le da cierto valor, pero, chica...

—¿Qué?

—Nada, nada. —Se sienta—. ¿Sabes que salimos juntos en el instituto?

—¡Así que tanta pregunta es por eso!

Lo cierto es que aunque disimulo, me ha caído como un jarro de agua fría. Y no debería, porque es evidente que todos tenemos vida, y... porque cada vez que conozco un detalle nuevo sobre él, siento alguna emoción. Positiva o negativa y eso no me gusta.

—Que va, éramos críos... Yo era mayor que él y, bueno, ya sabes lo que pasa.

Niego con la cabeza incrédula.

—Pues que me salieron las tetas al mismo tiempo que el señorito empezó a dejar de controlarse a sí mismo y a querer experimentar. Y eso que mi cuerpo iba con retraso. Nos acostábamos, nos manoseábamos.... Todo era muy bonito, era un encanto. Me hacía sentirme bonita. —Traga saliva—. Entonces su madre se suicidó, se largó sin despedirse y no supe nada más de él.

—¡Joder!

Quedo en shock por la revelación.

—Jolines, siento haberlo soltado así, tan frívola. —Me acaricia la mejilla—. No recordaba lo de tu padre, tiene que ser horrible.

—Si... —consigo decir—. ¿Y cuándo os reencontrasteis?

—pregunto para cambiar de tema y saciar mi curiosidad—. ¿Qué pasó?

—Pues... fue el otro día, en el bar. Y por si no lo recuerdas no pasó nada. Ni siquiera nos saludamos. Y tampoco cuando me lo he cruzado esta mañana en tu casa.

No entiendo nada. Ni de la historia ni de mi incipiente ganas de cotorreo.

— Y qué pasa con... ¿Cómo se llamaba?

—Thomas. Nada. Es un capullo que no sabe mantener la polla quieta en los pantalones. Yo me aprovecho, él también y tan felices.

Terminamos la tarde entre confesiones y burradas. Y si antes, me abofeteaba por pensar en Don ricitos, ahora tengo que hacerlo el doble. La conversación con Brianna no para de darme vueltas; su madre, ellos...

Joder, con lo fácil que estaba resultando pasar desapercibida, tachando los días para volver a mi casa. Y ya se sabe; lo barato sale caro y lo fácil queramos o no, se termina complicando.

Capítulo 7

Simon

Ayer por la tarde trajeron la cama y el colchón. A duras penas he logrado encontrar un rincón en el que ni las goteras ni las corrientes de aire me puteen las horas de sueño. Thomas dice que es un armario y puede que no esté equivocado. Solo hay una vieja cómoda después de un intento de restauración, unas cajas de fruta pintadas de mesita de noche y la cama. Y todo eso nos ha llevado día y medio. Adivinaréis que el bricolaje no es lo mío. Es ver tornillos y mapas de instrucciones de montaje y ponerme a sudar a mansalva. Me estresa y me provoca retorcijones a partes iguales.

—Sigo pensando que por mucha pintura que le pongas, esto es un agujero, Simon —repite el viejo—. ¿Y esos trapos? ¿Qué narices son?

—Es un visillo, y mientras consigo una persiana, cumple su función perfectamente. Además, le da un aire menos espartano al dormitorio —digo como defensa.

—Tienes unas preciosas en tu cuarto. —Se rasca la barbilla—. No sé si las hizo tu madre o tu abuela pero son bonitas.

—¿Desde cuándo estás tan puesto en decoración del hogar? —pregunto con las cejas levantadas—. Si vamos a empezar el tema de nunca terminar, seré breve, vente conmigo a Nueva York, donde puede que te gusten o no mis cortinas, pero puedo trabajar y ducharme con agua caliente y luz. —Agita la cabeza—. Y si me vas a decir que en casa también tengo eso, déjalo. No voy a moverme de aquí. No hasta que decidas venirte conmigo.

—Vuelve a tu casa y retoma tu trabajo. —Coge el visillo con la punta de los dedos, como si fuera a pillar tifus y lo deja caer despacio—. Allí tienes tu vida, aquí tengo la mía.

Barro la estancia deteniéndome en cada detalle. Confieso que me gusta lo sencillo y huyo de lo innecesario para que nada me distraiga. Sonrío al ver los pocos cajones que hay y lo irónico que me resulta por ser una contradicción conmigo. En sí lo es, porque yo mismo busco cajones para esconder lo que detesto de mí; lo que me avergüenza mostrar. Supongo que eliminarlos físicamente es un primer paso simbólico para ir sacando todo lo acumulado en el fondo. Para ordenarlas, afrontarlas o simplemente, deshacerme de ellas.

Como la eterna disputa con el viejo sobre si yo voy a casa o él se viene a la mía. Sé que, al final, tendré que enterrar todo lo que me pasa por la cabeza cuando estoy frente al portal. Luchar contra la parálisis que me produce la culpa y los recuerdos mal gestionados, pero, en parte, la muerte de mi madre determinó mi forma de continuar.

Me siento y, analizando fríamente, me doy cuenta de que terminé la carrera con la ilusión y expectativas de montar mi propia clínica de fisioterapia junto a un amigo, y gracias al trabajo de esos años y al dinero que cobré con el seguro de vida de mi madre, la primera parte sería relativamente fácil, pero lo aplacé en una idea absurda de convencer al abuelo de que fuera a vivir conmigo. Sin embargo, me lo estoy tomando con demasiada tranquilidad, pues sé que él no vendrá a Nueva York, porque terminaré cediendo. En el fondo, espero convencerlo de que se venga. Suena un poco egoísta pedirle a alguien que se amolde a tu vida y deje la suya. No cuando es lo que tú has hecho con los demás. Siempre lo hago. Adaptarme. Conformarme con lo que otros quieren que sea mejor para mí. Desde que puedo recordar, ha sido así y continuará hasta que no me atreva a decirle al crío de diecisiete años que tiene edad para volar y evitar que los demás ocupen su nido.

Primero tuve que acostumbrarme a ver a mi madre bebiendo a deshoras y tomando pastillas que, en su mayoría, se prescribía ella misma por las distorsiones que llevaba auestas; su vida era un fracaso o eso era lo que tenía interiorizado hasta que no pudo más. Luego a que vivir con mi tía era lo mejor para mí y, ahora, a que el abuelo frene indirectamente los planes que tanto me ha costado levantar.

Estoy un poco perdido, como si no tuviera vida. Sé lo que quiero y ambiciono llegar al final del

camino, a mis metas, pero no puedo dejar a mi abuelo solo. En estos meses, cada vez que me ha pedido que me fuera me lo he planteado y nunca es suficiente. Me convenzo de que no es lo que quiere y me cruzo de brazos a esperar que repita: «Vete, haz tu vida», como si su aprobación me librara de la culpa que sentiría si me fuera y lo dejara solo.

No puedo pensar con claridad. No soportaría irme y saber que le ha sucedido algo porque no estuve cerca como pasó con mi madre y me pese o no, esa creencia siempre estará grabada a fuego en mi mente. Lo cual es absurdo, porque desde que ocurrió, trabajé por hacer exactamente lo contrario a lo que hizo ella; rendirse. Me niego, no tiraré la toalla porque haya tormenta o nubes. No me encerraré en mí mismo, culpándome por no intuir que no estaba bien; por no haber podido impedirle acabar con su vida. Y sin embargo, es eso lo que me retiene aquí. Dos caras de una moneda; unos días gana una y al siguiente...

Aparco la marabunta de sin razones que arrastro y me concentro en el plan del día; primera clase de Robert en bici. Cojo la chaqueta, la bufanda de Vega y dejo al abuelo decidiendo que tira o deja en la barbería.

En cinco minutos, llego en mi bici a casa de los Morris. Entierro la nariz en la lana que me rodea el cuello y esbozo una sonrisa. Desde que la tengo, de forma innata, la curva de la gilipollez se dibuja en mi cara cuando siendo su tacto o su olor impregna mis fosas nasales.

Robert me asalta ansioso por empezar sus lecciones. Saber que alguien espera aprender algo de mí me pone nervioso. El abuelo dice que del mismo modo que aprendemos, enseñamos. Si es así, espero no ser responsable de que Robert se rompa algo.

—Si no te estás quieto abortamos misión —grita Vega, colocándole a la fuerza un casco a su hermano—. ¿Puedes dejar de mirar embobado y explicarle la importancia de ir protegido?

Respiro hondo y me acerco. Hoy es otro de esos días en los que la fierecilla está de buena humor. Así da gusto.

—A ver, colega.— No creo que vaya a decir lo que estoy a punto de pronunciar—. Tu hermana tiene razón; tienes que ponerte el casco.

—Y las coderas y las rodilleras—. Se muerde el labio y me mira—. Adele está trabajando y la sangre no es uno de mis mejores amigos. Así que, por favor...

—¿Puedes dejar la histeria, Capitana América?

Revisa su camiseta, pone los ojos en blanco y continúa embutiendo al pequeño entre protección. Ríe con discreción, porque sé que de soslayo mira cada poco en mi dirección. Seguramente, buscando algún gesto que la provoque a soltarme alguna de sus borderías. Me contengo, a la fuerza, pero lo consigo.

—¿Un mal día?

—¿Vas a preguntarme por mi día siempre que tengamos la fortuna de toparnos? —pregunta con un deje de ironía.

—Ya empezaba a echar de menos ese carácter tan dulce tuyo. —Reviso que el casco de Rob esté bien abrochado—. La gente normal pregunta a los demás por su rutina ¿Tú no lo haces?

—No, nunca. —Tira de su camiseta de superhéroe para alisársela—. Evito hacer justo lo que no quiero que hagan conmigo.

—Bueno, pues a mí, me encanta preguntar. —Me pinzo el labio inferior—. Mi día ha sido estupendo, ¿sabes?

—¡Ey, estoy aquí! —dice Rob con las manos en mi abdomen.

—Me alegra saberlo —escupe con sarcasmo, dirigiéndose a mí.

Transcurrido nuestro tradicional saludo puedo ejercer de profe orgulloso de alumno. La primera fase ha transcurrido con éxito... y las siguientes. Rob ha demostrado lo habilidoso y espabilado que es. Casi no puedo creerme que, en apenas unas horas, haya conseguido mantener el equilibrio en el biciclo tan bien.

Miss simpatía ha pasado la tarde, observando con disimulo por la ventana mientras fingía que pintaba

o hacía algo. Incluso así, nuestras miradas se han confrontado varias veces, pero he permanecido inalterable a sus ojos negros clavados en mí. O eso creo.

Se me van los ojos por ella... Y la lengua porque, aunque quisiera no devolverle las que me lanza, no podría estarme callado.

Casi anocheciendo, me zambullo entre el viento y una mezcla de dulce y ácido que trae con él; reconozco su olor. A duras penas queda algo en la bufanda de tanto esconder la nariz para sentirlo. No ha hecho ruido, pero está detrás de mí. Cautiva y discreta. Me evita, aunque hace ruiditos con el pie para que sepa que está detrás hasta que, finalmente, se hace notar eliminando los pasos existentes entre el umbral de casa y se coloca a mi costado. Cerca, a escasos centímetros, casi rozándome con el brazo, pero manteniendo la distancia.

—¡Rob! —grita al ver que se ha ido lejos—. Vuelve, es tarde. Mañana seguiréis.

Él musita algo que no consigo entender y le hace caso. Me coloco bien la bufanda y guardo las manos en los bolsillos. Sí, es el mismo perfume. Una contradicción de partículas explosiva, justo como ella. La observo por el rabillo; se muerde el labio inferior y se quita el pasador del pelo. Empiezo a confirmar que es una manía reiterativa cuando se pone nerviosa o la situación le incomoda. Prefiero pensar que es lo primero.

—¿Has visto? Soy casi un ciclista profesional—dice Rob.

—Sí, casi lo eres.

Está en una de sus guardias bajas, uno de esos instantes en los que se muestra sin disfraz. Solo es ella. Me fascina la naturalidad con la que oculta su cariño y preocupación por su hermano sin saber que es algo que no se puede esconder. Los sentimientos son accesibles de muchas maneras, aunque no se utilicen las palabras. Al mirarla, veo el desgaste que le produce cargar con ese velo. Aun así, me cuesta creer que estemos tan cerca sin decirnos burradas. Lleva otro de sus típicos atuendos. Mallas ajustadas con algún agujero y mancha, y una camiseta que cumpliría perfectamente la función de vestido si no quisiera ponerse nada debajo. Tan pequeña, perdida entre las capas de tela. Como si tuviera tanto guardado en ese cuerpecito, que usar ropa holgada es una medida de seguridad por si un día, sus miedos y todo lo que guarda decidiera salir a la superficie. Como si así estuviera tranquila de que los demás no podemos verlo si ocurriera.

Robert baja de la bici y automáticamente ella lo ayuda a despojarse de toda la protección que lleva en las articulaciones. Sujeto la bici y vuelvo a mirarla al recordar su insinuación a no saber montar.

—Sube.

Me mira un segundo y palmea el hombro de su hermano.

—Buen trabajo, enano.

—Tengo sed...

—Entra, yo me encargo de tu bici —le dice Vega.

Observa a la bicicleta y a mí por turnos. Arruga la frente y balancea la cabeza negando. Está pensándolo, el brillo de sus ojos me dice que quiere intentarlo.

—Sube —repito.

Inspira con ganas y expulsa el aire con pesadez por la nariz.

—Gracias por hacerlo. —Se retira el flequillo de un soplido—. Es importante para él. Sobre todo que seas tú quien lo haga.

Siento un pellizco en el corazón. Le ha costado decirlo, aunque por su tono ha sido sincera. Fija la vista en mí y en la prenda que le intercambié. También lleva la mía. Intuye que la miro, se lleva una mano al cuello y sonrío.

—Es calentita y huele bien —dice, desviando la mirada.

—Eso mismo pensaba yo de esta. —Me acerco y la agarro con delicadeza por la muñeca.

En estos días, he descubierto una nueva adicción; tocarla y percibir como tiembla bajo mis manos,

como resopla simulando calma y como pelea entre quedarse bajo mi tacto o irse de él.

—Venga, inténtalo.

—¿No te cansas verdad?

Niego con la cabeza.

—Si pretendes enseñarme llegas tarde. —Levanto y bajo las cejas confundido—. Me enseñó mi padre.

Era más pequeña que Robert incluso.

—Entonces, ¿por qué no lo enseñas tú?

Acaricio su muñeca con el pulgar. Para mi sorpresa, no ha hecho amago de zafarse, por el contrario, parece acercar el brazo para que la toque con facilidad.

—Me caí. —Rompe la calma con su confesión—. Me di una buena torta. Me rompí el brazo, y desde ese día, no he vuelto a subir en una. Por eso no lo quise enseñar, es absurdo. ¿Te imaginas a alguien que no sabe conducir de profesor de autoescuela?

—No, porque no es lo mismo.

—Es exactamente eso. —Observa la unión de mis dedos y quita el brazo. Con trabajo los retiro uno a uno. Sin moverse, examina el blanco de mis huellas antes de que desaparezca y levanta la cabeza.

—El miedo se supera enfrentándolo, Capitana América. Menuda Capitana. ¿Así quieres llevar tú a un ejército?

—Deja la coña ya, ¿quieres? ¿Por qué cada vez que abres la boca es para decir algo cifrado?

—Vale, te caíste. Menuda sorpresa, igual que todos. —Me bajo la cremallera de la chaqueta y me remango el suéter—. Esta me la hice con siete años, esta...

—Lo entiendo, déjalo —pide y tira de mi ropa para que me tape.

Sus mejillas han tornado a un rojizo encantador. Sin poder evitarlo, me carcajeo como un libertino.

—¿No te ha gustado lo que veías?

—No seas vanidoso. —Arruga la nariz—. Tampoco es que seas nada del otro mundo.

—En eso llevas razón —me aclaro la voz— me conformaría con ser el mundo de alguien.

Moñas.

— ¿Traes estudiadas de casa esas cursilerías?

Suelto una estrepitosa carcajada. De verdad que no sé cómo acertar con esta chica.

Sin decir nada se agacha para recoger la bici de su hermano y fija sus ojos en los míos. Otro vicio que añadir a la lista; me encanta zambullirme en ese mar oscuro, cuando los clava en los míos.

—A veces, sólo a veces... además de un capullo vanidoso, eres... mono. —Me guiña un ojo—. Hasta mañana, Rizos.

—Hasta mañana, Capitana.

Para no variar, mis últimas palabras iban dirigidas a su erguida espalda. Parte de su anatomía desde la que he ido bajando para examinar otras. Me abofeteo mentalmente por mirarle el culo.

«Eres un rebelde, Simon», se burla mi conciencia de mí.

¿Qué estoy haciendo? Para mí es más grave de lo que parece. No es la primera vez que me detengo a admirar con parsimonia su cuerpo. Ni la primera que sonrío mientras lo hago. Tengo que dejar de hacerlo. Joder. No quiero implicarme, ni puedo permitirme crear más lazos de los que ya tengo. Espero poder convencer al viejo pronto, porque si no... Cómo mínimo voy a terminar tarado con esta familia.

Capítulo 8

Vega

Un delicioso sabor a piruleta nos absorbe en cuanto cruzamos la entrada de la cafetería. A paso lento, Brianna me conduce hasta el fondo, y una vez nos sentamos, barro visualmente la estancia confirmando la distribución de mis cuadros por todo el local. Sin querer, lo primero que hago es sonreír. Me cuesta creer que cualquiera pueda verlos y, más todavía, que en tan poco tiempo haya conseguido mi primera venta.

En un garbeo rápido, sé cuál de mis pequeños ha sido adoptado. Reconozco que me enorgullece y apenas a partes iguales. Por su significado, por los recuerdos que lleva con él. Era uno de los favoritos de papá y, por extensión, también mío. Antes de traerlo, me costó bastante tomar la decisión. Pude haber elegido otros antes que ese, pero el arte en todas sus vertientes es para disfrutarlo, y por mucho que se te encoja el corazón pensado; ¿Seré capaz de hacer algo igual? ¿Podré mejorar esto? o ¿Sabrán cuidarlo? Una vez está terminado, ya no me pertenece. Por eso, tengo que estar preparada para dejarlo volar, como si fuera un hijo. Solo me queda tomar aire y expulsarlo despacio, haciéndome a la idea para que la pelota de nervios que rueda por mi estómago se deshaga poco a poco.

Ya en una mesa, tomamos asiento y ordenamos un cappuccino, mientras esperamos a Mark. El chico que nos ha atendido casi nos tira los cafés encima por seguir el ronroneo tonto en el que lo ha envuelto Brianna. Una sonrisita y un leve aleteo de pestañas acompañado de un cruce de piernas de lo más sugerente, y pocas sillas han quedado libres de los tropiezos del joven.

—Empezaré a tomar nota sobre esa habilidad tuya con las pestañas. He sentido impulsos de removértelo yo misma —digo y suelto una carcajada cuando repite el aleteo a gran velocidad.

De repente, se pone seria y carraspea.

—Ahí tienes a tu mecenas —informa, señalando al frente sin despegar los labios de la taza.

Me giro en la silla para conocer de una vez a Mark. Es tan alto como Simon, aunque sus estilos son prácticamente opuestos. Mark lleva una discreta melena por los hombros, casi más largo que yo. Un pendiente en cada oreja y algún que otro anillo y tatuaje, decorándole muñecas y manos. Mudas lo observamos, deslizándose por la estancia hasta quedarse al lado de Brianna y frente a mí.

—Buenas tardes, señoritas.

Hasta que su voz poco aterciopelada y grave ha rebotado, Brianna se ha enrollado y desenrollado un mechón de pelo en el índice de forma compulsiva.

—Me alegra conocerte —añade y se inclina para besarme en las mejillas—. Eres más joven de lo que imaginaba.

—Habló el abuelo —suelta ella, con el rostro arrebolado al ser consciente de como la taladraban sus ojos.

Mark me mira y ambos sonreímos con cautela, sin dejar de compartir una mirada cómplice hasta que se sienta entre nosotras. Tras hacerlo, no me pasa desapercibida la actitud cortante y tensa entre ellos. Además de no saludarse, ella, inmediatamente después de que él se haya acomodado entre nosotras, coge su bolso y saca un par de chicles que mastica como una energúmena, apoya los codos sobre la mesa y finge prestar atención a todo, menos a la conversación que tiene delante.

No hay que ser bruja para darse cuenta de que la actitud distante e infantil de ambos con el otro encierra un porqué que mi amiga ha preferido guardarse para sí misma y que Mark apoya, pues en ningún momento divide su atención entre las dos. Solo se dirige a mí.

Entretanto, ella se mira las uñas, descruza las piernas para volver a ponerlas igual que al principio cada poco, y hace sonoras pompas con la goma de mascar, pero no interviene, ni abre la boca a no ser que sea algo que me involucre a mí expresamente.

—Entonces..., a ver si lo entiendo. —Retrepo y apoyo los codos en la mesa—. ¿No has vendido mi cuadro porque crees que el precio fijado por mí es demasiado ridículo?

—Eso es lo que he dicho, sí.

Miro a Brianna y espero a que diga algo. Pone los ojos en Blanco, suelta el bolso y se gira hacia él. Por fin.

—Exactamente... ¿Por qué es ridículo el precio? —le pregunta.

—Podría pasar perfectamente por una réplica de *El estanque de las ninfas* —explica, centrando sus ojos en mí.

Ella carraspea, aprieta los ojos y vuelve a intentarlo.

—Me gustaría que quedara en acta que no soy gilipollas... —Toquetea el asa de la taza—. ¿Alguno de los dos me explica que narices significa eso?

—Cree que mi cuadro es una réplica de un Monet.

Su mandíbula desciende unos centímetros mientras me mira con los ojos como ventanas.

—¿Has falsificado un cuadro? ¿Es eso?

—No, en todo caso; he *copiado*. No es lo mismo —explico indignada—. La persona que compra una réplica sabe que no es el verdadero. Si fuera una falsificación intentaría colárselo por el real.

—¿En serio?

—En serio, ¿qué?

Empieza a desesperarme el camino de la conversación.

—Brianna, era uno de mis primeras obras. Por aquel entonces, quería aprender de los más grandes, por eso, puede que se parezca, pero evidentemente no es igual. Ojalá lo fuera, y no, no he intentado estafar a nadie.

—¡Serás boba! No estoy desconfiando de ti. —Coge mi mano—. ¡Estoy flipando!

—A ver, Vega, puedes hacer lo que desees —interviene Mark—. Es tu trabajo, por ello, no estaría demás que te replantearas si le estás dando el valor que se merece.

Interiorizo sus palabras y, teniendo en cuenta que apenas los conozco, puede que lo que me dicen no sea objetivo del todo. No obstante, pasaré por alto que Mark gana un porcentaje del valor total del cuadro y que es sincero. Me lo parece. Reconozco ser demasiado escéptica a veces, pero en esta ocasión meditaré y reflexionaré sobre sus palabras hasta darles la vuelta.

Sin salir de mi asombro, quedamos en que me replantearé un nuevo valor, antes de irnos. Él insiste en invitarnos a tomar otro café o lo que queramos, aunque Brianna se adelanta y rechaza su ofrecimiento, y me saca poco menos que a rastras de allí.

De camino a ningún lugar —no tengo ni idea de dónde narices vamos—, me esfuerzo por no preguntarle qué ha sucedido.

—¿Me lo vas a contar?

—No nos llevamos bien.

—¿No os lleváis bien y te ofreces a pedirle un favor para mí?

—Necesitabas un empujoncito —dice seca.

—Brianna...

—Es un capullo egocéntrico, sí, sé que es lo que pienso de todos. —Se engancha en mi antebrazo—. Probablemente no parezca que soy tímida. Lo soy.

La miro, conteniendo la risa. Me cuesta creer que sea justo lo contrario a lo que deja ver.

—Deja de mirarme así. —Me pellizca—. Es verdad, me cuesta horrores entablar una conversación con alguien porque sí. —Levanto las cejas tanto que casi se me van a la nuca—. Normalmente por ser tan payasa la gente se me acerca, pero él no. Pasa de mí abiertamente.

—No soy especialmente intuitiva, pero eso no es lo que me ha parecido ver ahí dentro —confieso.

—Hazme caso, lo hace.

—Una tímida excéntrica y una llorica enfadada con el mundo... ¡Vaya par!

Paseamos en silencio los próximos minutos hasta que llegamos a un edificio cuya fachada da la

impresión de querer derrumbarse de un momento a otro. Se suelta de mí y se asoma por los recovecos de una de sus tantas ventanas tapiadas que dan al exterior.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto.

Ella me ignora y usa sus manos como prismáticos, desplazándose de un lado a otro.

—Pensaba que, quizá... —Suelta una risita—, querías pasar a saludar a Simon.

—¿Qué? ¡No, por supuesto que no!

Avivo la marcha en dirección opuesta a la que veníamos con más confianza de la habitual en mis escasas habilidades de orientación espacial. Hay que ser torpe para no aprenderse las pocas calles que conforman Cold Springs. Y todavía me sorprende cuando encuentro algún rincón desconocido para mí. Como ese edificio.

—Tonta del culo, espérate —grita, sin para de correr hacia mí—. Era una broma.

—Lo que no me puedo creer es que tiene que ver ese amasijo de piedras con él.

—Vive ahí... —Freno en seco y la miro—. Eso es lo que queda de la barbería de su abuelo. Y tengo entendido que vive ahí.

—¿Ahí? ¿Por qué?

Se encoge de hombros y vuelve a engancharse en mi brazo.

Lo que queda hasta mi casa lo hacemos en silencio, aunque solo en palabras porque mi mente ha reemplazo cada pensamiento anterior, por otros materializados en hipótesis surrealistas sobre Simon. No quiero empeñar energías en él, pero haga lo que haga, siempre tengo que toparme con él, física o mentalmente. Joder.

«Indiferencia. Ni lo conoces, ni quieres hacerlo», me digo.

Pero nada.

Cuando entramos, Brianna va a saludar a Peter y yo a dejar la ropa de abrigo en mi cuarto. Corro las cortinas para dejar entrar luz y veo a mi hermano en el columpio cabizbajo. Sin mecerse en él. Raro cuantos menos. Dejo las prendas sin colocar y bajo directa hasta el jardín.

Levanta la cabeza al oírme y vuelve a bajarla como si nada.

—¿Puedo? —pregunto antes de sentarme a su lado.

Se encoge de hombros con indiferencia y mira sus pies.

—¿Qué tal las clases?

—Simon no ha venido.

—Bueno, seguro que tiene explicación.

Vuelve a responder con gestos y desganado.

—Seguro que olvidó que tenía algo importante que hacer y no ha podido avisarte a tiempo.

—¡Es mi amigo, prometió venir!

Suspiro con lentitud. Confesión entrante: soy una hermana malísima. Puede que eso haya quedado patente hace mucho tiempo. Sin embargo, se me parte el corazón de verlo tan triste, y ni siquiera me creo lo que acabo de decirle. Pienso que me gustaría oír a mí con su edad ante un mal día y no se me ocurre nada que pueda arreglarlo. Robert es un niño muy listo y bastante sensible. Así que, ¿qué haces cuando eres la hermana mayor de un niño decepcionado?

Histérica me levanto y salgo sin pararme a decir dónde voy. Lo último que me apetece es verlo, pero acabo de ser consciente del dolor que me produce saber que mi hermano se siente abandonado.

Por el camino intento no calentarme. Soy una persona adulta y se supone que debo pensar con coherencia, interiorizando lo que le he dicho a Rob. Deshago los pasos que he hecho cinco minutos atrás hasta quedar frente al edificio; casa, de una de las personas que más me irrita en el mundo. Trago saliva, me yergo completamente y goleo con los nudillos la puerta. Una, dos y hasta cinco veces, nadie responde ni atiende. Aburrida deslizo la espalda por la pared hasta que mi culo topa con el suelo.

Quedarme no tiene sentido, irme... tampoco y como no tengo nada mejor que hacer, estiro las piernas y

cruzo los pies. Transcurren cinco, diez... hasta que pierdo la cuenta. Me rindo. Dispuesta a levantarme veo unos zapatos clásicos a mi izquierda, levanto la cabeza despacio hasta enfrentar mis ojos con los de un señor de unos ochenta y algo de años—no soy buena adivinando edades—.

—Hola —saluda con ternura.

—Hola.

—Si esperas a mi nieto, con toda probabilidad estés perdiendo el tiempo—. Lo miro confusa e intento recordar su nombre.

—Patrick. —Sonríe con una mano estirada.

—Vega, encantada —digo, sin apartar la mirada por su rostro.

Es increíble el gran parecido entre ellos. Los mismos ojos, mismas arrugas que Simon cuando gesticula...

—Soy bastante despistado con la juventud, pero estoy seguro de que es la primera vez que te veo.

Me aclaro la voz y paseo una mano por el pelo.

—Conoce a mi hermano; Robert.

—¿Eres su hermana? —asiento y pego un respingo al oír una sonora carcajada suya—. Pensaba que Simon y tú no os llevabais bien...

—Y así es —aclaro—. Prometió enseñar a mi hermano a...

—A montar en bici sí —me interrumpe—. Hoy no es su día. Anda peleado con los recuerdos y lo que desea o no hacer.

Pongo cara de no entender nada.

—Hoy es el cumpleaños de su madre —explica.

—Oh, yo... no...

—Debe estar a orillas del Hudson, suele ir cuando no puede quedarse quieto. Puedes buscarlo allí. Le vendrá bien alguien conocido.

Cinco minutos después, mis zapatos me llevan al Hudson. Hace un rato que ha anochecido y los últimos rayos de luz despuntan en el horizonte. Me gustaría no saber lo que siente, me encantaría ignorar todo lo que conozco de él, y aun consiguiéndolo y sin que él tenga nada que ver, el azar y el karma hacen todo lo posible para estropear mis deseos, y cuanto más intento alejarme de todo y todos, especialmente de él, más cerca termino.

Durante un instante, me pregunto si es buena idea estar ahí o si debería volver a casa. Acercarme no va a cambiar nada... La respuesta aparece ante mis ojos al mirar al frente. Sentado y pensativo juguetea con algo que tiene entre las manos. Hago amago de acercarme y al segundo retrocedo, pero al verlo he rememorado la primera vez que lo vi y lo pinté; su dolor, su distancia...

Vale, ni siquiera tengo que hablar.

Venía decidida a decirle todo lo que se me hubiera antojado antes de conocer el motivo de su ausencia, y ahora no encuentro una sola que pueda servirle de consuelo o que me ayude a mostrar que entiendo cómo se siente. Con esa idea me giro para irme.

Estar solo, a veces, no es tan malo.

—¿Vega?

Mi cuerpo responde con un brinco. Al parecer, no quiere estar solo después de todo.

Capítulo 9

Simon

—¿Vega? —repito.

Sin estar seguro de que fuera ella, al ver su silueta borrosa en la oscuridad, he deseado que lo fuera.

Llevo horas sentado, mirando a la nada, absorto en tantas cosas y en tantos años, que me duele la cabeza de lo desordenados que tengo los recuerdos. Los agrios se mezclan con los dulces y, a ratos, todo se vuelve tan confuso que me cuesta discernir entre lo real y lo que me hubiera gustado que fuera.

Hasta que llegué, tuve la fortuna de no tener pesadillas, quizá, reprimí lo que no soportaba revivir una y otra vez en mi cabeza. Lo bueno que iba incorporando a mi vida fue desplazando esas imágenes a un lugar oscuro de mi mente, y al regresar aquí, la venda cayó y lo más nítido que recuerdo de mis días hasta entonces, fue justo lo primero en lo que dejé de pensar; mi madre. En ella y en ese día, con mis miles de preguntas y otras tantas respuestas que me doy como explicación y que por más que me esfuerzo en crearme, no me convencen y dan lugar a las mismas dudas con distinta apariencia.

—Sí, soy yo —responde confusa.

Con suma lentitud, elimina la distancia entre ambos y se deja caer a mí lado.

Sonrío por la tranquilidad en su tono.

Los destellos de la luna impactan en el cristal que forma el agua en calma. No hay más luz que esa y la de alguna farola cercana. Las montañas apenas se distinguen a los lejos y las sombras dan sensación de estar ante criaturas gigantescas, haciendo que te sientas aún más pequeño de lo que uno se siente de día.

La miro sin cesar en el toqueteo de la carta que tengo en las manos. Cada año, en su cumpleaños, la saco del cajón y me digo que es buen momento para abrirla. Hoy, casi ocho años después, sigue sellada, pues siempre que pienso en mi madre llego a la misma conclusión; la perdoné. Puede que por mí; por vivir tranquilo; por dejar de cargar con el peso de no haber bajado a cenar diez minutos antes. No estoy seguro de cuando dejé de recriminarle el ser tan cobarde, porque no tiene sentido pasarme la vida haciéndolo. Lo hice. La perdoné. Prefiero pensar que cuando se fue me regaló otras cosas; hermanos.

—¿Es suya? —pregunta con miedo a romper el silencio. Asiento—. No la has abierto.

Se inclina para tocarla y antes de que pueda, la quito de su alcance sin mucha delicadeza. Aprieto los ojos, suspiro y me enderezo para reposar el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha. Observa mi postura unos segundos y se repantinga en el banco. Varios mechones se le escapan del recogido y bailan sincronizados al ritmo del viento. Sin pensarlo estiro la mano y enrolló uno en mis dedos. Es suave.

—¿Qué te ha traído por aquí? —pregunto, concentrado en el tacto de su pelo.

—Tú.

Su voz es melosa y dulce, aunque su expresión me confunde. Me transmite calma al mismo tiempo que percibo enfado. Y dado nuestro historial, si hay algo en lo que sé que no me equivoco es precisamente en saber cuándo está molesta o nerviosa. Retrepa en el asiento, agitando la cabeza para que deje de tocarla. Sonrío al percibir su incomodidad cuando me acerco. Sé que su actitud no es más que una de las premisas que aparecen en ese esquema suyo de no crear lazos, pero me gusta ponerla nerviosa con mi cercanía. Disfruto mucho más que cuando la irrito. Y pensado que es eso, me deslizo por el asiento para volver a estar a una distancia mínima de ella.

—Pensaba decirte lo soberanamente capullo que eres por dejar esperando a mi hermano.

—¡Robert...! —interrumpo al recordarlo.

Me inclino, bajo el pie al suelo y recuesto los codos sobre las rodillas.

—¿Por qué has cambiado de idea?

—Tu abuelo me ha contado que no era tu mejor día, por... ya sabes.

El frío transforma los resquicios de nuestras respiraciones en vaho. Como todo lo que envuelve el momento. Nuestras ideas quedan atrapadas y lo poco que dejamos salir, queda suspendido en el aire en

una densa y blanquecina nube.

—Cuarenta y nueve años —respondo como un robot.

—¿Cómo era? —pregunta, sin parar de acariciarme con las pestañas.

Es increíble la fuerza con la que me absorben sus ojos. Y, a pesar de lo huidiza que es, cuando habla, siempre los clava en los míos. Como si de un agujero negro se tratase, me obligan a mirarlos fijamente. Por la curiosidad de intentar leer lo que dicen. O simplemente por lo bonitos que son. Sea lo que sea, me cuesta prestar atención a lo que me rodea cuando me mira. Y una mezcla de placer y alivio, me invade al verme reflejado en ellos.

—Pues... era un desastre, pero muy divertida. Al menos antes de que sus ideas la cambiaran. Al final, era otra persona —explico con trabajo—. ¿Y tú? ¿Echas de menos a tu padre?

—Cada día...

—¿Es cierto que... ?

No estaba seguro de querer preguntárselo, me apetecía que continuara sentada a mi lado sin tener que disculparme para conseguirlo. Últimamente, suelen ser mis palabras de cabecera y para una vez que podemos estar así, preferiría no tener que usarlas. Pero necesito saber más de ella. Hurgar dentro para conocer cómo se siente, y entender por qué se niega a unas cosas o se empeña en otras.

—Sí. —Suspira—. Es difícil entender que uno tus padres se olvide de ti cuando dejó de tener un vínculo con la otra persona.

—Me cuesta creer que lo hiciera. —Pone los ojos en blanco—. Siempre hay un porqué para todo.

—Ya, y me lo dices tú. —Señala la carta—. Lo tienes entre las manos y no quieres leerlo.

—Lo que haya en ella, no va a cambiar nada porque no está. La tuya sí. ¿Para qué viniste entonces?

—Para cumplir una promesa. —Traga saliva—. Le prometí a mi padre que conocería de verdad a mi hermano y...

—Que la perdonarías.

—Exacto.

—Pues no se te está dando especialmente bien.

Alza las cejas con escepticismo a la vez que se muerde el labio.

—Vengo en son de paz. Eres tú el que no tiene un buen día. —Inspira hondo—. Pónmelo fácil. Me gustaría poder pensar, por una vez, que no eres un gilipollas.

—¿Quieres cenar? —pregunto antes de levantarme y tenderle una mano.

Me mira un momento antes de responder y aceptar mi mano.

—Vale... —dice poco segura.

Durante unos metros paseamos envueltos en los ruidos de una noche de mediados de noviembre. Pronto hará un mes que nos conocemos y todavía seguimos sin entendernos. Vega se esmera en ir adelantada a mí unos pasos, aunque al tener las piernas más cortas, no lo consigue por mucho tiempo. La miro desde atrás, y me es imposible no corretear con la mirada desde sus hombros a sus pies. Frena en seco y tengo esquivarla por ir distraído. Al girarse sus mejillas están tintadas, como si supiera que la estaba examinando todo el rato que llevamos andando.

—¿Dónde exactamente vas a invitarme a cenar?

—Oh, ¿no me digas que eres de la antigua escuela?

—¡Já!, no creas que no se me ha ocurrido alguna vez, pero no. Cuando vine a buscarte, lo último en lo que pensé fue en el monedero —dice con las manos en las caderas.

Bajo la cremallera del abrigo para buscar mi cartera, y después de varios minutos, confirmo que no está. Para no variar, la he olvidado.

—Pues lamento comunicarle a la señorita que si quiere comer, va a tener que conformarse con el menú del día.

—Que es...

—Una sopa de sobre y un limón rancio de postre.

Ríe con ganas. Bien porque mi tono le ha resultado gracioso o porque no termina de creérselo. Y prometo que me gustaría haberme cerciorado de que llevaba dinero antes de proponerle nada o hacer la compra más a menudo, pero ya..., no tengo elección. Tendré que cumplir mi palabra como buenamente pueda.

—No me puedo creer que, además de pesado, seas un tacaño —dice, secándose las lágrimas de las mejillas con la manga.

—Me encantaría saber cuántos te ha preparado la sopa más rica de tu vida.

Esa risa. Retrocedería y avanzaría en el tiempo como en una grabación por oírla hasta cansarme.

—De sobre has dicho, ¿no?

Hago un mohín, fingiendo estar muy ofendido.

—Se me hace raro no verte con la bicicleta.

—Y a mí que hayas aceptado cenar conmigo. —Me rasco la nunca— Escucha, no me avergüenza ni nada parecido...

—¿Qué?

«Otra vez mirándome así»

—Mi casa, no es como la tuya o como la del resto de personas que puedas conocer.

—He visto la fachada, créeme no voy a asustarme.

La miro con el ceño fruncido. Al parecer, me he perdido mucho en las últimas horas. En la entrada introduzco la llave y giro mientras empujo con el hombro y le propino un golpe con el talón.

—Aunque no lo parezca, nos llevamos bien —explico.

Con miedo entra delante de mí y tropieza con algo. Culpa mía, yo sé dónde está cada cachivache con luz, sin ella y con los ojos cerrados. Ella ni con un mapa, como es normal.

—Vale, esta es la segunda cosa que tampoco es usual...

Me echo a reír. La oscuridad me impide ver su cara, pero según callada está, como mínimo está evaluando lo desequilibrado que estoy en una escala del uno al diez. Para evitar que se caiga la cojo de la mano y al sentirme, hace un aspaviento de separarse. Vuelvo a tirar de ella y me responde, agarrándose a mí con fuerza. Con tres tropezones y alguna que otra maldición por lo bajo, llegamos a la cocina. Punto tres de la casa del terror. Enciendo la luz y la miro.

—Thomas y yo, más él que yo, estamos cambiando la instalación eléctrica.

—Y va más lento de lo esperado, según veo. —Se lleva la mano a la boca—. Joder, Rizos, lo reconozco; tienes valor, ¿tu abuelo también vive aquí?

—Es una historia muy larga. Esta noche tienes información suficiente sobre mí. —Se muerde el labio, mientras rastrea la habitación con la vista—. Y no, mi abuelo vive en casa. Nuestra casa en realidad.

Me dispongo a hacer la famosa cena, sabiendo que ella observa desconfiada cada movimiento que efectúo. Cuando se cansa de mirarlo todo, se deja caer sobre unas cajas de fruta con cojín, que uso como taburetes. A ecológico y minimalista me ganan pocos desde luego.

—El asiento está bien asegurado —digo, al verla balancearse en él—. Si puede conmigo, puede contigo.

Deslizo un cuenco y una cuchara enrollada en una servilleta de papel por la mesa y la coge. O está hambrienta de verdad, o es demasiado educada, porque mete las narices en él y come sin despegar la mirada de los fideos.

—Tengo una duda que soy incapaz de resolver. —Levanta la vista—. Tu hermano entra y sale de aquí y no se me ocurre por dónde puede ser.

—¿Mi hermano ha estado aquí? —Silencio—. Ahora entiendo sus «debería estar ayudando a Simon».

Se encoge de hombros y se incorpora para llevar el cuenco al *fregadero* con expresión de horror. Su pecho roza mi brazo. En dos segundos, la acorralo manteniendo la distancia. Se gira para salir del

encierra entre la encimera y mi cuerpo, pero me desplazo un par de pasos para evitárselo. Con el pulgar acaricio la zona baja de su labio inferior para limpiarle un fideo e, inmediatamente después, su rostro comienza a arder y el color irrumpe en sus mejillas. Su pecho se agita, subiendo y bajando desfasado. Aparta la vista de golpe, trastabilla y se retira, guardando las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros. Parpadeo un par de veces y dejo los ojos cerrados. En la oscuridad de mi visión, aparece ella tal cual está delante de mí, pero en mi mente puedo estirar la mano y tocarla otra vez. En mi mente no sé va. En mi mente tiembla bajo mis manos.

—Es hora de que me vaya —Tartamudea y se gira mientras se pone el abrigo.

Pasan unos segundos hasta que reacciono y me despego del borde de la cocina de gas.

—Espera, me pongo el mío y te acompaño.

—No es necesario. De verdad, mi casa está cerca —reitera, cuando ve que la imito.

—¿Te incomoda que te mire o solo es una apreciación equivocada mía?

—No, no me molesta. No puedes sacarte los ojos...

Sonrío con descaro; no sabe cómo poner las manos.

—Gracias por la cena.

Opción uno: la ignoro y la acompaño. Opción dos: la dejo irse sola.

—No soy de insistir, pero es tarde. —Me subo la cremallera—. No me quedaría tranquilo si te fueras sola.

—En serio, no tienes que fingir ser el perfecto caballero conmigo. Vivo a tres calles de aquí, es absurdo. Gracias... otra vez.

—La tregua de hoy no cambia nada, ¿verdad? —pregunto molesto.

—Tal vez para ti sea una tontería. Para mí no. —Retrocede un par de pasos—. Vamos, Rizos, nos hemos conocido por azar, lo de hoy también ha sido casual. No tengo tres años para estar a la defensiva todo el día con alguien, ni ganas... —Se gira para ir hacia la salida—. Tú no me gustas y yo tampoco a ti, y no voy a quedarme lo suficiente como para ser... amigos

—Te equivocas... —la interrumpo—. Tú sí me gustas. No sé ni cuánto ni porqué. Pero pienso en ti y me encanta tocarte las narices —confieso, en su oreja con susurros.

—Pues tú a mí no. —Se da la vuelta y me mira directamente a los ojos—. No pierdas tu tiempo conmigo. Hasta mañana.

A duras penas y no sin tropezar, la oigo girar el picaporte.

—Vega.

No dice nada, aunque se queda quieta para escucharme.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que no hacías lo que no te gusta que te hagan? —Continúa callada—. Pues lo que acabas de decir demuestra que lo haces y, además, premeditadamente.

—¿Qué? ¿Qué dices, Simon?

—Tú piénsalo. Y cuando lo descubras...

Dejo la frase a medias; se ha ido. Sabe a qué me refiero. Sabe que si su estupenda idea termina tal y como ella espera que termine, le hará a su hermano lo mismo que le hizo su madre a ella.

Gruño y pego un par de patadas al aire. No quiere que la conozca, ni que haya paz entre nosotros. Y por muy mal que suene, cuando lo he dicho, no estaba pensando en su hermano. Era egoísmo. Egoísmo que me cuesta llegar a asimilar y comprender.

Capítulo 10

Vega

Hacía años que no le encontraba atractivo al techo. Horas y horas revolviéndome bajo las mantas para terminar fija en él. Maldito Simon. Una oscuridad rebotante de palabras rellena cada hueco repleto de heridas. El mismo espacio en el que me he sentido la peor persona del mundo me absorbe y me encierra. Todo por su lengua afilada y tóxica. Según el reloj de la mesita de noche, alrededor de las siete de la mañana, mis parpados han cedido y he conseguido dejar de lado la pesadumbre de mi conciencia. Me he llamado de todo cuando miraba a Robert plácidamente dormido. Al menos hasta que ha encendido la luz y ha tropezado con casi todos los muebles que hay en el cuarto.

—Joder, Robert, ¿no puedes hacer más ruido?

—Roncas. No sé por qué te molesta el mío; no me has dejado dormir—. Le lanzo un cojín.

—Sí, ya he visto la pesadumbre con la que has pasado la noche, ¡pobre...!

Me mira con cara de circunstancias, a veces olvido que, aunque sea muy listo, su diminuto cerebro todavía no pilla los sarcasmos. Está contento, anoche cuando llegué me estaba esperando despierto, según él, tampoco podía dormir. Angelito. Luego le conté que Simon estaba triste y no pudo venir y prometió hacerlo hoy. Eso espero, porque la paz es efímera y yo no pienso en excepciones. Siendo sincera, no pienso en otra cosa que no sea él o el calor que me transmite cuando está cerca. Un ardor que me desconcentra y me hace decir chorradas y dejar la puerta abierta. Y no, solo con colarse en mis pensamientos más minutos diarios de los normales, ya es meter más que la punta del pie dentro de mi territorio. Mío. Si quiero que se quede en el límite, tengo que ser más rápida que mis instintos primarios. O directamente seguir el plan inicial: no acercarme y mucho menos hablar con él. Lo de los últimos días, solo ha sido una expresión de empatía. Por desgracia, tenemos cosas en común que nadie desearía. Sí, exacto; empatía. Entonces... ¿por qué quiero saber si hay más además de eso?

Cuando vuelvo a abrir los ojos, es casi medio día. Músculos y huesos me pesan como si hubiera recibido una paliza. Nunca me ha sentado bien hibernar. Salto de la cama y me pongo lo primero que agarro de la maleta—sí, todavía está hecha—, me lavo la cara y me cepillo el pelo. Reviso mi reflejo en el espejo y pese a todo el esfuerzo, sigo pareciendo una marmota desfasada de horarios con los ojos tan hinchados.

Al llegar a la cocina, tropiezo con la mirada de Adele.

—Llevas un suéter muy bonito —dice, examinando mi atuendo—. Creía que odiabas el rosa.

El dato me golpea en las entrañas. Es cierto, odio el rosa, pero soy tan terca que un día vi el suéter y decidí que el color era lo de menos, incluso huyendo de los espejos siempre que me lo pongo.

—Estaba rebajado.

—Anoche llegaste tarde, ¿lo pasaste bien con Brianna?

—No estuve con ella —digo cortante.

—Bien, esto... —Aparta la mirada y me da la espalda para trastear en el fregadero, mientras saco leche del frigorífico y me sirvo para calentarla—. Peter ha hablado con el chico de la cafetería... Has vendido dos cuadros.

—¿Qué? ¿En serio?

No grito, ni doy saltitos. Y mi tono de voz aunque lo parezca, no refleja la emoción que debiera.

Olvido la leche en el microondas y salgo de la cocina. Es grande, con su magnífica distribución en forma de U y su funcional y elegante isleta en el centro. Ese jodido color rojo chillón de encimeras y puertas se me clava en las retinas. Ni toda la luz que entra a espuestas por los ventanales ni la noticia de haber vendido dos cuadros consigue que me relaje.

—Vega, ¿no vas a venir a comer?

—No —respondo sin dejar de ponerme el abrigo.

Mi reacción es desproporcionada, pero entre el «come, come» que ya tenía, que mi madre actúe como si no hubieran pasado casi ocho años de mí, me convierte en pólvora.

—Hay espaguetis al pesto —esboza media sonrisa y añade—: Tus favoritos.

—Déjalo ya, ¿vale? —Se pone seria—. Está bien saber que hay cosas que no has olvidado, pero, ¿sabes? Yo también recuerdo otras: Cumpleaños sin felicitaciones y cosas así. Ahora me importa un huerto entero de pimientos. Entonces hubiera sido un detalle. Algunas eran importantes para mí, justo igual que para ti terminar la puta universidad.

—Reconozco no haber sido la mejor madre del mundo. —Se frota las manos—. Pero nunca me he olvidado de ti. Fuiste tú quien eligió quedarte con tu padre. ¿Qué querías que hiciera?

—Nadie; ningún niño debería tener que elegir. Al menos, no si haciéndolo pierde al otro. —Zarandeo el perchero de la entrada—. Tenías dos hijos, mamá. Dos.

Y dicho eso, salgo con un portazo sellando el final de la conversación. Pobre puerta, si pudiera hablar me odiaría por el trato nefasto que le doy. Otra conversación que acaba en el mismo resultado. Hacer memoria es un asco.

Entro en la floristería de los Morris, bueno, una de ellas. En concreto la que está en Cold Springs. Los padres de Peter y Brianna son verdaderos fanáticos de las flores y todos los utensilios inimaginables que tienen que ver con ella. ¿Y qué mejor manera que levantarse cada día sin tener que ir a trabajar? Pues sí: creando un imperio colorido y perfumado. Benditas flores. Solo un par de inspiraciones han bastado para que se disipara la marea negra que arrastraba al salir de casa. Eso y que mi amiga, siempre consigue que lo más negro termine siendo lo más fluorescente y chichón del mundo.

—Tengo buenas noticias —grito como saludo.

No puedo ver a Brianna, aunque la oigo trastear en uno de los pasillos del fondo. Pongo el oído en el sonido y logro verla. Está colocando tiestos de madera en lo alto de una estantería subida a una escalera. De lejos parecen simples maceteros de *pvc*, de cerca confirmo que son de barro, cerámica o cualquier material de lo que estén hechos, lo cual, aumenta considerablemente el peso.

—¡Serás mula! —digo, dándole un empujón desde abajo al último— Pedir ayuda, a veces, viene bien.

—Sí, lástima que el duende que tengo contratado por horas se fuera a comprar tabaco para no volver. —Baja los escalones—. Bonito suéter.

Pongo los ojos en blanco y me echo a un lado para dejarla pasar. Está cansada.

—Y bien, ¿para qué soy buena?

—Para... —miro el reloj de mi muñeca— cerrar cinco minutos antes y tomarte un descanso. Vamos a tomarnos algo fuera de lugar para la hora que es.

—¿Vas a ir a ver a Mark?

—Vamos a ir a ver a Mark —aclaro.

—No puedo, esas gardenias tienen que ser trasplantadas a maceteros más grandes o se...

—Ya, ya —resopla—. Las gardenias.

No sé si os he contado alguna vez, lo insistente que puedo llegar a ser, sobre todo, cuando he descubierto hace poco que tengo un exagerado complejo de celestina. También he resultado ser un poco cotilla y ver como se ignoraban el otro día Mark y ella, me ha dado alas para ir haciendo maldades...

A mí no me entiendo, mis decisiones no son seguras y tengo una doble vocecilla que me dice cosas que no quiero oír, pero que inexplicablemente, cuanto menos quiero oírla y toparme con ella, más aparece. Y sí, estoy hablando de Simon.

Cuando llegamos, vamos directamente a sentarnos en un extremo de la barra. El bueno de Mark me sonrío y parece tener una cuerda que tira de su cuello, impidiéndole mirar a Brianna. Acción que le disgusta por como tira del dobladillo de su falda.

Pedimos dos refrescos aliñados, ya que, como estamos de buen humor —unas más que otras—, dejamos

esa parte a elección del misterioso camarero. Brianna se levanta al oír la melodía de llamada de su móvil y con un gesto me indica que va a salir.

—¿Qué le pasa? —pregunta él, entretenido con la máquina de café.

—Sus gardenias. Van a morir si no las trasplanta —digo en tono burlón—. ¿De dónde eres, Mark?

—Su espalda se tensa—. ¿Has vivido siempre aquí o...?

—No, desde hace unos meses. Cómo tú. —Se gira y levanta mi vaso para limpiar el poso que ha dejado—. ¿No quieres saber qué cuadros han sido los elegidos? Les he aumentado un poquito el precio. Espero que no te moleste.

—No, no.

Mientras Brianna entra, Mark y yo hacemos cuentas con los porcentajes. La verdad, es que continúo sintiéndome rara cada vez que miro a las paredes y tropiezo con creaciones mías. Sobre todo ahora, con los huecos que van dejando libre en el local.

—Estaba preguntándole a Mark cosas sobre él —le digo a Brianna mientras se sienta.

—Pues suerte con eso —espeta—. Te darás con un canto en los dientes si consigues que te diga su apellido.

Mark continúa de espaldas, pero sus hombros se ponen más rígidos al oír a Brianna referirse a él.

—Puede que a algunos nos guste pasar desapercibidos... —inquire—. O prefiramos no contarle cosas personales a alguien en quien no tenemos interés por cruzar la línea de cliente/camarero.

Zas. Otro con la lengua larga y sobredosis de simpatía rancia. Mi amiga se levanta y desliza el vaso, todavía lleno, hacia delante. Saca un par de billetes y los tira con coraje.

—¿Te vienes o te quedas? —me pregunta ya desde la salida.

—Prefiero ir donde el aire no esté tan espeso como para estrangularme al respirarlo.

—Tengan buenas tardes, señoritas —se despide con sarcasmo.

—Igualmente, encanto —respondo, imitando su tono.

No he tardado mucho en salir, pero me cuesta alcanzarla, aun yendo con deportivas y ella en plataformas.

—Te has quedado sin cactus.

—Oh, no...—gimo—. Eso sí que no.

De flores no entiendo, ni de cactus, pero me encantan. Cada uno tiene su personalidad, parecen peligrosos y en el fondo, tan frágiles.

—Lo has hecho queriendo.

—Un poco sí —confieso cabizbaja—. Joder, ¿qué le pasa a la gente de este pueblo?

—A la que viene más bien —aclara.

Cinco minutos más tarde a Brianna se le pasa el cabreo y empieza a mirarme.

—Te agradezco tu interés, en serio, pero tienes que dejar de hacerlo. —Se coloca el flequillo detrás de la oreja— Mírate, ni si quisieras planeas quedarte, vives como si estuvieras de paso y...

—¿Y qué?

—Eres como una de esas amigas que perdí cuando se fueron a la universidad.

—¿No fuiste a la universidad?

—Sí, estudié biología, ya ves.

—¿Nunca has querido irte de aquí?

Niega con la cabeza.

—Aquí, de momento, está mi casa. Me gusta mi trabajo. —Sonríe y me acaricia la cara—. Tiene que pasar algo muy gordo para que quiera irme.

—Darte cuenta de que te falta algo que aquí no tendrías... ¿Enamorarte?

Pone cara de susto y al instante sonrío.

—Puede que eso mismo te suceda a ti.

—¿Quedarme?

—Tienes a tu familia, una amiga... —Ríe—. Y puede que el hueco que queda libre encuentre la pieza para tener el puzle completo.

—Sí, para puzles estoy yo. Lo único que tenemos en común es Robert y...

—Sí, si... tú mira bien. —Quita las manos—. Detrás de las nubes y, quizá, cuando menos lo esperes, te des de bruces con los rayos de sol. Entonces, verás el desorden y te molestará tanto que ordenarlo será tu prioridad.

Me agarra por los hombros y me insta a mirar al frente, y lo veo. Siendo el profe más paciente del mundo, riendo y corriendo detrás de Robert para que no se vaya lejos o aterrice. Sin embargo, no veo ningún rayo de sol cegándome. Aunque lo que sí vuelvo a sentir, es el calor de su cuerpo y mis piernas transformándose en fundente y esponjosa gelatina conforme me acerco a él. ¿Por qué me sucede tal cosa? Dejo de mirar al cielo, bajo la vista a la tierra y me rindo por hoy. Resistirse, cuanto menos, es asfixiante y agotador.

Capítulo 11

Simon

A veces, en realidad siempre, deberíamos ser honestos delimitando nuestras habilidades. En mi caso, es algo que llevarlo a cabo suele costarme más que reconocerlo. Y, puede que si, además de gritar que soy un torpe de libro para la albañilería, fontanería..., hubiera mantenido mis manazas quietas, la estampa mañanera hubiera sido otra considerablemente distinta.

—No tienes por qué hacerlo, Simon. —Me aprieta un hombro—. Tú no quieres quedarte, ¿para qué vas a realizar una inversión tan grande en este revuelo de escombros?

—Precisamente por eso, porque pienso quedarme. —Abre la boca pero lo corto, alzando un dedo—. No voy a estar eternamente pidiéndote que te vengas, abuelo, y menos aún sentado, viendo cómo pasa el tiempo y no materializo lo que tantos años de esfuerzo y trabajo me ha costado. Si no quieres venirte, abriré aquí mi consulta. —Vuelve a intentar meter baza y se lo impido—. Ya está decidido, Patrick.

Me observa paralizado con la última frase estrangulada en su garganta. Al oír su nombre de mis labios, le he dejado claro que nada de lo que diga me hará entrar en razón. En su razón, quiero decir. Sabe que odio repetirme y que me traten como a un niño, así que, no le ha quedado otra que resignarse y quedarse callado.

Entierro la mano en el pelo y salgo fuera sin mirar dónde piso. Si tener que pensar dónde conseguir una barca por cargarte una tubería no es suficiente, aplacar a un viejo gruñón perjudica todavía más la labor de buscar profesionales que se encarguen de todo lo que tú no tienes narices de hacer, por mucho empeño que pongas. Paciencia y conformidad han rebosado mis límites, por lo que, sopesando opciones, no me ha quedado otra que decidir sobre la marcha. Restauraré la barbería para poder trabajar y vivir modestamente. Pero esta vez, no tocaré nada.

—¿Estás bien? —pregunta una vocecilla a la vez que una mano helada me revisa la cara.

Doy un paso atrás y me retiro el flequillo de los ojos. El tono de voz lo he reconocido, pero he tenido que mirarla varias veces extrañado por su cercanía al asaltarme. La examino sin reprimirme al hacerlo. Lleva el pelo suelo y revuelto, como me gusta verla, y un montón de manchones de pintura por toda la ropa y piel visible, incluido el cabello.

—¿Has pintado sobre algo o te has usado a ti misma de lienzo?

Nada más oírme, mi entrepierna se adelanta a lo que me imagino inmediatamente después. Ella, pintura por sus redondeces, sus manos extendiéndola...

—Sí, he intentado plasmar la estética de un majestuoso pavo real en todo mi cuerpo, aunque la espalda se me ha resistido —espeta casi sin respirar.

Esbozo una sonrisa golfa. No lo voy a negar, he continuado imaginándomela justo por el lugar que lo dejé antes de que ella interrumpiera su propia visión en mi cabeza, y se ve que es consciente porque me golpea el brazo con uno de sus diminutos puños bien apretados.

—Se lo habrás dicho a tu tía por lo menos —grita mi abuelo, salido de la nada.

—La llamaré. —Niega con la cabeza, afianzando su disconformidad con mi decisión precipitada—. ¡Lo prometo!

—A este paso, voy a tener que redactar otro testamento. Tendrías que haber consultado tus planes con tus hermanos antes de empezarlos siquiera...

—Los chicos y yo no vamos a discutir por herencia alguna, entre otras cosas, porque vas a echarnos la pierna por encima a más de uno —musita algo que no consigo entender, mientras me alejo a la calle—. Y porque el infarto nos dará a nosotros antes que a ti. —Termino consciente de que no me ha oído.

La agarro con cuidado del brazo, con la intención de que ambos salgamos del pantano privado que cubre el piso bajo y parte de la barbería. Al mirarla, veo que se ha quedado parada con los labios parcialmente abiertos. Parece estar rumiando algo que no está segura de pronunciar.

—¿Qué? —pregunto más calmado.

—Nada, es... pensaba que no tenías hermanos.

—Biológicos no —explico—. Son mis primos.

—Ah, vaya...—Que muestre interés por mi vida privada me sorprende—. Es bonito tener una relación tan estrecha como para considerarlos hermanos.

—Supongo —digo cortante.

Lo último que pretendo es ser borde o poco cercano, no obstante, a lo largo de la mañana mi humor ha pasado por varias escalas de medición, y no es un buen momento para contarle el capítulo de mi vida, que sigue al de la última vez. Aunque lo que ella no sabe, y sin razón lógica que lo explique, es que durante unos minutos ha hecho que me olvide de todo el circo que tengo a mi espalda para centrarme en ella.

—Y bien, señorita, usted dirá.

—¿Yo diré qué?

—Nada, eres tú la que se me ha tirado encima. —Me fulmina con la mirada—. Si querías toquetearme, no era necesario abalanzarse con tanta ansiedad. —Me aproximo unos pasos y le cojo la mano para llevármela a la cara, tal cual hizo ella hace un momento.

—Desde luego.... —La retira, trastabillando por la intensidad con la que lo hace—. Eres medio lelo, Rizos. La estupidez que acabas de decir, deja bastante claro que no tienes ni idea de cómo vemos «tu casa» el resto de mortales. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Pensaba que se te había caído el techo encima o algo así...

—Se te ve muy preocupada sí... —respondo algo sarcástico.

—¡Vete a cagar ranas! —grita y se aleja en dirección a su casa.

¿Intuís que es lo próximo que hago yo? Sí, seguirla para arreglarlo. Tengo que empezar a plantearme, portarme mejor con ella. O encargar un manual para saber palabras y expresiones prohibidas. O aprender a pedir disculpas en infinitud de idiomas para que crea que son sinceras. Lo que sea más efectivo.

A dos zancadas la agarro por la cintura y me la echo al hombro. Y como esperaba, sus rodillas han golpeado en sitios que duelen bastante, pero aguanto el tipo y la bajo con cuidado, después de quedarme medio sordo por sus alaridos justo en el oído.

—¿Vas a irte siempre que estemos hablando?

—¿Vas a ser tan... eso que eres siempre que lo hacemos?

—Vale, vale. —Aumento la velocidad—. Lo pillo, además de rara tampoco tienes sentido del humor.

Frena en seco y choco adrede con ella. Acción que hace que me asesine con la mirada cuando se gira.

—¿Por qué te enfadas cada vez que te dirijo más de tres palabras seguidas?

—He corrido desde el final de esta calle en cuanto he visto salir agua a borbotones de tu casa, y tú, como buen cretino, no tienes mejor chiste que...

—Tendré que reírme hasta de mi sombra, si no dime tú que hago. ¿De verdad has visto el lago que tengo montado?

—Bueno, me alegro de que tengas todos los huesos y la lengua en su sitio —pone énfasis al decirlo—. Aunque siga sin verle la gracia

Sonríe con timidez, desviando la mirada a un lado. En esos segundos aprovecho para eliminar la distancia lentamente, para que no retroceda. Al volver a mirarme, mi mano ha ido sola a la punta de su nariz. Tiene una pequeña mancha de pintura, que limpio sin ser brusco. Quieta, cierra los ojos con los labios levemente abiertos, invitándome a acariciarlos. Lo medito durante medio segundo, pues no quiero volver a correr detrás de ella, pero lo hago igual. Carraspeo sin querer al sentir en las yemas su esponjoso tacto y, al contrario de lo que esperaba, mueve la cabeza, acelerando el recorrido de mi dedo. Suspira y me llena con él aire que expulsa. Abre los ojos para luego colocar su mano sobre la mía y la retira con parsimonia con sus ojos clavados en los míos.

Tuerzo la boca en una sonrisa al ser consciente de su reacción. Y ha sido media porque me cuesta creer que todavía esté parada a escasos centímetros, tan callada y aceptando mis huellas en su piel.

Normalmente, no tengo problemas de agilidad mental para soltar chorradas sin ton ni son, pero en esta ocasión, nada ni de provecho ni para darme dos buenas bofetadas traspasa mi mente.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada, Rizos, algunos no tenemos la misma necesidad de decir chorradas todo el tiempo.

Dejo salir una carcajada, mientras pienso la chorrada que voy a soltarle cuando un apretón en el hombro me distrae y obliga a mirar en su dirección; el abuelo.

—Mmm... —La mira, seguramente pensando su nombre.

—Vega, abuelo. Se llama Vega.

—Eso —dice—. Estaba pensando en ti.

—¿En mí? —pregunta con desconfianza. Y no es para menos, pues a saber qué barbaridad se le ha ocurrido.

—Sí, justamente estaba viendo el insulso dormitorio de mi nieto. —Me mira mientras lo dice—. Y tengo entendido que tú pintas muy bien, ¿es cierto?

—Bueno... yo... —Dirige la vista hacia mí desconcertada—. No lo sé...

—Abuelo, aprecio mucho tu atención de verdad, pero tiene muchas más cosas que hacer...

—Le pagaría por ello. Bueno, tú le pagarías por ello.

—No —digo como ultimátum, intuyendo lo que viene después.

—¿No qué? —pregunta ella ofendida.

«¡Ay, señor! ».

—Pues que no quieres pintarme el dormitorio o lo que sea que se le haya pasado por la cabeza al medio demente de mi abuelo —digo y recibo un tortazo en la nuca del aludido.

—¿Por qué no?

—Esta sí que es buena... —Me carcajeo sin dar crédito—. Te pasas el día con la escopeta cargada o la marcha puesta. Bien para dejarme con la palabra en la boca o para...

—Señor Patrick, acepto su proposición —interrumpe la descarada, tendiéndole una mano.

—Encantado de que así sea. Nos vemos mañana aquí a primera hora —responde con una sonrisa y le suelta la mano.

Ella asiente, sonriendo en exceso.

—Hasta mañana entonces.

Se despide, dirigiéndose expresamente a mí.

Si me lo cuentan, no me lo creo. Me pellizco para asegurarme que la cómica escena que acaba de pasar delante de mis ojos y oídos ha sido real. Y sí, la risita triunfante de mi abuelo lo confirma.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

—No sé de qué me hablas, hijo.

—Si por clemencia de algún ser celestial yo no he terminado con lo que queda de la barbería. Esa loca —señalo en la misma dirección en la que se ha ido— va a rematarla.

—Tonterías. —Ríe otra vez y empieza a tocarme la moral un poco—. Y lo que me voy a reír en tanto os ponéis de acuerdo.

—Pues si crees que le vas a sacar provecho, ve preparando tú el cheque. Yo no pienso pagar un servicio que no he contratado.

Le da igual. Sigue riéndose, y cada vez más fuerte. El dinero no es el problema. Lo es, el hecho de que mi abuelo, mi propio abuelo... decida por mí.

«Eso y que no sabes cómo actuar más de diez minutos seguidos cuando la tienes cerca».

Suspiro con resignación. ¡Y todavía tengo que llamar a mi tía para decirle que el viejo y yo nos quedamos!

Capítulo 12

Vega

Lengua traicionera e inconexa. ¿Cómo puede ocurrir que el cerebro sea quien mande y algunas partes del cuerpo vayan por libre? ¿En qué momento a mi inestable juicio se le ha ocurrido la genial idea de aparecer, incitando a mi lengua a revelarse con tanto descaro y tan pocas luces?

Entro en casa directa a la ducha, Brianna está abajo hablando con Adele. A veces me hace gracia lo bien que se llevan las cuñadas pese al desfase de edad entre los dos. Bueno, si somos justos, mi madre, no es mayor en absoluto. Solo diecisiete años nos separan. Sí, fueron muy adelantados en determinados menesteres mis padres. Aun así, buscó el *equilibrio* entre ser madre y poder terminar el instituto para poder ir a la universidad, aunque no fue hasta que nació Robert que lo retomó y terminó, consiguiendo el título. Tiene mi total admiración por ello, si tuviera que haberlo hecho yo, una o todas las partes hubieran salido un pelín peor. A ella solo le salió *regular* la parte de ser madre. ¿Se ha notado el sarcasmo?

Seguramente, esa sea una de las razones por las que se toma su trabajo tan en serio, le costó tanto llegar a materializar sus sueños que vive desfasada entre la etapa universitaria y la presente, algo así como un síndrome de Peter Pan con variaciones. Adelantó su etapa adulta y ahora ha regresado a la post adolescente. Y el motivo de ello, no es ni más ni menos que dos errores, de los cuales; yo fui el primero y mi hermano el segundo. Y sí, le echo la culpa de ser como es y de traernos al mundo cuando en realidad no era lo que quería, o sí. Pero su brillante carrera siempre tuvo prioridad, por lo menos frente a mí. Prefiero pensar que pese a no entendernos, ocupó un lugar parecido al de mi hermano en su corazón y *planning* de vida.

Una vez leí, que todos los hijos quieren a sus padres, sean como sean estos, pero al revés, puede no ser así. Probablemente sea una opinión extrema, que en mi caso, he llegado a plantearme con más regularidad de la deseada. También prefiero creer, que simplemente, sus prioridades cambiaron de orden sin que se diera cuenta. Aunque un par de décadas después, algunas todavía libremos batallas con todo lo que se hizo a la ligera y antes de tiempo. Y que ya no es tan inmadura y es consciente de aquello en lo que se equivocó.

Ya sin pintura por todas partes bajo, secándome el pelo con la ayuda de una toalla.

—¿Y esa cara? —pregunta Brianna sin darme tiempo siquiera a saludar.

—La de andar por casa, la otra la he dejado en el cesto de la colada —respondo divertida.

—Ese encanto tuyo... —dice Adele en un intento de echarme la bronca por borde.

—Tengo trabajo —digo sin paracaídas.

Ambas se miran cómplices. Brianna retira los cojines de su costado para hacerme hueco en el sofá.

—No estoy muy segura de en qué consiste, y creo que el señor Patrick me ha confundido con un pintor de brocha gorda.

—¿El señor Patrick? —pregunta Adele con una sonrisa suspicaz, que deja claro lo bien que se lo pasa al intuir por dónde voy.

Mi amiga, en cambio, me mira con la frente fruncida, esperando a que me sienta.

—He empezado a discutir con Simon. —Niego, balanceando la cabeza, pues sigo sin creérmelo—. Y, entonces, no sé cómo, su abuelo me ha «invitado» a darle un poco de vidilla al cuarto de su nieto y yo, en medio del pique, le he dicho que sí tan pancha.

Ambas sueltan carcajadas exageradas con su atención dividida entre la otra y mi cara.

—Vale, vale. Prefiero no imaginar la escena que hay en vuestras cabezas, después de oírme pronunciar lo de «darle vidilla a su dormitorio» —al decirlo, me llevo la mano a la boca.

Se me ha escapado, que mi señora madre, con la que no me llevo bien, pero sigue siendo mi progenitora. Está siendo testigo de mis contradictorios encuentros con Simon. Nunca he tenido la necesidad de abrir en canal mi inconsciente para analizar que chispea dentro de él. Pero estoy a dos

decisiones estúpidas más de hacerlo. Mirando la parte buena, ya sé que pedir por Navidad: todos los manuales de psicoanálisis escritos por Freud y colegas, o un bono con visitas indefinidas a un terapeuta.

Y por más que lo medite, no logro llegar a ese punto en el que comprendo por qué soy tan ambivalente cuando estamos a pocos centímetros. Creo que en parte, se debe a ese descaro suyo de decirme lo que me obligo a no pensar, como si fuera mi pepito grillo. Me joroba, y al mismo tiempo me hace replantearme todo lo que tenía seguro antes de venir. Lo cual, me fastidia todavía más y es cuando se enciende la mecha de un bucle infinito de pensamientos enrevesados con billete a ninguna parte. Además de jaquecas e insomnio.

Se va a quedar. Se lo dijo a su abuelo como si fuera una decisión inmutable. Y parece, que cada vez que elige su rumbo trastoca el mío y me hace sentirme una inmadura egocéntrica por pensar en mí y en largarme tras cumplir un periodo de tiempo ficticio, y que emocionalmente no estoy aprovechando. ¿Por qué es tan sencillo para él decidirlo?

—Bueno, seguro que llegáis a un consenso y, de paso, puede que liméis asperezas en medio de esa vidilla.

Adele vuelve a reír. En serio, si hay algo más embarazoso que sugerir guarradas delante de una madre que venga alguien y empiece una lista después de esto. Y de paso que traiga unos mojitos, esto sólo se traga rebajado con alcohol. Puro. Mejor que traiga Tequila.

—Yo también he tenido veintidós años, hija.

—Ya, y muy bien aprovechados...

—No la emprendas con tu madre —media Brianna—. Eres tú la que nos pones a huevo el chiste fácil, además, piensa que es un trabajo después de todo y que te servirá para pagar el alquiler de tu piso en Nueva York, mujer.

A la mañana siguiente, no necesito despertador para dar el salto de la cama. Muy a mi pesar, mirar al techo cada veinte vueltas en la cama se está convirtiendo en hábito. Robert tampoco ha pegado ojo, en un par de horas se irá de excursión y está nervioso como quien va a las olimpiadas. Dulce inocencia, apestada madurez...

Antes de bajar, me embuto en unas mallas y una camiseta de Batman a la que le tengo mucho cariño, pero que tuvo la desacertada desgracia de terminar en medio de un berrinche de mi hermano y un bote de pintura.

Nota mental: poner cerradura a mi cuarto de trabajo.

Conforme voy dejando atrás escalones, un tono grave y rasposo se cuela en mis oídos con total nitidez. Suspiro y me tapo la cabeza con la capucha de la sudadera.

«Claro así no te verán».

Bofetada del sentido común.

Al traspasar la puerta de la cocina, veo a Simon inclinado a punto de dar un mordisco a una tostada.

—Buenos días —saludan Peter y Adele al unísono.

—Harry Potter no te ha contado el secreto de la invisibilidad bien, o tú no lo has entendido —dice él.

Primera gracia del día. A las ocho de la mañana señores...

—Volveré a consultarle entonces.

—¿Una tostada? —pregunta Peter, adelantándose la bandeja.

—Sí, me vendrá bien. —Miro a Simon con la boca en una sonrisa forzada— Me da que el día va a ser muuuy largo.

—Ah, en relación a eso... Era una broma de mi abuelo, ya sabe lo bromista que es.

—No, no lo sé. Apenas lo conozco.

—Bueno, pues te lo digo yo. —Se rellena la taza de café—. Te agradezco tu predisposición a ayudarme, pero... puedo apañármelas.

—Sí, la piscina que tenías ayer, ¿en el salón era? Me libra de toda duda... —Me fulmina con una mirada burlona.

Que quede cristalino que, en realidad, no me apetece lo más mínimo pasar mi valioso tiempo con él, pero una fuerza interna me impulsa a querer solo porque se niega. ¿Qué le pasa? No cesa en provocarme y darme lecciones de filosofía, y luego no quiere que trabaje para él.

«Mamarracho».

Rob irrumpe chocando los cinco con todos los presentes masculinos y desayuna parloteando con Simon y Peter, hasta que llega la hora para que Peter lo lleve al punto de partida al campamento. Todos incluido Simon nos levantamos para darle un abrazo. Después, exceptuándonos a Adele y a mí, van a llevarlo.

—¿Qué vas a hacer, Vega? —pregunta Adele.

—Pues... darle vidilla a su dormitorio.

Cuando me aseguro de que se han ido, acepto que Adele me deje en casa del señor Patrick de camino al trabajo. No llevo herramientas porque no tengo claro en que consiste el mío, aunque voy preparada para enfrentarme a lo que sea que pida mi «jefe». De pintura, digo.

Y una vez en la barbería, he comprobado con creces el particular de sentido del humor del buen hombre. Puede que mis formas bruscas con su nieto empañen su percepción sobre mí, porque no para de decir cosas con dobles sentidos, de las que el mismo se ríe, observándome como si yo estuviera en otra dimensión o no tuviera ni sentido del humor ni capacidad para pillar sarcasmos. Igual que su nieto, vaya.

Mientras espero a recibir indicaciones, observo cada rincón con especial atención. Y lo toqueteo todo, no voy a mentir. Soy de las que cuando entran en una tienda no paran de manosear. Hasta que llego a unas improvisadas escaleras de madera sobrepuestas en un gran hueco en el techo. Mi primera reacción es reñirme y quedarme dónde estoy, la segunda como podéis intuir, es mirar en derredor asegurándome de que Patrick no está al acecho y ascender por ellas.

Arriba, me coloco las manos en las caderas y sonrío como si hubiera hecho el descubrimiento del siglo: el famoso dormitorio. Es bastante simplón y funcional. Sin embargo, dentro del caos que reina en todo el edificio, todo está colocado en perfecta armonía y esmero. Una estantería improvisada con tablas de nogal, ocupa la pared central que da justo al frente de la cama. Libros y más libros hasta llenar cada hueco de ella. Biografías de todo tipo, thriller, clásico, incluso... alguna que otra novela romántica. La mayoría desgastadas por el uso, otras todavía expulsan el olor a nuevo de sus páginas. Sábanas granate enrolladas entre mantas en tonos camel y beige —otro que no hace la cama—, y un blanco cegador como color elegido para restaurar una vieja cómoda y unas cajas de madera sobrepuestas una encima de otra a modo de mesita de noche. Me muerdo el labio por si el gesto me ayudara a pensar, descorro la cortina de tul también blanca, que tapa la única ventana que he visto hasta ahora sin estar tapiada, y me giro visualizando la habitación en conjunto.

Y si me pongo exquisita, lo único que echo en falta es un cabecero... ipso facto, la bombilla de disparates se me enciende y ya sé por dónde empezar. Le pintaré uno.

—Al final has venido —susurra en mi oído, provocándome lo más cercano a un ataque al corazón que he sufrido en mi vida.

—¿Alguna vez saludas antes de entrar en una sala con gente? —grito entre bocanadas de aire.

—¿Qué mirabas con tanta pasión? —pregunta. Sus labios cambian el tono con el que pronuncia *pasión*.

« Mierda, mierda... »

—Buscaba tus trapos sucios. Lástima que la cámara de mi móvil sea una birria...

Esboza una sonrisa sibilina y se pone a mi costado izquierdo.

—¿Por dónde quieres empezar? —pregunta resignado.

—¿Y ya está?

—¿Y ya está qué?

—No piensas oponerte, ni...

—Me gusta tenerte aquí —interrumpe.

Confundida, desvió la mirada a la librería.

—Si es posible, intenta no liarla muy parda. Cuando estoy en casa, aquí es donde más tiempo paso. No quiero que me sangren las retinas.

Hago un mohín de gesto indescifrable.

—Valoro tu talento, pero soy más bien clásico en gustos.

—¿Clásico en gustos? —pregunto suspicaz.

—Algún día te pediré que me dibujes desnudo con un pedrusco colgando de mi cuello —dice mientras me escanea con la mirada—. Suerte que seas más atractiva que Di Caprio, nena.

Me atraganto con mi propia saliva al oírlo dirigirse a mí...

—¿Qué?

—Añadiré una cláusula dos a nuestra «relación».

Divertido asiente, cruzando los brazos bajo el pecho, movimiento que levanta la camiseta que lleva y deja visible su planísimo abdomen con un fino reguero de vello, cuyo rastro se pierde al cruzar el límite del cinturón.

—Nada de «nenas» ni similares —digo después de aclararme la voz—. ¿Entendido?

—Mmm, ¿cuál era la primera cláusula? —pregunta y se acerca con lentitud a mí, como ha acostumbrado hacer. Retrocedo igual de asustada que un ratoncillo de un feroz halcón.

—No tocarme.

Dicho eso, golpe de melena incluido, bajo por las mismas escaleras que me llevaron allí y cojo mi bolso. Ya sé que materiales puedo necesitar, así que, no quiero perder más tiempo. Sobre todo si él está a menos de medio metro de mí.

—Vega —grita a mi espalda.

Me giro y lo encuentro con el hombro apoyado en el quicio de la entrada y un tobillo adelantado al otro, con la punta del pie rozando el suelo y añade:

—Yo también tengo normas. —Ríe con chulería—. Y ahora, pequeña fierecilla, estás en mi reino...

Me quedo muda e inmóvil. Analizo lo que ha dicho, que dentro de los múltiples significados, el que con más intensidad se queda es el que menos me apetece que lo haga.

—¿Estás segura de que todavía quieres entrar?

—Llámame nena, princesa o algo así. O rózame al respirar, y veremos quien ocupa el trono de su reino, majestad.

¡Ay, señor! Eva expulsada del paraíso por una maldita manzana y yo, tentando a los otros seis pecados capitales...

Capítulo 13

Simon

—Me da que tus plegarias nos van a ser oídas por mucho que mires al altísimo —dice Thomas, limpiándose las manos con un trapo.

Si supiera que las ideas que martillean mi cabeza están un poco más abajo...

Han transcurrido dos días desde que Vega aceptara el trabajo que ella misma ha diseñado y tomado por libre. La oigo trastear, sin embargo, no me he atrevido a subir. Según mis cálculos, lleva más de tres horas sin pronunciar palabra en su mundo y trastocando el mío a su antojo. Recuerdo al dedillo las frases que utilicé para dejar claro que no quería encontrarme paredes repletas de estampas dalinianas en ellas que, en lugar de hacerme más fácil coger el sueño, me lo quitaran. Está claro que me excedí al ser tan benevolente. Le he dado demasiada libertad para que haga lo que quiera dentro de unos límites, porque tampoco es que la conozca demasiado profesionalmente hablando y, con toda probabilidad, al final de la conversación, las ideas de cada uno tomaron rumbos un poco dispares.

—¿No te pica ni un poquito saber qué demonios está haciendo en tu dormitorio?

Esa es otra. Tengo prohibido entrar hasta que termine. Y así va la historia: yo, el dueño y el que paga, desterrado de sus condominios porque a la señorita se le antoja. Cuestión que me pone un poco más quisquilloso de la cuenta. Y Thomas, y sus bromas no colaboran mucho a que deje a un lado mi vena maniática. Según una de sus teorías: cuando se trata de ella no se decir que no.

Mandacojones.

—Prefiero no pensarlo —digo cuando termino de recoger las herramientas—. Y ahora, la prueba de fuego.

Frenético voy pulsando cada interruptor del piso bajo para cerciorarme de que por fin tengo luz.

—¿Qué? —Me lanza un par de tornillos—. ¿No piensas darme las gracias por traerte del siglo pasado a este?

Sonrío y se la devuelvo, tirándole el trapo con el que me he limpiado las manos hace unos instantes. Al terminar, vuelvo a mirar hacia el techo.

—Eso en mi casa lo llamamos ser calzonazos...

—Ya... en tu casa se dicen muchas cosas —respondo cortante.

—Es tu casa.

—¿Y qué?

—Pues que puedes curiosear si te sale de los cojones —Me riñe indignado—. Además, estás deseando.

—Lo que tú digas, tío.

—Vas a quedarte bizco si miras la buhardilla una vez más.

Permanezco callado y me encojo de hombros. Thomas me ayuda en todo. Me ofrece su casa, trae cerveza cuando es necesario, o sea, casi a diario, pero no solemos discutir sobre mujeres, ni nuestros desvelos con o por ellas.

No es ninguna paja mental acerca de que los hombres no lloran y chorradas varias. Tampoco que los años hayan hecho mella en confianza de ese tipo. Simplemente ya pasamos suficientes horas con nosotros mismos, como para que cuando estamos con otros saquemos lo que queremos esconder. Algunos dirán que es poner parches o tapar heridas. Nosotros lo llamamos terapia de sustitución. Empleamos nuestro tiempo en reír, pensar en barbaridades varias y a por otro día con un poco de alegría, rememorando las hazañas de días pasados. Eso y que en la adolescencia resultamos tener gustos similares y nos causó demasiados disgustos. Así que, cuando intuimos que el otro tiene más interés del usual en una chica, nos echamos a un lado y no preguntamos a menos que el otro esté dispuesto hablar. Y siguiendo esa premisa, todo iba a las mil maravillas hasta que Vega apareció. Desde entonces, mi amigo no para de hacer

comentarios absurdos, de los que no sé qué espera exactamente como respuesta, para que me deje tranquilo o pare de pronunciar su nombre a todas horas.

Cuando Thomas me deja solo, son varios los amagos que hago entre subir los peldaños o quedarme dónde estoy. Además, en ese intervalo me cuento mentiras sobre lo maniático que soy con mis cosas y que si subo mi interés estará respaldado por eso. No diré lo típico de soy ordenado en mi desorden porque no. Soy ordenado a secas, y como he dicho en otras ocasiones, en parte es porque no suelo acumular cosas innecesarias. Todo lo que es accesorio o deja de serme útil, termina donado o tirado a la basura sin preámbulos, eso sumado a que tengo la costumbre de dejar las cosas siempre en el mismo sitio para localizarlas bien, me provoca más retorcijones de lo usual al imaginarla, toqueteando cada objeto disperso por mi cuarto. Nunca he comprendido esa atracción que tienen algunas personas por curiosear los bienes ajenos, será porque no la tengo. No obstante, al rato me cuesta convencerme de que es eso y no una necesidad inexplicable de acercarme a ella. De embargarme con su olor, de recordar lo suave que es su piel o preguntarme por vigésima vez a qué sabrán esos carnosos labios.

Me rindo y subo. Silencioso como una pantera, pero los crujidos de la tarima flotante me delatan, y al igual que la primera vez que la vi inmersa en su mundo, no se inmuta. Continúa cantando una canción comercial que suena por la radio como si nada. Seguramente, me haya oído mucho antes del ruidito, pero la ausencia de reacción me permite observarla como si fuera un cámara filmando a su objetivo en plena selva.

—Sigues sin perder esa costumbre, ¿verdad?

Sonrío sin responder. Detesta que aparezca de la nada sin avisar. Guardo las manos en los bolsillos y centro mi atención en mis muebles. ¡La madre que la trajo!

—¿Qué coño les has hecho? —pregunto, intentando descifrar el dibujo impreso en ellos.

—Lo sabrás cuando esté terminado —responde muy segura y seria.

Gira parcialmente su cuerpo y, para no variar, parece que se ha caído en varios cubos de pintura. Su cara es un collage impresionista con un paisaje imposible de definir en un vistazo rápido.

Camino hacia ella, que vuelve a estar concentrada en su trabajo, y me coloco justo detrás. Mi respiración la asalta, pues los mechones de pelo de la nuca bailotean al ritmo de mis tomas y expulsiones de aire. Desde tan cerca, me cuesta todavía más saber qué barbaridad está dejando impresa como cabecero de mi cama. Doy un paso más y retrocedo al ver como el pincel escapa de sus dedos y rueda lejos de nosotros. Se gira con los ojos apretados, intercambiando una presión con los dientes, que me excita demasiado, entre sus labios. El brillo desconfiado de sus ojos me desafía, o lo hago guiado por las ganas que tengo de besarla en este preciso instante. Rápido, la dejo encerrada entre la pared y mi cuerpo, con una mueca de susto que me frena.

—Espero, por tu integridad física, que mi cuerpo no haya estropeado nada.

—¿Qué? —pregunto sin entenderla.

—¡La pintura no está seca todavía, idiota!

Tanteo con la palma que tengo apoyada a centímetros de su cabeza y, efectivamente, cuando la despego, la tengo cubierta de pintura. Como cada vez que invado su espacio, está callada y casi inmóvil a excepción de su pecho, que sube y baja a ritmo frenético mientras sus ojos me taladran inquietos e impacientes porque me retire. Despego la mano de la pared y la poso con lentitud en su mejilla, luego la otra y acuno su rostro entre ellas. Retrocede hasta tropezar otra vez con el muro, con la mirada desviada a un lado.

—Voy a saltarme tu norma número uno —susurro en su oído, apoyando la barbilla en el hueco de su cuello.

—Ya lo has hecho —alcanza a decir, arrastrando las palabras.

Rozo su cuello con la nariz y aspiro ese olor que cada vez que la tengo cerca se cuele en mis sentidos.

Asciendo hasta llegar otra vez al lóbulo de su oreja y me muerdo el labio inferior, conteniéndome por no hacerlo con ella.

—Puede que también vaya a incumplir la segunda...

—¿Cuál era la segunda? —pregunta con trabajo. Sus rodillas se flexionan al mismo tiempo que cambio la mano izquierda de su cara a la cadera para impulsarla a la posición anterior.

Carraspea y balancea la cabeza, instándome a dejar de tocarla, pero en lugar de hacerlo, con los dedos subo su barbilla y enfrento nuestros ojos y labios. Poco a poco me acerco a ellos, podría decir que durante el breve trayecto, me arrepiento o pienso en el bofetón que me va a dar si termino con lo que tengo en mente, pero de igual modo lo hago. Doblo las rodillas y junto mis labios con los suyos. Sus parpados caen y ocultan sus ojos, y sin que mi lengua roce el centro de su boca, sus labios se abren con tranquilidad dejándome entrar. Toca mi pecho con sus manos bien abiertas, sin empujarme, ni mostrar contrariedad. Más bien su lengua comienza a jugar con la mía, en un choque rítmico y demente hasta que de un salto se despegas y sale del encarcelamiento de mis brazos, agachándose y cruzando por debajo mi brazo.

De espaldas veo como alza los brazos para palparse la cara, aun así, permanece inmóvil, lo cual, me confunde. No sé si acercarme o quedarme donde estoy.

—No voy a pedirte disculpas —digo, elevando el tono para que me escuche—. Y después de hacerlo, volvería a repetirlo mil veces más.

Se voltea para clavar sus oscuros ojos en los míos, y con nerviosismo limpia sus manos en las mallas.

—Procura que solo sea una, porque si ocurre otra vez, no habrá una tercera. —Sonríó con satisfacción al ver sus mejillas sonrosadas y ser consciente del temblor de su voz—. Te quedarías sin lengua como mínimo.

—Si me dices que no querías que lo hiciera, lo más cerca que vuelvo a estar de ti es esta distancia —digo conforme señalo los dos metros que no separan.

—Eres mayorcito para tener los pantalones en su sitio y la lengua a buen recaudo.

Lo que guardan mis pantalones reaccionan. Joder, la he besado con premeditación. Mentiría si juro que un impulso irrefrenable me ha llevado a ello. Bueno, sí, una vez que lo he hecho me ha parecido casi imposible poder retirarme, y de no haber sido por ella, aún estaría saboreándola.

—¿Dónde vas? —pregunto al verla bajar.

—Lava mis pinceles, si se seca la pintura y tengo que comprar otros, te los sumaré a la factura.

¿Qué? Esto es surrealista. Bajo en cuanto veo que ha puesto sus pies en el piso de abajo.

—¿Vas a volver verdad?

—Ni con una sobredosis de morfina en vena.

—¿Y quieres cobrar un trabajo que no has terminado?

Silencio.

Ando tras ella. Mierda, ¡para lo cortas que son sus piernas, se dan vidilla cuando quieren!

—Espera —grito al verla llegar a la salida— ¿Podemos hablar como adultos?

—Los adultos no se comportan como nosotros, Simon. —Se mesa el pelo—. No se pasan el día provocándose, ni besan a otros porque les apetece. No tengo la menor idea de que narices es lo que te incita a acercarte a mí tanto, pero creo haber dejado claro desde el principio mi descuerdo con esa actitud tuya...

—¿Es extraño qué quiera conocerte?

—No, no quieres —dice con seguridad.

—Por supuesto que quiero. ¡Mierda! ¿Crees que voy besando a todas las chicas con las que me cruzo?

—Ves, sigues sin entenderlo. Me da igual lo que hagas normalmente, no quiero que lo hagas conmigo —resopla—. Quizá, la responsable sea yo, no debí caer en el juego de tu abuelo.

—No hay responsables, Vega —aclaro y sujeto su codo—. Es la primera vez que no te vas, sin

dejarme decirte adiós. —Su mandíbula se tensa—. Dime que no querías que te siguiera, que de verdad quieres irte. Porque en el fondo no quieres.

—Si me sueltas, lo haré.

—Déjame conocerte —le pido.

—No puedo. No voy a quedarme, Simon.

—Podemos ser amigos —vuelvo a sugerir—. Una tregua. Nada de disparates, ni... bueno barbaridades... los chistes malos son algo intrínseco a mí. —Tiro de ella para que se gire y me mire a los ojos.

—Ya tengo una amiga; Brianna.

—¿Por qué no puedes tener otro? Convénceme.

—No quiero más amigos, no te quiero a ti. Eres esa clase de personas que cuando la dejas entrar, nada vuelve a estar igual. Lo presiento. Y no quiero recoger mis pedazos.

En sus ojos encuentro el miedo que transmiten sus palabras. En sus gestos, me pierdo. Saca su brazo de mis dedos y me rindo, viéndola marchar. Ella no sabe o se niega a entender, que hace tiempo que nada es como era, y que, después de haberla besado, tendría que quedar amnésico para no desear repetirlo.

«¡Cómo te va la marcha, colega!».

Capítulo 14

Vega

Gota a gota, el chorro del grifo se pierde por el desagüe... El chocar del cristal de los vasos unos con otros rebota en eco en mis oídos. Miro distraída el espacio que ocupa la cafetería, y me quedo embelesada en algo del fondo, que percibo como un manchón negro, y que por segundos me trae a la realidad. La voz de Brianna me taladra las sienes, pero prefiero quedarme un poco más apartada de lo que me rodea. En mi mundo.

Me duelen los labios y tengo unas ojeras horrorosas. Llevo más días de los habituales sin poder conciliar el sueño más de un par de horas seguidas. Supongo que la razón de ello es que tenga las mismas imágenes repitiéndose en mi cabeza. Tengo agolpadas tantas sensaciones, que mi cerebro debe estar agotado para cambiar a otros pensamientos. Además, por mucho que me pese, la quemazón que tengo en los labios incita a que piense en ese beso; que correspondí, del que no me retiré y con el que he soñado en modo replay desde que ocurrió. Tengo la sensación de haberlo repetido mil veces. Como una demente, mi memoria retrocede y avanza a ese momento. Hasta el punto de que rozarme los labios con la lengua me produce dolor. Me palpitan igual que si los tuviera hinchados. Quise decirme que era un beso vacío, cualquiera, del montón. Entonces, ¿por qué me cosquillean los poros cada vez que imagino esos labios o lengua asaltándome?

—... entonces cogí una metralleta y me puse a disparar —dice Brianna más alto de lo usual.

—¿Qué?

—Pues que llevo unos diez minutos hablando y solo asientes o dices: VALE.

—Te estoy escuchando.

—Me estás oyendo pero no escuchando. —Pone los ojos en blanco—. Acabo de preguntarte por... ni siquiera lo recuerdo..., y respondes VALE a todo lo que he dicho. ¿Ves la incoherencia o solo lo hago yo?

Resoplo y dejo caer los párpados con pesadez.

—Vale, estoy distraída, ¿tú no tienes días así?

—Por supuesto, todos los tenemos. Pero tú no eres como todos, siempre estás concentrada en algo, sin irte adónde sea que estuvieras...

—Pues ya ves, resulta que soy más humana de lo que todos creíamos. —Mark ríe de espaldas a nosotras.

—No es por mal meter, pero me da que donde estaba, tenía estimulación extra a la terrenal...

Brianna me mira con los ojos desencajados.

—¡Jodida rata traidora y amiga fraudulenta! —La miro con el ceño fruncido—. ¿Desde cuándo se ocultan cosas a las amigas?

—Joder, pensaba que no había otro ser en este mundo peor hablado que yo y acabo de encontrarlo.

—Somos almas gemelas, *mon cheri*... ¿Cómo he podido no darme cuenta antes?

—Me estoy perdiendo en mi propia historia...

—Sí, si —continúa Mark, girándose hacia nosotras—. Era justo lo que parecía, perdida entre...

—¡Qué te calles! ¿Quién eres un doble malísimo de *El mentalista*?

—No, soy camarero. Mi capacidad deductiva es superior a la de la media. Es algo así... como vuestro sexto sentido —La mira a ella y esboza una sonrisa perversa—. Cuando tenéis el radar bien puesto, claro.

Brianna le atiza en el brazo.

—Ahora la que estoy perdida soy yo... —confiesa mi amiga.

Fulmino con la mirada a Mark por decidir ser agradable el día menos acertado.

—Fue el otro día... Simon se me acercó, me quede pasmada mirándolo y...

—¿Y? —preguntan al unísono. Uno con más sorna que la otra.

—Me besó.

Su mandíbula cede a la gravedad y abre la boca tanto que me incita a empujar su barbilla para que no se le cuele nada.

—¿Le diste un bofetón?

—Le correspondí y luego me fui.

—Muy tú —dice pensativa.

Mark estalla a reír a carcajadas. Brianna y yo nos miramos y los siguientes diez minutos soy víctima de un incoherente interrogatorio, acompañado de las risitas y perlititas que suelta él, cuando se acerca a nosotras.

A las cinco, Brianna se marcha para abrir la floristería. ¡Pensé que ese momento no llegaría nunca! Sin embargo, se asegura de que más tarde le cuente con lujo de detalles todo. ¿Qué es todo?

—Entonces, has abandonado tú trabajo... —recuerda Mark—. Una reacción muy valiente.

—¿Qué pasa que ella no te hace caso y me atacas a mí?

—¿Eso dice ella?

—No te creas tan importante, querido. No hablamos de ti —espeto.

Bizqueo y le muestro la lengua. Nuestra relación, es un tanto extraña, ninguno especifica una inexplicable conexión de amistad que se ha ido forjando durante mis visitas a la cafetería. Las cuales, debido a nuestro acuerdo de «mecenas/artista» suele ser a menudo. Y, que, tras una primera impresión, cualquiera puede pensar que nos llevamos bien. No obstante, cuanto más nos conocemos más segura estoy de que se acerca demasiado a mi mitad en chico. Sin pretensiones sexuales palpables, claro está. Habla poco y cuando lo hace, suele ser para que suba el pan, pero en la cercanía sé que no es realmente como se deja ver. Es agradable, además de intuitivo y más cercano de lo que pretende. Una de esas almas que ha terminado en Cold Spring por un motivo desconocido para todos, pero que como dice Brianna, al mirar al horizonte, sus nubes empiecen a despuntar en la lejanía entre rayos de sol. Y, en cierto modo, agradezco que así sea, pues aunque no me guste demasiado ser el centro de las conversaciones o de algo en general, es agradable saber que alguien puede leerte el pensamiento sin juzgarte, ni instarte a que materialices con palabras cada disparate que se pasea por tu cabeza. Sobre todo, cuando últimamente, estos se contradicen.

—¿Qué te trajo a Cold Springs, Mark? —pregunto mientras deslizo el vaso por la barra, a sabiendas que puedo llevarme una bordería por impertinente.

Si algo he aprendido es a observar, y si algo he aprendido de hacerlo con él, es que es aún más esquivo que yo con las palabras. Y más cuando tiene que usarlas para referirse a él mismo. Pero debido a todo lo que tenemos en común, quizás, a través de sus respuestas pueda encontrar las mías.

—Lo mismo que a ti. Huir. —Me coloco bien el asiento—. Huía de mí. Igual que tú toda la tarde en ese banco. ¿O te has encontrado en algún lugar que no esperabas?

—Eso no es cierto, yo vine aquí...

—Llevas huyendo de la realidad, sea cual sea, toda la tarde. —Se inclina con las palmas apoyadas en la barra—. La mayoría de las veces, no es necesario moverse del sitio, chica de hielo, basta con quedarse quieta y abandonarse... Y si me arriesgo, puede que lleves haciéndolo desde que llegaste.

—¿Vas a ponerme esa copa o qué?

—Mmm, sí. —afirma, ladeando la boca en una sonrisa.

—¿De qué huías? —aprovecho que está dándome la espalda, de no ser así, su habitual fachada de chico rudo y cortante me hubiera frenado—. Tener una chica preciosa delante como ella y esforzarse por ser un gilipollas... Debe ser agotado ser así todo el tiempo.

—¿Te cansas tú?

—Estupenda salida.

—No soy ciego y no necesito que resaltes como de preciosa es esa chica. —Se pinza el labio

inferior—. ¿Por te empeñas en aléjate de todo? Es curiosidad, no un ataque.

Me encojo de hombros. Por lo visto, ambos buscamos en el otro lo mismo. Todas las salidas que encontramos están con la puerta cerrada a candado.

—No voy a quedarme.

—Eso pensaba yo, y al final, lo que tenemos en mente como hogar es solo un montón de piedras. El hogar es... donde seas feliz». Creía lo mismo que tú cuando llegué. «Solo serán unos meses», me decía. Hasta que hubo algo, alguien, que convirtió esto en un posible hogar. Lo cual, tampoco era complicado, tampoco es que tuviera un montón de piedras, esperándome para llenarlo con mis cosas y mi cotidianidad. O así lo sentía.

—¿Estás aquí por ella? —Me da la espalda para encogerse de hombros—. ¡Estás aquí por ella!

—Es un secreto.

—Es absurdo, lo que haces. ¿Lo sabes, no?

—Cada loco, lleva sus delirios como puede.

—¿Y esa copa?

—Joder, chica, deberías plantearte un posible problema con el alcohol.

—Sí, un día de estos revisaré los criterios diagnósticos, mientras... déjame huir del mundo tranquila y con ayuda.

Se sirve una copa y propone un brindis que acepto.

—¿Se lo dirás algún día?

—Te has saltado el brindis, trae mala suerte hacer eso —dice para esquivar mi pregunta—. Por nosotros, porque algún día tengamos un montón de piedras, esperándonos para llenarlo.

—Salud.

Vacía el contenido del vaso de un solo trago y lo deja sobre la barra con un golpe brusco tras una mueca de quemazón al sentir descender el líquido por su garganta.

—A veces tenemos que elegir entre nosotros y lo que es mejor para los demás. —Arrugo los morros—. No soy bueno para ella.

—Eso no tendrías que decidirlo tú.

—Aplicáte el cuento. —Mete el vaso en el lavavajillas—. Eres una chica genial, aunque el rencor no te deje mostrarlo. Pero resulta, que puede que alguien más aparte de mí, el camarero con el sexto sentido, también lo haya visto. —Río al oírlo—. Y eso da miedo, ¿no? Llevas tanto tiempo enfadada contigo misma y con los demás, que no crees que alguien pueda ver lo que hay aquí. —Me toca justo en las costillas cerca del latido de mi corazón.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunto con la mitad del cuerpo sobre la barra.

Con cariño me aprieta entre sus torneados y musculosos brazos, besándome la sien en línea recta hasta llegar a mi frente.

—Por cierto —me recoloco la ropa al sentarme—, no me has preguntado quién fue el comprador de tus pinturas.

Levanto una ceja, mostrando mi escepticismo.

—Fue él. Tu Simon.

Cuando proceso la información no me molesto en mostrar sorpresa o desconcierto. Un pequeño remolino de electricidad se extiende desde mi estómago y me da pequeñas descargas. Sonrío como una boba por no haberme dado cuenta antes. ¡He estado en su casa! ¿Cómo es posible que no los haya visto?

Al cerrarse la tarde, dando lugar a la primera oscuridad de la noche, me despido de Mark y camino a casa, con tranquilidad, sumida en un letargo repleto de exabruptos emocionales. ¿Estaría Mark en lo cierto cuando me ha dicho que Simon me entiende?

Desde luego, sus palabras y su forma de actuar conmigo, no lo contradicen. La pena es que, además de lo que se me ocurre, sí que tenemos cosas en común; pérdidas y dolor por ellas. Solo que él las enfrenta

de un modo tan positivo que, a veces, al pensarlo detenidamente, no sé si es un mecanismo de defensa o que lo ha superado tal y como me dijo el día que conversamos sentados frente al Hudson.

A pocos metros de mi casa, no puedo evitar pararme a observarlo con Robert. Desde que llegó de su excursión, no ha cesado en aprender más y más sobre ciclismo y a Simon no hace falta mirarlo dos veces para saber que también es un apasionado. Le enseña todo lo que sabe.

—Hola —saluda conforme me aproximo.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Bien —digo embelesada en él—. ¿Podemos hablar un minuto?

Ninguno retira la mirada del otro. Asiente, esbozando una sonrisa a medias antes de mirar si Robert lo deja respirar un poco.

—Tú dirás...

—Me gustaría volver al trabajo —confieso en susurros.

—Continúa siendo tuyo. —Sonríe, guiñándome un ojo.

No puedo creerme ni lo que he dicho ni lo que estoy a punto de hacer. Tomo aire, lo suelo y le tiendo una mano.

—¿Amigos?

—Amigos —dice, acariciándomela con el pulgar.

Miro su mano unida a la mía y al instante alzo la vista a él. Ejerce presión en su labio al mordérselo. Como si se desquitara así, con el mismo, las ganas que tiene de apretarme la mano y tirar de mí hacia adelante. Sin premura, saco la mano de su agarre y sonrío antes de despedirme.

—Bien, hasta mañana entonces.

—Espera —pide—. Toma

Cojo el papel que me tiende y veo que es un número de teléfono.

—Los amigos hablan por teléfono. A veces.

Río a carcajadas a la vez que doblo el papel y lo guardo en uno de los bolsillos traseros del pantalón.

—Buen intento, Rizos. Tendrás que ganarte el mío.

Desvía la mirada y balancea la cabeza, con las manos apoyadas en las caderas.

—Un hueso duro de roer, ¡eh! ¿Cuánta sopa de sobre tengo que hacerte para que dejes de estar atenta a todo?

—Ese es el problema. —Me carcajeo—. Tendrás que probar con algo más fuerte para conseguirlo.

—*Mmm*, vale. —Vuelve a sacar el bolígrafo y una libretita, y escribe algo—. Digamos que... ¿el viernes a las siete?

Inspiro y expiro hondo. Mentiría si dijera que me esperaba el desarrollo de la tregua, o que estoy ansiosa de que termine para darle la puntilla con una de las mías, pero no.

—Vale —repito la acción que con el papel que tenía su teléfono y me encamino a la entrada de casa—. Allí estaré, entonces.

—Pensándolo bien... te vendré a recoger —grita.

«Acabo de aceptar cenar con él», susurro, cruzando la entrada.

—¿Qué has hecho? —pregunta Adele con el cesto de la colada apoyado en el costado.

—Nada, nada.

—¿Estás bien?

Asiento y caigo en algo: no tengo que ponerme.

«*Tss...* como si eso fuera importante. Es un tregua, no una cita», me digo

—Mamá —Me mira, sorprendida por mi forma de dirigirme a ella. Normalmente, corrijo mi error. En esta ocasión no me molesto—. ¿Podrías prestarme un vestido para el viernes?

Con lágrimas que no terminan de caer y emocionada por el tiempo que hace que no me dirijo a ella

como corresponde, afirma entre balbuceos.

Genial, no tengo término medio. O me la sopla todo, o soy encantadora. Lo único que espero es no darme un buen bofetón que me deje marcas. Aunque quién sabe, las mejores cosas que nos ocurren, son las inesperadas. Tendré que esperar para comprobarlo.

Capítulo 15

Simon

El viernes ha llegado en un suspiro. En uno lento y exasperado. He intentado en la medida de lo posible no fastidiarla con Vega para no facilitarle excusas útiles con las que cancelar la cena. Y créeme, me ha costado demasiado. Ser payaso de nacimiento, sin nariz roja que lo refute, es algo que me cuesta controlar de forma sobrehumana. Más, cuando sé que alguien está como una abeja, esperando la más mínima para clavarme el agujón.

Sonríó al revisar mi reflejo en el espejo antes de salir. He optado por una camisa de cuadros verde y azul marino con unos jeans desgastados. Lo cierto es que rara vez me excedo con la etiqueta, y la camisa ha sido más cosa del viejo que mía. Y como no pienso quitarme el abrigo, no me sentiré disfrazado.

—Sigo pensando que estarías mejor si te pusieras unos pantalones que tuvieran toda la tela y una pajarita —dice mi abuelo.

Durante toda la tarde me he tenido que guardar lo que se me pasaba por la cabeza cada vez que me ha enseñado alguna pajarita de su amplísima colección. Y cada vez que empezaba a relatar una historia para cada una, como si fueran personas, casi me hago sangre en el carrillo para no reírme a grito sordo. Aun así, alguna que otra torta en la nuca me he llevado.

—Esta te iría bien con la camisa —dice, deslizándose una más roja que una frambuesa por la cómoda.

—Abuelo, es una camisa de cuadros. ¿Qué quieres? ¿Qué me repeine el flequillo, me la meta por dentro de los pantalones y me los suba hasta rozar las axilas?

Me mira ceñudo, mostrando su desacuerdo con un mohín.

—Tú verás. Los hombres que son y pretenden parecer serios; llevan pajarita o en su defecto corbata.

Alzo las cejas y bajo los hombros sin ánimo de responderle. ¿Para qué? Le encantan esos trozos de tela con nudo, adornando su cuello. Tanto que, mientras vivía con la tía y pensaba en él, la primera imagen que aparecía en mi mente era él con su perilla y alguna de sus curiosas pajaritas.

Todo empezó con la barba, recuerdo perfectamente el día que decidió dejársela y, poco a poco ir dándole diferentes formas, según las estaciones o las modas. Es una de las muchas cosas que heredé de él; no afeitármela a no ser que fuera estrictamente necesario desde que me salió al completo.

—¡Pobre abuela! Toda una vida sufriendo tus estrambóticos complementos. —Se aparta de mi derecha y murmura algo no muy bueno sobre mí—. Lo único que te falta es empezar a coleccionar bastones y pañuelos de seda.

—Sí, y sombreros a juego... ¡No te joroba la guasa que tiene el niño! Y para tu información, a tu abuela le encantaban —sentencia y retira la pajarita con coraje.

—Si claro, por eso solían perderse..., casualmente las de colores más chillones.

No dice nada, pero me llevo la tercera colleja de la noche. Un día no muy lejano, tomaré clases de karate en secreto. No veo otra salida más efectiva que ser un ninja para poder librarme de la zurda experimentada del viejo.

Todavía rascándome la nuca, salgo y me dirijo hacia la bici con la llave del candado entre mis dedos. No tengo coche y, la verdad, es que tampoco deseo tener uno. Desde que aprendí a montar en bici, se convirtió en mi medio de transporte. Aunque tengo serias reticencias del grado de aceptación por parte de la señorita. Además, intuyo que toda la calma que he logrado mantener a lo largo de la semana va a desvanecerse en el mismo instante en el que termine de sugerirle que suba conmigo. Pase lo que pase cuando lo haga, será gracioso ver la vena hinchada que emerge de su cuello como una culebra gigante y gruesa, cuando se frustra y entiende que está acorralada. También es cierto que podríamos ir andando, pero solo por hacerla rabiar, invitarla a subir, será mi primera opción. Soy consciente de que parezco un masoquista con ganas de marcha, pero no logro situarme en la última vez que me interesó de verdad una chica, que con su parte más agria me enganchara, y con los detalles buenos me mantuviera horas y horas

pensando en ella. Por ello, no sé si me gusta más; cuando sonrío por mí o cuando arranco a reír a carcajada sorda sin que ella pretenda provocar ese efecto en mí. Porque después de la explosión de carácter siempre ríe por inercia o con ganas y me contagia, y justo cuando deja de hacerlo ya empiezo a echarlo de menos.

Aparco en la entrada y reviso la hora en el reloj de muñeca. Si fuera otro día y en otras circunstancias, no dudaría en entrar y esperarla dentro, sin embargo, aunque sea una cena de «tregua» prefiero que al encontrarnos sea diferente a otras veces.

Atraído por los acordes de una guitarra, alzo la vista a la única ventana iluminada del piso de arriba. Las cortinas están corridas, pero en sombras reconozco la silueta de Vega junto a otra más pequeña, bailando al ritmo de *Come and get your love* de *Redbone* y sonrío al imaginármelos. Robert está obsesionado con esa canción desde que la escuchó por primera vez *Guardianes de la Galaxia*.

Al cabo de unos minutos y ataque de risa bajo control, una señorita con ondas en el pelo muy ochenteras y un vestido rosa de manga larga con vuelo en la falda aparece vigilante de sus pasos en mi dirección, al mismo tiempo en el que se pone el abrigo. Si hubiera podido moverme, la hubiera ayudado como buen caballero. Es una deliciosa visión que solo se rompe si parpadeas. Por eso no lo hago, quiero que llegué a mí sea como sea.

—Hola —dice, frotándose las manos esperando que le devuelva el saludo.

Despacio suelto el aire que tengo en los pulmones, mucho más del que hubiera imaginado. Me aclaro la voz y le tiendo una mano.

—Si no estuviera completamente seguro de que me detestas más que a un lunes, pensaría que intentas seducirme —digo, embelesado en ella.

—¿Esa es tu forma de elogiar a una mujer, Rizos?—Suelto una carcajada—. Si no termino esta noche muy harta de ti, puede que te dé clases otro día —replica, fingiendo seriedad—. Costará, pero algo podremos hacer con esa boca tuya.

—No soy de poner nombres a las cosas, bueno, menos a ti. A ti, me encanta hacerte rabiar... Tengo que decírtelo; estás guapa, diferente...

—Hace años que no me pongo un vestido. Suerte que ahora se llevan con calzado informal. —Se mira los pies y me muestra una de sus zapatillas Converse—. De haber tenido que llevar tacón, no estoy segura de llegar más lejos de la acera.

—Esto... no sé si nos va a costar un disgusto...

Alertada por su rápido y afinado instinto, dirige su oscura mirada hacia mi pequeña Lola y, por si os lo preguntáis; sí, es el nombre de mi bici.

—¡Di algo, mujer!

—Una de las pocas cosas que sabes de mí es que le tengo pánico a esos cacharros y se te ocurre... ¿Qué? ¿Cómo piensas...?

—Ven. —La sujeto del codo. Ella resopla—. ¿Confías en mí?

—¿La verdad? —Como idiota asiento—. Ni un poquito.

Subo y pongo los pies a cada lado. Vega me escruta con los brazos cruzados bajo los pechos. Vuelvo a agarrarla con suavidad del codo y la traigo hacia mí, instándola a sentarse en un asiento improvisado en la barra superior, justo delante del sillín. La suelto y en silencio observa cada parte que compone a Lola. Bufa y me mira.

—¿Prometes que no vamos a ir muy lejos? —afirmo con la cabeza, ocultando una sonrisita. —¿También que llegaré a casa de una pieza?

Repito el gesto, me inclino y la dejo entre mis dos brazos sujetos al manillar.

—Bien, puedes agarrarte a mí o al manillar. Tú eliges.

Aprieta los ojos y hace lo segundo. Pongo los pies en los pedales y con cuidado empiezo a girarlos. Por suerte, es una chica lista y ha cruzados las piernas de manera que no choquen con las mías al

pedalear.

Dos calles más adelante, apoya su cabeza en mi pecho sin importarle si se despeina por esconder la cabeza entre los pliegues de mi chaqueta. Durante un instante me veo preso del impulso de soltarme y apretarla contra mí. Carraspeo y me yergo pensando en otras cosas que no me hagan perder la concentración en el trayecto.

Al llegar, la ayudo a bajar. Saco el candado de la bici y la aseguro antes de cogerla de la mano. Gesto innato que de primeras la exalta, y de segundas aguanta callada y sin mirarme ni siquiera de reojo. Sus gelatinosas piernas todavía tiemblan por el trayecto y nuestro alrededor le es más interesante que yo o un comodín hasta que su cuerpo vuelva a tener la consistencia de soportar su propio peso sin diluirse por el verde del césped.

—¿Aquel de allí es Thomas? —pregunta insegura.

Otra cosa sobre mí, es que no suelo seguir los protocolos o las normas sociales establecidas para según qué cosas. Prefiero improvisar en situaciones en las que todo vale.

—Así es.

Pensando en la manera de estar a gusto, elaboré mentalmente una lista de los momentos en los que más allá de nuestros por menores, al menos en un breve periodo fuimos Vega y Simon a secas, y el primero que golpeó con fuerza, fue el día en el que conversamos sentados frente al Hudson. Por lo que, se me ocurrió preparar un picnic con él de fondo. Y como estamos la última semana de noviembre y hace un frío que rompe pezones, le pedí a Thomas que además de cuidar que algún gracioso se llevara la cena, preparara algo que nos resguardara de las bajas temperaturas.

—¿Dónde está? —pregunta cuando estamos casi llegando.

—Debe de habernos visto y se habrá camuflado entre las sombras.

Me golpea en el estómago. ¿Por qué todo el mundo me atiza?

Sin moverse del sitio juguetea con los pliegues de su vestido y cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—Seguro que esperabas una cena en un sitio más típico.

Esboza una sonrisita que tapa con su palma izquierda.

—Pues... como la sopa iba a enfriarse y dejaste claro que eras de morro fino...

—¡Yo no he dicho eso! —grita sin dejarme terminar.

—En fin, que hoy tenemos pato a la naranja.

Escéptica levanta una ceja y destapa los platos.

—¡Es broma! El menú es muy básico. Espero ganarte con el postre.

—¿Tiene chocolate?

—El mayor porcentaje es chocolate.

Para mi asombro, conseguimos cenar conversando en serio. Bueno, siendo honestos, ella ha hablado más que yo. Estoy tan poco acostumbrado a verla relajada y hablando sobre ella que apenas he intervenido. La escucho con más vino en el cuerpo del que mi hígado está acostumbrado a procesar. De ese modo, he alcanzado a comprender, lo contradictoria que puede llegar a ser la mayor parte del tiempo. Odia el rosa, aunque su vestido es rosa. Toda ella es una constante batalla entre lo que en realidad quiere y lo que en el fondo espera que ocurra. Como si a lo largo de los años se hubiera metido con calzador algunas ideas, y a la fuerza, su mente hubiera interiorizado que para determinadas decisiones o situaciones solo hay un modo de actuar. Sin embargo, ajena a todo eso, su condición natural la arrastra a ser ella, sin censuras y sin pensarlo todo antes de hacerlo.

Es cercana y también bastante cariñosa, por cómo se expresa de su padre o cómo relata sus recuerdos. Algo que me ha impactado, es que no tiene miedo a recordar lo que le duele. Del mismo modo, esos recuerdos tampoco la dejan avanzar. Llego a la conclusión de que aunque enfrentándolo al revés; ella teniéndolo todopresente y yo fechándolo en los lugares más recónditos de mi inconsciente, al final

llegamos a un punto en el que conectamos. Y precisamente es el mismo en que nosotros mismos nos bloqueamos.

—Entonces, la pobre mujer se encontró con tres chicos en edad de plena efervescencia hormonal. —Me escucha con suma atención. Una vez me ha dado el turno de palabra, no ha cesado en preguntarme por mis «hermanos» y mi vida en Nueva York—. No daba abasto para sacar revistas...

—De chicas —termina la frase por mí, sonriendo.

—De cada somier... —Carraspea como para decir algo, pero se lo piensa—. Dime —la animo.

—¿Cómo fue tener hermanos después de haber sido hijo único siempre?

—Pues, al principio, un poco caótico. —Retrepo en el cojín—. Como te decía, ellos eran dos, con sus rituales, normas y todas esas cosas entre hermanos. Y de repente, llegué yo, el primo al que veían en Navidades y algún que otro cumpleaños a compartir su espacio y todo lo que habían forjado desde pequeños, y yo tampoco estaba muy por la labor de querer entrar en dicho círculo. Pero cuando me adapté, ¿sabes qué pensé? —Niega con la cabeza—. Sentí pena de no haber tenido eso antes, de haber crecido solo y de no haber podido compartir los mejores y peores momentos de mi vida con ellos. —Me mira contrariada.

—¿Os llevabais bien antes, no?

—Sí, pero sólo tú y tu hermano, sabéis lo que devasta perder a tu madre.

—Creo que mi hermano todavía no lo sabe; lo de mi padre.

—Claro que sí —agita la cabeza a ambos lados.

—Y casi prefiero no decírselo. Su padre es Peter. ¿Qué importancia puede tener para él que su hermana haya perdido al suyo? Tiene la suerte de poder vivir un par de años más con la inocencia de no tener que pensar en algunas cosas y me alegro que así sea.

—Tu hermano piensa más que muchos adultos que conozco. Es un mocoso demasiado quisquilloso para la edad que tiene. Se le están pegando las mañas de mi abuelo.

Quiero que sea ella, al desnudo y cubierta de sus capas, y me apena empañar el rato que nos queda, enseñándole la patita a las heridas amargas.

—Mira el lado bueno..., ahora puedes ser la hermana antipática y borde que siempre ha deseado —digo, desviando el tema.

—Eso es lo mejor —dice, mientras sonrío—. Él quería un chico.

Suelto una carcajada exagerada y al acomodarme, me acerco más a ella sin pretenderlo. Veo como una de sus horquillas está próxima a caerse y lo impido, empujándola de nuevo contra su mechón. Ella me deja. Cierra los ojos y deja su cuello expuesto al ladear la cabeza. Aprieto los ojos y trago saliva al verlo. Tan esbelto y pálido que pide a gritos que me memorices su tacto a través de las huellas.

Mierda. Joder. Lío. Problema de espacio en un lugar muy concreto de mis pantalones.

—Vega, si quieres podemos irnos ya.

—Cuéntame algo más de ti —pide y posa su mano sobre la mía, que hierve en comparación con la suya. Asiento y cambio la posición de nuestras manos para calentarle las suyas.

—Era la chica que mi tía siempre quiso tener y no pudo —digo con sorna.

Vega rompe a reír y se gira completamente hacia mí, a la par que cruza las piernas, y con la nueva postura, se asegura de que no se le vea nada.

—Me obligaba a comentar revistas de moda con ella, ver telenovelas...

—¿Te estás quedando conmigo?

Me carcajeo por su expresión, pero no estoy contando mentiras.

—¡Te estás quedando!

—A ver, puedo demostrarlo. —Me llevo la mano a la barbilla para pensar y la miro—. Tu vestido; es rosa palo. Si te estuviera mintiendo, ¿cómo sabría eso?

—¡Eres horroroso mintiendo!

Cuando se nos pasa el arranque de tontería, permanecemos quietos. Nos miramos. Vega, cohibida, desvía la vista al frente y al volver a verla sumida en sus pensamientos, dejo de pelear conmigo y me acerco, sin pensar en la última vez que hice lo mismo. Prefiero un bofetón a quedarme en vela y recriminarme por no haberlo hecho.

Poso una mano en su rostro y la atraigo hacia mí, sin sobresaltos, dejando que reaccione o se niegue. Se relame el labio inferior sin parpadear, esforzándose por leer lo que pasa por mi cabeza. Dudo que lo haga, pues ni yo mismo lo sé.

—Si te dejo, querré que lo hagas otra vez... —susurra—. Querré hacerlo yo misma. —Aprieta los ojos—. Joder. Me confundes. Me haces ser débil y...

—No. —La corto—. Solo tú eliges quien eres cuando estás conmigo. No hago nada... Ojalá dependiera de mí, porque si así fuera, puede que te hubiera besado mucho antes —confieso, sin saber de dónde han salido las palabras.

Arruga la nariz de una forma tan tierna que me descoloca. Y así, ya no. Así, olvido el control y junto mis labios con los suyos, olvidando ser delicado al introducir mi lengua para golpear la suya, al morder sus labios y aliviarlos con leves apretones con los míos. No permito que retroceda, ni la oportunidad de retirarse o pronunciar palabras de arrepentimiento. Su mano, se cuela bajo mi abrigo y me provoca un respingo por lo heladas que están, pero por poco. Mi temperatura las absorbe, compartiendo con ellas mi calor y facilitan que inspeccionen a su antojo conforme ascienden. Me revuelvo con tanta brusquedad que provocho que caiga de espaldas. Me despego para ver su rostro pálido, con el pintalabios corrido y un brillo en sus ojos que no había visto antes. Me acerco y acuno su cara otra vez, besándola con más mimo que antes hasta que el cuerpo nos pide aire y nos separamos para respirar. Carraspea, ladea la boca en una indescifrable sonrisa y sin parar de estirarse el vestido se incorpora. Sonríe al ver su pelo revuelto y la confusión de sus pensamientos en el silencio. Me incorporo y le tiendo una mano con la mirada desviada, para dejarla aceptar con tranquilidad lo que acaba de ocurrir.

—Creo que es una hora perfecta para volver a casa —dice.

—Claro.

—Pero creo que es buena idea hacerlo andando. —Se apoya en mí para sacudirse la parte trasera del vestido—. No estoy segura de llegar sin caerme.

Me muerdo el labio al ser consciente de cómo le tiemblan las piernas, pero decido ser bueno y cumplir con su petición. Tímida se agarra a mi antebrazo hasta llegar a su casa sin comentar nada.

—¿Y el mantel y las demás cosas? ¿Qué pasa con ellas?

—Thomas.

Se tapa la cara con ambas manos, al caer en lo que eso significa.

—Tranquila, le dije que estuviera cerca y disponible para ayudarme a guardarlo todo. Pero no tanto —aclaro.

—Mejor —susurra con la nariz arrugada—. Bueno... hasta mañana.

—Hasta mañana.

Observo sus andares hasta llegar al portal. No me había fijado en las piernas tan bonitas que tiene. Ni en que los pantalones siguen apretándome más que cuando salí de casa.

Cuando me aseguro de que ha entrado, saco mi móvil y llamo a Thomas con demasiada fe en que a las tres de la mañana esté tan aburrido como para querer ayudarme a retirarlo todo.

«Ay, Vega, vuélveme loco poco a poco, para no poder volver a ser cuerda».

Si hasta las arcadas que me vienen tiene purpurina incluida. ¿Cuándo me convertí en cursi?

Capítulo 16

Vega

«MAMÁ». He utilizado esa palabra en casi ocho años tres veces. TRES. Y todavía me sabe la boca rara de la última vez que la dije. Para mí, es como una de esas palabras que nunca dices porque está feo; cualquiera de los improperios que os vengan a la cabeza. Curiosamente, estos los utilizo con bastante asiduidad sin pararme a pensar lo terriblemente mal que queda gritar: «Joder», varias veces en una misma frase.

En estos años, he aprendido a vetar palabras como mamá, cumpleaños y un sinfín que todo el mundo pronuncia casi sin meditarlo, pero que cuando dejan de existir para ti, al oírlas, tienen un significado especial y emotivo. Durante años, han estado reemplazadas por otras que expresaran coraje o rabia. Como ese «joder».

Hace poco cogí un bolígrafo y un folio en blanco, dispuesta a definirme a mí misma; solo conseguí poner una palabra. Estúpida. Es lo único que tengo claro; soy una estúpida con demasiadas capas entre la superficie y el interior. Sonrío al recordar la voz de papá diciéndolo.

Cuando me conocen, muchos creen que tengo un sentido del humor un tanto especial, que mi ironía esconde entre sarcasmo lo que no soy capaz de decir sin él. Otros que hay más de lo que en un primer vistazo permito que se vea. Lo cierto es que ahora, tan confusa, tan perdida. No sabría decir, sin miedo a equivocarme, si es lo primero o lo segundo. Porque me siento como un animal herido, que enviste cuando se ve amenazado por otro más grande y, cuando miro a alguien, sea quien sea, siempre lo veo gigante.

Prefiero ir a mi bola. Es más sencillo. Mentira.

Desde mi llegada a Cold Springs, esa distorsión no tiene tanta fuerza. Brianna, Mark, Simon... y hasta mi señora progenitora, han conseguido lo impensable para mí hace unos meses; desconchar el cascarón que me envuelve y remover mi interior.

Como un polluelo antes de salir. Así me siento. Como si este tiempo con Adele, y en el que he dejado entrar a gente especial, me hubiera dado la oportunidad de retroceder y volver a emerger siendo otra o la de antes. Como una reencarnación. Como si tuviera plumas nuevas. ¿Qué tontería, verdad?

El cúmulo de relaciones y rutina, inevitablemente, lo ha cambiado todo. TODO.

Creo que gracias a ellos, cada día que amanezco aquí, soy una persona distinta a aquella Vega que tuvo que elegir desganada y con trabajo que metía en una maleta. Tu vida o lo que quedaba de ella, en una maleta. ¿Qué eliges cuando no ves más que borrones por mucho que intentes mirar más allá de manchones?

Si tuviera que hacer esa maleta ahora, sería distinto. No más fácil, no sin titubeos. Diferente.

A lo largo de esto dos meses, mi adaptación ha ido pasando por varias etapas. Reconozco que al principio, no puse mucho empeño en dejarme llevar y abrirme. Y ahora tampoco es que esté como las puertas de una iglesia con los brazos abiertos recibiendo a todo el mundo.

En las horas bajas, mi marea interior me arrastra, dejándome encallada junto a ellos. Alejándome de la seguridad con la que vine; una promesa que poco a poco, sin pretenderlo cobra sentido y torna a un giro en mí y en mi vida.

«Gracias papá. Por enseñarme a cumplir las promesas y por obligarme a hacerte esta última».

No puede ser malo dejarte querer. Lo horrible y destructivo es sentir cada vez que alguien te abraza, que en algún momento, ese abrazo será el único recuerdo que te quedará porque se irá.

No puedo pensar que todos son iguales, tampoco dejar de hacerlo. Rota, por querer dar y no saber cómo hacerlo. Por querer quedarme a ratos y otro sentir el impulso de sentarme sobre mi maleta y salir corriendo. Estar con mi soledad, en mi casa. Es la realidad, sin mi padre estoy sola. ESTABA sola. Aquí, no lo estoy. Ya no estoy sola rodeada de gente. Llenan huecos, me tiran cuerdas y yo se las lanzo a ellos.

La vorágine de contradicciones por las que me llevan las emociones y la razón me asfixian. Por

primera vez, la razón es ilógica y las emociones son cuerdas. Nunca me había sucedido tal cosa. Necesito respirar, y eso solo puedo hacerlo en un lugar.

—¿Estos? —pregunta Adele, mostrándome productos de higiene femenina. Asiento y los mete en el carro.

Lo único que hemos hecho juntas desde que llegué, ha sido eso; elegir tampones. Bueno, y el vestido.

La miro y siento como si tuviera muelles en los pies que me hacen dar saltitos hacia ella. El primer día me dijo que me quería mientras me estrujaba contra ella. Desde entonces, estoy buscando el momento para hacer lo mismo sin que sea forzado. Que tan solo me salga de dentro.

—He sacado un billete de tren para ir a Nueva York —confieso, toqueteando mascarillas para el pelo.

Veo como la saliva pasa con dificultad por su tráquea antes de alzar la vista por encima de los cristales de las gafas de cerca. Suelta el tarro que sostiene y apoya su peso en el tirador del carrito de la compra.

—Bien. Si es lo que quieres... —dice casi en un susurro—. Pensaba que estabas bien aquí.

—Tengo...tengo que ir a casa. Necesito echarle un vistazo a mis cosas. Comprobar que todo sigue igual. —Agacha los hombros en forma de redención—. Además, me gustaría asegurarme de que Igor está bien.

Alza las cejas con cierto grado de decepción y se coloca las gafas en su lugar con un dedo.

—Igor es mi guacamayo, Adele, lo dejé con una amiga —explico—. Sé que es raro que tenga alguna amiga por mi forma de ser, pero...

—No —me interrumpe—. Está bien, tu casa es aquella. Tu vida estaba allí.

—Está con Anna, la conoces.— Desvío la mirada hacia la sección de dulces—. Su padre era compañero de papá en la policía.

—Oh, sí —dice sin mucho entusiasmo—. Su madre es esa señora gritona que hacía gestos muy exagerados cuando hablaba.

Asiento extrañada porque la recuerde. La señora, es un poco borde y moralista. Aunque no tolerante, es de las que cree que su vida y forma de verla es un ejemplo para todos y, evidentemente, nadie es ejemplo de casi nada en esta vida. Adele, la detestaba y eso que no sabe las barbaridades que dijo de ella cuando se divorció de papá y se mudó a Cold Springs. O cuando volvió a quedarse embarazada de otro hombre y eso que habían pasado casi dos años.

—¡Pobre pájaro! —exclama, sonriendo—. Estará estresado de por vida. Debe haberse quedado sin plumas cerca de las sandeces de esa mujer.

De vuelta con la compra, no paro de mirar la espalda de Adele. Abro la boca y suspendo lo que quiero decir. En el trayecto, no hemos vuelto a mencionar nada de mi repentina visita a Nueva York. Mucho menos el por qué. Tan solo un comentario sobre que podría traer a Igor a casa, ya que Robert, estaría contentísimo de tener una mascota. Eso es algo en lo que no tengo dudas, pero se supone que no voy a quedarme eternamente. Sería cruel, presentarle a un amigo y después quitárselo.

«Es cruel jugar a ser su hermana y luego fingir que no tiene ninguna», grita mi conciencia.

Después del momento madre e hija, voy a terminar mi trabajo cruzando hasta los dedos de los pies para no toparme con Simon y verme forzada a poner en práctica la maniobra de la tortuga. La cena y las horas que pasamos juntos fueron especiales. Hablé por los codos y me dejé llevar relajada. Le conté todo lo que me venía a la mente, impulsada por su interés. Fue extraño.

Siento un pellizco bajo las costillas al hablar de él. En cada acercamiento, mi cuerpo despierta, mi pulso se descontrola y el corazón me golpea sin ruta fija por todo el pecho. Cuando estoy con él, la inercia de girar a favor de la gravedad sucede como si fuera magia. La carne y los huesos dejan de pesarme y dejarme llevar deja de ser una simple opción para convertirse en lo natural. Es irónico porque duele y alivia al mismo tiempo. Y aunque, preferiría no encontrármelo, lo que es probable estando en su

casa. Tengo necesidad de verlo, de que alivie toda la contradicción con la que he amanecido. Y casualmente, él es uno de los pesos más consistentes en ella.

Casi a medio día, he finiquitado el trabajo. Limpio los pinceles y recojo cada cachivache, antes de bajar con cuidado las escaleras desde la buhardilla al piso bajo. Mis plegarias mentales no parecen haber sido escuchada, pues en cuanto piso el último escalón unas grandes y fuertes manos sujetan mi cintura, afianzando mi equilibrio.

Me giro, y lo miro a los ojos. Siempre que lo hago me regala una sonrisa y aparece el presentimiento de que hemos desarrollado una conexión por la que él entiende algunos de mis pensamientos solo con mirarme. Me gusta, porque me ahorra tener que explicarme, pero también me pone de los nervios. Y ahora mismo, lo que menos me apetece, es tener que contarle que necesito respirar en mi casa, recordar que por muchos vínculos que cree aquí el miedo porque me decepcionen y terminen yéndose de mi lado me supera. Tengo claro que, es ruin querer protegerme haciendo exactamente lo mismo que trato de evitar que me hagan, pero no sé hacerlo de otro modo. Supongo que conseguir eso, será uno de los mayores aprendizajes que conseguiré jamás.

—Me ha contado un pajarito que ya has terminado de mutarme el cuarto.

Sonrío y miro hacia arriba.

—Pues sí, ya puedes revisarlo.

Levanta una ceja a juego con una sonrisa golfa. Le prohibí pasearse por allí cuando empecé, aunque sé, que ha ido viendo el progreso a diario. Dudo mucho que haya dormido en otro sitio mientras tanto.

Subimos; yo detrás de él. Y al erguirme y colocarme en frente del cabecero, me cruzo de brazos y lo observo al acercarse y revisar la pared central. Casi de los nervios, golpeo de forma frenética el parqué del suelo, esperando que diga algo.

—¿Es Nueva York?

Asiento con la cabeza. No estoy segura del momento concreto en el que la idea apareció en mi mente y simplemente comencé a pintar. Sabía que también echaba de menos su casa, sus amigos. En definitiva, todo lo que dejó allí.

«Otra cosa más en común», pienso.

Así que, pregunté a su abuelo por la zona concreta en la que vivía y empecé. A través de una ventana puede observar algunas de las partes más bonitas del barrio de Chelsea como si de verdad estuviera asomado a algunas de las ventanas de su casa. Quería que desde aquí, viera como iba todo por allí cada vez que mirara esa pared de ladrillos.

—Joder, es impresionante —dice, colocando las manos detrás de la nuca con los dedos entrelazados—. ¡Cómo no he podido darme cuenta antes! —Me mira y muestra una sonrisa en la que, además de sus dientes veo un hoyuelo en el lado izquierdo de su boca.

El estómago me da un vuelvo. Solo con mirarlo queda patente lo atractivo que es, pero cada día y cada vez que lo miro fijamente, descubro algo que no sabía que estaba ahí, como ese hoyuelo.

—¿Cuánto se supone que tengo que pagarle a la artista de tal obra de arte?

—¡Oh, por eso no te preocupes! Cuando vuelva ajustaremos cuentas.

Frunce el ceño y me abofeteo mentalmente.

«Bocazas».

—¿Volver de dónde? ¿Te vas?

Pongo los ojos en blanco y me humedezco los labios con la lengua. La confesión es inevitable.

—Voy a pasar unos días en Nueva York.

—¿En serio? —pregunta con una mezcla de incredulidad y enfado—. ¿Y no pensabas decírmelo?

—Acabo de hacerlo.

—Sí, claro. —Se gira para volver a mirar el cabecero—. Porque se te ha escapado.

—Es algo sin importancia.

—Pensaba que como mínimo algo de confianza teníamos —escupe sin mirarme—. Yo en cambio pensaba dejarte la llave de mi casa, con toda confianza, por si hoy no terminabas. Mañana el viejo y yo tenemos que ir a un chequeo.

—¿Está bien?

—Según él, estupendamente. Según los últimas visitas al doctor, no tanto.

—Espero que no sea nada.

—Ya... y yo. —Se vuelve para acercarse sin prisa a mí—. ¿Cómo vas?

—¿A Nueva York? —Asiente—. En tren.

—Pues parece que seremos compañeros de viaje.

—¿Qué? —grito sin entender nada.

—También vamos a Nueva York. En tren.

—¿No hay médicos aquí?

—¿Te molesta que vaya allí y que quiera ver a mi tía y mis primos por Acción de Gracias?

«Acción de Gracias... me he olvidado de que estamos casi en el último jueves de noviembre».

La conversación podría ser interminable y la incredulidad frente a las «casualidades» todavía mayor. Así que, cuando creo que puedo dar por finalizada la cháchara me voy algo disgustada.

Se suponía, que el viaje era para centrar ideas, volver a encontrarme y despegar la maraña de contradicciones que empezaba a poblar cada centímetro de mi piel. Y tengo, que hacerlo con él ocupando mi espacio. Con el mismo que mueve todos los cimientos y me hace ser blandita e incoherente ni más ni menos.

«Hogar es aquel, donde eres feliz. No un montón de piedras», Mark y la idoneidad de sus reflexiones para aparecer y reiterarse.

No me ayuda nada creer que tiene razón. Y mucho menos ir asumiendo que, a ratos, me comprende como nadie, que me regañe como el que más, que desee cada día un poquito más que este y no otro, sea mi hogar...

Capítulo 17

Simon

No tengo motivos para estar mosqueado, y aun así lo estoy. Salté de la cama varias horas antes de que el despertador sonara y, desde entonces, no he parado de dar vueltas de un lado a otro, desahogándome a través de paseos frenados por las paredes. Como novedad, el abuelo se toma un café en la que poco a poco va adoptando apariencia de cocina, en silencio. Eso sí, sus ojos hacen el mismo camino que mis pies por cada rincón. Tengo que tatuarme que no es asunto mío lo que ella desee hacer con su vida. Dejármelo claro. Ponerme un ultimátum. Pero nunca he sido fácil de convencer, menos, si la mentira la ha elaborado mi cabeza sin molestarse en crear muchos detalles.

Media hora antes de la fijada en el billete, estamos sentados en la estación. El abuelo continúa haciendo acopio de voluntad para no añadir nada que me haga arder como un fósforo, pero su risita indiscreta es suficiente para tocarme las narices más de lo que yo mismo me las he tocado con ideas absurdas y razonamientos a medio terminar. A mi izquierda oigo una voz dulce y grave que reconozco, automáticamente el latido del corazón se me dispara y temo escupirlo si me levanto con brusquedad. Así, simulando indiferencia, giro la cabeza con lentitud en su dirección hasta que la veo junto a su madre y a su hermano, cargando con una pequeña maleta. Volvería a mentirme y perdería la cuenta de las veces que lo he hecho en la misma mañana si dijera, que mi trasero inquieto, no está dándome punzadas para que me levante y me aproxime a ellos. Sin embargo, por una vez, me doy el gustazo a ser tozudo y observo la estampa familiar desde la lejanía.

—¡Simon! —grita una voz que pronto pasará a ser más grave de lo que es.

Desvío la vista y veo al niño casi corriendo hacia mí. Antes de que llegue, me levanto y lo recibo con los brazos abiertos. Lo agarro de las axilas y lo levanto a la altura de mi cabeza unos segundos. El condenado pesa bastante. Luego me dirijo hacia su madre con él cogido de la mano. Y lo digo así, porque paso por el lado de Vega sin detenerme a saludarla. Aunque, sin querer, he rozado su brazo con el mío y sé por la corriente de aire que me ha golpeado, que se ha girado, pero no la miro.

Robert, cruza los brazos delante del pecho, pegándose mucho a su madre. «Otro que también está enfadado», pienso.

—¡Ey, colega! —digo, poniéndome de cuclillas para apoyar el trasero en los talones y zarandeo con cariño su diminuta muñeca—. ¿Un mal día?

—Tú también te vas... —inquieta, soltándose.

—Por desgracia, tengo que ir a que el doctor me torture —explica mi abuelo detrás de mí—. Si por mí fuera, nos esconderíamos donde nadie nos encontrara, pero este nieto mío cree que es necesario.

Adele ríe a carcajadas, mientras el niño nos mira confuso.

—Sólo serán unos días. —Trago saliva—. Volveremos. Todos —enfático, esta vez dirigiendo mis ojos a la señorita—. Lo prometo.

¿Cómo he podido decir semejante estupidez? Levanto la vista hasta conectar mis ojos con los de su madre. Sonríe con esfuerzo y me aprieta el hombro. Como es igual de tozuda que su hija, no va a moverse de donde está, incluso sabiendo que cualquier cosa que ella le dijera lo cambiaría todo. Podría mirarlas por turnos y examinarlas hasta memorizar cada gesto o movimiento de su lenguaje corporal, y al cabo de cinco minutos, sabría que lo que hace una lo hace la otra. Vega es una copia de ella. Errática a cada paso, dando rodeos en el mismo sitio, aunque vea a lo lejos un cartel luminoso que le indica la salida.

¿De todas las mujeres que he conocido y las que me quedan por conocer en mi vida, por qué demonios tengo que hacerme esto con la única que siempre camina en dirección contraria a la mía?

Vale, por si no la habéis pillado. Acepto sugerencias.

El abuelo y yo nos despedimos de Adele y Robert, y nos encaminamos al tren. De reojo, confirmo que Vega también lo hace. Dentro, miro por la ventana y agito la mano, esbozando una sonrisa que incite al pequeño y a Adele a hacer lo mismo.

Cuando el tren se pone en marcha, busco a Vega en todas direcciones. La localizo al fondo colocando su equipaje en el portamaletas. Sin decirle nada, tomo el asa y la levanto para asegurarla. No pesa nada, cosa que me sorprende.

—Gracias.

Asiento sin añadir nada más.

—¿Me puedes orientar a cerca de tu humor? —pregunta.

El viaje se me va a hacer eterno, lo presiento. Aprieto la mandíbula y el puño al mismo tiempo que me siento frente a mi abuelo, quien sorprendentemente, está a un par de minutos de empezar a babear y dar un concierto de ronquidos.

—Ya sabes lo que me pasa —digo.

—Tengo muchos defectos, pero mentir no es uno de ellos. Deja de sentirte responsable sobre mí y mi necesidad de pasar tiempo en mi casa. Porque os guste o no, sin haberla elegido, mi casa es a donde voy.

—Ahora puedes hacerlo.

—Pero no me da la gana hacerlo. ¿Alguien va a entenderlo alguna vez? —Mira el asiento libre de mi lado—. Si me quedo o me voy, será porque es lo que deseo hacer. Además, ¿a ti que te importa?

—¿Por qué me importa a mí que te quedes o te vayas? Pues es lo que más me gustaría saber. Quizá tenga que ver con una necesidad vital de besarte cada vez que te miro.

Un par de kilos han bajado de mis hombros cuando he reconocido algo tan insignificante como grande. Aumenta el lío.

«Bien, Simon, bien».

—Puedes sentarte si quieres.

Me hace caso y noto como la rigidez que adoptó al oírme, va desapareciendo. Luego saca unos auriculares que le coloca al móvil.

—Nadie me retiene aquí, puedo ir y venir siempre que me plazca. Cuando dejes de decir tonterías o de portarte como un soberano capullo, estaré aquí, a tu izquierda.

—Gracias, *lady smiles*.

La siguiente media hora transcurre con la mezcla de los agudos que me llegan de sus auriculares y la serenata de ronquidos del abuelo. Estoy tan tenso e incómodo, que ninguna de las posturas adoptadas por mis piernas o brazos me complace y dura más que segundos. Toqueteo su codo para llamar su atención y da un brinco al sentir el roce. Gira la cabeza y me mira, mientras se retira el auricular más cercano a mí.

—Lo siento —digo con la mirada baja.

—Da igual, Rizos.

Pillo su mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Hasta ese instante, no había sido consciente de un pequeño detalle.

—¿Te das cuenta de que estamos en el mismo tren años después? —Disimula una sonrisa que esboza igual—. ¿Cuántos años tenías?

—Casi quince, me faltaban un par de meses para cumplirlos. —explica—. Aquel día fue la segunda vez que vi a Robert. —Mira al techo para recordar—. Era gordito y rosado. Me rodeó el dedo con toda su fuerza. —Muestra su dedo índice—. Creí que iba a llorar porque era tan bonito...

—Es un gran chico.

—Sí, lástima que se empeñe en romper todas mis cosas. —Silencio—. Cree que no voy a volver.

—¿Lo harás?

—¡Por supuesto que lo haré! —aclara ofendida—. No sería tan ruin de irme sin más.

—Pero tarde o temprano lo harás.

Lo digo en alto para empezar a interiorizarlo. No sé qué me pasa, ni porque vuelvo a molestarme, pero tenerla tan cerca me vuelve loco, y pensar que en unos meses puede que no tenga la posibilidad de hacerlo, me quema y me hace bullir sin motivo. Bueno, evidentemente, hay un motivo. Ella. La quiero y necesito cerca. Lo sé desde que tengo la necesidad de besarla siempre que la tengo enfrente. Lo que todavía no tengo coraje de admitir o poner nombre es al porqué de tanta necesidad.

—Antes de coger aquel tren para volver a Nueva York, también lo dibujé a él. —Sonríe, suavizando la tensión—. Está en el mismo cuaderno que algún que otro intento fallido de ti. ¿Quién diría que os convertiríais en uña y carne?

—Ah, pero ¿Hay más a parte del que me diste?

Asiente con timidez.

—¡Qué guasón es el azar! —Observo sus manos. Pequeñas en comparación con las mías y bastante suaves. Se nota que usa cremas y demás para mantenerlas así—. ¿Cuántas veces nos habremos cruzado con la misma persona sin ser conscientes de ello?

—¿Cómo me reconociste? —pregunta.

—Supongo que algunas de esas personas se quedan en nuestra memoria sin explicación. —Me atuso el pelo—. Te diría que fue por el retrato que me regalaste, pero estoy seguro de que, aunque no lo hubieras hecho, te hubiera reconocido igual. Destino lo llaman.

Se revuelve en el asiento, tragando saliva con dificultad tras ocultar el rubor de sus mejillas bajo una capa de cabello. Me muerdo el labio con satisfacción, no puedo evitar parecer soberbio. Y parecerlo porque me encante tener ese efecto en ella, es otra de las actitudes deplorables que me permito con gusto.

—Creo que yo también lo hubiera hecho contigo, incluso sin dibujarte —confiesa.

Me giro en el sillón de forma que solo apoyo la mitad del trasero y un hombro en él. Estiro la mano y la insto a mirarme, sujetando su barbilla con un par dedos. Sus iris están más oscuros que de costumbre, pese a que la luz entra a raudales por el gran ventanal. Cuando eso ocurre, me cuesta descifrar lo que pasa por su cabeza. No es que sea un especialista, adivinándolo normalmente, pero por más arisca o inaccesible que quiera mostrarse, cuando lo hace forzada, sus ojos la delatan.

Paseo la yema del dedo índice por su mentón, mientras ella arquea la espalda en el sillón. Si me preguntaras, no podría describir como de vivo es el hormigueo que le transmite su piel a la mía. O cuanto tengo que contenerme para no ser brusco y atraerla hacia mí, cuando la piel alrededor de la zona que toco se eriza como si fuera la de una gallina.

—¿Recuerdas que me debes una?

Abre de golpe los ojos y se retira. Suelto una risita canalla al notar su nerviosismo. Su cabecita está esforzándose por pillarla el camino que voy a tomar y por mucho empeño que ponga, no lo va a conseguir. Más que nada, porque se me acaba de encender la bombilla de los disparates.

—Esta noche tengo una cena familiar. Mi tía quiere que salgamos a cenar por ahí para celebrar Acción de Gracias.

Se incorpora de tal manera que sus rodillas chocan con la mesita del medio y vuelve a quedar sentada.

—Ni en broma se te habrá pasado por la cabeza que voy a acompañarte.

—Me debes más de una, ahora que lo pienso —digo, ignorando sus bufidos—. Y si quieres cobrar, tendrás que hacer de tripas corazón y sonreírle a mi tía. —Me enseña los dientes en un escueto intento de sonrisa—. Así, con un poco más de cariño —alzo sus mejillas.

—Acabas de perder el juicio.

—¿No eres tan curiosa queriendo saber de mis primos y demás, siempre que conseguimos comunicarnos como seres civilizados?

—Confirmado: No te queda nada de lucidez —repite.

—Entonces, no cobras.

—Eso es chantaje y extorsión.

—Eso es tener la sartén por el mango.

—Bien, no me pagues. —Se muerde el moflete—. Así tendré un motivo para ignorarte a gusto.

Río sonoramente, espaventándole el sueño un poco al viejo. «No consigo dormir más de un par de horas seguidas», dice. Y sobrelleva los días a base de siestas de media hora, cuando le entra el tonto. Se repantinga en el asiento como si nada fuera con él.

Me acerco a ella que parece estar congelada, meditando cada palabra. Sonrío al darme cuenta de que no va a moverse y me inclino para rozar mi nariz con la suya. Al sentir mi aliento tiembla, quedándose más quieta que antes, abriendo la boca sin saber que lo hace a la vez que sus párpados caen, y se abandona al inminente beso. Nunca retrocede, ni muestra arrepentimiento. Razón de más para no querer resistirme. Poso una mano en su nuca y la atraigo a mis labios. Rozo su boca con la mía unos segundos y, después, me entretengo en memorizar el olor de su piel paseando mi nariz por su rostro. Sus mejillas vuelven a arrebolarse y su cuerpo responde de forma más brusca e intensa que otras veces. Mi entrepierna tira justo cuando mis ojos se dan cuenta de la dureza de sus pezones bajo la fina tela de su camiseta. Llevo una mano a su abdomen para acariciarle la tripa, mientras la vuelvo a besar. El abuelo carraspea. Miro en su dirección asegurándome de que no se ha despertado de golpe y no. Pero la distracción ha servido para que Vega se levante y camine hasta el baño.

Va a costarme convencerla para que acepte mi invitación. Y sé que estoy como una jodida regadera por decidir impulsivamente. Llevar a mi casa a la única chica que deja que la bese un segundo y al siguiente me deja claro que sus sentimientos van por otra senda distinta de sus reacciones innatas, es un fracaso anunciado a gritos.

Me fastidia pensar en sentimientos. No me malinterpretéis, no hablo de algo tan profundo como amor o algo parecido. Ni siquiera sé si es un capricho, pero no pienso dejarla ir sin que entienda que su cabezonería no la beneficia. Que al fin y al cabo, era el motivo primario por el que me acerqué a ella la primera vez. Terca. Más que terca.

«Y porque te gustaba y te gusta».

Y por eso.

Sin duda, sería mucho más fácil si solo fuera un calentón. Ella acepta mis besos, y yo mataría porque ella tomara la iniciativa. Sin embargo, en contra de mis propios deseos, es demasiado tarde para ser solo eso. Poco a poco, se ha ido encallando entre mis huesos. Poco a poco, afianza la extraña locura y fascinación que despierta ese misterioso y contradictorio comportamiento suyo en mí.

—¿Hemos llegado? —pregunta el abuelo.

—En menos de veinte minutos, viejo.

—¿Por qué te ríes? ¿He roncado?

—Como una morsa, viejo, como una morsa.

Me muestra una mano y la balancea a modo de advertencia. No obstante, es solo una maniobra para distraerme, pues por debajo de la mesa, estira una pierna y me propina una discreta patada en la espinilla. ¡Qué verdad es cuando dicen que de la risa al llanto no hay nada!

Capítulo 18

Vega

Sweet Child O'Mine llena el salón con la puerta cerrándose a mi espalda. Los siguientes minutos los paso rígida, mirando fijamente la transición de canciones de uno de los *CD's* de *Guns and Roses* de papá.

La inercia y costumbre, me han arrastrado a hacer lo que habitualmente hago al llegar a casa; entrar y antes de cerrar, ir poner música y alzar la barbilla para localizar a papá en alguna de las estancias. Antes de ser consciente de la realidad, esa acción tan manida hubiera sido sencilla gracias a que la sala de estar y la cocina están conectadas con la entrada sin ningún impedimento arquitectónico que obstaculice la visión.

Y, a pesar de haber retrasado ese momento todo lo posible, tengo que interiorizar que, aunque todo esté prácticamente igual que siempre; folios distribuidos por las encimeras de la mayoría de los muebles de la casa, *post its* imantados al frigorífico o prendas de vestir desperdigados por el sofá y sillones, hay una novedad bastante significativa e importante: él no está, ni volverá a estarlo. Poseída por un impulso, voy hacia el equipo de música y lo apago con brusquedad, rompiendo de esa manera con la normalidad asfixiante que me rodea. Cualquiera persona ajena a nosotros que entrara, tendría la sensación de que en esta casa todavía hay una vida que ya no queda por ninguno de sus rincones. Es duro, pero tengo que pensar así. Mi padre no me silbará al verme entrar cargada con el porta documentos y la cara llena de pigmentos de colores, ni yo lo reñiré por poner los zapatos sobre algún cenicero lleno de velas y flores aromáticas secas, que habría comprado en alguno de los mercadillos.

Irónicamente, las emociones que despierta todo lo que me rodea son las mismas que detestaba cuando entré por primera vez en casa de Adele. Estaba segura de que estar unos días en casa calmaría las aguas embravecidas que se disparaban dentro de mí, igual que agresivos rápidos repletos de rocas afiladas. Y no.

Mi ropa y la suya huelen a nosotros, antes. Sonríó al recordar el suyo y me esfuerzo por memorizarlo para llevarlo conmigo una temporada, pero el mío... El mío apenas lo reconozco en ninguna de las prendas que cojo. Siendo honesta, lo único que me alegra la vuelta es la ilegible letra de papá en las notas del frigorífico.

Introduzco una mano al bolsillo del suéter de lana que llevo y saco el móvil. Necesito hablar con alguien, llorar... Necesito que alguien me diga que está bien que lo haga hasta quedarme seca.

Nunca lo hice, siempre reprimí hasta la última lágrima, pensando que él preferiría que riera. Sin embargo, enfrentándolo todo desde tan cerca, no soy capaz de contener lo inevitable. Guardo el teléfono y lo hago. Grito y gimo hasta quedarme a gusto. Me ducho hasta abrasarme la piel con el agua caliente, y me visto con un pantalón de pijama de papá y una de sus sudaderas de la academia de policía. Y cuando me tranquilizo vuelvo al plan inicial, echando a suertes mentalmente entre las dos personas con las que puedo tener la conversación más estúpida y disparatada que tan bien me vendría.

El ganador es Mark. Y el motivo no es otro que su capacidad para entenderme sin juzgarme, diciendo las absurdices más inteligentes que nadie podría soltarme.

—Hasta ahora, eres la que más puntos lleva para ser diana el viernes que viene —informa en cuanto descuelga.

Su risita final, podría haberme confundido al respecto, aunque su seriedad al decirlo, confirma que no miente. Me estaría bien empleado ser una diana de pasteles por bocazas.

En las últimas semanas, entre nuestra relación mecenas/ artista, la evidente amistad y el ronroneo de indiferencia unos ratos y descarado coqueteo en otros con Brianna, hemos adoptado la cafetería como lugar de reunión diario. Y, en concreto, hace un par de días, no tuve mejor idea que expresar en alto que sus bollitos—sí, es aprendiz de repostería—, bueno, que la crema del bollito que me había dado a probar,

estaba rancia. Por supuesto, era una broma movida por el habitual pique que mantenemos. Sin embargo, pasé por alto que el bollito era cosa suya... ¿Y adivináis que se le ocurrió a mi amiga? Pues oye, justo lo que estáis pensando: hacer una cata, o más bien, deshacernos de ellos, proponiendo un concurso de «lanzamiento de pasteles». Las bases las desconozco, pero algo me dice que ya están fijadas.

Suelto una carcajada antes de responderle.

—Sabes que tendrías que echarme muchísimo anís en el café para conseguirlo, ¿verdad?

Silencio. Suspiro pesado.

—Tu amiga, la amapola, está enfadada —informa—. Creía que te habías ido sin despedirte.

Abro la boca para explicarme, pero él se adelanta.

—Suerte que ya se le ha pasado. Peter le explicó que vendrías en unos días. Durante la duda, no había ser viviente que la aguantara. Te ha cogido cariño —carraspea—. Te hemos cogido cariño, *siesa*.

—¡Deja de llamarme así!

—Si querías tener tu momento como prófuga, podrías haber contado con nosotras.

—Claro, podría haberme ayudado de tus tatuajes para colarme en mi propia casa sin que nadie se percatara, ¿no?

La primera vez que lo vi. Corrijo; la primera vez que Briana y yo lo vimos sin camiseta. Mi amiga por poco no sufre una sobrecarga de orgasmos instantáneos y a mí, al ver tanta tinta sobre esa piel, lo único que se me cruzó por la mente fue compararlo con el protagonista de *Prision Break*, pero con melenas. De ahí la broma.

La siguiente media hora, la pasamos hablando de chorradas dignas de grandes mentes como las nuestras. Le explico que en unos días estaré para conseguirme un sustituto para ser diana de pasteles y todo lo que me ha pasado por la cabeza y el alma, desde que crucé el quicio de la puerta. Pero Mark es Mark, un mortal con cuerpo de semidiós con un piquito de discípulo de Confucio, que anima entre consejos y chistes hasta a un ciclotímico.

Algún día, tendré que preguntarle cuantos caminos y desvíos equivocados ha tomado en su vida para llegar a esas conclusiones tan acertadas y aliviadoras siempre que las necesitamos, mientras tanto, me quedo con su consejo: si no puedes respirar, encuentra el oxígeno.

Al colgar, mi mantra se sincroniza con las palabras flotantes de Mark. Mi mano sostiene un papel con un número de teléfono que reconozco, trazado con una letra temblorosa y desorganizada.

Suspiro y tras hacer una fugaz balanza de pros y contras de marcarlo y darle a la tecla de llamada, desbloqueo el móvil y lo hago.

Con Simon, todo es fácil y complicado. Me dejo llevar sin ser consciente y me cierro al serlo. Me vuelvo blandita cuando su respiración choca con la mía, y dura cuando sé que me hace ser débil.

Tengo claro que de seguir el juego que nos traemos, terminaremos haciéndonos daños; yo esperaré que se aleje sin pedírselo y él que me quede y lo deje entrar. No voy a adelantarme al futuro. Ojalá se me diera bien hacer especulaciones de ese tipo. Tomo aire y, al final, me decido.

«Solo lo llamaré una vez. Si no responde, no volveré a intentarlo», me digo.

—¿Hola? —responde.

Permanezco en silencio unos segundos, expulsando todo el aire que he tomado antes.

—Hola.

—¿Vega? —pregunta sorprendido

Más silencio.

—Sí, soy yo —confirmo en susurros.

—¿Estás bien? ¿Ocurre algo?

¡Lógico, no me creo ni yo que lo esté llamando!

—Eh, no...no. ¿Te pillo en mal momento?

—No, hace poco que acabo de salir del restaurante.

Vuelvo a quedarme callada, por no saber qué decir. Él me da tiempo hasta que saco pecho y me lanzo.

—Esto... me preguntaba si te apetecía hacer algo, además de comer, quiero decir.

—¿Tienes algún problema con comer?

—*Nop*. Y llámame loca si me empeño en romper nuestra rutina de ser civilizados solo mientras comemos. —Ríe—. Además, es justo lo que acabas de hacer.

—Discutir cuando no comemos también se nos da bien —bromea—. Aunque...

—¿Qué?

—Nada, nada. —Oigo su respiración en el auricular—. Puede que comiéndonos...

—¡Simon!

—¿Ves? Pues si te digo que voy con Tyler, mi primo, a un musical y, casualmente, nos sobra una entrada. ¿Te apuntas?

Me lo pienso un momento.

—Venga, va. Te recojo en... —silencio— diez minutos, estoy al lado, donde te ha dejado el taxi esta mañana.

¡*Maldito observador!*

—No sé si será buena idea. Ni si quiera conozco a tu primo.

—¡Cómo si necesitaras conocer a alguien! Vega, tienes malas pulgas, pero solo conmigo, y Tyler es inofensivo. Es gay —susurra pegado al auricular—. *Auch...*

No tengo muy claro si lo que me recorre el cuerpo desde los dedos de los pies hasta la nuca es arrepentimiento o excitación. Y a estas alturas, no negaré que Simon suele implicar por sí mismo lo último, y puesto que he sido yo quien ha llamado, ¡qué demonios!

«Déjate llevar, Vega».

—Nos vemos en diez minutos.

Grita, dejándome casi sorda.

—Buena chica, Jirafita. Lo pasaremos bien, y sin comida de por medio.

—Vuelve a llamarme...

—*Shuu*, paz. Diez minutos —recuerda antes de colgar.

A toda prisa me cambio, y bajo con la intención de pillar algo de comer antes de que lleguen a por mí.

«¿Dónde te has metido, Vega?».

Capítulo 19

Simon

Decir que me ha sorprendido la llamada de Vega, sería quedarme muy corto. Hace unos cinco minutos que la estamos esperando. Aunque mi primo todavía no tiene detalles de a quién esperamos, pues me conozco el gen chistoso heredado del abuelo, y no me apetece tener una conversación en la que tenga que negar o aceptar forzado cosas de las cuales, ni yo estoy seguro del nombre que debo darle.

En el mismo momento en el que una colilla termina de humear bajo la suela del zapato de Tyler, la entrada del portal de la izquierda—sí, nos hemos equivocado— se abre y detrás de ella, una señorita con un hermoso vestido rojo a la altura de la rodilla y su corta melena al viento, sale con timidez al exterior, colocando la mano en su espalda para que la puerta no suene al cerrarse con brusquedad.

Sonríó al verla y Tyler, indiscreto donde los haya, ha silbado al darse cuenta de que es ella.

—Joder, Simon, ¿de dónde la has sacado? —pregunta mi primo, sin apartar la mirada de Vega en su avance hasta nosotros.

Evito responderle y, la verdad, es que sin querer termino haciendo lo mismo que él. En cambio, mi curiosidad divaga con rapidez hasta sus pies. Recuerdo que la última vez, no le importó llevar zapatillas de deporte pese a que el vestido «requería» otro calzado y eso me gustó, porque se mostró tal y como era. Sin anteponer su comodidad o su yo, a un disfraz que reflejara una imagen más atractiva. Me gustó llegar a ella sin tapujos y, todavía más, que el miedo que tiene para dejar entrar a los demás en ella, no lo tuviera dejándose ver.

Hago una mueca de fastidio, pensando una vez más, en el modo de romper los candados que la rodean o en las llaves que los abren y, al mismo tiempo, me tiro de las patillas por arrastrarme solito a ese tipo de complicaciones y retos. Con lo sencillo que sería, ser conocidos y ya está. Pero tuve que besarla. Y repetir. Y obsesionarme con volver hacerlo y, claro, en una mente que grita tantas prohibiciones, la rebeldía innata de uno no cesa en sacar pecho.

Su perfume me saca de mi abstracción. Tyler le besa las mejillas, mientras yo me coloco a la espalda de Vega para advertirlo a través de gestos amenazantes, que mantenga la lengua el mayor tiempo posible guardada dentro de su gran boca de libertino.

—¿No vas a saludarme a mí? —susurro, acercándome a su oído tras ponernos en dirección al teatro después de un insulto «hola».

—Hola, Rizos.

—Me refiero a los dos besos de ventaja que me saca este —aclaro, señalando a mi derecha.

—Te mancharía con el carmín —responde cortante.

—Bah, con la barba no se nota —dice en mi defensa mi primo.

Aprieta los ojos y ladea la boca en un amago de sonrisa, lo de fingir que está cómoda cuando en realidad no lo está, no es de sus mejores cualidades. Y cuando eso ocurre, me vengo arriba, mi entrepierna reacciona y mi ego trabaja con total soltura. No quiero hacer lo de siempre, porque no me apetece discutir. Y mucho me temo, que analizando las reacciones de cada uno ante las del otro, empieza a ser rutina esa forma de comunicación. El teatro está a unas manzanas, ni cerca para ir andando, ni excesivamente lejos, y debido a mi terrible problema de contención siempre que estoy cerca de ella, hemos optado por dar un paseo.

Cuando paramos en la entrada, ella se queda mirando, pensativa el cartel de la entrada.

—*Wicked: memorias de una bruja mala* —susurra, mirando el cartel.

—¿Te gusta? ¿Has venido antes?

—Al musical no, pero he leído la novela en la que está basada.

Dentro, nos acomodamos en nuestras butacas. El mamón de mi primo se ha sentado en medio de nosotros, lo que hace que, a pesar lo maravilloso que es el escenario, me pase más tiempo mirando a mi

derecha que al frente.

Cuando le propuse venir, no había pensado en el musical en sí, ni en la curiosa moraleja que esconde: ni los buenos son tan buenos... ni los malos tan malos. Y desde la distancia percibo su amargura viéndolo. Le está calando. Parece que por momentos se ve reflejada en la bruja mala. Esa que por su color verde todos se burlaban de ella y, al final, dejó de ser quien era, transformándose en alguien frío y retraído, hasta tener ese final tan desgraciado como ser aplastada por la casa de Dorothy. Solo que ella, sería aplastada por mí y no la mataría. No de esa forma... Si me dejara, claro.

Saliendo, sin plan a partir de ahora, me encuentro tarareando *Defying Gravity*, una de las canciones del principio del musical en la que Elphaba, la protagonista buena, emprende el vuelo en su escoba por primera vez.

—Estás muy callada, ¿te pasa algo? —pregunta Tyler a Vega.

—No, solo pensaba en la puesta en escena del musical —dice desganada como excusa para salir del paso.

—¿Cómo ha ido la vuelta a casa? —pregunto yo.

Tyler nos mira expectante, porque desde que se han conocido no han parado de hablar entre ellos. Se han caído bien, pero el único que ha hablado de sí mismo ha sido él. Y de nosotros solo sabe que nos conocemos por coincidir en Cold Springs.

—Bueno... esperaba, necesitaba que fuera diferente —Suspira—. Cuando ocurrió... ya sabes, no tuve tiempo de pensar ni...—Traga saliva—. Ha sido raro entrar y no verlo. Entrar en general.

—Lo siento.

—¿Qué tal vuestra cena? —pregunta, devolviéndonos la pelota.

—Mi tía es una loca, nos ha hecho comer como si fuéramos bestias. Dice que estoy delgado.

—Las sopas de sobre —bromea.

—¿Todavía sigues comiendo esa porquería? —pregunta Tyler.

—Están buenas, tío, y son rápidas.

—Si vieras su cocina lo entenderías. —La miro ceñudo, intentando que se calle, porque todavía no he contado ese pequeño detalle en casa, pero por la cara descolocada de mi primo va a enterarse el primero.

—Estoy reformando la barbería, así que duermo allí —explico, restando importancia a mi pánico por entrar en casa—. Sé lo que piensas, de hecho, es lo mismo que todo el mundo, pero estoy bien allí.

—Si tú lo dices... —corta él.

Tanto hablar de comida provoca que las tripas nos suenen. Increíble después del festín, pero cierto. Aprovechamos que tropezamos con uno de los puestos de perritos calientes para saciarnos.

Mi primo recibe una llamada, a la que responde con la boca llena y ketchup, correteando mejilla abajo.

—Me ha encantado conocerte —dice, inclinándose para besarla—. Tengo que irme, he quedado —explica, subiendo y bajando las cejas.

Vega, lo besa y se despide con una sonrisa y un hasta pronto. Y de repente, todas las chorradas terminan. Quedamos ella y yo, nuestros pensamientos y mis ganas de abrazarla.

Es lo que más me apetece; estrujarla y verla sonreír. ¿Desde cuándo me ocurre esto? No estoy seguro, pero no quiero acompañarla a su casa envueltos de un silencio lacerante.

Caminamos cerca, aunque a una distancia que me ahoga. Sin mirar ni meditar su reacción, engancha un dedo entre su mano y ella lo abriga entre los suyos. He pensado mucho, sobre la quietud y la calma que me transmite en instantes como este. Me alivia y me crea ansiedad al mismo tiempo, es como si tuviera miles de cosas que decirle y, sin embargo, cuando su pulso de acompasa con el mío, siempre terminan por quedarse estancadas a expensas de un momento mejor.

Llegamos a su portal, por el trayecto he intuido que estábamos deshaciendo el camino, aunque ni he

preguntado ni me he atrevido a sugerir nada. Se adelanta un paso de mí, sin romper nuestra unión y se gira, apremiándome a seguirla.

—Puedes subir, no me apetece estar sola —dice—. Y si tengo que elegir entre estar incómoda por el silencio o por alguno de tus disparates, prefiero lo segundo.

—Vaya, gracias por lo que me toca —digo, haciéndome el digno.

Su casa es una colección de cosas contradictorias. Mires donde mires, casi nada concuerda en estilo ni apariencia. Sillas antiguas alrededor de una mesa de cristal minimalista, bocetos y mil cachivaches más, distribuidos sin lógica y colores cálidos escondidos entre otros tantos excéntricos.

—Es muy tú —digo sin moverme de la entrada.

—Es muy nosotros —especifica—. Papá era especial con el orden y la distribución. Nunca se ha preocupado por lo que los demás entienden que debe haber en una casa. Aquí, lo mismo encuentras ropa en un armario, que zapatos en algún cajón inesperado.

—Debe ser muy divertido buscar algo con prisas —bromeo.

Ríe, apresando mi muñeca para que entre.

—Muy... curioso esa foto de tu padre al lado de... —Tuerzo la cabeza para ver lo que intuyo como el desnudo de una mujer al óleo.

Se carcajea con sarcasmo y se dirige hasta la cocina.

—Ya te he dicho que mi padre era especial. Si tenía que tener una fotografía suya con el uniforme de policía, no iba a tenerme a mí al lado con el del colegio.

—¿La chica eres tú?

Se encoge de hombros.

—Lo hizo un chico con el que salía —confiesa, de espaldas a mí.

—Tu padre tiene una pintura tuya desnuda cerca de...

—He dicho que lo hizo un chico con el que salía, le caía bien y lo puso. —Chupa un trozo de limón. Joder—. No que fuera yo, señor mente en tonos verdes.

—Eres tú la que ha empezado. —Me lanza el trozo limón—. ¿Qué querías que pensara?

—Pues justo eso. —Sonríe y se pinza el labio inferior.

Sin apartar mi atención de su boca, me acerco y la aproximo a mí por la cintura.

—Deja de mirarme así —pide con la voz rota.

—Te miro como siempre.

—No, me miras igual que si fueras a abalanzarte sobre mí para morderme.

—Pues eso, como siempre.

Si tuviera que quedarme con la Vega tranquila o con la que tiembla cuando lee en mis ojos lo que pasa por mi mente, no sabría con cual hacerlo. Disfruto besándola, sin reproches, y también desquiciándola con incertidumbre de que espere que la vaya a besar y no sepa cuándo. Pongo unos centímetros de distancia entre su cuerpo y el mío, aunque solo para sujetarla por las caderas y plantarla sobre la encimera de la cocina. Se queja riendo. Es un para nada. Al darse cuenta, deja de agitar las piernas cubiertas solo por unas medias tupidas negras y se recoloca la falda del vestido.

—No vas a hacerlo. Esta vez no —susurra, mientras me cuelo entre sus piernas con el margen que me deja el vestido para hacerlo.

Palpo sus rodillas con los ojos clavados en los suyos y sonrío al ver que agita las piernas por lo que sospecho sean cosquillas.

—Sabes que no puedes huir de lo inevitable, Girafita.

Me inclino, palpando con lentitud el principio de sus muslos. Se echa hacia atrás y cuando me mira no lo hace como otras veces. No veo esa mirada congelada como si no se pudiera mover, veo fuego tentador. Me está provocando la muy... pilla.

—Los dos sabemos, que si no quisieras, ni siquiera lo intentaría. —Alza un ceja—. Y resistirse, solo

terminara con los dos espatarrados por la encimera, soy bueno saltando. No ganarías.

—Maldito presuntuoso —susurra, apoyando el pecho en sus rodillas—. ¿Quiero estrangularte siempre que te oigo hablar, e incluso así estás seguro de que quiero que me beses?

Sonrió y le guiño un ojo.

—¿Has oído alguna vez lo de «como el agua y el aceite»? —Asiente—. Pues se da el caso de que ninguno es el agua. Me detestas, te detesto, pero nos gustamos. Es algo inexplicable. Y sería demasiado cínico mentir, diciendo lo contrario. Es una batalla en la que ninguno de nuestros yoes ganaría. No cuando te miro, menos cuando me miras tú.

Engancho un mechón de su pelo en un dedo y le impido que se incorpore. Me agacho y antes de besarla, la miro y vuelvo a colarme entre sus piernas a la vez que se yergue e inmovilizo su cara, sujetándola con suavidad por las mejillas. Sus manos caen sobre las mías, y sin decir nada más que lo aplice, nos fundimos en un beso, ardiente pero suave, con ansias pero calmados.

Trastabillo hacia atrás para quitarme la chaqueta. Ella me observa con los labios hinchados, llevándose una mano al pecho con la intención de frenar los latidos, que incluso desde la distancia puedo oír.

Tiro de ella para que baje e, inevitablemente, rozo sus hombros a medio cubrir sin cohibirme y la invito a darse la vuelta para bajar la cremallera. Vuelvo a girarla sin apartar la mirada del descenso de la tela, que deja sus pechos solo tapados por un sujetador de encaje de un rojo más vivo todavía que la prenda hasta la cintura.

Con hambre, observo sus pequeños y redondos pechos. Sin embargo, espero para hacerlos míos. Pego la nariz a su cuello y percibo como se estremece y, como consecuencia, echa la cabeza hacia atrás. Sin prisa bajo hasta su ombligo, donde dejo los primeros besos y me entretengo, dando mordiscos y envolviéndome con su olor natural.

Ella entierra los dedos en mi pelo. Alzo los ojos para mirarla desde abajo y puedo jurar que es la visión más sexy, después de habérmela imaginado infinidad de veces con el pelo revuelto sobre la almohada. Mi entrepierna palpita con fuerza, hasta el punto de no solo estorbarme su ropa, mucho más la mía.

—¿Quieres quedarte aquí? —pregunto, dando por hecho que no me va a soltar dos bofetones o se va a vestir otra vez.

Niega con la cabeza, me da la mano y me conduce hasta su dormitorio. Hace bastante que no estoy con una chica, por lo que, entre la excitación y las ansias siento que voy a explotar antes de empezar. Me siento en la cama, fría y sin hacer y me quito los zapatos y calcetines hasta quedarme solo con el pantalón.

Miro hacia ella, quieta y en estupor, siguiendo con la vista cada uno de mis movimientos. Sus manos denotan lo fuera de lugar y desconcertada que se siente. Como si el pequeño lapso de tiempo que he tardado en desvestirme la hubieran animado a arrepentirse o encontrar las razones para hacerlo. Soy un capullo desconsiderado.

Tiro de su mano para atraerla.

—Lo siento —me disculpo, mirándola.

Retiro el pelo de su cara y con ternura mordisqueo desde la mandíbula hasta el oído.

—¿Estás bien?

—Sí... es solo que... es raro...

Como me temía, está pensando más rápido de lo que creía y, lo cierto, es que desearía provocar otras muchas cosas que le impidieran hacerlo.

—Escucharme, se supone que tienes, tenemos que desearlo los dos por igual. —Acaricio su mejilla con el pulgar—. No pasa nada, total ya te he visto casi desnuda —bromeo—. Y eso ya es un premio.

Sonríe, balanceando la cabeza. Y sin esperármelo, me empuja contra la cama. Se deshace del vestido y

se sube a horcajadas sobre mí. Lo primero que pienso es en lo evidente, pero entonces se abraza a mí, con tanta ternura que lo único que se me ocurre es apretujarla más fuerte que ella a mí. Apoyo una palma en la cama y sin soltarla con la otra me muevo hasta quedar apoyado con la espalda contra el cabecero con ella encima.

—Me apetece, pero no puedo dejar de pensar en otras cosas. Solo me apetece llorar y... —Beso su nuca—. Creo que soy la persona más rara del mundo. ¿Cómo puedo estar excitada y triste al mismo tiempo?

—Si quieres estar sola, puedo irme. —*Mec* error, en mi mente sonaba mejor—. Quiero decir que, quizá, yo no sea la mejor compañía.

—Lo eres; la peor y la mejor. —Vuelvo a estrujarla y deja de mirarme—. Creí que nunca le diría esto a nadie, pero eres la única persona que me apetece que esté y que me deje sola también.

Río sin intención, retiro el pelo que cubre la oreja que tenía apoyada en mi pecho y la lleno de besos hasta la clavícula. Vega se incorpora y se desprende del sujetador con asombrosa facilidad, bamboleando las caderas al hacerlo. Al ver sus pechos caer, mi erección vuelve a palpar exigiendo atención. Y ha sido tan exagerado, que por cómo ha retrepado por mi piernas; o se ha asustado, o ha conseguido lo que espero.

Y sí, me quita el cinturón y se retira a un lado para que pueda quitarme lo poco que todavía llevo. Mientras lo hago, me doy cuenta de que tiembla de inseguridad.

« Joder, no quiero que pienses».

Tiro de ella para dejarla inmovilizada bajo mi cuerpo. La beso por cada rincón, desde arriba hasta su zona más íntima. Abro sus piernas y mordisqueo entre sus muslos, haciendo que se relaje y arquee la espalda para dejarme hacer. Los minutos pasan lentos y tortuosos, y su piel es similar a beber agua salada. En lugar de quitarte la sed, cuanto más bebes, más sed te da.

—Simon... —susurra casi gimiendo por el último bocado cerca de su sexo.

—Dime, nena. Tú mandas.

—Me encanta, que el recorrido hasta el final sea largo, pero hoy no es el día. Si vas a entrar hazlo ya, porque no sé cómo va a reaccionar mi cuerpo si sigues y solo me estas rozando —suelta casi sin respirar.

Más excitado, obedezco. No sin antes despedirme de sus muslos como se merece. A penas he tenido tiempo de examinarla al completo, pero agradezco poder imaginármela a través del tacto.

Sus ojos empañados me apremian. Con el lío que me tiene montado, no sé si ser delicado o brusco. Si darle tiempo o ir al grano. Así que, me dejo llevar por lo que ha dicho y poco a poco me introduzco en ella.

—Joder... —gruño al entrar con facilidad. Clava las uñas en mi espalda a la vez que hace una mueca que no consigo descifrar—. ¿Te he hecho daño?

—Me lo vas a hacer si no empezamos ya —aclara en tono meloso.

Joder, es complicada hasta para esto. Me va a volver loco, intentando entenderla y satisfacerla.

Empiezo a moverme, primero con movimientos acompasados y lentos. Luego, acelerando el ritmo hasta perder el control. Sus caderas se mueven, ayudándome a entrar profundo. Gime y al oírla me vuelvo más loco.

—Vega...

Suspira con trabajo, relamiéndose los labios.

—Deja de volverme loco...

Continúo sin parar, con la boca seca, frenando mentalmente la inminente explosión. Aprisiono su cara y la beso, muerdo y examino sin apartar la vista de sus ojos bien abiertos. De repente, los cierra y su espalda se curva. Y ahí, soy incapaz de no dejarme ir. Sus espasmos me arrojan y me vacían hasta que me dejo caer, abrazo por sus piernas y la carne de sus pechos, sirviéndome de almohada.

Pase lo que pase, lo siguientes diez minutos, no voy a moverme ni abrir la boca. Porque aunque

quisiera, las rodillas no me responderían, tengo la lengua como un esparto y mi cerebro está dando tantos saltos, que no sabría decir nada coherente o acorde con lo que sea que espera ella.

Capítulo 20

Vega

Despierto sonriendo con los primeros rayos de sol. Me cosquillea la cara de sentir el día en la piel. No tengo persianas, ni cortinas porque me encanta abrir los ojos conforme el sol y ruido me dan los buenos días. Para Simon es todo lo contrario, ha bufado, musitado y hasta maldecido para terminar enterrando la cabeza bajo un cojín.

Salgo con cuidado de la cama, sacando mi cuerpo del rodeo de uno de sus brazos. Mi espalda se ha caldeado durante toda la noche con el contacto y roce de su pecho. Hace tanto que una sensación así no me sorprende, que tengo la sensación de que los sentimientos se me acumularan y rebotaran, haciendo eco.

De camino a la cocina, cojo el teléfono para llamar a casa. Es viernes y Robert puede estar todavía enfadado. Y no lo culpo, soy una hermana terrible. Mientras el teléfono comunica en mi oreja, rastreo en derredor toda mi casa, es una tontería, porque evidentemente conozco cada centímetro. No obstante, nunca antes había echado en falta una foto o cualquier objeto de mi hermano en ella.

—¿Hola? —responde Adele.

Suspiro y bajo los parpados invocando en mi mente su imagen.

—Hola, llamaba para saber cómo va todo por allí —explico.

—Oh, bien, bien —dice, cariñosa, pero con cierto deje de extrañeza en su voz—. Tu hermano salió ayer con Peter a dar un paseo con la bicicleta. Si lo hubieras visto... —Ríe—, no he visto nada más ridículo que a Peter con esas mallas y ese casco.

Suelto una carcajada al imaginármelo también. Si una cosa tengo que reconocer, es que ese hombre tiene más virtudes que trabas. No es complicado adivinar por qué mi madre se enamoró de él poco después de divorciarse.

Hablamos de disparates casi media hora. Sin duda, es la conversación más larga y relajada que hemos mantenido Adele y yo en años. Lo que me hace replantearme, si la culpa de que Robert y yo creyéramos separados, fuera cosa también mía por no insistir más en que mi padre me llevara a verlo o coger un tren algún fin de semana. Aunque claro, eso podría haberlo pensado antes. Miro los ojos de la foto de mi padre, como si por hacerlo fuera a responderme. Su mirada tan desafiante, pero tan protectora a la vez. Siempre sabía qué hacer y qué decir para que me sintiera mejor.

«Era ella quién no llamaba», uso como disculpa.

La culpa es la mayor excusa que ha inventado el hombre para frenarse a la hora de hacer algo. Es fácil echársela a alguien si no sabes cómo quitártela de encima. Sin embargo, me es casi complicado querer odiar a alguien y a todo lo que te lleve a ella. No sé hacerlo. Cuando pasas tanto tiempo encerrada en ti; cuando has huido toda tu vida justo de lo que necesitabas, por muy rápido que lo hagas, aquello de lo que corres termina encontrándote. Y cuando lo hace... en algún momento, tienes que pararte a pensar si merece la pena seguir alejándote. Robert, Simon, Brianna, Mark,... me encontraron. Es chocante que la última persona en la que piense y cuyo nombre me niegue a pronunciar en alto sea mi madre, pero por más que cueste o desee es ella quien no me deja avanzar. Y yo, al final, siempre soy yo mi mayor obstáculo.

Desvío la mirada a la puerta de mi dormitorio y siento lo que mi cuerpo me decía y lo que el suyo me quería dar. No fue lo más bonito y destacable del mundo, pero, joder, si eso fue improvisar... Si incluso siendo una mierda consiguió que me hiciera un lío con todo lo que me he empeñado en creer tantos años...

Sonríó al verlo con una de mis camisas, le está justa aun siendo una talla superior a la que uso. Está muy ridículo con ella pero sexy. Anoche, ni si quiera lo miré, solo quería hacer lo que sentía sin meditar. Sin ahogarme al hacerlo, sin terminar como estoy ahora. Dando rodeos, hasta acabar exhausta.

—¿Qué es esa mueca? —pregunto al ver su frente arrugada.

—Nada, pensé que no te encontraría. Claro que, es tu casa y no vas a irte de tu propia casa.

Odio que haga eso. Leerme. Conocerme tan bien.

—Ya ves, soy una anfitriona todavía peor que tú. No sé si hay algo comestible. La nevera está desconectada y los armarios...

—Puedo verlo, no estás cómoda —interrumpe.

—No eres tú, soy yo. —Me siento patética al oírme—. El mundo es un lugar hostil para mí, las personas en general. No consigo confiar en ellas, por más que me esfuerce en interiorizar que no todos somos iguales.

—Está bien que hagas eso, Girafita. —Se acerca con una sonrisa dibujada en los labios.— Porque pienso repetir lo de anoche y hacerlo mucho mejor. Hasta que termines confiando y, después, para que no se te olvide que lo haces.

Vuelve a mostrar una sonrisa lasciva que refleja junto con el brillo de sus ojos todo lo que pasa por su mente al mirarme. Y es que siempre que hace eso, mis constantes vitales se colapsan y lo único que puedo hacer es mirarlo, como una boba. Ver su barba, imaginármelo sin ella, pensar en sus besos.

«Qué mal vamos, Vega».

Porque sí, quiero que se vaya, bien lejos, y al mismo tiempo, que deje una cuerda por la que pueda tirar y encontrarlo cuando lo necesite. Y, últimamente, me temo, que es muy a menudo. Dormir abrazada a él, hablar de tonterías y desnudarme en cuerpo y alma frente a él, no está siendo buena idea. Soy como una locomotora a motor que lleva sin ponerse en marcha una década. Huele a quemado y hace un ruido infernal, avisando de que va a explotar, y eso..., eso también lo sabe. Lo sabe todo, porque siempre tiene la palabra acertada en el momento justo. Y yo..., yo no sé si dejar de respirar o dejar que la corriente me arrastre, tirando de esa cuerda que llevo atada a mi tobillo.

Es excitante ser deseado por alguien que te produce tantos exabruptos emocionales. Me descoloca tener esa sensación de transparencia delante de sus ojos y, aunque es la única persona que me hace sentir incómoda y segura a la vez sin razón aparente, que me fío de él menos que de nadie, también es un hecho.

Al volver de mi viaje mental, lo veo casi vestido y buscando con la vista sus pertenencias.

—No hace falta que te vayas —digo—. A mi manera, te he sugerido ir a desayunar fuera.

—Me parece bien. —Sonríe y termina de vestirse con más calma—. ¿Vas a ir así? —pregunta, señalando mi atuendo con un movimiento de cabeza.

Lo observo callada. Sé que tiene más que decir, pero está hastiado de tirar de mí. No se lo pongo fácil y no adrede, porque tampoco lo hago conmigo. Y por muy encantador y sorprendente que lo vea, no hace nada por refutar, que de verdad puedo confiar en él, o que no soy un trozo de carne en una noche cualquiera, porque eso, lo he sido siempre que he querido serlo y, ahora, deseo justo lo contrario. No sé si influye que sea él, o que es una de las pocas cosas que tengo claras; no más rollos sin sentido.

Con él, sin querer me he implicado, y desde que empecé a hacerlo, consciente o no, no quiero desnudarme de ninguna forma que no signifique algo más que saciar mis instintos primarios. Y él... ni si quiera se toma en serio sus propias palabras.

Me visto bastante abrigada, estamos casi en diciembre y las temperaturas no perdonan. Es mi mes favorito del año y también el de papá. Si hubiera estado en casa, el árbol ya tendría todos los adornos y luces puestas, esperando al cinco de diciembre para ser encendido.

Al salir, el espíritu nos contagia, paseamos más de lo que cualquier persona cuerda estaría dispuesto a caminar en un día. Desayunamos, almorzamos y hasta más de un chocolate caliente con un bastón de caramelo, como manda la tradición, nos quita el antojo a cosas dulces y cálidas.

Por la tarde, nos encontramos frente Bryant Park, uno de mis lugares favoritos de la ciudad. Simon observa se reojo como examino con calma el árbol gigantesco que tengo delante.

—Te imaginaba más *Grinch* —confiesa sonriente.

—¡Pero qué dices, si se ve a lo lejos que mi sueño es ser uno de los elfos de papá Noel! —respondo, fingiendo estar indignada—. Ya ves, no sabes tanto de mí como crees.

Se muerde el labio y se sienta en la primera superficie alta que le cae detrás, centrando su mirada en los atrevidos que se han adentrado en la pista de patinaje. Entretanto, yo admiro el alumbrado todavía apagado, y algún que otro puesto que ya habíamos visto de camino aquí.

—Me gustaría hacerlo —dice bajito—. De verdad que sí y no sé de qué manera. A veces creo que lo hago; entenderte. Luego te escondes y me doy cuenta de que no sé sacarte de ahí. No tengo ni idea de volver a traerte a mi lado.

El rasgado de su garganta al decirlo me exalta. Clavo las uñas en las palmas y sonrío con precaución, a medio camino entre creer sus palabras o dejarlas correr.

—Me gusta cómo eres, ¿sabes? —Suspira—. Pero eres una contradicción andante. Tus señales son confusas y...

—Déjalo, no creo que vayas a enseñarme nada que no sepa. —digo cortante— No pierdas el tiempo encontrando las palabras adecuadas.

—¿Ves? Vuelves a hacerlo. —Se incorpora con las manos detrás de la nuca—. Es una puta locura, Vega. Eres el acertijo más complicado con el que me he topado. Entender que me pasa cuando estoy contigo o pensar en si... Te voy a echar de menos. Pensar en cuando no pueda estar así contigo, ya me está matando.

—Entonces, ¿por qué quieres conocerme y entenderme? Busca otro acertijo —pongo énfasis al decirlo—. Seguro que te lo pone más fácil.

Agita la cabeza y embute las manos en los bolsillos del abrigo. ¿Cuándo hemos llegado a este punto? ¿Cuándo hemos hecho al otro imprescindible de alguna manera, sin saber cómo?

—Es que me gustas así, siendo tú —espeta con tono desesperado—. Pero no quieras saber de mí lo que tú tampoco sabes contigo. ¿Sabes tú por qué un minuto quieres irte cuando nos cruzamos y al siguiente tan cerca que solo piensas en fundirte?

No digo ni hago nada. Se suponía que estar en casa, lo aclararía todo. Despejaría mis dudas y sabría con certeza que aquí es donde más segura estoy. Y se me ocurre llamarlo, pasar casi dos días con él. Sin mencionar el pequeño y más señalado detalle de que nos hemos acostado, y que si antes pensaba en sus besos cuando no me los daba, ahora voy a hacerlo, ansiando volver a estar así con él.

Me masajeo las sientes con dos dedos y lo miro. La cabeza y el pecho se me van a agrietar si el coctel molotov que bombea dentro de mí, continúa haciéndose más denso de lo que ya es. Voy a explotar y no será de alivio. Me va a doler. Lo presiento.

—Dejemos de pensar —me pide, mirándome a los ojos—. Hagamos lo que sintamos y ya está.

—¿Y cuándo eso no sea suficiente?

Agacha los hombros.

—De momento, lo que sea que tengamos, es más grande de lo que podamos comprender y gestionar. Cuando eso ocurra, ya lo solucionaremos.

Elimina los centímetros entre nuestras bocas y me besa. Tiemblo al sentir la presión de sus labios en los míos y me agarro a él para no tener que separarme. Me dejo llevar... Y en medio del caos, sé que el orden siempre es necesario. Pese a que el día menos esperado o deseado por alguno, el otro explotará, destrozando todo lo que hayamos conseguido avanzar hasta entonces.

Capítulo 21

Simon

El sudor cae por mi frente, empapándome el flequillo. Me incorporo y lo aparto con el dorso de la mano. Barro la sala con los ojos, y viendo cuan despejada está, la brocha se me escapa de los dedos y cae. Resoplo, la recojo y vuelvo a inclinarme para continuar con el barnizado del parqué. Otra gota de sudor me cosquillea de camino a la punta de la nariz. Me levanto encabronado, como llevo los últimos días, y salgo de la barbería por necesidad, lanzando graznidos a todo objeto con el que tropiezo.

Hace casi una semana que el viejo y yo volvimos a casa. Desde entonces, no he parado de trabajar y dar órdenes como un energúmeno. Postura que ha servido para que el equipo de reformas que contraté se diera vidilla y me dejara a mí con lo poco que puedo hacer sin cagarla, entre ellas, hacerle una limpieza de cara al suelo. Y de haber sabido todo el trabajo que tenía, hubiera hecho todo lo posible porque entrara en el presupuesto que fijé para la reforma. Estoy agotado, pero a estas alturas de la tarde y semana, no estoy seguro si el embotamiento que arrastro es más físico que síquico.

«Necesito hacerlo. Tengo que despedirme de cosas, afrontarlas, dejar el sufrimiento como una opción, y empezar a hacer las cosas bien. ¿Lo entiendes, verdad?»

La vocecilla de Vega se cuele en eco en mis oídos como si volviera a tenerla enfrente mientras lo dice. Esa declaración de intenciones antes de despedirnos, me ha llenado de esperanza. Ilusión para creer en algo, que hasta que no la oí pronunciar esas palabras y digerí las mías de pocos minutos antes, no fui plenamente consciente de que sentía cosas por ella tan grandes, como para pedirle que se dejara llevar, incluso sabiendo que el que más perdería sería yo.

Sé que por mucho que se lo proponga, hay una parte de ella que no la deja avanzar, bajar la guardia y ser la chica que he conocido y que me está volviendo loco. Pero no sé qué es, no puedo entenderlo. Por eso, ver ese cambio que reflejaba dar su brazo a torcer y comenzar a ver lo que tantos años le ha llevado creerse a la fuerza de otra forma, me da vida, y a la vez, me tensa, analizando cada palabra o gesto. Porque desde aquella confesión a medias de los dos, guardamos para nosotros más de lo que dijimos, y eso es lo que no me deja estar tranquilo. Ella es contradictoria por naturaleza, ¿y si estos días sus ideas la llevan en sentido contrario a lo que se propuso?

Entro a lavar los pinceles para salir un rato del encierro de mis cavilaciones. Me pongo el abrigo y casi por inercia mis pies toman rumbo en dirección de la familia Morris. Estos días he ido cada tarde a pasar un rato con Robert. Bueno, siendo honesto, me he aprovechado un poco de la información que tiene el crío sobre su hermana para saber de ella, porque sería muy sencillo llamarla y preguntarle qué tal le va todo o cuándo volverá, pero está visto que, a nosotros, no nos va lo sencillo.

Como de costumbre rodeo la casa y me cuelo por la puerta del jardín que da acceso a la cocina. Asomo la cabeza con precaución para hacer acto de presencia sin asustar a nadie. Veo a Brianna sentada a un extremo de la isleta de la cocina y a Adele caminando con el teléfono en el oído. Parece que en las últimas semanas, esa mujer pasa más tiempo en casa. Saludo y al hacerlo ambas miran en mi dirección. Adele me responde, alzando la mano sin dejar de asentir con la cabeza a lo que le estén diciendo por el aparato y Brianna cierra la revista que lee y la coloca a un lado.

—¡Qué honor que su excelencia tenga el placer de deleitarnos con su visita! —dice con sarcasmo Brianna—. Tus plantas de interior llegan mañana, como no sabía exactamente qué era lo que buscabas, mi deformación profesional me haya llevado a elegir por ti. Espero que no te importe.

Alzo una ceja a modo interrogante.

—No sabes de qué demonios te estoy hablando, ¿cierto?

Asiento con cara de circunstancias, lo que provoca una exagerada carcajada en ella.

—¿Está Robert por aquí? —pregunto, desviando la atención de vegetales a humanos.

—Pues... no, creo que está en casa de un amigo. —Sonrío y retrocedo un par de pasos, pensándome si

entrar o irme.

—¿Café? —pregunta ella, sacándome de dudas.

Me siento a su lado, mientras me sirve. Recordemos que era mi novia de la adolescencia, la misma a la que dejé sin explicación cuando me mudé, y para ser un pueblo pequeño y frecuentar la misma casa, no hemos coincidido demasiado. Sé, que una de las disculpas que tengo aplazadas es para ella. Por irme sin darle una explicación. Cuando lo hice era un adolescente, sin embargo, cuando volví ya era un hombre con al menos dos dedos de frente, y está muy mal por mi parte, verme en esta situación tras tanto tiempo y con oportunidades de sobra de haber podido hacerlo antes.

—¿Qué tienen que ver conmigo esas plantas? —Agarro la taza.

—Tu abuelo. Dijo que querías alguna para tu consulta. —Me toca el brazo—. Felicidades, nunca hubiera imaginado que te dedicarías a la fisioterapia. —Sonrío—. Te pegaban, no sé... otras cosas

Al parecer, al viejo le preocupa la decoración de interiores más de lo que hubiera presentado.

—¿Y qué pasó con la guarrilla pechugona esa con la que me reemplazaste? —pregunta sin anestesia y sin rastro de rencor.

—¿Y a ti con mi entonces y actual mejor amigo, Thomas? —digo, devolviéndosela.

—Pues... follar, discutir, follar y..., sí, volver a discutir. Hasta que uno de los dos maduró y dejamos de hacerlo.

—Soy incapaz de imaginarme quién de los dos fue —mascullo, riendo.

—¿Y tú?

—¿Yo? Pues... ¿Eso de que a las chicas os gustan atormentados, llenos de demonios y dolor, que ni pueden ni quieren superar? —Me mira confundida—. Es un bulo.

—Ya... yo... Lo siento.

—Hablando de disculpas...

—Ni se te ocurra, Scott —Sonrío al oírla dirigirse a mí por mi apellido. Creo que es la única persona en toda la faz de la Tierra que lo hace desde que iba al instituto—. No tiene sentido hacerlo. Ambos hemos sobrevivido.

Aprieta mi mano y, por su tono, sé que es sincera. Nunca ha sido rencorosa, ni capaz de negarle a nadie una oportunidad, aunque no se la merezca. Me levanto del taburete y beso su nuca, pronunciando un «gracias» muy bajito que ella acepta, ejerciendo más presión en la mano que me sostiene.

—¿Simon! —Saluda, Adele alzando la voz—. Disculpa, hay quienes creen que el trabajo de las enfermeras es prescindible, pero cuando una de ellas está de vacaciones o de baja, no saben arreglárselas solitos.

—Tranquila, me alegro de que estés de vacaciones.

Brianna se levanta y despide. Recoge sus pertenencias y antes de salir se dirige a nosotros y por turnos nos besa en una mejilla. Me sonrío y me guiña un ojo, haciendo un círculo en el aire con el dedo índice, susurrando un: «Nos vemos por ahí», antes de salir.

Adele se sienta a mi derecha y sirve otro par de cafés, y como no estoy lo suficiente nervioso o alterado de por sí, agarro el mango y doy un sorbo con el que vació la mitad del contenido de la taza.

Antes de empezar a intimidar con su hija —qué mal ha sonado eso—, la relación con su madre ya era amistosa, y como ya he expresado alguna vez, pese a no parecerse físicamente lo más mínimo, a excepción de algún que otro detalle mínimo, las dos son casi iguales en cuanto a carácter y gestos. Creía que estos suelen ser aprendidos por aprendizaje vicario. Me sorprende demasiado, que habiendo estado separadas varios años, las dos reaccionen casi igual a determinados estímulos o mejor dicho; presenten la ausencia de reacción ante determinadas cuestiones que requieren reacción.

—¿Has hablado con ella? —me pregunta

—No.

Coloca las dos manos en la taza y sorbe sin hacer ruido.

—Yo tampoco. —Se aclara la voz—. Cuando llama, pregunta por Robert antes de dejarme saludar siquiera, pero bueno, que eche de menos a su hermano significa que ya han conseguido crear ese vínculo de hermanos del que carecían.

—¿Por qué no la ha llamado usted, digo, Adele? —pregunto sin haberlo meditado antes de formular.

—Sé que tengo una conversación pendiente con ella desde hace mucho. —Respira hondo—. Puede que sea mi culpa haberle dado tanto tiempo, esperando a que ella se acercara y me lo pusiera más fácil, pero eso no sucederá.

—Lo sabe porque es como usted de cabezota.

Ríe ante mi impertinencia, aunque no muestra incomodidad ante lo acertado de mi afirmación.

—Las dos tenemos cosas guardadas, Simon. —Deja la taza sobre la encimera y se recoloca la chaquetilla de lana que lleva, cruzándosela y sujetando el cruce con ambos brazos sobre el pecho—. Yo pude hacerlo mejor, y ella...

—Haberlo intentado —termino la frase por ella.

Suspira a la vez que asiente y vuelve a dejar que se le abra la prenda.

—No todo es lo que parece, ¿sabes? No estoy orgullosa de no haber sido la madre que necesitaba, pero ella tampoco se esforzó por mostrarme el camino. —Se masajea la frente con dos dedos—. Debes estar pensando que soy una madre peor de lo que aparento, haciendo responsable de mis errores a mi hija.

—Creo que todos podemos hacerlo siempre mejor —digo, convencido y pensando en mi fantasmas—. Nunca es tarde para hacerlo bien, Adele. Y puede que no me corresponda a mí decírtelo, pero ella necesita oírlo para poder entenderla, para poder dejar de «detestarla»...

Veo un atisbo de dolor en el brillo de sus ojos y estoy seguro de que me he pasado de duro, pero no he podido contenerme. No cuando estoy loco por ella y las muchas cosas que no enfrenta, porque ni ella ni la otra parte la dejan, le permiten avanzar y dejar aflorar a la chica que veo en el fondo de sus ojos cada vez que la miro.

—Disculpa mi atrevimiento, Adele, no me corresponde a mí hacer juicios, cuando ni siquiera sé de misa la mitad. —Ladeo la boca en una sonrisa forzada.

—Tranquilo, hijo, he sido yo quien ha empezado. Debería haberme callado y hacer lo que he dicho sin más. No sé por qué lo he hecho.

—Mi tía dice que tengo una de esas caras. —Me lanza una mirada escéptica—. La mayoría de la gente siente que me puede contar lo que no se atreve a decirle a nadie. Transmito confianza o algo así.

—Habrás sido eso.

Salto del taburete y recojo las manos en los bolsillos.

—Es hora de irme. —Me pinzo el labio inferior—. Gracias por el café —digo, mirando la salida con una sonrisa que me sabe amarga.

—Gracias a ti por la charla... Por cierto, viene mañana.

Le guiño un ojo y salgo casi corriendo. El costado se me abre por la fuerza con la que me ha empezado a latir el corazón bajo las costillas. De camino a mi casa, ando varios metros con los ojos apretados y soltando aire poco a poco. La conversación ha dado reflexiones para los dos. Y a raíz de ella, mi propia ansiedad y demonios han despertado y me ha dado un pellizco de valentía. Pero conforme voy llegando a mí casa, mis pies desvían la ruta hasta la acera de enfrente.

«Otra vez aquí», pienso.

Guio la mirada por el camino de piedras hasta la entrada, y sostengo la vista en el pomo y la puerta en su conjunto. Doy un paso adelante y de la misma forma retrocedo. Noto como las rodillas me tiemblan, y una especie de pantalla que solo yo presiento, me hace chocar con ella y no avanzo. Hoy tampoco voy a poder.

«Como cada vez que lo intento».

Me rasco la cabeza de manera compulsiva con ambas manos. Respiro e intento borrar las imágenes y

voces que aparecen en mi cabeza; el cristal impactando contra el suelo, las pastillas esparcidas por todos lados, las mejillas heladas de mi madre, la voz rasgada de mi abuelo, haciendo palpable lo que ya sabía. Un par de lágrimas me empañan la visión, aprieto los puños y los dientes, e intento volver a adelantarme. Consigo cruzar la calle y llegar hasta el inicio del camino de piedras y hasta ahí mi atrevimiento. Me limpio las mejillas con el dorso de la mano y sorbo la nariz. El aire a mí alrededor se vuelve espeso y me cuesta cada vez más tomarlo y expulsarlo con normalidad.

«No voy a poder», susurro.

Voy a darme la vuelta cuando oigo que una voz pronuncia mi nombre. Giro la cabeza y al poco, veo al pequeño Rob corriendo hacia mí. A medio metro de distancia salta y lo cojo al vuelo. Lo miro a los ojos y le devuelvo la sonrisa.

—¡Viene mañana!— grita cuando lo dejo en el suelo.

—Sí...

—Prometiste que volvería y lo haré. —Se abraza a mí—. Gracias.

—Dáselas a ella, enano, no es cosa mía —aclaro, rascándole la cabeza. —Venga, te acompaño a casa.

Trago saliva y lo agarro de la mano. Suerte que es un niño y la emoción por contarme que su hermana vuelve, no le ha dado para fijarse en nada más, porque sus peculiares preguntas hoy no tendrían cabida entre tantas respuestas obtenidas.

Ojalá hubiera podido yo también liberarme de carga. De momento, me conformo con saber que la brujilla deslenguada, estará pronto cerca para no dejarme pensar. Y me lo debe, porque estos días, su ausencia me ha hecho hacerlo más de lo que cualquier mente sana y cuerda puede permitirse.

Capítulo 22

Vega

Me hubiera gustado seguir haciéndome la dura y gritar en varios idiomas lo que me ha costado volver. Pensarás que soy un caso digno de mención, porque a nadie le gusta estar continuamente enojado con el universo o buscando trabas para estarlo. A mí tampoco, es solo una de las muchas partes de mí. Y la detesto. Una como otra cualquiera, aprendida a lo largo de los años. Y, aunque me fastidie enfocar casi todo como si estuviera molesta, sigo sin saber hacerlo de otra forma.

Hace menos de cinco minutos que he llegado a casa y ya estoy borracha por las tantas sensaciones que se me despiertan mientras lo asumo. Respiro sin ansiedad, aunque estoy un poco exaltada de haber llegado. Tenía ganas de volver, es cierto. Sin embargo, una vez aquí no esperaba que fueran tantas. Y al contrario de lo que pensaba, estar en Nueva York me ha traído más pena que gloria.

Todavía no he entrado. Estoy tomándome mi tiempo para cruzar la puerta, pasearme por la casa y oler ese resquicio de azahar, que lo envuelve todo, y que tan nauseabundo me parecía al llegar un par de meses atrás. A veces creo que al aprender o cambiar nuestro punto de vista acerca de algo, también lo hacen nuestros sentidos. Mi cuerpo también está poniendo de su parte para avanzar y, además de haber echado de menos el olor, hay otras cientos de cosas que estoy deseando tocar y volver a ver.

Me dispongo a entrar y no he abierto a la mitad, cuando Robert se abalanza sobre mí, haciéndome caer. Chilla tan fuerte en mi oído que no me alcanza a entender que trata de decirme entre grititos.

—Mamá dice que me has traído un regalo. ¿Dónde está? ¿Dónde está?

Está tan activo que solo mirarlo ya agota.

—A salvo de un demonio como tú —digo, mirando a mi espalda.

Menos mal que se me ha ocurrido dejar a Igor, mi guacamayo, en el portal antes de entrar. O hubiera acabado con un ciento de plumas menos, el pobre, del tortazo que se hubiera dado al caer conmigo, con la efusiva bienvenida del monstruito de la casa.

—¡Buah, es guapísimo! —exclama con las manos en la cara—. ¿Habla?

—Pues... no, pero con lo ágil que eres tú con la sin hueso, no dudo que aprenda algo poco práctico pronto.

—Se llama Igor —explica Adele—. Y por si se te ha pasado por la cabeza, elimina la idea. No abras la jaula, menos con la puerta a la calle abierta.

—¡Hala, qué bonito! —dice Peter antes de abrazarme—. Me alegra que estés de vuelta.

Al dejarme caer en los brazos de su marido, veo por encima de su hombro a Adele retirada de la escena. Sus brazos están en una posición intermedia entre la tensión y la flexión, a la espera de un recibimiento parecido.

La unión entre Peter y yo no dura mucho, lo justo para que haya podido meditar en si actúo acorde con la cortesía o con los sentimientos. Entenderás que darme cuenta de que me gusta estar aquí es un avance lo bastante asombroso para mí, como para seguir estirando el chicle. Así que, cuando nos separamos dejo que mi madre se acerque tal como veía en sus ojos y me estreche con efusividad, aunque no hago amago de colaborar. Dejo los brazos estirados a ambos lados del cuerpo, intentando no parecer rígida, pero sin ser capaz de devolverle la alegría que le produce verme en su casa nuevamente.

Pasado el momento de bienvenida, me doy una ducha rápida y me visto con una camiseta azul eléctrico escogida al azar, la chaqueta de cuero negra con tachuelas, jeans de un tono gris claro y unos botines con una apariencia similar a la chaqueta. Pongo un poco de carmín morado con la yema de los dedos y me atuso el pelo para dejarlo suelto, sin importarme que esté un poco alborotado, a causa de la rapidez del maqueo.

—¿Vas a salir? —pregunta Adele cuando todavía voy a mitad de escalera.

—Ajá, quiero ver a los chicos.

—Bien —masculla entre dientes, esbozando una sonrisa—. Más de uno ha venido casi a diario, y me arriesgaría a decir que era para ver si venías.

Al procesarlo, el rostro sonriente de Simon se sobrepone a los demás. Termino de bajar los escalones sin soltar la mano de la barandilla y me quedo pensativa unos segundos.

—Me alegra estar aquí otra vez —susurro con esfuerzo.

—A mí también, cariño, a mí también.

Todavía saliendo, me voy colocando la ropa de abrigo. No miro atrás, pero intuyo que Adele continúa apoyada en el quicio de la puerta, observando cómo me alejo.

Llego a la cafetería acelerada y sin aire, por haber venido casi corriendo. Sonrío al ver próximo el momento de encontrarme con Brianna y Mark, aunque en mi mente haya otro granujilla que se estanca más tiempo del que desearía.

Coloco las manos a modo de anteojos y husmeo por uno de los ventanales. Por el bullicio del gentío, se presiente la que hay montada. Ríe al divisar a Brianna por una esquina, gesticulando a la par que le explica algo a una chica que no reconozco y a Mark con un chupito, por libre. Hoy es su día de descanso según la vestimenta que lleva.

Estoy a punto de entrar, cuando un viento suave que acaricia la piel de mi cuello me frena, e incita a mi cuerpo a responder por medio de un electrizante escalofrío. Sé que no es frío, porque mi cuerpo siempre reacciona igual, a cada uno de sus roces. Giro la cabeza a mi izquierda y lo veo apoyado en una pared vecina a la cafetería con el hombro. Thomas le cuenta algo entre risotadas, pero no lo suficiente atractivo para que él sea capaz de contenerse en pinzarse el labio, mientras remueve el contenido de su vaso con un dedo y, a continuación, chupárselo con decadente descaro y erotismo.

—Si yo fuera tú, no entraría ahí. —advierte, ignorando a su amigo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —Le sigo el juego.

Se disculpa con su amigo, tocando su hombro. Este le dice que lo entiende, inclina la cabeza y centra su discurso en otro chaval.

—Según cuentan las malas lenguas. —Esboza una sonrisa que me ceja casi ciega o son las ganas que tengo de besarlo—. Te tienen preparado un castigo por irte.

Automáticamente pienso en Brianna y suelto una risotada que a él le parece muy graciosa, porque deja escapar otra a unos decibelios superiores a la mía. Veo que se está divirtiendo a mi costa, no conmigo. Así que, entro y lo dejo solo con sus chistes. Y, apenas treinta segundos después de hacerlo, estoy dando saltitos y grititos sin saber cómo cubrirme la cara para líbrame de los impactos. Junto los labios y saboreo el azúcar que los salpica, y me doy cuenta de que es crema. Me pongo de espaldas y gimo al sentir la ropa y el pelo pringarse.

«¡No puede ser! Es el día de las dianas» «Por favor, que sea crema lo que me chorrea por todas partes».

Casi sin ver, me envalentono, me doy la vuelta y paso como puedo entre los clientes, quienes en su mayoría, habrán colaborado en la zurra, pues no me imagino a Mark con ocho brazos, ni a Brianna con los del inspector Gaget. Respiro al entrar en el aseo de chicas, por suerte desierto, y me miro al espejo.

«¡Serán mamones!».

Mi rostro es un coctel entre masa quebrada, crema amarillenta y zonas rojizas por los impactos. Saco, del también herido bolso, un paquete de toallitas y me adecento lo mejor que puedo, aunque por más que quiera, mucho no podré mejorar la imagen.

—Mira que eres desconfiada. —Giro el cuello a la voz.

«Hasta siendo petulante es sexy». Carraspeo y me yergo muy digna antes de responderle.

—Si no quieres aprovechar los restos que todavía tengo, esconde esa risita tocapelotas.

—Planteado así no le veo fugas al plan.

Agito la cabeza. Su mente perversa va por otros derroteros a los cuales se suma la mía también, sin

que nadie le haya dado permiso. Mira en derredor antes de entrar del todo y cerrar la puerta tras de sí. Durante unos segundos, clavamos los ojos en el otro sin que ninguno haga aspaviento por decir algo, aunque en realidad, no hace falta.

Su olor lo acapara todo, tanto que incluso en la distancia pareciera que me toca. Sonríe, tímido, mientras elimina poco a poco la distancia que nos separa, deja el vaso sobre el primer lavabo por el que pasa y alza la mano para tocarme la cara. Poso mi mano sobre la suya y sin querer me encojo al sentir un cosquilleo helado por dónde pasea su mano.

—Te he echado de menos, brujilla —susurra.

Me pellizca la mejilla y esconde las manos en los bolsillos.

—Yo también, Rizos —digo tan bajito que temo tener que sacar valentía para repetirlo, porque no me haya oído.

Retrocedo y sin mirar, cojo impulso y me siento en el mármol que sostiene los lavabos. Él se acerca y en lugar de quedarme rígida a su merced como otras veces, abro las piernas para dejar que se cuele entre ellas. Sin dejar de mirarme, acaricia mis brazos y mis costados con los nudillos. Su contacto me produce tantas emociones que lo que en un instante parece quemarme, al siguiente me hiela. Joder.

—¿Cuánto? —susurra, recostando su frente en la mía.

—Bésame.

—¿Te das cuenta que siempre soy yo el que te besa?

No medito, solo acallo la necesidad que tengo de él. Entierro mis manos en su pelo y lo atraigo hacía mí, para instarlo a abrir la boca con el movimiento de mi lengua en su boca. Baja la cremallera de mi chaqueta y sin romper el beso, cuele las manos bajo mi ropa. Con ambas manos ejerce presión en mis pechos hasta que, sin delicadeza, saca uno y lo tortura con el pulgar.

—Estamos en un baño público —digo cuando vuelvo al mundo real. Mi interrupción lo hace bufar y resoplar hastiado, mientras me recompongo y bajo del mármol.

Agarra su vaso sin disimular su enfado y sale tras unos segundos, mirando fijamente la puerta cerrada.

—No puedo creérmelo.

—Ahora no.

—¿Ahora no qué?

Se gira y en dos zancadas vuelve a estar delante de mí.

—Nena. —Lo fulmino con la mirada por llamarme así— Te he echado de menos en todos los sentidos y soy humano. No puedes pedirme que te bese, dejarme que te toque y pedirme que deje de desear sentirte.

De puntillas lo beso en la mejilla, pero el resopla.

—Lo siento, joder, lo siento —digo, alzando la voz—. Disculpa que repentinamente, sea consciente de dónde estamos y lo estropee.

—No lo estropeas —aclara antes de besarme la frente—. Es solo que piensas demasiado.

—¿Y qué quieres que haga, Simon?

—Parar ese cabecita tuya un par de horas y dejarte llevar. Joder. ¿Qué quieres hacer ahora mismo?

Coloca las manos en jarras en sus caderas, mientras espera a que responda y por su forma de mirarme, sabe perfectamente la respuesta a su pregunta.

—Vamos, anda.

Me tiende una mano. No protesto y me agarro. Cree que por que camine tras él, no sé qué se lo está pasando en grande con mis reacciones. ¿Tan raro es que yo también lo quiera dentro de mí?

—Deja de provocarme, Rizos —advierdo.

—No sé de qué me hablas, eres tú la que ha empezado y no se atreve a terminar.

Esta vez voy a responderle, pero justo cuando voy a hacerlo Brianna nos aborda.

« ¡Qué oportuna!»

—¡Ay, pero que ganas tenía de estrellarte esos bollos en el careto! —grita, estrujándome las mejillas—. Tenías que haberte visto, nena —al oírla, desvío la mirada a Simon que parece haber pillado lo de «nena» y me guiña—. Bueno, puedes verte. Mark te ha grabado.

Río, mostrando mi sarcasmo y le doy un leve tirón del moño.

—Voy fuera —me dice Simon—. Por si te decides...

Lo asesino de las maneras más crueles que se me ocurre antes de centrarme en mi amiga, quien golpeando, animadamente el suelo con la puntera de su pie derecho y los brazos cruzados bajo los pechos, espera a que le cuente lo que ya intuye.

—No me mires así, tu agilidad mental ya ha unido pistas y sabe antes que yo, lo que quieres saber.

—¡Lo sabía!!

—¡No grites!—pido.

—Eres un putón, ¿lo sabes, no?

—No te haces una idea lo que desearía ser capaz de serlo todavía más.

Dejo que rumie lo último que he dicho y me voy. No me apetece nada tener que ponerme a contar capítulo a capítulo la telenovela que nos traemos Simon y yo. Veo a Mark a lo lejos, me acerco, pido una copa a su lado y llamo su atención con el choque de mi trasero en la cadera.

—Mi pequeña piojillo.

Me abraza y besa, y por la bofetada que me da de whisky, su día libre va demasiado bien.

—¡Mark, Mark! ¡Bájame ahora mismo! —ordeno.

—¡Mierda cómo te han puesto! —dice, arrastrando las palabras.

—Sí, ya veo lo bien atado que teníais el plan.

Ríe estrepitosamente, golpeando mi brazo con su puño, y quiero pensar que las últimas copas lo han hecho perder sensibilidad, porque me está dando unos porrazos tan fortísimos, que me veo obligada a pararlo.

Cuando Brianna se acerca, brindo para mí misma por todo lo que he ganado desde que los conozco a ellos y a Robert.

Acabo de recuperar un trocito de mí cuando Robert me ha abrazado. Además, cada uno de ellos me regala un pellizco de amor puro y desinteresado, sobre todo el de mi hermano.

Y gracias a él, he comprendido, que para encontrar tu lugar en el mundo; primero hay que llenar un lugar, hacerlo tuyo y dejar un trocito de ti para que nunca, nunca, se te olvide donde está, ni desees irte. Suspiro por necesidad. Me sobran sentimientos dentro del pecho.

Veo a Simon a través del cristal de la ventana. Suelto el vaso en la barra y me voy hasta él. Y es que, aunque quisiera hacerme la orgullosa, él es otra de las partes de mi mundo o, al menos, así lo siento y quiero que sea. Y me va a costar, pero por una vez, pauso mis miedos, entrelazo mis dedos con los suyos en silencio y tiro de él decidida a dejarme llevar.

Capítulo 23

Simon

Trago saliva como respuesta a una arcada y, automáticamente, el sabor de la ginebra se me condensa en el paladar. Camino desconcertado sin saber que mosca le ha picado, pero sonrío cuando noto el salado de mi propia sangre, al pasar la punta de la lengua por el labio. Todavía los tengo doloridos por un mordisco que me ha dado la muy salvaje.

Con maestría he vaciado de un solo trago el vaso, aunque no he tenido la misma para dejarlo reposando sobre alguna superficie del perímetro del bar. Así que este es el parte de la noche: secuestrado por una brujilla rebelde, con un vaso de cristal que saqué a escondidas y la polla dándome bandazos, deseando salir.

Muy gráfico, ¿eh?

La prisa me crea ansiedad y una erección, que no consigo controlar, todo sea dicho. Me recoloco mis cosas como buenamente puedo e intento no tropezarme por dejar de mirar al suelo mientras lo hago. Examino su espalda durante el paseo. La verdad, es que la he mirado cientos de veces y siempre me ha parecido preciosa. Sin embargo, acabo de caer en la cuenta de que el otro día con tanta premura por estar dentro de ella y conseguir que bajara de dónde estuviera para volver conmigo, apenas tuve tiempo de mirarla como se precia. Y si esa imagen a oscuras de ella desnuda, rozando piel con piel me excita...

—Para —digo, dando un tirón para que obedezca.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? Eres tú quien me ha sacado a rastras y camina sin rumbo. —Se agarra el codo para pegarlo a su costado—. ¿Me equivoco o sabes adónde vamos?

Tengo que reírme porque es graciosa hasta cuando no quiere. Seguro que está buscando entre sus conocimientos el concepto de ser impulsiva o el de dejarse llevar sin encontrar resultados.

Rodeo su muñeca con dos dedos y la insto a seguirme. Reconozco que me pone tonto verla tan lanzada, pero si tengo que esperar a que después de tirarse al vacío y dejar la mente en blanco, también improvise sobre el cómo o el cuándo, al final, terminamos como el otro día: rápido y regular.

—¿Adónde me llevas lumbreras?

—A mi casa, ¿de qué me sirve vivir solo si no puedo usarlo de picadero?

Frena en seco, reacción que provoca que pegue un tirón brusco de su muñeca para adelantarla a mi posición. Rebobino y me doy permiso para abofetearme y llamarme gilipollas por bocazas.

«No soy yo, es la ginebra»

—Era una forma de hablar, Vega.

—¿Has llevado a alguien allí para... eso?

—Hace menos de un mes que tengo cama. De hecho, cuando te conocí ni siquiera la tenía.—Paro y la atraigo hacia mí, sujetándola por la espalda—. Escucha, mi bocaza tiene la particularidad de decir lo menos preciso en los momentos más ajustados. Eres la primera, y aunque no fuera así, no importa, porque quien me vuelve loco hasta límites que desconozco ahora mismo, eres tú, nadie más.

Sus ojos brillan al oírme, pero su rostro no hace mueca alguna de que confíe o no en mis palabras. Sea como sea, al cabo de unos minutos estamos delante de mi casa. La suelto para sacar el manojito de llaves del bolsillo y repito el mismo ritual que cada vez que tengo que abrir; giro, golpe de cadera y patada hasta que oigo el clic que indica que se ha querido abrir.

Nota mental: cambiar la puerta.

Voy al interruptor más cercano y hasta me siento raro de poder verle la cara con tanta facilidad. Todo está indudablemente más ordenado que la última vez que estuvo aquí. Y debe haberlo notado, porque no para de mirar a todas partes.

—¿Parece otro lugar, verdad?

—Sí, este no es el mismo sitio en el que comí una sopa de sobre, Rizos —bromea.

Reímos acompañados sin parar de mirarnos. Mentiría si dijera que no me apetece hacerla gemir y sudar hasta quedarnos dormidos por agotamiento, pero solo con tenerla aquí, algo muy similar a la felicidad me cosquillea de arriba abajo.

Beso su nuca con cariño y la guio con la mirada en dirección a mi dormitorio. Recordemos que mi cuarto está en una buhardilla a la que se accede con unas escaleras tipo gallinero del siglo pasado. Así que, tomaré su predisposición a subir como una muestra de compartir los mismos deseos que yo.

Una vez arriba, ver como se frota las manos hasta sacarse escamas, me incita a besarla con vehemencia, sin control de tiempo, ganas o delicadeza. Y la veo tan pequeña, que solo con estrujarla en mi pecho y aspirar ese olor tan suyo y que tanto he echado de menos, ya habré alimentado más de la mitad del hambre de la bestia interior que tengo atada, gruñendo por salir.

Cuando vuelvo de mi paseo por las nubes, sus manos están peleando con la cremallera de la chaqueta para bajarla, hasta que un pellizco de tela del jersey de debajo interrumpe el proceso. Tiro de la lana para ayudarla y lo consigo. La prenda cae por mis hombros, sale por mis muñecas y frena su paseo chocando contra el suelo. Examino su rostro; se pinza el labio unos segundos y otros pasea su lengua por ellos sin saber el ansia que despierta en mí. La dejo hacer. Quiero dejarla y conocer cómo es relajada dando un paso más de intimidad.

Cuela sus yemas por el suéter, sin premura y sin parar de mirar mi pecho todavía cubierto. Le facilito la visión, sacándomelo por la cabeza, al tirar del cuello.

—Eres más grande de lo que pareces vestido —susurra como si creyera que lo ha pensado y retrocede un par de pasos.

Esbozo media sonrisa que paro cuando el color empieza a poblar sus mejillas.

—A ver, ahora me toca a mí —aviso—. Prenda por prenda hasta estar igualados.

Asiente y me deja tocarla, mientras sus ojos se clavan en el centro de mi pecho, justo en el lunar que tengo cerca del pezón izquierdo y lo acaricia. Parecemos dos adolescentes inexpertos descubriendo el cuerpo humano. Rozando y revisando cada centímetro del otro como si fuera la primera vez, que bajo nuestras palmas, sentimos el calor de otra piel.

Trastabillo al mismo tiempo que toso por atragantarme con mi propia saliva. Un sujetador minúsculo de encaje negro en forma de media luna, realza y tapa lo justo para mostrar la mitad de sus pequeños y bien redondeados pechos. Cierro los ojos y trago saliva, mis recuerdos divagan una hora atrás, al mismo instante en el que las he apretado, cegado por la misma sensación que ahora me inmoviliza y me contiene de cargarla en brazos, y no pensar en lo próximo que pase hasta que nuestras respiraciones se acompañen y nuestro sudor se mezcle como si fuera una poción.

Lo siguiente que pierdo es el cinturón y este sí que sale sin atascos. Sonríe, dividiendo la atención entre el cuero y mis ojos y se lo enrolla en la muñeca.

—No seas mala, brujilla. —La cargo y la tiro en la cama—. No me invites a algo que no sabes si quieres.

—Me parece que tienes una imagen demasiado dulce de mí, Rizos.

—Tienes pinta de ser muy buena y calmadita —digo para chincharla.

—Oh, cariño, no tienes ni idea —dice en tono provocativo—. Aunque casi prefiero que no te imagines lo que puedo hacer contigo.

Me incorporo sin desviar mis ojos de los suyos.

—Otro día, hoy quiero que sea más tranquilo—. La inmovilizo por la cadera con la presión de mis rodillas y me inclino para acariciar su cuello con la nariz—. Lento y suave. Tengo que compensar lo del otro día, ¿recuerdas?

Se revuelve bajo mi cuerpo, pero es para liberar sus pechos del encierro del sujetador y, al verlos, me lanzo en picado a besarlos y palparlos a mordiscos. Ella ríe mientras lo hago y me contagia; tiene

cosquillas al mínimo roce. Me recuesto de lado para apremiarla a quitarse las braguitas y, cuando lo hace, cierro los ojos conforme desciendo en dirección a su ombligo y froto mi nariz por su abdomen. Es pequeñita, toda ella lo es. Menuda y con los muslos tan blanditos que tengo que repetirme que hoy tengo que ser delicado.

Casi llegando al interior de sus muslos, tira de mi pelo para que la mire, con la otra mano se acaricia un pecho y al ver la cara de traviesa que pone, aprieto los ojos y gruño al mismo tiempo que pruebo su carne despacio para no hacerle daño. Me gustaría entretenerme en su sexo, pero teniendo la suerte de poder registrar sin prisa cada palmo de su cuerpo, vuelvo a la altura de sus rodillas y continúo hasta los tobillos. Al sentirme, lanza una patada al aire que increpo con la ceja alzada.

—Me has hecho cosquillas.

—¡Mala!

Ahora sí, bajo de la cama y me desvisto. Sus ojos son dos escarabajos negros, que parpadean al mirar mi miembro. Vale, no voy a pecar de presuntuoso, ni exagerado, pero si es cierto que cualquier roce con un poco de más fuerza de la cuenta me la parte. Joder.

Ella se sienta en la cama y besa la zona baja de mi ombligo, frenando su camino para rozar con los dientes mi polla. Madre mía. Echo la cabeza hacia atrás y el trasero, porque si la dejo no vamos a terminar bien hoy tampoco. La elevo sin dejar de mirarla y ella colabora enroscando sus piernas en mi cintura. Mis ojos vuelan a su boca, afianzo el agarre con un brazo y atraigo su cara hacia mí con la palma libre. No sé si estoy perdiendo la cabeza, pero cada beso en lugar de parecerme igual al anterior y perder el encanto, lo supera. Ninguno es como los demás y, cuanto más la beso, más me gusta hacerlo y más me cuesta separarme de esa boca carnosa en la que me quedaría anclado de por vida.

Sin despegarnos la dejo caer sobre la cama. Sus piernas continúan en mi cintura, y las recoloca para dejarme encajar con su cuerpo. Sonrío. Es increíble que podamos hacerlo, parecemos piezas de puzzles distintos. Y cuanto más pienso en lo pequeña y apretada que es, más me excito y peor se me da controlar el instinto de embestirla como un salvaje.

Gruño como un animal cuando su mano lleva mi polla a la apertura de su sexo. Me está esperando, porque a pesar de permitirle introducirme en su cuerpo a su ritmo, su interior se amolda con rapidez a mí, desmintiendo que fuera imposible encajar. La muevo sin salir de ella para no quedar con las piernas fuera y la miro antes de volver a besarla. Y, ella, callada desde hace un buen rato, arquea la espalda adelantando la cadera, incitándome a entrar más profundo a cada movimiento y bamboleando las caderas al ritmo de mis entradas y salidas.

—Joder, Simon —gime con la respiración entrecortada, rompiendo el beso—. Más rápido, cariño.

—¿Más rápido? —pregunto por provocarla.

—Más rápido, más fuerte, más todo.

Desde el mismo instante en que ha rogado que se lo diera todo, el somier golpea la pared y mi garganta pronuncia gruñidos al ver su rostro cercano al éxtasis. Con fuerza se agarra a los almohadones donde reposa su cabeza y pelo revuelto. Paro un segundo y apreso sus muñecas a la altura de la cabeza.

—Mírame, brujilla —pido.

Acelero las embestidas, pero ella no se abandona a las estocadas, me acompaña siguiendo mi ritmo con movimientos que facilitan que entre y salga, olvidando que pretendía ser muchas cosas pero no un bestia. Y así continúo hasta que un grito sordo escapa de mi garganta y me dejo ir, vaciándome. Sin dejar de sentir como su interior me absorbe y aprieta. Luego me dejo caer a un lado. Poco a poco la boca va recuperando la humedad y el corazón baja a su sitio.

—Somos unos inconscientes, ¿sabes?

Antes de girar la cabeza ya me estoy lamentando por lo que todavía no ha dicho.

—¿Qué pasa, fierrecilla? —Beso su frente—. ¿Tu cabecita ha vuelto a la carga y te arrepientes?

Lo pregunto medio en broma, porque espero que solo sea eso. Sin embargo, al ver la mueca de

disgusto que hace, salto de la cama venido arriba. Pensar que se arrepiente me toca los cojones y sabiendo que puede hacerlo mejor de otras formas, mosquea un poco.

—Relájate —pide—. Es solo que acabo de recordar que esta es la segunda vez que estamos juntos, ¿no?

Asiento a su gran descubrimiento. Sabe contar, bien, me quedo más tranquilo, sí señor.

—¿Y cuantas hemos usado protección?

« ¡Oh, mierda!»

—No tomas la píldora. —Sacude la cabeza—. Y yo no sé ponerle traje a la polla, mierda... Cada vez vamos mejor. A ver, no pasa nada. Estoy limpio.

—Vale... mañana me acerco a la farmacia y ya está— informa más tranquila.

—La responsable de todo eres tú. —Arruga la nariz y se la beso—. Si no fueras tan gruñona y apetitosa a la vez, podría pensar.

—¿Para qué? Ya lo hago yo por los dos, ¿no, Rizos?

—Cuando quieres eres muy divertida —me incorporo para hacerle cosquillas— pero cuando quiero...

—Cuando quieres eres una mamarracho —grita entre risotadas y jadeos—. ¡Déjalo ya!

—Procuraré tener más cuidado en adelante.

Salimos de la cama para ponernos algo. Lo cierto es que si por mi fuera, me quedaría como estoy el resto de la noche más que nada porque dudo que con ella cerca tenga frío o pueda dormir. Ella busca su ropa de espaldas a mí. En silencio. Una quietud que no me gusta en absoluto.

—¿Pasa algo, Girafita?

—Mmm... Nada, solo me visto para irme. Es tarde —sentencia.

El tono que usa parece de lo más neutral, sin embargo, la intención estropea todo lo que habíamos avanzado esta noche, así como mis planes de no dejarla moverse de la cama hasta que el sol nos cegara de buena mañana.

—¿Qué? —pregunta, vistiéndose con recato. Como si no hubiera memorizado cada centímetro de carne que la forma.

—Nada, si quieres irte, no seré yo quien te implore lo contrario.

Resopla y hace aspavientos con la cabeza.

—Mi madre podría asustarse si no llego a casa.

—Claro, debe ser eso. —Me muerdo el labio—. Tu madre.

—Piensa lo que quieras, Simon, soy libre de hacer lo que me plazca.

—En eso tienes razón, pero ten cuidado con lo que desees, puede que alguna vez, tus deseos se contradigan y, entonces, vendrá lo divertido.

—Ya está pasando —dice—. Sois demasiados los que me pedís que de mi brazo a torcer en tantas cosas, que no puedo contentaros a todos.

—No se trata de eso.

—No. —Besa mi nariz— Se trata de mí, quiero irme.

Me meso el pelo de forma compulsiva, pero no añado nada. Si quiere irse, que lo haga.

Y cuando estoy seguro de que ha bajado hasta el piso bajo, paro de dar vueltas en círculos por la estancia y bajo para servirme una copa.

Para mi desgracia, el subidón de hace unas horas se ha desplomado como un edificio en ruinas y ha dejado como regalo una noche repleta de insomnio y coraje. El día que consiga entenderla, me asignaré a mí mismo un pin gigantesco con algún mensaje alentador o algo así.

Capítulo 24

Vega

He conseguido trabajo. Uno que me gusta y en el que me siento casi tan cómoda como creando mis propias obras. Desde hace unos días, soy algo así como una profesora de arte particular. Mis alumnas sobrepasan los setenta en su mayoría y, a ratos, la paciencia para explicarle a mujeres octogenarias determinadas cosas básicas se me hace cuesta arriba. Las pobres ponen de su parte. Se esfuerzan e intentan no repetir las mismas preguntas y errores en serie. Aunque, claro está que, oír la explicación y llevarla a la práctica, suele ser más complicado de lo que las predisposiciones dictan.

Para no variar, mi nuevo rol de mujer experimentada, nótese la ironía, pues tan solo unos meses atrás estaba inmersa en el estrés universitario, rogando a todos ser celestial del universo porque me diera la vida para prepararme todos los exámenes y entregar todos los proyectos a tiempo para así poder graduarme, se lo debo a mi mecenas, Mark.

Todo surgió en una de esas tardes en las que para no variar, Brianna y él discutían mientras yo sobrevolaba sus cabezas, inmersa en mis pensamientos, cual espectro que abandona por minutos su propio cuerpo. Brianna sacó el tema de la venta de mis cuadros y Mark recordó una conversación entre señoras mayores en la que exponían sus ganas por querer aprender a pintar, aunque solo fuera un retrato mal trecho de sus obesos gatos. Y, a partir de ahí, podéis conectar datos hasta llegar a hoy. El final de mi cuarta clase.

—Hasta mañana, linda —se despide la señora Royers.

—Hasta mañana —respondo—. Hasta mañana a todas.

Mi estudio —me sale la risa floja al decirlo en voz alta—, es mi habitación para pintar. No es muy grande y tiene demasiados cachivaches que absorben más espacio vital del conveniente, pero es lo que hay y, de algún modo, tengo que pagar las facturas de mi casa en Nueva York. Ya que, además de proporcionarme una fuente de ingresos «fija», dar clases ha destensado mi relación con Adele y me ha alejado de la obsesión central de mis pensamientos: Simon.

Hace una semana que no hablamos, aunque si nos miramos. Yo intento permanecer a una distancia prudencial de él cuando coincidimos por mi casa. Como una cobarde de trece años o menos.

Todos estos días me he repetido, sin créemelo, que solo es sexo y que irme al sentirme más involucrada de lo que debo, es parte de lo que deseo. Pero es inevitable no estar involucrada. Y lo es más cuando alguien traspasa los ríos y remueve las montañas en las que te ocultas para sacar partes de ti que tienes tan escondidas y comidas de polvo, que ni tú recordabas. No es solo sexo porque ni yo he le he dado solo eso. No soy tan de piedra, de hecho, me cuesta más que nada en el mundo parecer inaccesible. Acciones tan simples como acercarme a él y rozarle el dorso de la mano con un dedo, me crean un gazpacho emocional indescriptible. Por la contención a la que tengo expuestas tanto a mi mente como a mi cuerpo. Traidores los dos por revelarse. Por decidir en los momentos menos oportunos temblar o erizarme la piel al sentir su aliento, o algún acorde de su rasgada voz en la nuca. Por abrir los rincones de mi mente a los que los candados que les puse alguna vez, dejan de pesar por momentos y caen, permitiendo que entre luz. Destellos que en lugar de permitirme ver mejor, me ciega de tanto mirar, buscando las respuestas a todo lo que me pasa.

Bajo los escalones que me llevan al piso de abajo, Adele está en la cocina haciendo pasteles, que no se come ni ella, por tercer día consecutivo.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta como si no lo hubiera hecho ayer, anteayer o el primer día.

Tuerzo la boca en una sonrisa desastrosa y me siento lo más alejada posible de los brownies de chocolate chamuscados para no caer en la tentación de estirar la mano y terminar envenenada al llevármelos a la boca de forma inconsciente.

—Bien. —Tamborileo con los dedos sobre la superficie de la encimera—. El gato de la señora Royers

parece que está recobrando la figura, al menos sobre el lienzo.

Adele ríe y se retira el flequillo de la frente, dejando un leve rastro de harina en su nariz y pómulo derecho.

—Pareces cansada, hija. —Prueba una de sus creaciones antes de terminar la frase con la boca llena—. Deberías ducharte y despejarte. Tanto trabajo no es sano.

«Y me lo dices tú».

Carraspeo y me muerdo la lengua con tanta rabia, que dudo si el salado que percibo en el paladar es mi propia sangre. Sé que es un consejo bienintencionado, pero viniendo de alguien que ha sacrificado casi todo lo que le rodea para llegar a ser la enfermera jefe de la planta del hospital en el que trabaja, cuanto menos resulta anecdótico oírlo pronunciarlo. Giro sobre mis talones para volver a subir. Salir a socializar no me apetece en absoluto, pero sí a correr. Justo lo que necesito para que todo lo que tengo agolpado en el corazón y la garganta se desplace a su lugar natural y me impida pensar durante ese tiempo. Solo avanzar y llenarme de adrenalina al compás que sudo todo lo que me ahoga.

Una vez me he cambiado, cojo los auriculares y me los coloco. La música hace que baje los hombros y me meta en mi papel de chica normal, que correr para distraerse y no huye de forma inconsciente de los gritos encerrados entre las cuatro paredes de su casa. Antes de bajar totalmente el último escalón, levanto la cabeza en el mismo instante que un torso acolchado por una trenca de lana verde militar me frena el paso.

—Lo siento —dice, mientras me agarra por los hombros.

Sus palabras me trastornan hasta el punto de quedarme rígida y sin reaccionar. Empiezo a creer fielmente que mi salud mental no pasa por su mejor estado o, mejor todavía, que por reacciones como esa, nunca he estado bien de la cabeza.

Simon me mira del mismo modo que suele mirarme. Como si me fuera a comer, pero esta vez parece que se recriminara por desearlo. Aparta las manos de mis hombros y carraspeo sin moverme.

—Hola —consigo decir.

—Hola.

Dejo caer los parpados con lentitud, pensando una forma lógica de comportarme y continuar la conversación. En siete días, es lo más cerca que hemos estado. Por mi continuo afán de estar en el lado contrario de la casa cuando él estaba dentro y por el suyo en dejarme claro que está mosqueado.

Ni una sola vez, desde que me fui de su casa se ha dirigido a mí y, por supuesto, tampoco me ha tocado igual que hace un momento. Que o bien hasta ahora no he sabido como echaba de menos sus manos, o al sujetarme, ha masajeadado mis hombros de una forma más íntima de la que mi seguridad requería. Y no sé cuánto tiempo he vuelto a salir de mi cuerpo, pero cuando vuelvo a él, Simon no está. Sí sus ojos, que continúan clavados en mí, incluso en la distancia. Giro el pomo y salgo antes de que la gilipollez empiece a cobrar rienda suelta y termine dejando aflorar esa necesidad inexplicable de tocarlo que tengo siempre que está cerca.

Avanzo en dirección al Hudson. Rápido, casi esprintando. Los pulmones se me colapsan y tengo que parar a escasos metros del río. Estiro para no enfriarme, mientras recobro el aliento y vuelvo a avivar la marcha. El móvil empieza a vibrar en mi bolsillo, el nombre de Adele se refleja en la pantalla con insistencia.

—Hola —digo, tocándome el pelo.

—No sé si te pillas de camino, aunque me vendría bien que fueras a buscar a Robert. —Resoplo bajito—. Peter y yo tenemos que salir y Simon no tiene llave de casa.

Lo medito unos segundos hasta que acepto y guardo el aparato en el bolsillo.

—Día de carrera terminado —farfullo para mí.

Inmediatamente, mis pies se ponen en marcha en modo autómatas. Una parte de mí intenta frenar la

velocidad para tardar más en llegar, la otra me empuja desde atrás para hacerlo cuanto antes.

De camino a la casa/consulta de Simon me es inevitable no pensar en el último día que estuvimos juntos y salí corriendo después.

Las lágrimas me nublaban y empañaban la visión y los pensamientos. Prefiero creer que no soy tan débil como se empeña en mostrarme mi mente, que en parte, esas lágrimas inconscientes fueron causadas por el viento helado frenando en mi cara.

Respiro a bocanadas torpes, cogiendo aire en grandes cantidades, alentada por la sensación de vacío interior. Como si tomando más aire ese hueco fuera a llenarse, y lo cierto es que el ritmo y la falta de oxígeno dificultan que me calme y pueda sopesar lo que siento y lo que he dejado atrás.

No quería irme, eso lo tengo claro. Simon me hace desear cosas cuando estoy con él, que ni siquiera sabía que quería. Ahora lo sé, lo que no, es el por qué mis pies salieron casi derrapando de esa habitación hasta dejarme frente a la puerta principal de mi casa. Puede que esa parte inaccesible de mi cerebro haya cogido delantera a la que creo controlar. De otro modo, no podría explicar el malestar que tengo a raíz de la decisión de irme.

He llegado a mi destino. Me tiemblan las extremidades y apenas logro mantener a raya los sollozos que escapan de mi boca como lamentos lacerantes. Hasta que el frío de las lágrimas no ha correteado cuello abajo, no me he sido consciente de ellas. Es doloroso y perturbador querer hacer algo y terminar haciendo lo contrario, porque tu cuerpo tenga aprendido reaccionar de una determinada manera ante las amenazas. Reaccionar al revés de cómo esperas, dejarte dominar.

Hay cosas que simplemente no sé hacer porque no me las han enseñado. Papá dio por hecho que las sabía, mamá no estaba y yo... nunca pregunté. La mayoría diría que la forma más efectiva es investigando, probando, equivocándose. Y ese es el problema, yo no tengo miedo a equivocarme, lo que me da miedo es sufrir, verme sola, que me dejen otra vez. No ser capaz de recomponer los trozos que queden de mí.

Desde que perdí a mi madre, no he permitido entrar a nadie tanto como para pensar en nada más. Nadie me ha hecho temblar solo con mirarme o pensar en dejar de resistirme y ceder. Dejar que entren y se queden. Y cuando estoy con Mark o Brianna, todo es más fácil. Estaba muy segura de que no necesitaría a nadie con el que compartir mis inquietudes, para eso ya tenía a papá. E, incluso sabiendo que un padre no puede ser lo que son ellos para mí, me conformé con eso con tal de no tener que decepcionarme. Y es lo que más envidio de ellos y de Simon. Él parece que siempre tiene respuestas para todo y, a veces, siento la necesidad de querer preguntarle cómo lo hace, cómo perdona, cómo sigue adelante o cómo descubre que quiere y que no.

—¿Quieres algo?

Su tono es cortante y desde la entrada, no puedo ver dónde está exactamente.

—Robert —explico—. Mi madre me ha pedido que lo recoja.

—No está.

El pulso empieza a ir de forma irregular, me estoy poniendo de los nervios. Desquiciada más bien. Quiero que salga y me mire a los ojos cuando me habla. Sin embargo, tampoco está bien pedir moléculas de algo, que tú no has estado dispuesta a dar hasta que el peso de tus hombros te ha dejado vivir y desear sin muros.

—Está en casa del viejo.

Aclara, acercándose, pero continuó sin verlo.

—Bien, gracias —respondo, volviéndome sobre mis talones.

Resopla, cansado.

—¿Todo bien?

Doy un brinco al sentir su respiración en mi cuello. Sonrío forzada, sin girarme.

—Sí, claro.—Trago saliva—. Perfectamente.

—Pues no lo parece. Estás hecha una mierda —aclara con deje burlón.

—Es lo que tiene ir a correr: —Me vuelvo en su dirección—. Terminas sudado, despeinado y hecho una mierda —repito, imitando su tono.

—Y caerse en cubos de pinturas.

—¿Qué?

—Que tienes varias constelaciones de colores estampadas en la cara. No distingo si el lunar que tienes —roza el contorno de mi labio superior—, es el tuyo o de pega.

Aparto su mano al revisar con la mía. Y para variar, su escrutinio me produce primero frío y luego un calor sofocante que me abrasa. Doy un paso atrás para alejarme un poco de él, y es el único que puedo dar. Mi espalda choca con la pared de la puerta. Simon me mira, adelantándose a pequeños milímetros a mí. Se relame los labios y recuesta su peso en una palma que coloca casi rozando mi mejilla.

—No me gusta estar así —confieso.

Con la mano libre se masajea las sienes y al bajarla a su costado alza las cejas con escepticismo sin dejar de taladrarme con sus iris miel. Hoy están más oscuros que otras veces. Turbios e indescifrables. Sus hombros erguidos y rígidos descienden con sus ojos a la altura de mis labios.

—No soy yo quien decide entrar y salir de esta «relación» cuando le apetece.

—Eso no es cierto.

«Sí, sí lo es»

Carraspea y retira la mano de la pared para cruzarlas encima de su pecho.

—Te beso, me correspondes y luego te vas. Varias veces. Nos acostamos y decides quedarte en Nueva York para aclararte, lo cual respeto y veía necesario, teniendo en cuenta el amasijo de contradicciones andante que eres y en el que me estás convirtiendo a mí —continúa, alzando la voz a cada nueva sílaba—. Entonces, volvemos a acostarnos y te vas otra vez.

—Simon.

Trato de interrumpirlo para explicarme; no me lo permite. Cosa que agradezco porque no sé qué narices podría usar para defenderme cuando lo que dice es la asquerosa y vil verdad.

—¿Puedo seguir?

—Sí...

—¿Por dónde iba? Ah, sí. También está lo de correr al extremo opuesto de tu casa o cualquier lugar con cuatro paredes cuando coincidimos.

—Lo siento. —Me tiembla el labio cuando lo digo.

—No quiero que lo sientas, Vega. —Alza mi barbilla para que lo mire a los ojos—. O mejor dicho, quiero que sientas, que grites, que disfrutes y que hagas lo que desees, pero no que creas tener que pedir perdón por no hacerlo.

Golpea la pared con los nudillos. Intento tocarlo. No me deja. Toma una bocanada de aliento y la expulsa.

—Vine solo para llevarme a mi abuelo de aquí —confiesa a la vez que se deja caer al suelo—. Cuando vi que no lo conseguiría, hice lo de siempre: Conformarme. Quedarme y seguir mi vida aquí, porque si a él le pasara algo estando solo, jamás me lo perdonaría. Pero con el paso del tiempo he aprendido a diferenciar el conformismo y el afán de complacer a los demás a costa de mis propios deseos. ¿Y sabes quién me ha enseñado eso?

Niego con la cabeza.

—Tú y tu egoísmo.

Aprieto los labios, usándolos como balanza para equilibrar las ganas que tengo de llorar y la entereza que necesito para seguir escuchándolo.

—No soy egoísta.

—¿Qué eres entonces, Vega? Estás tan preocupada por impedirnos a todos quererte, que consigues que

nos planteemos hacerlo.

Cada palabra que sale de su boca me rasga el alma un centímetro.

—Estás tan convencida de que si vagas por el mundo sola y desamparada estarás mejor, que tienes derecho a darnos de ti lo que te apetezca y luego a negárnoslo. Joder. —Se cubre la cara con las manos—. Cada vez que te vas, me haces una grieta aquí —dice, señalando su corazón—. No eres la única que ha sufrido y le cuesta hablar de ello, pero, nena, joder. Si no apartas las cortinas y me dejas pasar, no puedo demostrarte lo que provocas en mí.

Se levanta y viene hacia mí.

—Tengo miedo de que me hagas daño.

—Todos nos lo hacemos, adrede o sin querer. Es imposible complacer a todos siempre y, si fuera posible, estaríamos siendo conformistas que es lo que yo era.

—A veces me duele no saber por qué me quema cuando me besas.

Se coloca delante de mí, acuna mi cara en sus manos y apoya la frente en la mía.

—Voy a decepcionarte mil veces. Vas a querer partirme la cara mil más.

Me retiro un poco y él me vuelve a acercar.

—Te la partiría ahora mismo —confieso medio en broma.

—Y eso está bien, porque esa eres tú. No la que se va. Tú no quieres irte, o eso espero.

—No quiero irme.

Suspira aliviado.

—No hemos compartido tantas cosas como para pedirte nada, pero si seguimos así, lo haremos eternamente y no quedará nada de nosotros. Dudo que pueda mirarte con cariño si...

—Cállate —inquiero.

—Todo o nada. Si quieres intentarlo esa es mi condición.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto confundida.

—Porque me importas tanto que quiero tenerlo todo de ti o no tener nada a lo que pedir más.

Tiro de su jersey para juntar mis labios con los suyos. Prefiero estar extasiada por sentirlo que dolorida por sus palabras. Duelen, porque reflejan la verdad, y por más que me empeñara en buscar motivos que lo contradigan no encontraré ni uno solo.

Estoy cansada de nadar sin ver tierra. Llegué a esa conclusión los días que pasé encerrada en mí en Nueva York. Ahora veo una isla cercana. Y hasta puedo rozarla con los dedos si estiro el brazo. Tan solo quedan un par de metros para llegar y no quiero que esta vez, teniendo tanto, todo termine siendo un espejismo por mis miedos.

—Joder, no sabes cuánto he pensado en esto —me dice.

Aprieta su cuerpo contra el mío, asegurándose de que no desvíe la mirada, me sostiene la cara entre sus manos y me besa. Mi cadera siente el bulto de su entrepierna y si sigue besándome con esa intensidad, voy a desmayarme por falta de aire. Como puedo me despego y le sonrío. Simon me coloca el flequillo tras la oreja y me corresponde con otra sonrisa. Sus ojos vuelven a estar claros, aunque no del mismo tono que me hipnotiza como una boba.

—Tengo que llevar a Robert a casa.

—¿Puedo pedirte algo? —pregunta, colando sus manos bajo mi sudadera.

Cierro los ojos y me muerdo el labio.

—Lo que quieras. —Suspiro.

—Ven luego. A dormir. Quiero que te quedes conmigo.

—Vale.

Besa mi nariz. Miro a mi izquierda y salgo por la puerta lo más rápido que mis temblorosas piernas me permiten.

—Te estaré esperando.

—Hasta luego, Rizos.

Capítulo 25

Simon

Hace más de veinte minutos que se ha ido y todavía no me he atrevido a pensar en alto por el temblor de mi garganta. Temo que cuando venga, note como vacilan las palabras al salir de mi boca.

La he echado de menos, mucho más de lo que me hubiera atrevido a confesar antes de haber respirado su olor y oír como los latidos de su corazón iban cogiendo el compás de los míos.

Juro que no pretendía ser un cabrón y que tampoco tenía pensado todo lo que le he dicho. Ha salido solo, de lo más profundo de mí. Ojalá no me costara tanto reconocer que ya no puedo hacer nada para no necesitar besarla o entenderla, pero, a veces, cuando la veo alejarse se me clava tan hondo el sonido de sus pasos, que he tenido que elegir entre: esperar a que vuelva cada vez que se va y pedirle que se quede o que no vuelva jamás.

He respirado su miedo y sus dudas. He sido testigo a lo largo de semanas de cómo su cabeza montaba puzzles y los deshacía por no ver coherencia en ellos. En ocasiones, me he visto a mí años atrás, y es algo que no quería seguir mirando. Quiero verla a ella, necesito hacerlo. Ella es quién empezó a volverme loco y quién cuando está, puede llevarme al mundo que se le ocurra solo con sonreírme y decirme alguna burrada.

Miro la fotografía que tengo cercana al televisor. Estos días he pensado mucho en mi madre, en ese día, en todo. Y después de tantos años, he sido capaz de mirarla a los ojos, con sinceridad, sin retirar la mirada. Lo más complicado ha sido ser capaz de preguntarle a su imagen todo lo que me ha pasado por la cabeza desde que decidió que este mundo no era suficiente para ella. Y lo más duro ha sido no tener una respuesta que me libre de culpa por no haberme dado cuenta de que aquel día, sus frustraciones y distorsiones habían podido con ella.

Dejo el marco sobre el mueble cuando las campanillas de la entrada tintinean.

—¡Simon! —gritan.

Su voz me acelera el pulso y me hace titubear al soltar la fotografía.

—Hola —saluda con timidez.

—Hola —respondo sin apartar los ojos de ella.

Anda hacía mí, vacilando en sus pasos. Durante el camino palpo sus dudas sobre la distancia a la que puede quedarse. Su brazo se estira y se contrae rápido, preguntándome sin mirarme, si puede tocar el marco o no.

—¿Es tu madre?

—Sí.

Siento un escalofrío al responder. La pregunta en sí, no encierra nada extraño, aunque, solo yo sé los años que me ha costado sacarla de un cajón, para habituarme con naturalidad a que estará ahí como cualquier otro objeto. Hacerme a la idea de que está accesible para cualquier que desvíe la vista hacia el mueble, es aceptar que tendré que contar su historia una y otra vez, guardándome para mis adentros el recuerdo de aquellas partes más grises.

—Era guapa.

—Sí —repito con el mismo tono neutral de antes—. No he preparado nada para cenar —empiezo a decir para atraer su atención a mí—. No te esperaba tan pronto.

Sonríe, por primera vez desde que está aquí y me muestra un par de bolsas de papel marrón sujetas por su mano derecha.

—He pillado algo de camino —explica—. Espero que tus arterias tengan ganas de saturarse de colesterol.

La atraigo hacia mí. Su labio inferior tiembla conforme elimino distancia. Rodeo su cintura e inclino la cabeza para que crea que voy a besarla, cierra los ojos para recibirlo y me yergo sin llegar a dárselo.

—Ahora mismo estaban diciéndome que si no las malcrío se pondrán en huelga.

Abre los ojos y arruga la nariz ante mi regresión. Se pone de puntillas y me besa la barbilla con ternura. Tengo ganas de apretar su cintura y encerrarla en mi pecho. Y la abrazo, aunque por poco tiempo, porque se retira y va hacia la cocina para dejar las bolsas.

La sigo y entierro mi cara en su hombro. La mezcla de dulces y amargos de su perfume me relaja y vuelvo a rodear su cintura con ambas manos desde atrás.

—¿Estás bien? —se gira en mis brazos y se cuelga de mi cuello.

—Sí. —Sonrío—. No podría estar mejor.

—He estado pensando en lo de antes —dice.

La insto a mirarme, sujetando su barbilla.

—Lo importante es que ahora estás aquí, ¿vale?

Esboza una sonrisa como afirmación.

—Lo único que quiero que te quede claro, es que mañana yo estaré para ti. Y pasado. —Muerdo con suavidad una de sus mejillas— Y al otro, y al otro...

—¿Todos? —susurra.

—Aunque siempre sea mucho tiempo. Sea de la forma que sea; estaré.

La atmosfera se destensa cuando nos ponemos a comer. Vega se sienta en la alfombra cerca de la mesita de café, recostando la espalda en el sofá. Parece que mis «sillas» recicladas, no son de su confianza y prefiere no arriesgarse.

Hablamos de tonterías. Ella me cuenta cómo va en su recién estrenada faceta de profe y yo la pongo al día sobre los avances de mi consulta. Es curioso que, hagamos lo que hagamos, los únicos instantes en los que hablamos y nos comportamos con naturalidad es cuando comemos.

—¿Te has fijado en que otra vez estamos comiendo? —pregunto.

—Es lo que suele hacerse a estas horas, ¿no?

Río ante su respuesta. O no me ha entendido o prefiere no añadir nada.

—Me refería a que estamos bien, bueno, yo lo estoy.

—Yo también.

—Y otra vez es mientras comemos.

Terminamos de cenar, callados, pero mirándonos. Acabo de darme cuenta de que sus ojos tienen luz propia. Brillan con intensidad y, son tan negros, que casi puedo usarlos como espejos para verme en ellos. Sonrío, prudente porque cuando eso ocurre, no piensa en nada que no sea el instante que vive.

—A mi padre le encantaba verme pintar —me cuenta, respondiéndome a una pregunta—. Y Adele... creo que se divierte intentándolo. Jamás me la hubiera imaginado en la misma habitación, siguiendo indicaciones mías sobre algo.

—A su manera, intenta que os llevéis bien.

—Supongo...

—Hace un par de días iba a abrir la carta que me dejó mi madre. —Introduzco la punta de los dedos en el pelo—. No lo hice. Estuve tentado a romperla.

—¿Por qué?

—No quiero saber sus motivos. La perdoné. Intento perdonarme. Creo que es lo más importante de todo. Perdonarnos.

—Ojalá pudiera pensar como tú, pero me es difícil sin saber las razones.

—A veces, es mejor perdonar sin más; a uno mismo y a los demás. Y cuando lo hayamos hecho, dejaremos de preguntarnos las razones que nos impedían hacerlo. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque entonces, no importaran esas razones.

Trago saliva tras decirlo. Es uno de los consejos que me doy a mí mismo y en el que creo fielmente.

Claro que, para llevarlo a la práctica, primero tengo que hacer lo más importante. Puede que pasen otros tantos años desde que he sacado la fotografía del cajón hasta que consiga superar esa noche, aun así, los espero con ansia.

Vemos una película, elegida por ella. Doctor Strange. No me sorprende la elección, conociendo su cantidad de camisetas de súper héroes. No es de mis preferidas, pero me sirve para chincharla y pasar un rato agradable. Es terca, mucho, demasiado. Reacciones que me provocan la risa floja y me dan pistas para provocarla donde más le «duele». Nunca, jamás, debo decir que DC es mejor que Marvel. Si me callo, mi vida no correrá peligro.

Cuando termina, me levanto y recojo los restos y suciedad de la cena. Vega se ofrece a ayudarme, pero la empujo con la cadera para que se quede sentada. A mi regreso, la observo unos segundos sin pronunciarme. Pasea su mano por uno de los cactus que adornan la mesita de café.

—Tengo una obsesión insana con ellos —dice—. Una vez llegué a tener más de cien. Podría pasarme días completos, perdida en sus florecillas o espinas.

—Yo tengo algo parecido con los puzzles —Mira en mi dirección—. No sé cuántos he hecho en mi vida y también tuve que para de enmarcarlos.

Recuesta la cabeza en el sillón y se ríe. Creo que desde que oí ese sonido por primera vez, decidí que era uno de mis favoritos en el mundo.

—¿Tienes alguno?

—¿Enmarcado?

—¡Para hacer, bobo!

Subo a mi dormitorio, hecho un desastre por cierto —debería cerciorarme de que es habitable antes de proponerle a alguien pasar la noche conmigo la próxima vez—, y voy directo al cajón en el que guardo mis últimas adquisiciones. Mis favoritos son imágenes escogidas al azar de cualquier rincón del mundo. Desde la típica que tiene como protagonista a la Torre Eiffel, hasta cualquier fotografía hecha por mí en alguno de mis viajes. Escojo uno al azar y bajo, y como una cría el día de Navidad, se levanta para quitarme la caja de las manos y la abre. Entretanto, no digo nada, pero no puedo negar que me hace mucha gracia verla dando grititos a cada pieza que saca como si fuera un gran descubrimiento.

—Si pudieras volver al pasado para tomar otra elección profesional, ¿qué serías? —pregunta.

—Ignorando que solo tengo veinticuatro años, no me importaría tener una tienda de antigüedades. Este desastre en el que vivo, antes de barbería era una de esas. Luego mi abuela compartió su espacio con la barbería del abuelo. Más tarde, no podían sostenerse los dos negocios. Y al ser la barbería el más rentable, disolvieron la tienda.

—Qué lástima.

Subo y bajo los hombros, restando importancia a su reacción.

—Nunca he tenido grandes aspiraciones como ser presidente o cosas así. Me gusta lo sencillo y sin complicaciones. Sé que podría ser igual de feliz que teniendo mi propia consulta y, si así es, me daría igual. —Me mira embobada, esperando a que me ría o le confirme que lo que acabo de decir es broma y diga lo que en realidad pienso. Sin embargo, no hay otra respuesta más acertada que esa—. ¿Qué?

—Nada, nada.

—¿Y tú?

—Yo hubiera sido cantante, si mi voz me hubiera acompañado. —Estira un brazo y aprieta los dedos de la mano del otro imitando a un micrófono—. Puedo verme llenando teatros y yendo de una feria a otra, cantando canciones populares.

Vale, ella sí que se está quedando conmigo. Me abalanzo sobre ella con cuidado, provocando con mi impulso que la mitad de las piezas del puzzle terminen desperdigadas por la alfombra. Estupendo.

—Iba en serio —se defiende para que deje de hacerle cosquillas.

—¡Desvergonzada!

Retrepa y se incorpora sin parar de reírse a grito sordo.

—Pues... pintar, crear esculturas, fotografiar. El arte en cualquiera de sus versiones atrapó mi atención desde pequeña. Ser lo que soy o, mejor dicho, lo que llegaré a ser con el trabajo diario es lo único que siempre he sabido. Quería que cuando alguien viera mis cuadros se preguntara cuantas personas lo habían visto antes, qué sentirían y si comprenderían lo que les contaba con él. Llenar de vida durante un instante la cabeza de alguien. Hacer ese día mejor o más reflexivo, aportar algo.

Trago para deshacer el nudo que me ha provocado en la garganta. Me pongo de cuclillas y la beso sin tocarla. Ella enmarca mi cara en sus manos y me empuja para que caiga sobre ella. Me cuelo entre sus piernas y poco a poco voy quitando la tela que hay entre nuestras pieles.

El plan «puzle» acaba de ser abortado.

Encajaremos nuestras piezas para hacer el nuestro y aprovecharé el calor que emana su cuerpo cuando duerma. Hoy, seremos un poquito más Vega y Simon.

Capítulo 26

Vega

Son casi las nueve de la mañana según el reloj de la mesita de noche. Es sábado y podría permitirme hacer la croqueta hasta horas insospechadas y, aunque para la mayoría de mortales que conozco sea tentador, para mí es un poco castigo. No aguanto mucho en la cama poco después de despertarme y, además, tengo una necesidad fisiológica que nadie puede hacer por mí. Lo que viene a significar que me estoy haciendo pis, vaya.

Aparto las mantas, la mano de Simon de mi cintura y salgo, conteniendo la respiración para no hacer ruido. Está muy oscuro en la habitación y no recuerdo dónde puede estar mi móvil para usarlo como linterna. Tendré que conformarme con mi memoria espacial, que tampoco es que sea muy fiable.

Tras un par de tropiezos, llego a la escalera. Adivina que dedo del pie ha salido perjudicado de la expedición en penumbra, y bajo.

Llevo una camiseta suya que me tapa hasta el trasero y las piernas al aire hasta llegar a los pies, cubiertos por unos horrorosos calcetines. Sonríó al recordar algunas de las absurdos de anoche. No sé cuántas veces estuve a punto de romperle la nariz o alguna ceja, defendiéndome de sus ataques de cosquillas. Me siento un poco rara, paseando por su casa con tanta confianza. Es una cualidad que no había visto en nadie antes, pero Simon tiene una habilidad especial para dejar su marcar por dónde pasa y, mire dónde mire, cada objeto o detalle me grita su nombre hasta el punto de transmitirme la seguridad de saber que son suyas, aunque las viera en el rincón más recóndito del mundo.

Con ese pensamiento mi mano izquierda se dirige a mi brazo derecho. Reviso cada centímetro y, al pensar en todo lo que he compartido con él, la piel se me eriza solo con imaginarme sus manos dónde está la mía. Su marca también está en mí y a lo único que le doy vueltas desde que lo sé, es a si yo también provoqué ese efecto en él, esos sentimientos. Hay algo tan indescriptible dentro de mí, que tendría que buscar demasiadas palabras para definir la intensidad con la que me cosquillea el cuerpo y se me abren los poros al saber, que haga lo que haga en adelante, él estará en cada uno de mis pensamientos por ser el primero en descubrirme todo un universo de emociones nuevas.

Hasta llegar a él, bueno, hasta que llegó a mí, jamás creí que sentiría algo parecido con alguien y mucho menos que aparecería en mí el impulso de querer provocarle lo mismo. Es una sensación tan psicotrópica e intensa, que solo llego a doblegarla cuando me besa o toca. Por eso me encanta fisgonear con parsimonia por su casa, todo huele a él, todo es él. Su olor es una de las pocas cosas que me excita y calma al mismo tiempo. Es como si lo pueda tocar, incluso sin estar.

Mi vejiga me da un toque de atención y entro en el baño casi derrapando. Sentada en la taza, oigo un tosido a lo lejos. Solo estamos nosotros y no he cerrado la puerta. Llámame repipi, pero prefiero mostrarle otras facetas más agradable y menos bochornosas de mí antes, que mi versión despeinada a lo vieja loca lanza gatos de los Simpson. Despego el trasero de la taza, con las bragas todavía por las rodillas y empujo la puerta para cerrarla, y cuál es mi sorpresa cuando unamano muy grande y desconocida—si en algo estoy segura a estas alturas es a reconocer bien las partes de la anatomía de Simon—, interrumpe el proceso.

Caigo y quedo clavada nuevamente en la taza, eso sí, con los ojos como dos lunas llenas al ver a un rubio de ojos de un color difícil de distinguir entre las variantes del verde y marrón, sin mirarme de la carcajada ronca que deja salir de su garganta.

—Lo siento, pensé que había dejado la luz encendida —dice, intentando reponerse del ataque de risa—. Soy Tyler. —Me ofrece una mano—. Nos conocimos hace algunas semanas.

Por sorprendente que parezca, estiro la mano y la acepto en el mismo instante en el que Simon cuele su cabeza por el minúsculo hueco que el chico deja en la puerta.

Despeinado con las marcas de las sabanas impregnadas en la cara y mirándonos por turnos, alza las

cejás y centra su atención en el chico.

—Suéltala ahora mismo —farfulla—. ¿A ti te parece normal darle la mano a mi novia, mientras hace pis?

Toso y retiro la mano a la vez que bajo la mirada a mis calcetines. Imagínate la estampa: bragas por las rodillas, pelo enmarañado y un chico, que conozco de una vez y no recordaba, discutiendo con otro que acaba de llamarme «mi novia».

—¿Por dónde has entrado? —le pregunta Simon.

—¿Por la puerta? —responde el otro con sorna.

—Si hubieras entrado por la puerta te hubiera oído.

—Tendrás problemas auditivos entonces.

—¿Hola? —interrumpo, levantando la mano—. Intento hacer pis...

—El que va tener problemas, pero de vista, vas a ser tú en: Tres, dos...

—¡Simon! —grito como una energúmena.

Ambos se centran un segundo en mí y vuelven a retarse con la mirada.

—¡Simon! —vuelvo a gritar.

—¿Qué? —pregunta molesto.

—¿Podéis iros a tomar por culo? —El chico me mira, sonriendo—. Por si no os habéis percatado del insignificante detalle; intento hacer pis. Largaos, coño.

Me dejan sola al fin. Sin embargo, cuando termino y salgo, la escena no mejora. Patrick también ha decidido visitar hoy a Simon.

—Buenos días, Patrick —saludo cohibida.

—¿Qué te parece la novia de tu nieto predilecto, abuelo?

Simon lo golpea en el estómago, entretanto yo tiro del bajo de la camiseta desde atrás.

—Deja a la niña tranquila, Tyler.

Y aprovecho que los tres discuten medio en broma medio en serio para escabullirme y vestirme.

—¿Te gustaría ir a esquiar? —me pregunta Tyler en cuanto cruzo el quicio ya vestida.

Desvío la mirada hacia Simon en busca de un poco de complicidad.

—No tienes que decir que sí, seguro que estás muy ocupada.

—No le hagas caso, ¿a quién no le gusta pasar un día tranquilo haciendo el tonto en la nieve?

—Si tú estás cerca, poco de lo primero tendremos. —Centra su atención en mí—. En serio, nena, no tienes que decir que sí.

—Deja que sea ella quién decida, ricitos de oro.

Al oírlo, río sin censura. No tienen remedio ninguno.

—Me lo pensaré —digo.

Simon se acerca y me besa detrás de la oreja sin retirarme el pelo.

—Siento este circo, fierrecilla —susurra en mi oído.

Sonrío y le guiño un ojo que el acepta, tirándome un beso en silencio.

—Bueno... —Finjo mirar el reloj de mi muñeca—. Un placer volver a verte, Tyler. Mucho gusto verte a ti también, Patrick. —El anciano ríe con la cabeza enterrada en las páginas del periódico—. Nos vemos luego, Rizos —Le susurro a Simon antes de coger mi bolso e irme directa al bar.

No soy de las que necesita desahogarse constantemente, pero cargar con algunas cosas me agota. Otro de mis grandes descubrimientos ha sido la amistad. Como he dicho alguna vez, tuve la suerte de tener un padre comprensivo y «enrollado», pero un padre no es un amigo por mucho que nos llegue a entender y se esfuerce por hacerlo, o nosotros por verlo como tal.

Con Mark, aprendí que necesitamos a alguien que solo con mirarnos intuya que algo no va bien y, además, sea lo bastante perceptivo como para hacer chistes tontos que te alejen al absurdo de la realidad

y te rías un poco de ti y del mundo. Mark es todo eso y más, solo que yo todavía no he podido ver todo el pack. Lo poco que sé de él, es en base a las conversaciones transcendentales o profundas que mantenemos y, casualmente, siempre son desviadas a mí o a algo general. Ni su apellido, ni su origen. Nada de nada, y después de este tiempo, empiezo a entender a Brianna. No consigo comprender como puedo considerar a alguien del cual no sé nada, amigo. Supongo que el no poder explicármelo, lo explica todo. Porque la amistad es otro de esos lazos, que incluyen tantas parcelas, que es imposible describirlas todas.

Dentro me siento en mi taburete de siempre. Ni él se ha girado para saludar ni yo le he dedicado un hola. No obstante, por el lugar que ocupo, debe intuir que su cliente somos Brianna o yo. Termina de limpiar la cafetera y coge una taza para servirme un café.

—¿Con aliño o sin él?

—Un poco de agua de la vida no me vendría mal —respondo.

Asiente y en el poco tiempo que tarda en preparármelo, tiene que volver a coger dos tazas más e intentar no terminar, tirando la última antes de ponérmela enfrente.

—¿Un mal día?

—Bien, no puedo quejarme —responde mientras recoge los trozos de cristal.

—Me alegra saber que en tus días buenos solo rompes un par de cacharos del ajuar del bar. En uno malo, ¿rompes media docena?

—Si quieres preguntarme algo, hazlo directamente.

—Creía que con: ¿Un mal día? —enfatico, entrecomillando con los dedos—. Daba a entender que se ve a leguas que algo te pasa.

Se recuesta en la escoba y resopla.

—¿Te dice algo que mi apellido sea Bennet?

Me trago el sorbo de café y lo miro pensativa.

—Pues... ¿Qué es un apellido común por estos lares?

—¿Y si lo unes a mi nombre?

—Mark Bennet —susurro, buscando la lógica.

Niego frenéticamente con la cabeza, pero mi respuesta no le ha satisfecho, pues coge el mando del televisor y apunta, presionando el botón de encendido.

—Date la vuelta.

Giro sobre el sillín y examino la imagen. Un chico trajeado y de pelo corto, irrumpe en la pantalla por medio de fotografías de diferentes días, pero con el mismo estilismo y esencia, y a los pies de estas un mensaje...

—¿Cincuenta mil dólares?

Lo miro, sin darme la vuelta al completo y divido el escrutinio entre el chico y Mark.

—Ese soy yo —aclara, apagando y tirando el mando lejos.

—¿Ese señor era tu padre? Y querrás decir, «eras». En esas fotos no pareces ser ni tu propio hermano.

—¿No ves mucho la tele, no?

—Casi nada.

—Se nota.

Me da la espalda y se sirve un café.

—Mark, ¿puedes explicarme lo que acabo de ver?

—No soy como vosotras pensáis. —Da un sorbo—. Hice cosas malas a gente que no se lo merecía.

Deslizo mi taza para que la rellene, porque lo que viene a continuación parece necesitar de algo que lo rebaje.

—Más coñac que café esta vez —pido.

—Mi padre es un hombre poderoso. Tiene negocios. Y hubo una época en la que yo estaba al frente de

ellos. —Toma aliento—. Acaba de graduarme y creía que eso me otorgaba una sabiduría que era evidente que no tenía ni por asomo. —Su voz se va rompiendo conforme continúa hablando—. Firmé cosas sin leer, llevado por mi arrogancia y prepotencia de la juventud, y perjudiqué a mucha gente.

—Espera, espera. —Me mira resignado—. Creo que lo voy entendiendo... Tu padre es Michael Bennet. Ese señor que tiene varios hoteles repartidos por el mundo y no sé cuántas empresas más.

—Exacto, y para conseguirlo en muchas ocasiones ha tenido que derribar barrios residenciales enteros, por ejemplo. O arreglárselas con argucias no muy éticas.

—¿Y qué tiene que ver todo lo que dices con lo de la televisión?

—Pues que cuando me di cuenta de que por mi culpa, mucha gente perdió sus casas, entre otras cosas...

—Pero tú se las compraste, ¿no? —interrumpo.

—Por una cantidad de risa, Vega. Me fui y desde hace meses ni siquiera llamo a casa. Deben estar preocupados y, por ello, mi padre ha colgado mi foto en todas las cadenas, ofreciendo una recompensa a quienes den alguna pista sobre mi paradero.

—Joder.

—No quiero volver, pero dudo que quedándome aquí, trabajando como camarero toda mi vida solucione nada.

—¿Se lo has contado a Brianna?

—No, ni debe saberlo —sentencia—. Tienes que guardar el secreto. De momento.

—¿Por qué? —Baja los hombros abatido

—Me gustaría poder contárselo de una forma que entienda que, aunque culpable, estoy arrepentido y consciente de que tengo que enmendar esos errores. Dudo que eso consiga enmendar la imagen que va a hacerse de mí, pero... no se me ocurre otra opción.

—Te preocupa lo que piense de ti, quién lo iba a decir... —suelto sin pensar—. Lo siento, no he querido decir eso.

—Ahora que empezábamos a llevarnos mejor...

Lo abrazo, subiéndome a la barra. Tan grande y tan tierno. Permanecemos así un buen rato, sin añadir nada. Yo no sé qué decir para poder aliviar su carga y él prefiere perderse en sus demonios.

—¿Tienes libre mañana?

—¿Por?

—El primo de Simon me ha invitado a esquiar. —Alza una ceja interrogante—. Es una historia muy larga. ¿Te apetece venir?

—Ya veremos, ahora termínate ese café y largo de aquí. No quiero romper más tazas —bromea.

Le hago caso y voy a casa. No quiero ni imaginarme cual serán las caras de los allí presentes cuando se me ocurra cruzar la entrada, pues en cuestión de meses, he pasado de ser una ermitaña gruñona y borde a ser la agradable de la familia.

Capítulo 27

Simon

Cargo la última maleta en el coche y cierro. Hace frío. Se nota que la Navidad está cercana. Las temperaturas y el clima juegan a crear el escenario perfecto para entonces. Vega, ataviada como una fresita con más capas de ropa de las que necesita ahora, viene hacia mí con otra maleta, que no sé dónde piensa meter.

—Hay dos opciones: La maleta o tú —bromeo.

—¿Me dejarías aquí?

—Elegiría entre todos —miro por encima del hombro a mi primo—, aunque no tendría que pensar mucho.

Cada año, el abuelo va a Nueva York y pasa estas fechas tan señaladas con nosotros. Ni la tía Meredith ni él han mencionado nunca que era para no hacerme pasar un mal trago, obligándome a entrar en una casa en la que por más que lo intente no puedo. Acciones protectoras como esa, son las que durante muchos años me mantuvieron alejado de pesadillas y recuerdos, y se lo agradezco. Sin embargo, hoy sé, que tapar el sol con una mano y destapararlo de golpe puede dejarte casi ciego. Las pesadillas son cada vez más frecuentes y casi siempre sueño lo mismo con alguna variante, pero en todas aparezco yo a hurtadillas, abrazando a mi madre, temblando ante la espera de que el viejo aparezca en escena para decirme lo que nunca quise oír y volver a salir corriendo. Lejos. Para no volver a entrar allí nunca más.

Este año, al parecer, se presenta a la inversa, siendo ellos los que vienen. Tampoco han dicho nada, pero el despliegue de ropa y trastos de Tyler no deja espacio para la duda. Viene a quedarse, hasta Navidad al menos. Y a excepción de mi abuelo, ninguno de los presentes sabe las calamidades psicológicas y pruebas a la paciencia que tendré que pasar mientras llegan esas fechas con él aquí.

Tyler es el mayor de nosotros tres, y el que más se parece al abuelo. Podríamos pasar por hermanos sin problemas por el gran parecido entre nosotros. Hasta que abre su boca, entonces se intuye que no hay rastro de mi sosiego en él. Es alto y fuerte, aunque no tan robusto como el abuelo y en su pelo revuelto ya se empiezan a adivinar algunas canas. En nuestra familia es algo con lo que estamos mentalizados. Escasez de pelo no, al contrario. Solemos tener una mata considerable ni muy lacia ni fácil de domar, pero antes de llegar a los cuarenta, seremos copitos de nieve con bigote. Menos Tyler, que ni es muy fan de dejarse vello, ni tiene la barba cerrada. Pelusilla lo llama el abuelo, pelusilla que le da apariencia de una piel de culo de bebé y del santo que no es.

—Creo que voy a proponer más años venir a pasar las fiestas aquí —dice Tyler, escrutando cada centímetro de Brianna—. Para ser un pueblo pequeño, hay mucha joya junta...

—Ty, por tu salud física, compórtate.

Enseña las palmas como acto de inocencia, cosa que no tiene y que declara con una sonrisilla cínica.

—Mis labios estarán sellados.

—Y tus manos —añado.

—Chicos, si queremos llegar pronto, será mejor que salgamos ya —informa Brianna.

«¿Acaba de hacerle ojitos a mi primo?»

Miro a Mark, quien ajeno a todo, se sube a su coche y lo pone en marcha. No tengo ni idea de qué hay entre Brianna y él, y tampoco se lo he preguntado a Vega. Se me antoja que ni ellos mismos lo saben. Es evidente que se atraen, aunque por sus gestos ninguno de los dos ha dado el paso, o directamente después de tanto tiempo tirando de la cuerda cada uno de un lado, pero descoordinados, al final, esa atracción se ha convertido en una amistad especial, que ha pausado o asesinado cualquier resquicio de pasión que pudiera haber nacido. Más que nada porque parece haber muerto antes de nacer. Miro a Vega, mi prueba diaria, y dudo de mi pensamiento anterior. Creo que nunca llegaré a saber en que andan metidas sus ideas, pero eso lejos de asustarme, me da energía porque sé que tendrían que pasar siglos para rendirme

y dejarla marchar. Eso y que es prácticamente imposible que me aburra con ella.

Por si no lo habéis intuido a estas alturas, mi primo, Vega y yo no somos los únicos que vamos a esquiar. Robert, Mark y Brianna también vienen. Tyler pone la música a todo volumen y Vega anima el trayecto, mostrando la capacidad de sus pulmones. La miro embobada por el espejo retrovisor, porque por si tampoco lo he dicho, ella va delante con mi primo y yo detrás con Robert. Otro indicio más para tener claro que la hora y media de trayecto va a ser de todo menos aburrida.

En principio solo íbamos a pasar un día en Hunter Mountain y volveríamos al atardecer, sin embargo, cada uno de nosotros ha puesto de su parte para regresar el martes. Así, aunque rodeados de personas, Vega y yo podremos estar solos.

Casi llegando, Vega le sigue el juego al libertino de Tyler, retándolo con juegos de palabras a los que él responde sin dejar de lado su altivez socarrona.

—Lo peor de todo es que tú crees que bromea y te vendría bien saber que, detrás de esa sonrisa sibilina, siempre hay un plan b —la advierto.

—Cuando los peces se arremolinan bajo la barca, uno no puede dejar la caña guardada.

«Tyler Scott, filósofo casanova del siglo XXI».

—Si Mark te da una paliza, no seré yo quien lo pare. Te lo advierto por trigésima vez, Tyler, deja a las chicas tranquilas.

—¿Falta mucho para llegar? —pregunta Robert, desperezándose.

—Estamos cerca, colega —responde mi primo—. ¿Has esquiado alguna vez?

—No.

—Entonces, ¿están juntos o no? —Vuelve a la carga Tyler.

—No, y dudo de que vayan a estarlo —explica Vega—. Es complicado de entender hasta para ellos. Cuando los conocí, pensaba que había un halo de lujuria que los envolvía, pero ahora no lo tengo tan claro. Simplemente, son dos personas que se gustan, pero puede que de forma más inocente de la que creía y que solo terminen desarrollando una indescriptible amistad o no...

—¿Qué es lujuria? —pregunta Robert.

Los ojos de su hermana reflejados en el retrovisor topan con los míos.

—Cuando un chico y una chica se gustan muchísimo y quieren decírselo al otro besándose y esas cosas —aclara Tyler.

—¿Qué otras cosas?

—Ninguna que un niño de seis años tenga interés en conocer, Robert —zanja su hermana.

Bajamos del coche cuando aparcamos frente al que será el hostel en el que dormiremos los siguientes días. Robert y Tyler corretean por todos lados, lanzando exclamaciones a cada paso que dan. Por su parte Mark y Brianna hacen lo mismo que nosotros: bajar el equipaje.

—¿Sabes lo que más me gusta de estar aquí? —susurro en su oreja.

—¿Qué? —Apoya su espalda en mi pecho.

—Que además de estar solos —énfasis—, tus ojos parecen más negros todavía.

Sonríe, torciendo el cuello para besarme la barbilla. Beso su nuca y seguimos a los demás para registrarnos y poder dejar nuestras cosas. No tardamos mucho en hacerlo, pero podríamos haber tardado mucho menos si el cara dura de mi primo hubiera ayudado, por lo menos, con sus cosas.

Las habitaciones son sencillas, cálidas y confortables. Reservamos tres y en cada una hay dos camas individuales.

—¿Cómo vamos a dormir? —pregunta Brianna.

Me cae como un carro de agua helada. Aguanto la respiración para reponerme de la impresión. Y caigo al tiempo en que la formula, que somos seis sí, pero hay algunos hilos sueltos en la madeja que puede que no cuadren. Lo que viene a ser que puede que mi chica y yo no durmamos juntos.

—Tú y tu sobrino, Mark y Tyler y Vega y yo —digo y suelto el aire poco a poco, esperando reacciones

o quejas.

Todos me miran, con mayor o menos desconcierto. Mi primo, para no variar, abre la boca para decir algo, pero Mark y Brianna, se muestran de acuerdo antes de que rechiste.

—¿Por qué Vega y tú vais a dormir juntos? ¿Por qué no dormimos juntos o mi hermana conmigo igual que en casa? —pregunta Robert confundido.

Vega me mira de soslayo, pidiéndome sin palabras que arregle lo que sea que esté sucediendo. Ya he dicho alguna vez que mi instinto paternal no está muy desarrollado, pues el comprensivo, en el sentido más básico del término menos. Puedo ponerme en el lugar de cualquiera sin problemas, entender o no una determinada postura, pero colarme en la mente de un niño y, en especial la de Robert, no se me da nada bien.

—Nosotros lo pasaremos mejor, ya verás, Robert, juntaremos las camas y la haremos gigante —dice Brianna.

—No, quiero dormir con Simon.

—Bueno, bueno, chicos, tampoco hemos venido aquí para hacer una fiesta de pijamas, ¿no? Dejemos todo como está y cuando volvamos ya decidiremos lo que sea —opina Mark.

—Sí, será lo mejor —sugiere Brianna.

Vega camina delante de mí, no ha dicho nada al ataque de posesividad del niño, lo que me lleva a pensar que también acaba de darse cuenta de los celos de su hermano y desconocimiento de nuestra relación. Y tampoco es que sea el único, porque ni ella ni yo estamos seguros de lo que tenemos, apostaríamí brazo izquierdo por ello.

—No lo sabe, ¿verdad?

Me coloco a su lado y le rodeo la cintura para frenar sus pasos.

—Pues no, y se acaba de enterar. Tiene toda la pinta de que no le haga gracia.

—Cuando llegue el momento se lo explicaremos —digo.

Sonríe y deposita un casto y breve beso en mis labios. Aprieto los ojos, inspiro y expiro y vuelvo a ponerme en camino tras quedarme el último de la fila.

Fuera, Tyler se ofrece voluntario para dar algún que otro consejo al niño. Y, aunque me cueste decirlo y fiarme de su capacidad para estar a cargo de un niño pequeño, con toda probabilidad es el más indicado del grupo para hacerlo, porque junto con Mark, es el único con la experiencia para hacerlo. Ninguno de los demás sabemos esquiar con soltura.

Brianna se ofrece a vigilar al trío, mientras Vega y yo decidimos dar un paseo y así descubrir un poco más de los secretos de aquel paisaje tan inmaculado. Lo he sugerido sin preguntarle si quería probar a lanzarse colina abajo como su hermano o mi primo, pero sabiendo que una simple bici no está entre sus mejores aliados, me ha parecido mejor opción.

Lleva las manos en los bolsillos y la nariz enterrada bajo una gruesa bufanda —la que le cambié aquel día por la suya en la cafetería— y el gorro de la chaqueta que completa el look de fresita con nata, cubriéndole la cabeza. Estiro la mano y la embuto en su bolsillo, enlazando mis dedos con los suyos. Su mano aprieta la mía hasta llegar a uno de los tantos desvíos para adentrarnos en la mezcla de blanco y vegetación.

—Se ve todo tan bonito...oscuridad y luz...

—Vega, ¿crees que podemos intentarlo? —Carraspeo—. Tú y yo..., de verdad.

—Pensaba que ya lo estábamos haciendo —confiesa—. No sé adónde vamos, pero me gusta ir descubriendo el camino.

—Dicen que en todo caos hay un orden. —Sonrío—. Algún día, encontraremos el nuestro.

—Sí...

Se pone de puntillas y me besa. La abrazo al mismo tiempo y la levanto en peso. Se revuelve, trastabilla y caemos. Yo en blandito, porque lo hago sobre su cuerpo, pero ella soporta el porrazo y mi

peso.

—¡Eres un animal! —me grita.

—¡Lo siento, lo siento, nena!

Introduzco las manos bajo su ropa hasta llega a su espalda, sin separar mis labios del trozo de su barriga que voy dejando al aire. Me acomodo entre sus piernas y la beso como no lo había hecho hasta entonces. Las primeras veces fueron impulsos movidos por el deseo y la curiosidad, las segundas por la necesidad de volver a sentir su sabor, ahora... ahora, solo quiero conservar todo eso dentro de mí, transmitírselo y no dejar de hacerlo nunca.

—Me parece que no es buena idea que nos metamos mano a no sé cuántos grados bajo cero, Rizos.

Hago una mueca de disgusto y termino riéndome al ver su cara de desconcierto.

—Está bien, jefa. Arreglemos la distribución de las habitaciones y luego ya veremos dónde y cuándo puedo meterte mano.

—Uff, sí, Robert... —Entrecierra los ojos y suspira—. Espero que no se tome lo nuestro como si yo quisiera robarle a su amigo...

—Se lo explicaremos. Tranquila. —La ayudo a levantarse.

—Ahora que empezábamos a entendernos un poco...

La cargo en brazos para que deje de rumiar ideas que rompan la magia del momento. Le muerdo el brazo, suave, aguantándome hacerlo más fuerte. La última frase también me ha calado, solo que yo la transcribo a nosotros; ahora que empezamos a descubrirnos... Ojalá una reacción negativa no sea otra piedra en el camino. Por nosotros y por lo que intentamos crear su hermana y yo.

Cuando entramos en el hostel, es casi de noche. Anduvimos sin pensar que había que volver, disfrutado del silencio y parando a cada rato y ha merecido la pena. Las cosas que lo valen, siempre suceden cuando no tienes prisa y tienes paciencia para verlas salir de su escondite. Así me siento hoy, como si fuera mi cumpleaños y supiera que me han preparado una fiesta sorpresa. Por el camino voy pensando caras y expresiones para fingir que me sorprende y sé que, aunque lo intente lo haré de todos modos. Siempre que la miro pienso eso, en que es mi fiesta, mi regalo. Ella no lo sabe, yo no sabría explicárselo, y eso lo hace todavía más especial. Y puede que esté a un paso menos de ser un demente, pero ni me canso de mirarla, ni de mirar el reloj, como si llegadas las agujas a un punto, tuviera vía libre para hacerlo hasta secarnos los labios. Una eternidad para nosotros.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Se ha roto algo? —grita Vega desde la entrada.

Su cuerpo me impide ver qué pasa. Con más calma que ella la sigo. Sentado en un sillón con puntos de esparadrappo en una ceja, se encuentra Robert.

—Aquí el amigo, que si no baja solo desde arriba le da un ataque —explica Brianna.

—¿Y lo habéis dejado?

—Tyler... —digo, elevando el tono.

—No es culpa suya, subí sin que me vieran y me lancé —explica Robert.

Las manos de Vega se posan a cada lado de sus caderas y de soslayo veo como la vena de la frente aumenta su densidad.

—¿Me estáis diciendo que un niño de seis años ha burlado a tres adultos?

—Técnicamente uno —dice Tyler, mirando por turnos a Brianna y Mark—. Estos dos estaban muy ocupados haciendo manitas.

—¡No estábamos haciendo manitas! —aclara ella.

—Bueno, haya paz —intervengo—. Lo importante es que tiene todos los huesos enteros.

—¿Te duele? —pregunta su hermana, mientras le revisa la herida.

El niño echa la cabeza hacia atrás y bufa.

—Seguro que no le queda cicatriz ni nada. Solo una historia chula para contar en el cole, ¿cierto?

—Si sobrevive a este paso, claro. —Bizquea y se da la vuelta—. Voy a darme una ducha. Cuando baje,

llamaremos a Adele.

Robert se incorpora con pesadez y los demás se despiden para hacer lo mismo que Vega. Me siento a su lado, junto las puntas de mis dedos y lo miro por encima del hombro.

—Es mi primera vez haciendo algo así. —Resoplo, bajando la vista a mis zapatos—. De modo que, no tengo ni idea de por dónde debería empezar...

—Es por lo de esta tarde, ¿no? —Asiento sin entablar contacto visual con él. Parezco yo el niño—. La tía Brianna me lo ha explicado. —Me yergo en la silla y lo miro—. Dice que ya no os lleváis tan mal.

—No del todo.

— Y que dentro de un tiempo seréis novios.

«Espero... »

—Tendré que darle las gracias a la tía Brianna, porque ni yo lo hubiera podido explicar mejor...

—Sonríó incómodo—. ¿Supone algún problema para ti?

Eleva y agacha los hombros.

—Me cae bien mi hermana, tú eres mi mejor amigo... —Mira al frente, pensando lo próximo que va a decir—. ¿Dejarás de ser mi amigo?

—Nunca.

—¿Y harás enfadar a Vega?

—Quiero pensar que no, aunque me temo que es lo que mejor se me da.

Arruga los morros y me mira serio.

—¿Y llorar?

—Me cortarían los... —Me freno—. Yo mismo me castigaría si sucediera.

—Bien, entonces, me parece bien.

—Perfecto. —Escondo los dedos en el puño y le ofrezco chocar—. Acabamos de hacer un pacto, colega.

—No quiero que mi hermana se vaya, Simon.

«Yo tampoco», pienso.

Capítulo 28

Vega

Estoy de pie junto a la ventana con las manos calentitas por el vaho que desprende el chocolate que tengo entre ellas. Oculta tras el cristal, observo el contraste entre el blanco de la nieve y la negrura de las zonas verdes, asaltando el brillo que desprenden los borbotones de blanco. No es la primera vez que veo nieve, pero sí la primera que me siento tan pequeñita al estar en medio de semejante caos de luz y oscuridad.

Según mi reloj, la media noche nos saludó hace casi una hora. Robert quedó conforme con dormir con Tyler, pues Brianna y Mark tenían que hablar. El primo de Simon no se opuso al cambio y mi hermano parecía bastante contento por las ideas descabelladas que este le contaba sobre algún plan al oído. Sé que Simon habló con él mientras estaba en la ducha y, aunque no le he preguntado, estoy segura de que la desaparición del berrinche del niño tiene mucho que ver con esa conversación.

La puerta del baño se abre y me giro. Simon me sonrío con gesto golfo, a la par que se ancla bien la toalla en la cintura y luego se seca el pelo con otra. Hasta estando casi desnudo, veo el desastre que es. Creo que la única vez que lo he visto más «arreglado» fue el día de nuestra cita. Porque suele ir sin conjuntar o con trapos del año de doña Bernarda. Tampoco es que yo no salga de casa si no voy de punta en blanco. Al revés, soy una mendiga que recicla cada prenda por si algún día le sirve para algo. Peter dice que tengo un poco de Diógenes, desde un punto de vista más sano. Aprovecho todo a lo que realmente le encuentro utilidad y, normalmente, con la imaginación que tengo, pocas cosas no la tienen. En resumen, incluso al vestirnos, se nota que somos caóticos. Los dos. Algo que compartimos y, además, es divertido. Nos hace ser muy él, muy yo, muy nuestros.

—¿No tienes sueño?

Niego, farfullando un par de sonidos al azar.

—Bien, porque yo tampoco y, mientras me duchaba... —Me quita la taza de las manos para dejarla en un mueble cercano y señala la cama—. He estado pensando en cómo darle uso.

—¿Piensas en algo que no sea sexo, Scott?

Sonríe al oír su apellido.

—¿Y tú?

Reímos acompasados. Mi tono se eleva sobre el suyo, dejando claro que me estoy burlando de él, al tiempo que caemos sobre el colchón.

La pequeña riña de ayer sirvió para juntarnos y darme un pellizco en el culo para que actuara sin tanto pensar. Y, desde que he dejado de hacerlo, peso tan poco que tengo que agarrarme a algo para combatir la sensación de levitar. Mi cuerpo vibra y se revela una vez más a sus contactos. Simon me levanta la camiseta del pijama —el de jirafas—, y hace pedorretas en mi abdomen. Ascende y besa la zona superior a mi ombligo. La toalla se desengancha y tapa su trasero como si fuera una manta, pero al rozar su cuerpo con el mío, percibo el tacto de su miembro en mi tobillo. Cuando se da cuenta, lanza la toalla a un extremo lejos de la cama y mis ojos se abren al ver las líneas que dibujan su cuerpo tumbado boca abajo. Tener esa reacción cada vez que lo veo en todo su esplendor, me provoca una risa floja que me cuesta parar y tener que describir si se diera el caso. Suerte que Simon está en modo payaso con la cabeza cubierta bajo mi camiseta y me da motivos para reír sin despertar sospechas o tener que improvisar una explicación coherente.

De un momento a otro estoy desnuda. Le encanta dejarme sin ropa y yo dejarme querer mientras lo hace. Se yergue y admira desde arriba mi desnudez, sale de la cama en dirección al baño y se pone un preservativo sin apartar la mirada de mí. Segundos después se inclina para apresar mis pechos con sus manos y dientes.

Mi espalda se arquea al sentir los movimientos rítmicos de su lengua en los pezones y el elástico de la

sábana cede y sale de la esquina por la presión que ejerzo, agarrándome a su lateral. La boca se me seca y la garganta pelea con los gemidos y ronroneos que quieren escapar al exterior. El tacto de sus dedos rodea mis muñecas para acto seguido, acomodarse entre mis piernas, rozando el hueso de su cadera por mis muslos e incitando a mi pelvis a buscarlo para que estemos unidos. Cuando se introduce dentro de mí, me quedo inmóvil. Por el hambre con el que lo hace, me dice que hoy, no será tan delicado ni dulce como intentaba las veces anteriores y eso me excita. Más.

Curvo más la espalda y elevo el trasero para facilitarle la incursión en mi cuerpo. Aprieto su miembro con mi interior, haciendo que un ronquido seco salga de su garganta. El ritmo de sus investidas se acelera y poco a poco va clavándose dentro de mí.

Suelto la sábana y clavo las uñas en su espalda. Simon aprieta la mandíbula, por placer o dolor, no lo sé, pero mi cuerpo acelera sus movimientos para coordinarse con los suyos.

Busco su cuello y oculto la cara tras morder el lóbulo de su oreja. Los gruñidos estancados en mi garganta no tardan en salir en forma de gemidos.

—Me cago en la puta —grito cuando siento como mi interior está próximo a convulsionar.

—*Shuu...* nos van a oír, fierecilla.

Ignoro sus palabras y farfullo en su oído que quiero más.

—¿Más? —gime—. Vas a matarme antes de tiempo.

—Me da igual... más...

Frena un poco para besar mi frente y nariz. Apresa mi labio inferior entre sus dientes y retoma el ritmo. Nuestros gemidos inundan la boca del otro. Su cuerpo tiembla encima de mí y a los pocos segundos, mis pies se retuercen a la par que mi interior lo aprieta y lo suelta, invadida por el éxtasis.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —pregunta, humedeciéndose los labios.

El flequillo se le pega a la frente y mis manos resbalan desde sus hombros a la zona baja de su espalda por el sudor. Está pegajoso y no es el único. Sonríe, clavando sus ojos en los míos.

—Con lo modosita que pareces a ratos y la salvaje que estás hecha...

—Me lo tomaré como un halago —bromeo.

Sale de mí y se retira. Mis ojos siguen el mismo recorrido que los suyos hasta su miembro cubierto por el látex del preservativo.

—¿Otra ducha? —sugiero.

—A la orden, jefa —responde, haciendo un saludo militar.

Con el aseo llega la tregua. Nos duchamos como personas normales por turnos y nos acurrucamos en la cama. Simon acciona el mando del diminuto televisor y cambia de canal, sin prestar atención a lo que deja atrás. Finalmente, suelta el mando en su mesita de noche y me besa la nuca, mientras me acomodo, pasando una pierna para dejarla sobre su cintura y la cabeza en su pecho. Poco a poco me voy relajando con el rezumar regular de su corazón en mis oídos y el sonido del televisor me parece más lejano a cada segundo transcurrido.

Simon rasca mi cabeza con mimo y planta un par de besos en ella.

—Creo que me estoy enamorando de ti —susurra—. No quiero que te vayas nunca...

El aire se congela en mis pulmones y mis párpados se niegan a abrirse para mirarlo. Si soy honesta, no estoy segura de si me cuesta más asimilar la primera o la segunda parte de la declaración. Hago lo que haría en otras circunstancias, no decir nada. Me revuelvo en su costado y me pego más a su cuerpo. Pero no abro la boca, ni siquiera para introducir aire y descongelar el que ya tengo dentro. Me duele su desesperación, pero deseo que sea verdad. Rezo porque lo sea.

—¿No vas a decir nada?

Elevo los párpados y fijo la mirada al frente sin ver nada. Expulso el aire con pesadez y me giro buscando sus ojos.

—Si te dijera lo mismo justo ahora, rompería la magia del momento —me explico—. Parecería que te

Lo digo porque tú los has hecho primero.

—No me refiero a eso y lo sabes. —Chasquea la lengua contra el paladar—. Hablaba sobre quedarte.

Ya decía yo que todo no podía ser tan bueno, bonito y barato.

—Solo quiero oírte decir que te quedarás o que no te irás para siempre.

—No puedo prometer lo que no sé si voy a cumplir.

Retira las manos de mí y se impulsa para apoyar la espalda completa en el cabecero.

—Entonces, ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Son solo unos revolcones y ya está?

Miro al techo y vuelvo a su rostro desencajado por la cantidad de palabras que guarda y no expulsa.

«A tomar por culo la tranquilidad», me digo.

—Sabes que no he dicho eso, solo que no puedo prometerte lo que no sé con exactitud si voy a cumplir. Cold Springs no es el único sitio en el mundo...

—Lo es para mí. También es el lugar de tu familia.

—Bueno, no todo el mundo vive donde sus familias solo por eso. —Retiro las mantas y me siento al borde de la cama, dándole la espalda.

—¿Otra vez vas a largarte?

—No. —aclaro, alzando la voz—. Para alguien que parece tener claro cada paso que va a dar, es muy fácil juzgar, opinar o forzar a otro a elegir.

—Eso no es cierto, jamás te he pedido nada que no quisieras.

—Pues eso no es lo que yo percibo, Simon —resoplo—. Y no quiero discutir.

—Lo que yo decía lo de siempre: irte, posponer...

—Mira, estoy adaptándome a una familia con la que no he convivido. Estoy intentando crear un vínculo de hermanos con uno cuya existencia conocía, pero a él no. Cada día, me esfuerzo por no escupirle barbaridades a mi madre. Y hoy... hoy hacía lo que me apetecía y sentía. Hasta que lo has estropeado...

—¿Lo he estropeado? ¿Qué he estropeado? —grita.

—Podría disfrutar del momento. Sí, eso que tanto me pides que haga yo. Ir paso a paso, pero no. En el fondo, lo quieres todo de golpe y, siento decirte, que yo no soy de todos o nada, blanco o negro. Soy más de moverme entre grises. Si no te gusta mi forma de moverme por el mundo, lo siento. No voy a cambiarla ahora con veintidós años.

—Nunca te pediría que cambiaras, nena.—Se acerca y me abraza por detrás.

—Bien, porque la única posibilidad de que eso fuera posible, sería haciéndolo por mí.

—Olvidalo.

—No se trata de olvidar, Simon. Consiste en que la capacidad para perdonar, aceptar y seguir adelante es distinta en cada uno. Tú pudiste perdonar a tu madre y ni siquiera está para que se lo digas. —Aprieta la mandíbula sobre mi espalda—. Y yo tengo a la mía y soy incapaz de sentarme para salir de dudas, preguntándole todo lo que necesito saber. Me he pasado la mitad de mi vida, evitando hacer vínculos con la gente para ahorrarme decepciones y, ahora, he empezado a comprender que es imposible hacerlo, porque siempre hay alguien que merece la pena. —Sonrío al pensar en todas las que lo merecen para mí—. Y también que es normal que unos entren y salgan de tu vida.

—Te entiendo aunque no lo creas.

—He conseguido más en estos meses que en toda mi vida y me gustaría que lo vieras —froto la mejilla por su pecho—, pero ese miedo a que me dejen y a ser decepcionada si me abro, no va a desaparecer hasta que sea capaz de entender por qué mi propia madre, se olvidó de mí tantos años.

—Solo lo sabrás si se lo preguntas.

—Sí, y pienso hacerlo. Y, entonces, estaré segura de que Cold Springs podría ser mi lugar en el mundo.

—¿Te estás planteando quedarte?

—Puede que sí, y puede que tú seas uno de los motivos...

Lo miro desde abajo, está sonriendo. No sé si es lo que quería hoy o no, y dudo de que se haya dado cuenta de que peso como diez kilos menos. Es asombroso el efecto que puede tener en nuestra salud mental, expulsar lo que no para dentro de ti o lo que ha echado raíces amargas. Por primera vez en años, he conseguido decirle a alguien por qué me siento así todo el tiempo y por qué soy incapaz de ser como realmente soy o como me gustaría ser.

A las ocho de la mañana despierto rodeada de sus suspiros y con el saludo de todo lo que no está sobre mí, ahogándome. Me desplazo sin premura hasta el borde para levantarme, asearme y vestirme, pero el señor abrazos me interrumpe. Dos apretones después, besos por toda la cara incluidos, salgo de la cama.

En el pasillo se oye el movimiento de los demás huéspedes, incluso una voz de pito bastante conocida que utiliza los nudillos para aporrear la puerta de nuestra habitación.

—¡Arriba!

—Servicio de habitaciones —susurra Brianna.

—Estamos casi listos. Adelantaos vosotros a desayunar —pide Simon.

Me visto a toda prisa con otros de los «conjuntitos» de Adele, y si de entrada me sorprende que podamos tener casi la misma talla —ella es más alta y delgada que yo—, mucho más imaginármela, esquiando con semejantes pintas. He descubierto que mi madre será muchas cosas, pero discreta en la elección de colores no es una de ellas.

A excepción de Mark y Simon, todos bajamos al bufet. Mi amiga me mira con cara de querer preguntarme algo, pero de estar debatiendo para sí misma, si hacerlo u olvidarlo.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Has dormido bien?

La pregunta no esconde picardía ni sorna, todo lo contrario.

—Nos oíste discutir —afirmo.

—Yo y casi todo el pasillo —aclara.

Bizqueo y deslizo la bandeja unos centímetros.

—Lo estás haciendo bien. —Toca mi hombro—. Estoy orgullosa de ti, pero ojalá le hicieras un poco de caso. Yo también quiero que te quedes.

Volvemos a la mesa que guardan mi hermano y Tyler. Ambos hacen tonterías con la comida. Ambos van a llevarse una colleja de alguna de nosotras.

—Deja de jugar, Robert —advierto, quitándole los tenedores—. Hay demasiados millones de personas en el mundo que no tienen que llevarse a la boca. Un poco de respeto. Si no vais a coméroslo, no lo cojáis —Tyler se queja, poniendo ojos de gatito triste—. Y tú, eres el adulto, haz el favor de hacer que se note, aunque sea a ratos.

—Joder, ¡cómo están los humores por la mañana! —Brianna deja escapar una sonrisita—. Menos mal que os disteis un homenaje anoche. —Nos señala para que quede claro que se refiere a las dos. Miro a mi amiga, que se encoge de hombros—. Y viendo el careto de los afortunados me da que pensar...

Tomo asiento y me giro hacia la puerta. Los «afortunados» acaban de entrar en pareja, muy compenetrados y hablando amigablemente.

—Me lo ha contado —susurra Brianna.

Alzo las cejas y pincho una de las tortitas previamente cortadas.

—¿Qué te ha contado? —chilla Robert.

—Prometí no decirte nada, lo siento. —me disculpo.

—Ya... lo entiendo. No pasa nada —resopla—. ¿Qué piensas?

—Pues... no lo sé. Últimamente, parece que o no me entero de nada o no sé qué hacer con nada.

—Intrusos a las doce —informa Tyler.

Le guiño un ojo y le doy un codazo a Brianna para que calle y coma. Durante la conversación, mi

hermano no perdía puntada de nada.

—Tú chitón — le ordeno.

—Que sí, pesada

Tyler parece no haberse equivocado en lo de los caretos. La tensión en la mesa se corta con un cuchillo. Desayunamos más callados que si hubiera pasado un ángel y salimos a enfrentar el nuevo día de esquí.

«Buenos días, mundo», ironizo a punto de salir.

Capítulo 29

Simon

Vega está aterrada con posibilidad de llegar a caerse. Incluso en la distancia puedo palpar la tensión de sus músculos y el rechinar de sus dientes. Y caerá, es inevitable, como cualquiera que se sube a unos esquís por primera vez. Pero, cualquiera, no es ella y me preocupa que se haga daño de verdad. Mi frente se llena de sudor y en cada movimiento que hace imitando a Tyler, la imagino con algo roto.

—Rizos, ¿estás viendo a tu chica? —dice Tyler—. Para ser la primera vez, apunta maneras.

—Sí, maneras para darse una hostia de esas que salen en los zappins.

Vega me fulmina con la mirada.

—Con ese apoyo moral, por supuesto que me la voy a dar. Y da por hecho, que serás tú el que me aguante por muy insignificante que sea el rasguño.

—Oh, sé dónde conseguir unos uniformes de enfermeras tirados de precio —interrumpe Tyler.

Todos lo miramos, pese a saber que es no broma. Me río por no soltarle una con la mano abierta por hacer que lo demás se carcajeen al imaginarme vestido de enfermera sexy.

—Prefiero malcriarla con sopas y demás... —ironizo, con tal de que no explique por qué tiene esa información.

—¿Todavía sigue con esas mierdas de sobre? —le pregunta a Vega.

—Sí, no hay manera de sacarlo de esa adicción. Es un yonqui —bromea ella como si yo no estuviera—. Lo mismo conoces a algún grupo de autoayuda para adictos a las sopas de sobre tipo: «Juntos por una dieta mejor» o algo así.

Cojo un poco de nieve y se la lanzo. Error. Intenta zafarse y, en lugar de hacerlo, cae de culo. Se mosquea y me la devuelve, lanzándome nieve con la rapidez de una metralleta, conforme me aproximo a ella para ayudarla a levantarse.

—¡Vale ya! —advierto, ofreciéndole una mano—. No seas bruta y dame la mano...

Y me la da, pero para tirarme encima de ella. Joder. Me pincho uno de los palos de apoyo.

—Bueno, bueno —empieza a decir mi primo—, dejemos a los tórtolos con su escena de porno light, mientras los demás esquiamos de verdad.

Brianna le enseña los dientes en una sonrisita. Una entre ironía y simpatía. Aquí están pasando cosas muy raras. Demasiado.

Abortamos misión a la tercera toma de tierra de Vega. Acepta mi ayuda para levantarse. Sin embargo, parece resentida. Puede que sea producto de mi paranoia, pero no tengo muy claro de si es por la conversación que tuvimos anoche o por mi mal fario, cuando decidió que quería probar a bajar un tramo pequeñito.

Tiene la nariz y las mejillas sonrosadas, lo cual, junto con el negro de sus ojos y pelo, resalta el pálido de su piel. Está preciosa.

—¿Tengo algo en la cara?

—Sí, los ojos, la nariz, la boca —enumero, besando cada parte que menciono.

Se cuelga de mi cuello, rascándose la nunca con sus dedos enguantados. Sonríe. Y olvido lo que estaba pensando o lo que tuviera planeado hacer. Me quedo quieto, fijo en como el flequillo le cae por la cara y le tapa un ojo. Le ha crecido bastante en estas semanas, ahora lleva una coleta en condiciones y ya ni siquiera recuerdo el pasador con el que la hacía rabiarse, quitándoselo. La aprieto más a mí. Su lengua pasea por su labio superior y después se recoge. Sin ser consciente, repito el movimiento y ella vuelve a sonreír.

—¿En qué piensas cuando me miras así? —pregunta.

—En lo guapa que eres para ser tan bruja.

—Es parte del encanto, además, dicen que no se puede tener todo.

—Ya decía yo...

—¿Vamos con los demás o vas a seguir contando mis arruguitas de la cara?

—Me las sé de memoria.

Me golpea en el estómago. Joder. Tengo que prohibirle el contacto con el viejo, aprende cosas de él que no me convienen. Y ya apuntaba maneras antes de conocerse.

Ella no lo sabe, pero anoche le mentí. Cuando le dije que me estaba enamorando, no fui sincero del todo. Estoy enamorado. Así, a secas, sin adornos o medias tintas.

Me fascinó, en cuanto la vi dirigirse como una energúmena a por su hermano y sin todavía conocerla en el tren aquel día. Esa chica que se abstraía del mundo, dibujando a carboncillo a desconocidos, se coló en mis pensamientos muchos días al azar tiempo después y, sin ser consciente de que lo hacía, cada vez fue quedándose más tiempo. Volviéndome loco en cada prueba que me ponía —y pone—, para entenderla.

—Anda, vamos —pide, sacudiéndose la ropa.

Es una locura que me revolotea en el estómago, que me pide más de ella cuanto más la conozco, y que me aterra. Tal vez ni siquiera pueda protegerla del mundo o de sus miedos como intento, porque puede que no sea lo que espera o que no pueda darle todo lo que desearía. Ninguno ha vuelto a mencionar la conversación de anoche. Dirás que es un poco pesado pasarse la mitad del día discutiendo y la otra haciendo el amor. Un poco, aunque por lo menos me consuela lo segundo. Es broma. En realidad doy por hecho que nuestra relación, le pongamos nombre o sigamos como hasta ahora va a ser así. Un poco agotador, pero nos vamos pillando el truco, sabiendo que botones es mejor no tocar o en caso de hacerlo, la prudencia que debemos tener.

El tiempo en Hunter Mountain pasa en un par de parpadeos y antes de darnos cuenta estamos recogiendo nuestras cosas para ponernos en camino de vuelta a Cold Springs. Vega, holgazana jefa de la planta, no duda en tirarse sobre la cama a pierna suelta para escurrir el bulto. Por el contrario yo termino en cinco minutos. Es lo que tiene ser ordenado de boquilla y en acción —a veces—. La señorita... la señorita, necesita de una palabra propia para describir la pocilga en la que tiene convertidos dormitorio y baño. Suerte que no hemos estado mucho tiempo dentro, porque puedo visualizarme cada noche recogiendo calcetines de rayas, sujetadores y un sinfín de prendas femeninas por miedo a morir asfixiado por alguna de ellas en mitad de la noche antes de dormir.

El camino inverso a casa lo hacemos en menos tiempo. Mark y Brianna se despiden para ir a sus respectivas casas y, Tyler, que vuelve a ser el chófer, lleva a Vega y a Robert, dormido durante la mayor parte del trayecto, a la suya.

—¿Bajas a ayudarla o te quedas? —me pregunta Tyler.

Espero a que Vega responda sin adelantarme.

—Estaría bien que nos ayudaras —bromea y bajo del coche para hacerlo—, pero ambos necesitamos una ducha y descansar.

Pongo cara de pena.

—¿Ya te has cansado de dormir conmigo?

Robert, finge tener una arcada, animado por el payaso de mi primo.

—Lo que intento decirte, es que quiero darme un baño, sacar las cosas... y, si quieres, podemos dormir juntos.

—Trato —acepto, palmeando sonoramente su trasero.

La siguiente parada es la mía. Dentro compruebo que el olor de Vega flota por algunos rincones. Sonrío. Dejo la maleta a un lado y voy a darme una chucha rápida. Estoy tan cansado que fácilmente

podría quedarme dormido en cuanto me siente en una superficie con respaldo, aunque la inquina interna por esperar a Vega, me mantienen en un estado de vigilia superior al que mis parpados aguantan.

Salgo de la ducha y miro la hora en el móvil. Tengo varias llamadas perdidas de Tyler; raro. Me seco el pelo, me pongo unos calzoncillos, un pantalón de pijama cualquiera y le doy a la re-llamada.

En el primer intento no lo coge. Lo intento de nuevo; nada. Suelto el aparato y entro en la cocina para trastear por lo armarios en buscar de algo comestible y, a ser posible, que no esté caducado.

El teléfono suena, con parsimonia me acerco y descuelgo con el brazo estirado al leer en la pantalla el nombre de mi primo.

—¿Simon? Tienes que venir—sus palabras bailan en medio de una voz rota y afligida—, es el abuelo. Ven ya.

El corazón empieza a bombearme a gran velocidad por las cuatro válvulas. Me calzo unas deportivas, cojo el abrigo y me lo pongo sin camiseta debajo.

Corro lo más rápido que puedo. Dudo hasta de haber cogido llave al salir o si he cerrado bien la puerta al hacerlo. No lo he hecho, estoy seguro.

A unos metros de la casa, en su misma acera, tengo que parar. El aire se niega a entrar en mis pulmones, el frío me corta en la cara y mis pies se niegan a moverse, ni si quiera hacen amago de hacer lo de siempre; impulsarme a la acera del otro lado de la calle.

Mis pies se mueven medio metro, lo justo para quedar frente a la puerta. Inspiro con profundidad y exhalo, descoordinado en comparación con la cantidad de aire que tengo dentro del pecho. Mis labios se pegan y mi nariz se taponan. No puedo tomar más, ni echar fuera el que ya me sobra. Mi pie izquierdo se adelanta al derecho, pero este último se niega a imitar al primero. Una lágrima rasura el camino desde mi ojo hasta perderse dentro de mi pecho desnudo bajo el abrigo. Aprieto los puños e intento moverme otra vez. Un gruñido salvaje sale de mi garganta.

Sordo, en eco, frustrado.

No puedo y tengo que poder. Joder. La sangre continúa recorriéndome el cuerpo más rápido de lo habitual, tanto que me al rozarme las muñecas me quema su flujo.

«Tienes que poder. No es por ti, es por él», me repito un millar de veces.

La sirena de una ambulancia me saca del estado de estupor en el que me encuentro.

—¿Patrick Scott?

—Sí, es aquí —balbuceo, señalando la entrada.

Tyler sale. Agita las manos sobre la cabeza y se revuelve el pelo, nervioso. Su tono es áspero y alto para entenderlo desde mi posición. Mejor. No quiero oír lo que Tyler les explica, no estoy preparado para escucharlo.

Más lágrimas invaden mi rostro. Descienden sin que nadie las censure. Empañando mi visión, sin que mi mano sea capaz de alzarse y quitarlas del medio.

Mi primo viene hacia a mí.

—Creen que es un infarto —me dice.

Me abraza, pero mis brazos continúan rígidos con los dedos escondidos en los puños. Tengo las uñas clavadas en las palmas.

«No me hagas esto, viejo», gimo.

—¿Está consciente? —consigo articular.

—No, estaba. —La congoja no lo deja pensar—. Dijo que le dolía el brazo, luego el pecho y cayó. —Un gemido escapa de su garganta—. Iba bajando la escalera, no me dio tiempo a reaccionar para socorrerlo, Simon. Creo que se ha golpeado en la cabeza.

Mis fosas nasales se abren, tomo aire y lo expulso. Lento, a la par que mi cerebro transcribe la información.

—Tenemos que llamar a la tía Meredith, tiene que saberlo —digo.

—Sí, en cuanto lleguemos al hospital lo haremos. Va a ponerse bien. Siempre lo hace, ¿no?

—Siempre lo hace—afirmo, inseguro de mis palabras. Él palmea mi espalda.

A los cinco minutos nos dirigimos al hospital detrás de la ambulancia. Ni él ni yo estamos capaces de conducir. Aunque Tyler está más entero a pesar de haberlo presenciado todo.

Por el camino se repiten imágenes de un día parecido hace casi ocho años. Me veo corriendo sin destino. Sentado en el Hudson. Mirando al vacío. Llorando sin consuelo y luego suplicando a mi mente porque se desbloqueara y me dejara entrar en casa.

«Soy un cobarde» «Vine para cuidarlo y no he podido hacerlo», me digo durante todo el trayecto.

La saliva me pasa por la tráquea como si fueran chinchetas. Mi primo aporrea el volante sin ritmo, ni fin concreto. Llegamos y aparcamos.

Vamos directos al mostrador y damos los datos del abuelo a la señorita que atiende a todo el que llega a urgencias. Hay mucha gente. Niños llorando, padres cansados de esperar. Unos con dolencias desconocidas para ellos, otros reclamando suturas por algún corte.

La señorita nos invita a sentarnos mientras esperamos a que nos digan algo. Tyler acepta la sugerencia, yo continuo entorpeciendo en el mismo extremo del mostrador en el que me afiancé en cuento llegué.

Tyler mete la cabeza entre las rodillas y se rasca la cabeza compulsivamente. La levanta, me mira y arruga la nariz en busca de complicidad. Yo continúo inmóvil, mirándolo, pero viéndolo borroso.

—Siéntate —da unas palmaditas en el asiento de plástico de su izquierda—, tardarán un rato en decirnos algo. Será mejor que nos tranquilicemos y nos preparemos.

—¿Prepararnos para qué? —digo casi sin voz.

Farfallo alto cosas que ni yo entiendo y grito maldiciones. Algunas madres me miran desconcertadas por el veneno que expulsa mi boca, y, finalmente, me rindo y voy a sentarme.

—No va a irse, ¿me entiendes? Es como si fuera mi padre, no puede dejarme solo. Sin él no sabría seguir, no sabría qué hacer —digo más para convencerme a mí que para tranquilizarlo a él.

Me froto la cara con ganas, accionando otra vez el botón de lágrimas y visión empañada.

—Voy a llamar a mi madre.

No digo nada. Su mano aprieta mi hombro y asiento con desgana.

«No puede irse, todavía no».

Ha sido por mi culpa, si hubiera vencido ese pánico estúpido. No hubiera estado aquí. Sabría si tomaba su medicación. Le hubiera prohibido de verdad esos apestosos puros y lo hubiera obligado a caminar cada día. Mentira. Podría haberlo hecho igual y no lo hice. Vine para hacerlo y no lo hice. He hecho lo mismo que con mi madre, he permitido que consumiera más rápido su vida, que pusiera su cuerpo al límite.

«Por favor, que solo sea un aviso», pido a cualquier deidad que se digne a oírme, aun conociendo mi ateísmo.

Cómo me gustaría creer en algo. Alguna estupidez de fe que reconfortara a mi conciencia y frenara la sal de las heridas.

Vega. Le he pedido a Tyler que la llamara. No puede venir. No puede verme así. No quiero que vea la clase de persona que soy.

He dejado a mi abuelo solo.

Hice con mi madre lo mismo

Esos pensamientos se apoderan de mi razón y me impiden pensar.

¿Cómo voy a empezar algo con alguien que tiene tanto miedo a que le hagan daño, si todos a mí alrededor sufren y no sé ayudarlos?

No sé ayudarlos, no. No pongo interés. Primero mi madre, ahora el viejo.

Repito mis súplicas, concentrado en el techo una y otra vez. El led me ciega y crea puntitos en mis retinas, aunque no ver nada me consuela y recuperarme de ello, pausa el curso de mis ideas. Me levanto.

Tengo que pedirle a Tyler que no llame a Vega.

Capítulo 30

Vega

Los parabrisas hacen ese ruidito infernal que nadie soporta, pero que al cabo de unos minutos nadie presta atención. Se ha puesto a llover justo en el mismo instante en el que Peter ha arrancado el coche. Recuesto la frente en el cristal de la ventanilla y alzo los ojos; cada centímetro del cielo está encapotado por tonos naranjas y grises.

Terminaba de vestirme cuando Tyler me ha llamado. Su tono de voz auguraba algo para lo que no estábamos preparados y, mientras lo escuchaba, mi cerebro no paraba de rebuscar las palabras adecuadas para suavizar el golpe a Robert. Mi hermano clavaba sus diminutos ojos oscuros con la absoluta preocupación de un adulto. Quería escondérselo, hubiera sido lo más inteligente sin duda. Pero el mocoso tiene un sexto sentido y mi cara de descomposición junto con el mutismo repentino, no han ayudado al: «No es nada, no es nada», que he repetido en bucle, antes de que él se interesara por mi estado, comportándose como una persona con diez años más que él.

Automáticamente, el día de la muerte de mi padre se ha descargado delante de mis ojos como una película. Y, que, además, con la maldita lluvia está perfectamente ambientada y elevando la probabilidad de que mi cuerpo reaccione del mismo modo. Peter me distrae con su discurso optimista y, aunque me escuece recordar el peor día de mi vida, no puedo parar de imaginarme como estará Simon. Él también perdió a su madre y también tendrá esas terroríficas imágenes brotando de su inconsciente.

—No es la primera vez que el señor Patrick tiene problemas de salud. Y siempre se repone— repite Peter para tranquilizarme.

Aunque no sabe que su discurso, produce el efecto contrario. Es un señor mayor y ser reincidente no representa nada bueno. Pienso en Robert, se ha quedado llorando y pataleando por querer venir y, evidentemente, nos hemos opuesto. Un hospital es un lugar demasiado frío e inhóspito para un niño y si, además, sumamos que alguien querido por él esté pasando por un momento difícil, me niego en redondo a que sea testigo.

«Joder, Vega, tú eras positiva, por eso viniste aquí; para encontrar la parte que te faltaba», me grita mi conciencia.

«Era positiva, hace mucho, pero todavía me queda algo», me respondo.

Al aparcar, bajo del coche y entro corriendo. Miro a todos lados hasta localizar el mostrador para pedir indicaciones, pero Tyler me ve y viene a mí. Me abraza, engulléndome entre sus brazos y susurrando en mi oído palabras de ánimo que debería estar diciéndole yo a él. Me aúpo y apoyo la barbilla en su hombro con trabajo. Simon está sentado a un par de metros con la cabeza entre las rodillas, presionada por sus manos como si no quisiera inclinarla.

Su primo me suelta y ladea la boca a la mitad, en un amago de esbozar una sonrisa amarga. Le brillan los ojos y su nariz está roja. Ha estado llorando.

—Aún no sabemos nada. —Suspira con pesadez, reteniendo el aire en sus labios—. La chica de la ambulancia que lo atendió, dijo que podía ser un infarto. Joder.

—No nos adelantemos, hijo, mejor esperamos a que un médico diga algo —sugiere Peter.

—¿Cómo está Simon?

—Peor que yo me atrevo a decir —explica—. Será mejor que le des espacio, al menos, hasta que alguien nos informe de algo. Ahora mismo no es él.

Asiento. Peter rodea los dedos de mi mano izquierda y se los aprieta. Necesito liberar la energía que recorre mi organismo, provocándome náuseas y un dolor de cabeza que se me antoja, estará conmigo mucho tiempo pese a poner remedio con algún analgésico.

Peter propone ir a por café. Tyler acepta que le traigamos uno y Simon... él ni siquiera ha balanceado la cabeza para dar una respuesta.

Pasamos por delante de él, aunque hago caso a su primo y evito llamar su atención. Sin embargo, eso no sirve para que el alma no se me resquebraje en trozos pequeños.

—¿Más azúcar? —pregunta Peter cuando saco el mío.

—No, gracias. Así está bien.

Media hora más tarde, nos paseamos por los laberintos de urgencias con asombrosa sincronización. Unos toman un pasillo, mientras otros permanecen sentados o en la entrada, evitando cruzar miradas que nos obliguen a sonreír forzados o decir alguna chorrada que no acude a la mente de ninguno y que no surtiría efecto por muy buena que sea.

Simon y yo coincidimos de frente en uno de los pasillos. Sus ojos se fijan en mis pies. El corazón me escupe sangre helada al darme cuenta. Sé que es un momento duro y que en situaciones así, no solemos reaccionar acorde como todos esperan o dicta nuestro carácter, pero no parece él. Simon es bastante mimoso, además de cariñoso y atento. Y, por ello me extraña que no se haya acercado para dejar que lo abrace, le susurre algo al oído o resguarde sus manos entre las mías.

A medio metro para llegar a mí, gira sobre sus talones y realiza el camino inverso. Al fondo se escucha: «Familiares de Patrick Scott», y todos corremos a su encuentro. Hasta ahora, no lo había llegado a pensar, Simon tiene el apellido de su abuelo, además está el pequeño detalle de que nunca me haya hablado de su padre.

Cuando llego, el movimiento de los demás detrás del médico me arroya.

—¿Qué ha dicho? —pregunto en susurros a Peter.

—Por suerte, no ha sido un infarto —explica—. Una angina de pecho.

—¿Eso es que está bien? ¿Está fuera de peligro?

—Ha sido un aviso de que tendrá que cuidarse más —me aclara Peter.

Sus nietos se abrazan a él con cuidado de no tocar ningún tubo o cachivache que le han puesto. Tyler sonrío y hace alguna broma sobre motores cascados y quemados, mientras Simon llora, abrazado a él.

—No ha sido nada, hijo. —Lo tranquiliza—. Como dice tu primo, a partir de una edad, hay que pasar más de lo que a uno le gustaría por el taller.

—En cuanto salgas, iremos a pasear todos los días —anuncia—. Ya verás, cuando lleves unos días en Nueva York, le pillarás el gusto a salir por tu cuenta.

El señor Patrick dirige la mirada hacia mí por encima del hombro de su nieto y por mi reacción, ha deducido que no es el único que acaba de enterarse de los planes de su nieto.

Pienso en salir de la habitación, cuando una señora con el pelo castaño claro y los ojos de un tono miel verdoso, irrumpe casi boqueando, por la falta de aire en sus pulmones. Chilla y se lanza sobre Patrick. Deduzco que es Meredith, la madre de Tyler.

Sonrío y doy un respingo cuando una mano roza mi cintura para que me aparte. Otro par de ojos que no conozco me saluda, guiñándome un ojo. Jude, el primo menor de Simon.

—Hola—susurra.

—Hola.

Meredith revisa a su padre. Lo toquetea por todos lados y lo desarropa y vuelve a tapar con mimo y esmero. Miro a Peter, quien ríe más relajado que antes, y cuando la situación se normaliza, me comunica que tiene que irse. Es tarde y tiene que madrugar. Se despide de todos, incluida yo, que decido quedarme. Me besa primero a mí y después de bromear con Patrick, desde la puerta sale agitando la mano.

Simon sale de la habitación. No obstante, en su lenguaje corporal no se percibe, la tranquilidad que si puede palpase en los demás.

—Simon.

Continúa su paseo sin inmutarse.

Acorto la distancia dando zancadas detrás de él, intentando ponerme a su lado.

—Simon —repito sin efecto.

Extiendo la mano hasta rozar fugazmente su codo. Frena. Sus hombros caen, y tampoco me mira. Me coloco frente a él, que tiene la cabeza gacha, y como soy más baja, solo tengo que alzar la barbilla y fundir mis ojos con los suyos.

—¿Va todo bien? —pregunto con miedo, pues en sus ojos no consigo leer nada claro.

—Sí, gracias por venir. —Carraspea—. Le dije a Tyler que no te hiciera venir; era estúpido que todos estuviéramos aquí.

—Debía estar, independientemente de que os quisiera acompañar, también aprecio al señor Patrick —confieso.

—Puedes irte, ya estamos suficientes personas con él. —inquieta, intentando parecer tan neutral como el brillo de sus ojos—. Gracias por venir —repite—. Deberías irte a descansar.

—Voy a preguntártelo otra vez: ¿Va todo bien?

Su flequillo tapa la mitad de su campo de visión, tampoco se molesta en colocarlo en su lugar. Es como si le pesaran las extremidades o...

—Simon... —Rozo su abdomen con los dedos. Se encoge y trastabilla. Las puntas de mis pies chocan con las suyas, me aúpo y lo intento abrazar. Y digo intento, porque su antebrazo me lo impide y me empuja sin delicadeza.

—Deberías irte, mañana hablamos.

—¿Mañana hablamos?

Tomo aire y lo expulso con lentitud, dando tiempo a su mente a dibujar y pronunciar las palabras lógicas que le faltan a la conversación.

—Sé que no es un buen momento —comienzo a decir al recordarlo—, pero ¿qué es eso que le has dicho antes a tu abuelo? ¿Vas a irte a Nueva York?

—Sí, lo he decidido mientras esperaba.

Me muerdo el labio con fuerza. El amargor de la sangre me llena la boca al instante. Las piernas, las manos... todo, me cosquillea y me da vueltas. Debería hacerle caso e irme. No es buen momento para discutir nada, no en caliente. Sin embargo, mi angustia interna aniquila la cordura y me salto todos los carteles de precaución que desfilan por mi mente, advirtiéndome.

—Creo que deberíamos despedirnos. —Su voz rasgada perfora mis oídos—. Tenías razón, no debimos acercarnos tanto. Nos hemos dejado llevar por una atracción, que claramente no llevaba a ningún lado.

—¿Qué cojones tratas de decir con eso?

—Preferiría no tener que discutirlo ahora.

—Y si nos despedimos ahora, ¿cuándo se supone que vamos a hacerlo? —grito.

Mis labios se unen al temblor del resto de mi organismo. Trato de entender la confusión de sus palabras, porque sus gestos me dicen otra cosa. Quizá es producto de mi imaginación o infinitas ganas de que así sea.

—Vega, estaba equivocado, ahora que he tenido que tomar una decisión tan importante, como retomar el plan inicial de llevarme a mi abuelo donde pueda estar controlado...

—Tu abuelo es feliz aquí, tú también lo eras, al menos hasta hace unas horas. Cold Springs es un pueblo pequeño ¿y dices que llevándotelo a una ciudad inmensa lo tendrás más controlado? Tu abuelo no es un niño al que puedes castigar o prohibir hacer algo. ¿Ves la incoherencia?

Las cabezas de sus primos asoman por el quicio de la puerta, no son los únicos. El culebrón atrae a varios curiosos más, incluso a una enfermera de guardia en la planta que amablemente nos pide que bajemos el tono de voz.

—Intento hacer lo mejor para todos, y prefiero no alargar una relación que tarde o temprano iba a romperse. Tú también te irás.

Las últimas palabras me dan un bofetón.

—Para ti, intentas hacer lo mejor para ti —aclaró—. No tengo la remota idea de que narices pasa por tu cabeza ahora mismo, pero lo que he entendido es que nada de lo que hayamos hablado o me hayas dicho era verdad.

—Vega.

No veo con nitidez.

—Eres el embustero más bueno con el que me he topado. Y el más hijo de puta también.

—Chicos... —interviene Tyler.

Simon junta los labios y los aprieta. Sus ojos bailan desde su primo a mí, pero no se molesta en defenderse, ni en hacerme sentir mejor.

—Había empezado a confiar en ti, a quererte. Joder, ni siquiera quería quedarme, solo tenía que conocer a mi hermano, fingir que perdonaba a mi madre e irme, pero no, me dejé llevar y me enamoré de ti... —Las lágrimas caen—. Empecé a desear cosas a aclararme con otras y me dices...

—Vega... —Estira la mano para tocarme. Se lo impido de un manotazo que frena el cuerpo de su primo.

—Lo siento —susurro—. Está bien, tú que eres el que lo entiende, haz lo que te parezca, pero hazte un cochino favor: Piensa en estos meses, en lo que querías, en TODO y luego busca el sentido a lo que estás haciendo ahora.

Me giro y paso por el lado de Tyler sin mirar a dónde me dirijo, solo dejo que mis pies me guíen al aire exterior. No puedo respirar. Me ahogo. Salgo. Abro la boca y las fosas nasales. Las lágrimas se cuelan por las comisuras de mi boca y cambian el amargor que tengo a un regusto más salado. Paso el dorso de la mano por mis ojos para quitar la pantalla que me impide ver más allá de donde mis pies están anclados, y retomo la marcha. Una mano termina de desgarrar la carne herida de hace unos instantes e introduce más hondo las espinas que me ha escupido Simon junto con sus palabras. El corazón bombea lo justo, no está agitado, ni parado del todo. Qué tontería, sigo viva.

«Solo físicamente», pienso. El dolor es tan profundo que temo no ser capaz de llegar por mis propios medios a casa.

—Vega —La voz de Tyler me trae de mi abstracción.

Me abrazo a él, que me recibe sin oponerse. Sus palmas acarician mi espalda y mi cabeza recibe el cariño de sus besos desde arriba.

—Te llevaré a casa.

—Da igual, necesito que me dé el aire, prefiero ir andando, en serio.

—Es muy tarde y está muy oscuro, no pienso hacerte caso. Además, mi primo me mataría.

—Tu primo es un cabrón. Ya me ha hecho más que cualquier daño que hubiera tratado de evitar desde que lo conocí.

—Voy a llevarte, independientemente de que me lo haya pedido él, lo que sientas ahora mismo o lo que te opongas.

Pongo los ojos en blanco, mojando más mis pestañas con la acción. Vuelvo a frotarme los ojos con el dorso de la mano y lo miro de soslayo, mientras camino un poco retrasada de él.

—¿Tú entiendes algo?

Sacude la cabeza, negando. Chasquea la lengua para decir algo, pero se arrepiente.

—Dilo.

—Si te sirve de consuelo —gira la mitad de sí en mi dirección—, dudo que algo de lo que ha dicho sea verdad, ni siquiera lo del abuelo.

Resoplo.

—Tu primo no es de los que hablan para nada, Tyler, deberías saberlo.

—Mi primo tiene una cruz gigante a su espalda que lo convierte en mesías de cosas que no puede controlar. Aun así, su mente busca excusas para mostrarle las evidencias de los atajos que podría haber

tomado para cambiar sus decisiones. Y, por más que nos pese, hay cosas que no pueden volver a repetirse para cambiar el resultado.

Lo miro embobada, mis dedos tocan con prudencia mi antebrazo, dando pellizcos, como si las palabras de Tyler ayudaran a que las espinas que sitian cada centímetro de piel se debilitaran y con un mero roce fuera capaz de hacerlas caer.

—Hace tiempo, vi una peli, no recuerdo su nombre. El protagonista era un científico empeñado en inventar una máquina para viajar en el tiempo. —Traga saliva—. En ese mismo periodo iba a casarse, pero por un desafortunado accidente su prometida muere.

—¿Y qué paso?

—Que consiguió que la máquina del tiempo funcionara. —Tose—. La uso varias veces para volver a ese día y evitar que su prometida muriese, pero incluso así, no consiguió salvarla. Al final lo comprendió y aceptó el destino.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—Pues que Simon cree que si hubiera bajado a cenar, hecho los deberes antes..., y no sé qué cosas más, su madre estaría viva y remitiéndonos a lo que no se puede cambiar; su madre lo hubiera hecho otro día, por más que él no quisiera que sucediera, ¿entiendes? —Asiento, tratando de ordenar tantos datos—. Lo mismo le sucede con el abuelo, cree que es su responsabilidad y, siendo realistas, es cosa del viejo cuidarse más. Por mucho que lo vigilemos, continuará fumándose esos puros apestosos a escondidas y negándose a andar más.

—Vale, no quiero ser frívola, pero... ¿dónde entro yo?

—Esa es la pregunta que deberías hacerle tú.

Llegamos a casa. Tyler me acompaña hasta la misma puerta, me abraza y me da ánimos. Subo arrastrando los pies, cierro con cuidado y me meto en la cama de Robert sin desvestirme.

Mi hermano se acurruca conmigo. Mis labios se sellan y mi interior se ahoga despacio entre las lágrimas que contengo.

El día viene más rápido que el sueño, pero el agotamiento no le gana la batalla al dolor que me golpea las entrañas y no consigo dormir más de media hora y a saltos. Sin embargo, en algún momento, estoy tan anestesiada e insensible que paro de pensar.

Es bueno y malo. Tengo que recuperarme de los golpes antes de que los cardenales salgan y pasen por las distintas fases de la gama cromática.

A media mañana, me abandono y, finalmente, el letargo se apodera de mí.

Capítulo 31

Simon

Tyler abre la puerta para que la tía Meredith entre primero y ayude al viejo. Por supuesto, yo observo toda la escena desde la lejanía. Hoy no tengo sudores, ni me cuesta tragar saliva. Supondría un avance para cualquiera, en cambio para mí, solo es signo de que ver al abuelo en casa, protestando y dando órdenes, coloca la balanza en su lugar natural.

Los días en el hospital han sido un infierno de sobresaltos para todos, menos para el abuelo. Él estaba en su salsa, recibiendo atenciones de todo tipo, y cuando alguno le echábamos la bronca o lo informábamos de los cambios que tendría que hacer para no volver al hospital dentro de poco, fingía jaqueca, sueño o alguna dolencia que la tía Meredith justificaba, corriendo las cortinas y echándonos a todos del minúsculo habitáculo.

Vega no ha aparecido por allí, algo normal si retrocedemos a mi absurdo discurso y justificaciones. Pero ha estado en contacto con Tyler, quien en todo momento ha rehuido de contarme algo que tuviera que ver con ella. Sin embargo, se ha asegurado de que supiera cuando la persona que llamaba para interesarse por el estado de salud del abuelo era ella.

El aire empieza a oprimirme las costillas al pensar en ella. Conozco la sensación, es la misma que he sentido cada instante que rememoraba mis palabras. Las recuerdo al milímetro, como también recuerdo el daño que hice con ellas. Soy un soberano gilipollas.

Guardo las manos en los bolsillos, Tyler viene hacia mí, silbando a paso lento y decidido. Es una de las cosas que más envidio de él, la seguridad con la que pulula por el mundo. Transmite la falta de preocupación que le inspira todo lo que le rodea, por lo bien atado que parece tener cada paso que da.

—¿Vas a entrar o te vas a quedar mirando como si fueras un delincuente? —pregunta la tía Meredith desde la entrada.

—Tengo cosas que hacer, y ahora que estáis tú y los chicos, me quedo más tranquilo.

—¿Vas a buscar a esa chica? —pregunta, oculta tras la silueta de mi primo, a escasos centímetros de mi posición.

—No.

Áspero y seco, rehúyo de cualquiera de los juegos o argucias mentales que tengan preparadas para escupirme. Giro sobre mis talones, apoyando el peso en una de las piernas antes de irme casi derrapando. Tyler no ha dicho nada, pero en el silencio oigo lo que está deseando soltar sin que pronuncie nada y lo evito, largándome antes.

El paseo es rápido. No miro con quien me cruzo, solo me paro en la entrada de mi casa y entro. Subo a mi dormitorio y saco una maleta. Es precipitado, pero puedo ir seleccionando cada cosa que traje para no dejarlo aquí rezagado.

Sus ojos me persiguen, el eco de su voz me castiga. Ojalá la hubiera cagado con otra persona, con otra que no me doliera tanto, otra a la que no necesitara abrazar y aspirar su olor para dejar de sentirme como el jefe mierda de toda la galaxia.

—Vega —susurro.

Mis labios sufren al darle vida a su nombre, como si quisieran prohibirme que lo hiciera. Como si hubiera perdido hasta ese derecho.

¿Qué derechos? Lo he estropeado todo, y, lo peor es que sigo convencido de que es lo mejor. Ensayo discursos para contarme a mí mismo. En ellos, la inocente convicción de que dejará de doler pronto, es la que resalta de entre las demás chorradas que se me ocurren. Sé que irme no es la mejor opción, y mis pesadillas tampoco dejarán de doler cuando lo haya hecho.

Es algo que sé, sin que nadie me lo diga. Siento como sus caricias de días atrás bailan bajo mi piel, concienciándome de que no se van a repetir, por mi necesidad, por mi cobardía.

Voy al cajón de la ropa interior, el superior está entreabierto. Veo los puzles y sonrío. ¿Cuántas cosas sabemos el uno del otro? ¿Qué más sabría de ella si me quedara?

Me amonesto por pensar eso en este preciso instante. Mis cosas; tengo que recogerlas. Si el abuelo no se quiere ir, puede quedarse. Vendré a verlo cada semana, total es lo mismo que estando aquí, pero en Nueva York no tendré recuerdos ni verjas invisibles que me impidan entrar en ningún lugar.

La madera del parqué chasquea, y por el resoplido que oigo, sé que es Tyler quien me ha seguido.

—Por lo que veo tu plan va viento en popa —dice con sarcasmo.

—Está decidido.

—En poco más de una semana será Navidad. Yo iba a quedarme hasta entonces, además, Jude y mamá han pedido días libres en el trabajo para poder hacerlo también. ¿Cuándo piensas irte?

—No lo sé en unos días.

—¿Vas a estar solo en Navidad?

—No estoy para juegos, ni acertijos ahora mismo, Tyler.

—El único responsable de eso eres tú. —Cierro el cajón con brusquedad y lo miro—. Recorro a la lógica, Simon. Y la misma me dice lo mismo que a ti, que no estás siendo racional, joder.

—Tú no lo entiendes.

—No puedes entrar en tu casa, ¿eso es lo que no entiendo?—Aprieto los labios y los puños, desviando la mirada a nada en concreto antes de volver a mirarlo con rabia—. Estabas parado como un parajito que acaba de recibir una descarga eléctrica. —Se calla y rumia lo siguiente—. El abuelo tenía informada a mi madre de todo lo raro que hacías. Estaba preocupado por ti. Por eso y porque pensaba que nos pelearíamos por su herencia el muy cabrón.

Río sin ganas al reconocer al abuelo en sus palabras. Pese que a mí me prácticamente me ha criado, nos quiere a todos por igual y no soportaría que discutiéramos por dinero o bienes. Antes prendería todo con gasolina.

—Lo que yo creo es que no puedes proteger a todo el mundo de todo —continúa—: Te enamoras de una chica que pasaba de ti. El viejo también nos ha contado vuestras funciones —explica—. La tía tiene pelotas, motivo de más para que me caiga bien y no apruebe tu forma de recular como una gallina.

—Intuyo que lo tienes todo bien pensado para no ser tu vida, ni tu pasado, ni presente Y por supuesto tampoco tu futuro...

—Sólo tienes que entrar ahí, demostrarle a tu cabeza que no puede contigo. Recuperar tus recuerdos; esos que tenías cuando eras pequeño y que repetías hasta la saciedad cuando te adaptaste a vivir en nuestra casa, y aceptar lo que no los puedes cambiar por mucho que corras o te alejes.

—Qué fácil se ve todo desde el estrado y con palomitas —inquiero.

—Qué rebuscadas son tus excusas para no hacer lo que deberías. —Da un paseo por la habitación, y toca al azar mis cosas.

—Necesito una copa, ¿te vienes o te quedas toqueteándolo todo? —pregunto con un retintín que él entiende.

Sabe que odio que manoseen mis cosas. Levanta una ceja y extiende la mano, cediéndome el paso.

Tanto pensar me ha chamuscado las pocas neuronas que me quedaban, así que me dejo llevar a lo conocido, aun a riesgo de encontrarme con ella en la cafetería de Mark.

Al entrar, la sonrisa irónica de Brianna y la habitual postura de indiferencia de Mark, nos dan la bienvenida. Tyler se sienta cerca de ella, en cambio yo que me conozco a la bestia con la que trato, decido sentarme en la esquina de la barra más próxima a la salida. Por si tengo que salir corriendo, total, por una vez más.

—Me alegro de que Patrick esté en casa —le dice a Tyler—. Hola a ti también, Simon. ¿Ya has hecho la maleta para irte?

Miro escéptico a Mark quien me apoya, negando con la cabeza.

—Las noticias vuelan.

—Sí, sobre todo cuando os ponéis de acuerdo para ir en manada.

Algo se me clava en el pecho al creer que se refiere a Vega.

«Tenía decidido quedarse, con su familia. Y lo has estropeado».

—Lo mío es inevitable, además, todavía no he decidido cuando —aclara Mark.

Mis hombros bajan, las costillas vuelven a su sitio y pido que me sirva algo fuerte.

—¿Pero no estáis saliendo? —pregunta mi primo. Ella niega y a él poco le falta para relamerse y darse palmaditas en la espalda—. El mecanismo de funcionamiento de las personas de este pueblo me tiene anonadado.

—Gracias —digo cuando Mark me sirve.

El silencio incómodo comienza a llenarse con conversaciones banales y anécdotas que solo conoce el que las cuenta. Excepto cuando habla Tyler, que tiene una fijación insana en mis errores y los resalta con sorna y con todo lujo de detalles. No puedo desmentirlo, porque ambos sabemos que lo que sale de su boca, aunque sin ninguna gracia para mí, es real.

—Está bastante jodida —dice Brianna, tomando asiento a mi lado—. Se comporta como si hubiera retrocedido en el tiempo a su primera semana aquí. No sé qué hacer para animarla. ¡Menuda amiga de mierda que tiene!

—No me lo cuentes.

—Ni siquiera hace comentarios irónicos de esos que tanto le gustan —continúa, fingiendo que no me ha oído—. No se molesta ni en bufar cuando la atosigamos.

—Deja de hacerlo, Brianna —advierdo—. He venido a tomarme una copa; salir de mi cabeza unos minutos y no estás ayudando. Más bien le estás pegando zapatazos para meterme mis propias mierdas más hondo.

—¿Por qué la has dejado así? No se lo merece. No os lo merecéis —enfatisa.

—Soy gilipollas y como todo ser con características similares, no encontraras motivos que lo justifiquen. Así que, por favor, vamos a intentar que mis últimos días aquí, sean en paz.

—No vas a irte.

—Si me he oído bien, es justo lo que he dicho que haré.

Lo que no se merece es a un cretino como yo. Uno que cree saber hacer nudos y deshacerlos. Estoy atascado en mis propios fantasmas, por haberlos negado tanto tiempo. Y en lugar de hacer lo contrario he ido de listo, obligándola a ella a abrir los ojos y revelarse contra lo que odiaba o quería cambiar. Cuanto menos irónico. Cualquier psicólogo diría alguna mierda sobre proyección de mis frustraciones en ella, que lo que no he querido o me he atrevido a hacer yo, lo he tomado como éxito en alguien a quien quería; quiero.

Sí, es lo mejor. Los años me han dado la razón, no puedo levantarla cuando se caiga, porque yo mismo sigo en el suelo. Joder. Vacío el vaso de un trago y lo deslizo para que Mark me lo llene. Lo hace y luego recuesta los antebrazos sobre la porción de mármol en la que también estoy apoyado yo.

—Te partiría las piernas si ella no estuviera aquí —confiesa, señalando de espaldas hacia dónde permanecen mi primo y Brianna.

—Pues hazlo —interrumpo.

«Así por lo menos el dolor estaría justificado», me digo.

Repito la misma operación de antes, pero esta vez siento una arcada; la cantidad de brebaje era mayor que en la primera copa. Pago con su correspondiente propina y, desde la puerta, me despido sin pararme a comprobar si mi primo continuará su acoso o se quedará ronroneándole a Brianna.

—Simon —gritan a mi espalda.

Para mi desafortunada existencia, no voy a librarme de él. Paro al tiempo que pongo los ojos en blanco. ¿Para qué resistirme?

—Se me ha ocurrido una idea.

—Ilumíname —le espeto con sorna.

—Voy a ayudarte a que puedas volver a entrar en tu casa. —Sonríe.

Y mi puño se aprieta, obligándome a vencer el impulso de borrarle la cara de payaso que tiene cuando lo hace.

—Estoy cansado de que todo el mundo crea saber qué es lo que tengo que hacer. ¿Crees que no me duele en el alma cargarme lo más bonito que me ha pasado en años? Soy un fracaso, mírame, cuando no puedo con algo le soy la espalda, justo lo que tanto le he recriminado a ella. ¿Qué pasará cuando lo haga y la arrastre también?

—Eres imbécil...

—Eso ya lo habías hecho antes.

—No sabes todo lo que tienes, deja de hacerlo; de castigarte —Gesticula de forma exagerada—. No eres tu madre, nunca te has rendido, has hecho todo lo que querías y más, tampoco eres tu padre, jamás has abandonado algo antes de que existiera.

Algo indescifrable me oprime la tráquea y por más que quiero rebatirle no puedo.

—Deberías estar orgulloso de ti, ir tras esa mujer y pedirle perdón por ser un descerebrado.

—Resoplo—. ¿Sabes por qué me gustaba tu ex novia, Brianna?

Lo miro sorprendido porque sepa eso. Calculo que en una semana más que pase aquí podría hacer de cartero perfectamente, porque sabría las direcciones y apellidos cuanto menos de todos los habitantes fijos de Cold Springs.

—Porque creía que estaba encoñada con otro —dice, finalmente—. Tú eres de los que cuando tienen algo lo cuidan, pase lo que pase. Yo soy de los que no se acerca a esas cosas porque no puede conservar nada.

—Eso es mentira... —desmiento—. Tienes un trabajo que te gusta, desde hace años. Eres guapete.

—Río—. Y hasta gracioso a veces. Eres lo que quieres ser.

—Soy un fraude, Simon. —Mira hacia atrás, buscando con los ojos la entrada de la cafetería—. Por ejemplo; ahora, no tengo el menor interés en ella. Un fraude. Porque tendría que esforzarme para que otro dejara de estar en sus pensamientos, hacerlo salir. Y eso serían riesgos y esfuerzos que no me voy a molesta en tomar.

Me cuesta horrores descifrar lo que intenta decirme. Seré lerdo también, una cosa más que no sabía.

—Estás siendo un exagerado, Tyler. Eres muchas cosas, al margen de las que crees que eres.

—Sí, pero no hago nada con lo mío, es más fácil no encariñarse de lo que vas a estropear. Tú no lo haces, arreglas hasta lo que no has roto tú. Joder. Hazme caso, intentemos entrar en casa, juntos.

—Ahora no.

—Cuando estés preparado.

«Bien porque eso no será nunca».

—Vale, trato. —Le tiendo una mano que sellará el pacto ficticio.

—Creo que me gusta tu chica. —Golpeo su abdomen.

—No es mi chica, ¿recuerdas?

—Sí, vas a tener que hacerlo muy bien para que te perdone.

—Intento hacer precisamente lo contrario. —Bufo—A partir de ahora, no pienso escuchar nada más del temita, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe.

Capítulo 32

Vega

Día ocho de mi infierno: estoy echa una soberana mierda. Me ducho y aseo como mortal normal, pero solo porque me molesta hasta eso de mí. Me he obsesionado con el olor, no con el malo por no ducharme, sino por el que desprende mi cuerpo recordándolo a él. Tengo que hacer esfuerzos por no sentir que me quemó cuando rozo mi piel, y la tortuosa imagen de las manos de Simon adueñándose de ella.

Las clases son lo único bueno que me ha pasado en estos días y ni siendo lo que me salva de quedarme colgada en mis mierdas como si fuera un maniquí, consigo disfrutar de ellas como de costumbre. Entre otras cosas, porque ni me molesto en vestirme. A estas alturas de la semana, todas mis alumnas conocen mi repertorio de pijamas. Porque esa es otra, he tenido que renegar de mi favorito, el de jirafas, para no ponerme a moquear cada treinta segundos.

—No puedes seguir dando las clases sin vestirte, Vega —me reprende mi madre en susurros cuando sale la última octogenaria de clase.

Ojo he dicho madre, no Adele, ni señora progenitora. Pues eso, ella continúa echándome la bronca por lo desagradable que es, verme cual ermitaña recién traída de la caverna. Si es que hasta para estar decepcionada y cabreada con el mundo soy rancia.

Estoy dolida, sí, pero mucho más cabreada. Enfadada conmigo misma hasta límites estratosféricos por no haberme hecho caso antes. Para no variar, tampoco he llorado. Me he encerrado en mí y en mi autocompasión, haciendo acopio de voluntad por no flagelarme al escucharme el tan temido «te lo dije», que tantas veces me he repetido a lo largo de mi vida.

No grito, ni saldo las deudas pendientes con quien no corresponde como haría cualquier persona en mi lugar. Incorrecto, sí, pero todos usamos de saco de boxeo a la persona equivocada alguna vez. Yo ni eso.

Brianna ha pasado estos días por casa. Más drama. Él mío al escucharla, porque ella está encantada de haberse chuscado al camarero con pintas de roquero caído y tener eso para el recuerdo. Acostarse con él, les ha ayudado a liberar la tensión sexual y darse cuenta de que ninguno de los dos está hecho para una relación con el otro. No para una relación, no; con el otro. Cada media hora que vivo, entiendo menos a la especie humana y el drama del que siempre he presumido no alimentarme se apodera de mí, provocando que me sienta estúpida por no comprender las relaciones humanas, ni lo que nos mueve.

—Cuando te pones así, tengo que darle la razón a tu padre —dice, llamando mi escasa capacidad de atención—. Eres igual de soberbia y catastrofista que yo.

—¿Qué tiene que ver mi padre? ¿Por qué tienes que nombrarlo si puede saberse?

—Porque era mi marido, te guste o no. Y porque en vistas del panorama existente, la adulta soy yo.

Se sienta en el sillón de la entrada, creo que es la primera vez que veo a alguien usarlo. Yo misma he pensado en varias ocasiones lo cómodo que parece, pero nunca lo he comprobado.

Sonríe a la vez que cruza las piernas y oculta las manos entre ellas. Es su manera de pedirme que me siente a su lado. No tengo ni idea de cómo después de tantos años sin hablar o convivir, en tan pocos meses, he recordado de sopetón el manual de funcionamiento por el que se rige Adele. En parte, será que tiene un poco de razón en lo que a igualdad para lo rancias que podemos llegar a ser, se refiere.

—Nunca me ha hablado mal de ti, por si alguna vez te lo has preguntado. —Me mira con la misma expectación que me miraría yo si pudiera verme de frente, pues no sé de dónde han salido esas palabras—. Después de ti, hubo un par de intentos de relaciones que no llegaron a ningún sitio. Creo que cuando murió todavía seguía enamorado de ti. Si es que eso es posible.

Drama pasional al poder. Aprieto los ojos y me amonesto por ser tan jodidamente trágica en pensamientos. Nunca he reaccionado así, menos por un chico. Siento vergüenza ajena de mí misma. Mierda. Claro que, para sufrir decepciones hay que dar oportunidad a los demás de que lo hagan, y en ese tema, todos sabemos que estoy un poco verde.

—Nos queríamos, lo quería. Incluso cuando decidimos que divorciarnos era lo mejor. —Frota las manos entre las rodillas—. No nos supimos querer bien, y me di cuenta tarde.

Suspiro, cansada, he vivido su historia aunque ella cree no recordarlo. Siempre he sabido que la relación que tenían no era la de una pareja normal y en parte, el día que decidieron seguir sus caminos por separado sentí alivio. Por ellos y por mí.

—Suerte que nos dimos cuenta y supimos parar de intentar querernos con destrucción.

«Destrucción», me cala hondo. Mis vivencias se despliegan y me obligan a compararlos sin pretenderlo con lo que creía tener con Simon. Primera persona a la que lo dejo entrar y me abre en canal para escupir dentro. Toso al notar un exceso de saliva arremolinado en la garganta. Si hubiera sabido que querer dolía tanto, jamás me hubiera dejado llevar. «Inocente, ya lo hacía antes de confesármelo en alto.»

—¿Por qué nunca llamaste después de aquel día? —pregunto, refiriéndome al día en que visitamos a Robert por segunda vez.

—Tu padre me decía que no querías hablar conmigo, habías cambiado de teléfono...

Excusas de las que ni ella está convencida. Amen.

—Podrías haber ido a verme. Sabías dónde vivíamos, ¿no? —digo con más veneno del que mi estómago puede soportar incluso.

—Lo hice, pero tarde. Tú ya tenías tu vida. —Mira al techo, sopesando cada palabra que va a decir—. Fuiste a la universidad, te convertiste en una mujer, aunque ya lo eras cuando tu padre y yo nos separamos y... no supe arreglarlo.

Se me ocurren muchas barbaridades, todas hirientes, que decirle. Pero la realidad es que pese a todo es mi madre y, a su manera, un poco asquerosa y descuidada, nos quiere. Mi hermano tuvo la suerte de poder crecer con ella. Y yo... aprendí a no necesitar nada de nadie. Mi padre era suficiente para suplir todas esas carencias, en el mundo de resentimiento y soledad creado por mí. Y, ahora, justo en este instante me acabo de dar cuenta que no merece la pena agarrarse a una piedra que cuelga de un acantilado, ¿para qué?

Es como si en estos días todas las ideas que han rebotado en mi mente, hubieran conseguido sacar al exterior a Vega, la real. La que siempre he sido y la que quería ser. No la versión mala, dramática y espesa que me esforzado en ser. Y, gracias al collage de emociones, he reconocido lo cansada y exhausta que estoy de querer conformarme con eso. No. No y no. Quiero ser la que sueña con dar clases, preparándose unas oposiciones o echando currículos en mil colegios concertados o privados para conseguirlo. La que sueña con tener su propio estudio y la que se deja querer aunque duela más que todo lo que haya conocido. Parezco la versión cutre de alguna de las epifanías que se cuentan en cualquier libro, donde el héroe encuentra por arte de magia la solución a todos sus males. Tampoco. Me he exprimido el alma, los sesos y cada partícula viva e inerte que habita en mí para llegar a estas conclusiones. Seré lenta, me gustará sufrir o quién sabe, pero me ha costado lo mío.

—No lo intentaste —digo en tono neutral.

No dar con el eureka que lo arregla todo en un segundo conlleva desgaste. Estoy agotada y asqueada de sentirme así. No quiero estar eternamente maldiciendo los días que pasan, lamentando todo lo que la vida me debe y no se digna a soltar. La vida no me debe nada y por ello, me gustaría dejar de limitarme a existir. Quiero enterrar el hacha y vivir, pero hay preguntas que necesito hacer para poder empezar a dejar atrás mi versión falsa y poder adoptar la real de mí misma.

—¿Crees que estés aquí es idea de tu padre?

Me quedo helada. La seguridad y el desprecio con el que manejaba la conversación se esfuman. Abro los ojos mucho, para que sepa que lo que diga tiene importancia, que la escucho, que quiero perdonarla y quedarme. Necesito hacerlo. Eso también ha sido otra novedad estos días, no he sentido el impulso de huir, oyéndome decir que hice todo lo que pude mientras me acercaba a la que hasta hace nada

consideraba mi casa, porque tampoco me imagino en otro lugar que no sea este.

—Necesitaría varias vidas para merecer perdón por todo lo que hice mal —continúa mí madre—, vosotros no pedisteis venir, y yo simplemente me enfoque en que si decidiste quedarte con tu padre, tal vez no fui la mejor madre o la que tú necesitabas.

«Cada día te necesite», pienso pero no se lo digo.

La ira se arremolina en mis entrañas y explota. Lo hago. Por fin.

—¿Creíste que no te necesitaría, Adele? ¿Esa es tu explicación a todo o la mentira que te has estado contando todos estos años para no ver lo asquerosamente mala que has sido como madre?

—Me centré en no volver a fastidiarla con tu hermano. —Permanezco estática mientras la oigo con simulada calma—. Me convencí en un intento por perdonarme de que contigo ya no podría. Así que, hice con tu hermano todo lo que no hice contigo, y me convencí de que si no me necesitaste antes, ahora siendo toda una mujer, tampoco lo harías. Claro que, eso solo demuestra lo equivocada que estaba. Si hubiera sabido hablar antes contigo, tal vez, ahora no estarías sufriendo sola.

—Eso no tiene nada que ver contigo —cojo aire—, mamá. Me quedé con papá porque él nunca me dijo que lo eligiera, y estoy hecha una mendiga, porque hasta hace nada no había tenido que afrontar algo así. Están siendo muchos cambios, buenos, regulares, pero cambios que por cosas que no conocía —aclaro.

Saca una mano de entre sus piernas y aprisiona una mía. Sus ojos están empañados, pero reprime la necesidad de llorar. Yo no. Tengo los ojos secos, tanto que me tengo que parpadear más de lo usual para humedecerlos. Siento que se me agrietan por la tirantez que soporto en ellos.

—Le pedí que no permitiera que estuvieras sola, que pudiéramos recuperar lo que perdimos o hacerlo de nuevo, a la vista está, que no ha funcionado. Eres como un mundo desconocido que conozco al detalle porque eres igualita a mí y... —la congoja no la deja seguir—... y eso ya me asustaba, porque no me perdonarías. Yo no lo haría de haber sido tú.

Echo de menos a mí padre, más que a nadie en el mundo aunque nunca hable de ello. Prefiero contar las cosas por las que era genial como padre. Ni siquiera creo recordar haberle contado a nadie como murió y el calvario que fue esperar hasta que lo hiciera. Ser consciente de cómo se iba y me dejaba sin él. Cuando esperamos que algo malo ocurra, creemos estar preparados llegado el momento; nunca se está. Los accidentes existen, las confusiones también. A los primeros, el resultado suele ser trágico y a las segundas, se les puede encontrar remedio.

—He pasado los últimos casi ocho años inmersa en la idea de que mi madre no me quería —levanta la cabeza, ofendida— y, por supuesto, si ella no me quería como iba a hacerlo el resto, ¿no?

—Vega —interrumpe.

—Hubo noches que me sentí sola, triste y convenciéndome de que era lo mejor. Porque si mi propia madre no me quería, nadie podría hacerlo. Estar sola era lo mejor que me podía pasar.

—Hija...

—Pero tú estabas pensando en que la cagaste y, claro, tendrías tu oportunidad de arreglarlo con tu otro hijo. ¿Qué putada verdad? Otro maldito hijo que te impediría hacer lo que siempre deseaste con tu vida.

—Estás equivocada.

—Por favor, parecía que me odiabas, a veces, sigo pensándolo, sintiéndolo. Cada vez que me miras soy tu maldición, ¿verdad? Soy tu puto error, pero con el siguiente error, Robert —aclaro—, intentaste hacerlo mejor

—Estas equivocada —repite.

—¿Para qué me pariste si ibas a dejarme tirada cuando pudiste largarte, mamá?

—Yo no te dejé, tú decidiste quedarte con tu padre.

—¡Yo no decidí nada! Siempre fue más importante todo lo que no pudiste hacer o llegar a ser, que nosotros. —Sus parpados caen y, al abrirse, están empañados. —Pero hay algo en lo que te equivocas, no

soy como tú. Y por eso, te perdono, mamá.

Levanta la vista y clava los ojos en mí. Sus cejas bailan arriba y abajo, al igual que su labio tembloroso.

—Te perdono —repito.

Me abraza. Fuerte y con cariño. Transmitiendo en el gesto todo lo que podría decirme y no ha hecho todavía, pero ya no me interesan las razones.

«Cuando te perdones a ti y al resto, no querrás saber las razones, porque entonces, no significaran nada», esas palabras me hacen sonreír.

Las he comprendido. De golpe. Pero ha sido una de las lecciones más sinceras y reales que alguien me ha dado. Me separo de ella, despacio y la miro. Tapo mi mano con la manga del pijama y me limpio la cara. Ella aguza la mirada al techo, concentrada en nada. Necesito oír mis mismas palabras en sus labios, pero no sé si llegaran.

—Lo siento —lo dice como si no creyera que tuviera que decirlo—. Lo siento muchísimo —repite entre hipidos.

El corazón hace una pirueta en el pecho que me obliga a reaccionar. Mis ojos dejan de gritar, los limpio y tras varios pestañeos, veo con nitidez. El dorso de mi mano, está empapado. No tengo claro cuando empecé a llorar, lo que sí, es que necesito salir.

—Tengo que cambiarme —informo, restando importancia a lo que nos ha llevado a este punto.

Inspiro y expiro reteniendo el aire un rato dentro. Repito la misma acción varias veces, hasta que mi mente comprende que alterarme ya no tiene más sentido. He soltado todo lo que tenía que decir.

—Vale.

Subo al piso de arriba sin apenas rozar la mitad de los escalones. Me visto, me peino y me miro al espejo. Sonrío. Qué raro hacerlo tras varios días sin ser capaz. Bajo más despacio que he subido, arrastrando los pies. ¿Por qué ese cambio en Simon? Era él quien más ha tirado de la cuerda para juntarnos; para que fuéramos un nosotros. Los músculos me pesan menos y acelero el paso para llegar abajo. Dentro del caos, es necesario tener un orden. Y no ha sido hasta ese momento preciso que he comenzado a ordenarlo todo, que he podido tomar aire y descansar de tantas cosas.

Sin embargo, Simon será una de las que no me dejará descansar por el momento. He consumido demasiadas fuerzas como para enfrentarme a él. Al menos, hoy. En la cocina me cruzo con mi madre, porque supongo que a partir de ahora, tendré que ser consecuente con mis palabras e irme acostumbrando a llamarla así, y salgo al jardín.

El raído columpio hace piruetas en el aire, pero sin nadie que lo monte. Miro en varias direcciones, Robert debe haber estado subido pocos minutos antes. Paseo, barriendo cada milímetro del jardín. No lo veo. El corazón vuelve a atragantarse en mi tráquea, cuando un presentimiento se apodera de mi control. Entro, arrollando con taburetes u objetos que se abren a mi paso.

—¿Qué pasa? —pregunta Adele, instándome a parar a mitad de escalera.

—Robert, no está en el columpio. Salió antes al jardín, pero no ha entrado estoy segura.

—Debe estar arriba... —dice mostrando una tranquilidad que no alcanzo a comprender, dado mi estado de nervios.

—Estaba en el jardín —explico otra vez—, si hubiera entrado, lo hubiéramos visto.

Subo a nuestro dormitorio. Registro cada palmo del piso superior, pero no está. Al bajar, choco con Adele. Su cara carece de color. Robert ya estaba triste por las escasas visitas de Simon desde que discutimos —me dejó—, y, ahora, creerá que no lo quiero o que mi madre es un monstruo. Por mi puñetera y afilada lengua.

—Nos ha oído. —Me revuelvo el pelo—. ¡Oh Dios...!

—Tiene que estar cerca... ¡Mi niño!

La esquivo y salgo corriendo sin entender lo que le esté diciendo a mi espalda conforme me alejo.

Capítulo 33

Simon

Tener a Tyler de sombra no es nada agradable, ni un poquito. Se pasa los días contando chistes malos y haciendo preguntas—retóricas, porque no tengo interés es responderlas—. Por su parte, la tía Meredith se ha puesto en plan dictador con los detalles que le faltan a la barbería para ser más «acogedora» y parecerse a una casa de verdad. Están sordos, me explico fatal o tocarme las narices es más divertido de lo que puedo ver desde dentro, porque no paro de repetir que no voy a quedarme.

Faltan tres días para Navidad, y ni así, el espíritu y la empatía hacen acto de presencia para que me dejen a mi aire; cargando con mis errores y olvidando mis recuerdos. El abuelo el primero, se ha negado a verme a menos que entre en casa. Todo es obra de un plan súper detallado de Tyler para que supere mi parálisis siempre que intento hacerlo. Pero soy cabezón, en sentido literal y figurado, no va a funcionar, no porque lo repitan y jueguen sucio.

—Es suficiente por hoy —advierdo a la tía Meredith.

Tiene un álbum de fotos que reconozco en las manos y unos cuantos marcos sobre la mesita de café, que adorna el centro del comedor.

—Pensé que te gustaría tener más fotos por aquí.

—Pensé, creí, supuse... —Me froto la nuca con las palmas abiertas—. Dejadme tranquilo e iros a casa, por favor.

Meredith aguza la mirada hacia el techo, resopla y se dirige a mí entrecerrando un ojo —fruto de uno de sus tics—, se muerde la mejilla y suelta lo que tiene en las manos. Eso sí, asegurándose de que donde lo ha dejado, quede visible y tenga que cogerlo yo mismo, si no quiero tenerlo a la vista.

—Eras un niño adorable —dice muy bajito—. Siempre tuve envidia de mi hermana; yo tenía a dos monstruos inquietos y ella... ella a un mini Darcy que decía por favor y gracias a todo, y ayudaba a poner y quitar la mesa cuanto menos. ¡Qué fácil ha sido siempre quererte, hijo! —Me besa una mejilla a la par que me acaricia la otra—. Aunque no te haya traído al mundo, para mí eres como esas dos bestias que tengo por hijos. Es una lástima que tú no sepas quererte ni la mitad.

—Me quiero, mucho —me defiendo sin tener muy claro a qué ha venido su declaración de amor.

—Hoy he conocido a la señora Morris, Adele.

—Se quién es la señora Morris y no me gusta nada el final que va a tener la conversación.

—Tu suegra también está buena —opina Tyler desde la puerta. Su madre lo reprende con un bufido—. Para ser una madre, quiero decir, no parece vieja y...

—Cállate —le espeta mi tía.

Me dejo caer sobre la única mecedora de la estancia y me inclino para esconder la cabeza entre las rodillas.

—Su hijo pequeño cree que su hermana y tú habéis discutido por su culpa. —Levanto la cabeza para mirarla.

—Cosas de niños, se le pasará —alego como defensa.

—Un niño que no tiene la culpa de estar entre los problemas de entendimiento de su hermana y su amigo. —Pongo los ojos en blanco. Si no la conociera diría que cuida sus palabras. Las está calculando, pero lo justo para no atacarme explícitamente.

—Antes pasaba a diario por su casa, ahora no voy tanto, eso es todo. Puedo ir y explicárselo.

—¿Tanto? No has ido ni una sola vez desde que esa chica y tú discutisteis a gritos en el hospital. Ha pasado más de una semana —me recuerda.

—He dicho que iré.

Me levanto y salgo de la sala, a ver si con esas consigo que se vayan. Subo los escalones hasta llegar a mi cama y me tiro sobre ella boca arriba, con los ojos clavados en una esquina del techo. Retrocedo

mentalmente unos meses hasta verme pidiendo disculpas por primera vez por algo que no tenía sentido disculparse. Luego vino otra y otra. No he parado de hacerlo desde que llegué.

En estos días, he estado haciendo lo mismo de un modo silencioso. Tengo la sensación de que necesito que las personas que me rodean entiendan cada movimiento que efectúo y qué me lleva a comportarme de una forma u otra, y cuando no es así, pido disculpas en lugar de explicarme. Y he repetido que lo siento tantas veces, que esas dos palabras ya no tienen sentido, ni justificación para mí. Se ha convertido en un pequeño trámite que me ayuda a pensar que los demás aceptan que no sea perfecto o vaya a cometer errores, y en mis labios ha perdido su significado real.

Siento la necesidad de seguir pidiendo perdón, sobre todo a Vega. Ir a buscarla, mirarla a los ojos y gritar lo suficiente alto para no tener dudas de que ha oído lo mucho que siento haberle hecho daño o lo equivocado que sé que estoy, por cada maldita sílaba que pronuncié, mirándola a los ojos aquel día en el hospital. Pero, he usado tanto esas dos palabras para un fin tan distinto del real que, ahora, justo cuando las necesito, no consigo que suenen de forma sincera. Y ella no merece más mentiras mías. Eso y que me aterra leer en sus gestos que nada volverá a ser como antes. Trato de pensar que es lo mejor para ella —o para mi cobardía—, pero hasta en mi mente suena tan forzado que he optado por la opción más sencilla; no acercarme a ella para no verla, para no caer en la tentación de tocarla o atraerla hacía mí y besarla de un modo violento e insano. Desear tanto a alguien así, no puede serlo. Creer que a ratos no puedes respirar. Que es mejor para ella no tenerte en su vida, porque tarde o temprano terminarás enfrentándote a algo de lo que no podrás protegerla. Algo desconocido e incierto y, por supuesto, sin sentido. Quiero dejar de imaginar todo lo que voy a hacer mal. Quiero quererla sin miedo.

En eso se resumen mis horas, minutos y segundos desde aquel día. Agoto con todas mis fuerzas a esa parte de mi cerebro que se empeña en ofrecermé flashes de todo lo que he vivido y sentido con ella. El corazón sigue su curso como si no me perteneciera y las extremidades amenazan con desprenderse de los temblores exagerados que me obligan a padecer, cuando sueño que la estoy tocando. Deliro. Alucino. No hay un maldito rincón en el que ella no esté.

Empecé a dormir aquí, porque me sucede lo contrario de la mayoría de las personas que conozco cuando pierden a un ser querido. Mientras el mundo cuerda se empeña en retener momentos, en vivir aterrorizado por el día en que poco a poco cada uno de ellos vaya desapareciendo de la memoria; yo me esfuerzo porque desaparezcan. Que algunos recuerdos dejen de existir, que jamás me visiten. Ojalá pudiera hacer como con los puzzles; seleccionar instantes y encajarlos como piezas o arrojarlo al fondo de los cajones. Pero recordar a la mujer que era mi madre, no en la que se convirtió; es imposible. Al menos para mí.

No puedo recordar su pelo rizado y castaño cayéndole por los hombros, su risa ridícula o el tono que utilizaba para echarme la bronca sin que inmediatamente después, aparezca ausente, sedada por las muchas dosis de pastillas y su copa a medio terminar con tendencia a estar más cerca del suelo que en su mano.

No puedo contarle a nadie que mi plato favorito eran los tortelinis de queso que preparaba, porque ya no puedo verla haciéndolos mientras canta canciones de la radio. Lo único que veo son las decenas de platos en el fregadero sin lavar o la pila de periódicos en el mueble de la entrada. Tampoco su voz al imitar a alguien, porque solo tengo frases a medias con una voz que no se parecía en nada a la suya y que a duras penas lograba entender; bien porque no vocalizaba o porque ni ella misma sabía de lo que hablaba. Y, llegados a ese punto, elijo no tener recuerdos.

Y, eso es jodido. Por lo complicado, por lo que supone no poder recuperarlos en caso de que algún día, incluso así, quisiera tener algo que me la devolviera. Aunque fuera en breves lapsos en mi mente. La barbería me ayuda a separar lo que me gusta de lo que no. Es raro, lo sé. Pero aquí vivimos muchas cosas buenas. En Nueva York, todavía más. Allí no hay cabida para ninguno malo, no tengo que aceptarlo ni reprimirlo, simplemente, no existen.

Podría elegir entre los dos y, aun así, ganaría y perdería con la opción. En Nueva York no está Vega. Aquí está en todas partes. Aquí no soporto que esté tan presente sin tenerla y, allí, no tenerla de ninguna forma.

Masoquista, contradictorio y un sinfín de adjetivos más que he utilizado para obligarla a abrir los ojos y empujarla a volar, a que se dejara querer, a que me quisiera. Joder. Ojala el miedo se extinguiera de uno mismo tan rápido como el fósforo de una cerilla. Ella se merece a alguien que además de hablar de valentía lo sea. Y yo no soy ese.

—Don Juan Tenorio —dice la cabeza de mi primo por el hueco de acceso al dormitorio—. ¿Te apetece salir a tomarte algo?

Me revuelvo en la cama, meditando que hacer.

—Vamos, sal del estado de *agilipollamiento* destructivo y melancólico en el que te esfuerzas por estar, y salgamos a dar una vuelta.

—Debería ir a ver a Robert antes. Él no tiene la culpa de que su hermana no quiera verme.

—Más bien de que tú no tengas cojones para cruzarte con su hermana.

—Gracias. Siempre tan agudo eligiendo las palabras.

—Bien, entonces, ¿vamos a ver a tu novia y al enano o qué?

—¿Vamos?

—Necesitas apoyo y yo te lo ofrezco antes de que te veas forzado a pedirlo.

—¿Por qué haces todo esto?

—Viniste con la excusa del abuelo. Sé que lo quieres más que ninguno de nosotros, pero no te engañes pensando lo contrario. Una parte de ti quería volver porque esta era tu casa, recuperar lo bueno...

—Déjalo.

—Vale, consigas o no que esa chica te perdone, ¿para qué has gastado la mayor parte de tus ahorros en construir tu sueño, si lo vas a dejar a medias? —Chasqueo la lengua—. Si hubieras querido irte, lo hubieras hecho, pero estás aquí. Por ti y, ahora, por ella.

—Joder, no seré capaz de mirarla o acercarme. No soportaré su decepción o el daño que le he provocado —confieso, quitándome el antifaz con el que tapo todos los agujeros que me duelen.

—Pues creo que no vas a tener otra opción. Acabo de oírla entrar —me dice de sopetón.

Sin descodificar muy bien qué quiere decirme, salto de la cama y me acerco a él, que ya está en el piso de abajo.

—¿Dónde está quién? —pregunta Tyler, sujetándola por los hombros—. Relájate.

Le hace caso. Se humedece los labios con suma lentitud, regula su respiración y mira en mi dirección. Siento como si una daga me atravesara. Trastabillo, pero no consigo apartar mis ojos de los suyos.

—Robert, no está en casa. En ningún sitio... Lo he buscado por todo este maldito pueblo y no lo encuentro... —Solloza.

Me acerco. Cautamente y en silencio. Mi primo retira sus manos de ella y me deja espacio para romper la distancia de seguridad con ella. Centímetros que no tendría que haber invadido. Autocontrol que va desapareciendo, conforme sus ojos me piden ayuda. Voy a tocarla, no querrá que lo haga y terminaré por hundirme en el agujero que yo mismo he cavado.

—He discutido con Adele —explica—. Nos hemos dicho cosas horribles y creo que nos ha oído.

Rozo el dorso de su mano con los nudillos. Dan un brinco, aunque deja que su mano reciba el cosquilleo de la mía. Suspiro al recibir una paz que no está en ninguno de nosotros.

—Tú tienes que tener alguna idea de dónde puede estar —dice bajito, como si ya no le quedaran fuerzas ni para hablar.

La atraería hacia mí y la estrecharía con ganas para que supiera que todo va a estar bien. Besaría su nuca para dejar de echarla de menos. Borraría todo lo que dije un par de semanas atrás.

—¿Has estado en casa de mi padre? —pregunta la tía Meredith.

Todos giramos la cabeza en su dirección. Vega se separa de mí.

—No, no se me ha ocurrido.

—Iré a buscarlo —digo.

—Voy contigo —responde ella.

Hasta que no voy a mitad de trayecto no soy consciente de lo que estoy a punto de hacer. Paro y miro detrás de mí. Ella me mira desconcertada sin separar los labios. Mierda, Tyler no viene. Pongo los ojos en blanco, hincho la barriga con aire y lo suelto sin control. Por un segundo creo que me he mareado, pero consigo controlarlo y continúo como si nada.

—Hay algo que tengo que decirte. —Levanto la voz delante de ella.

—No me interesa —tartamudea al decirlo.

Paro otra vez y permito que llegue a mi lado. Con los nervios, mis zancadas son el doble de lo normal, por lo que sus pasos vienen descompensados sin llegar a mi altura.

—Tendrás que entrar tú. —Una mueca de incertidumbre se dibuja en su cara—. Yo... no puedo hacerlo.

—¿No puedes entrar en tu casa? ¿Te das cuenta de que es a mí hermano a quién buscamos? Pensaba que lo querías, que me ayudabas porque tú también estabas preocupado.

—Lo estoy. Y juro por Dios que removeré cada palmo de este pueblo hasta encontrarlo si no está ahí dentro, pero mis pies se niegan a cruzar la acera para entrar en esa casa.

Me cuesta respirar. Además de mi familia, que en su mayoría lo ha intuido. Nadie, absolutamente, nadie, sabe que la culpa me paraliza y me impide hacerlo.

—Para de hacer promesas que no vas a cumplir, Scott —escupe con amargura—. Aunque en cierto modo, no debería espantarme. Alguna vez dijiste que no prometerías lo que no ibas a cumplir, lo que no recuerdo con exactitud es; si fue antes de decirme que creías que me querías o después.

Ahí está mi chica. Acaba de darme dos bofetones en verdades. Lo lógico sería que me sintiera peor por sus palabras, sin embargo, me alivia que materialice lo que siente.

—En eso también te mentí —confieso cuando ya estamos casi llegando.

Su cuerpo adopta una rigidez que solo en la oscuridad de sus ojos se traduce su significado. Veo el humo que sale de su cabeza, el estrés por la preocupación hacía su hermano y su mente haciendo hipótesis sobre mi última afirmación.

—Estoy enamorado de ti —aclaro—. Esa es la única verdad.

Me da la espalda y tiempo para que cruce la calle con ella. Mis dedos van a su muñeca y la rodean. Da otro brinco, más exagerado que en el primer contacto, y gira la cabeza para herirme con lo que veo en sus ojos. Justo de lo que huyo desde hace días.

—No vuelvas a tocarme —Avanza dos pasos—. Entraré yo sola.

Solo percibo el eco de lo que dice. Mi atención ha dejado de dividirse entre ella y mi capacidad para hacer lo que tendría que haber enfrentado mucho antes. Cruza la calle con mi mirada, resguardándole la espalda. La puerta se abre, mi abuelo la abraza y me mira por encima del hombro de Vega hasta que intercambia al viejo por un niño. Sonrío. Robert está allí. El sonido de los sollozos de ambos me libera. Mi abuelo insiste desde el otro lado de la calzada para que vaya.

Lo más cerca que he llegado a estar de allí, fue el día que llevé a Robert para que hiciera jaula de pájaros con él. Ninguna imagen me ahogó y dudo mucho si medité en lo que estaba haciendo. Hoy no será otro día igual.

Agito la mano para despedirme.

—Deja de hacerte el mártir, pídele ayuda e intenta reconciliarte con tu yo adolescente. Asume que no eres un puto héroe que tiene que salvar el mundo, o intentar serlo del tuyo. Y por favor, que sea pronto —me riñe mi primo tras contarle que todo ha salido bien.

—Quizá, te haga caso.

Palmea mi espalda con fuerza. Toso. Se la devuelvo. Y pongo la siguiente pieza del puzle. Si lo mejor que he hecho en mi vida ha sido cuando he dejado de pensar, empezaré por dejar de hacerlo. Está tarde solo seremos mi puzle y yo, mañana...

Capítulo 34

Vega

El cuello de Brianna se dobla de izquierda a derecha, examinando minuciosamente mi último cuadro. Hay quienes tienen un diario o quienes lloran y se preguntan por qué a ellos cuando están tristes. Yo pinto. Y cuando lo hago, la dimensión espacio-tiempo desaparece y solo estamos el lienzo y yo. Esta vez ha salido un coctel de rabia y coraje, oponiéndose al ansia de todo lo que me gustaría gritar, pero de alguna manera reacciono al revés.

Imagínate todo eso reflejado en una superficie con tantos colores y trazos sin resolver, cuyas combinaciones en unos rincones maltratan la vista y en otros sonrías por la casualidad de que hayan terminado fusionándose. Por lo bonito que sería tener la posibilidad de mezclar lo que sientes en un momento concreto con los detalles que tu cabeza ha ido creando para que sea perfecto. Que los colores cuenten por ti, lo que tu alma guarda con recelo bajo llave, impidiendo que descifres lo que esconde en lo más profundo. Para mí ese instante fue justo cuando Simon me dijo que me quería.

Oigo sus palabras y dejo de estar en tensión. Llora, pero descanso de mi necesidad de ser capaz de odiarlo por haberme hecho tanto daño, haciendo lo contrario días después. Y vuelvo a desear poder detestarlo, como si viviera en un bucle sin sentido. Y es porque, da igual lo que haga; mis deseos y mi necesidad, en el fondo, aunque me niegue a reconocerlo, coinciden.

—Es triste pero alegre a la vez —dice Brianna—. No entiendo un mojón de estas cosas, pero me transmite paz y desconsuelo al mismo tiempo. Estoy perdiendo el juicio, lo sé.

Aparto el cuaderno en el que dibujo a carboncillo. Estoy sentada en el alfeizar de la ventana de mi estudio. Brianna no lo sabe; en silencio le agradezco que me saque de esa enfermiza abstracción en la que estoy desde que Simon entró en mi campo de visión.

Bien temprano vino a pasar el día con Robert. Se lo prometió y lo cumplió. El niño está feliz de saber que su hermana no se irá y su amigo sigue adorándolo igual. Parece sencillo así sintetizado. Sin embargo, nos costó ríos de lágrimas ayer. Juegan a tirarse globos llenos de harina o alguna mezcla asquerosa, cuyos componentes prefiero seguir desconociendo. Ambos saben que los observo con descaro desde las alturas y cuando Simon alza la vista para enfrentar sus ojos con los míos, el corazón se confunde y no sabe si acelerar el ritmo o quedarse en pausa en mi garganta.

—O estás abriendo un tercer ojo —digo, regresando al cuaderno.

—Mark se va mañana.

Su inquietud apuntaba a que algo le ocurría, además de ser capaz de admirar un cuadro desastroso y sacarle emociones.

Faltan dos días para Navidad. Dos. En años, voy a estar rodeada de gente, de mi familia. Es una novedad que me excita y me asusta. Años atrás solo éramos papá y yo, y en la mayoría de los años solo yo.

Papá no tiene hermanos, ni padres. Lo cual me convertía en la hija de un policía, tan adicto a hacer el bien, que se olvidaba del día que era y dejaba a su hija comiendo sola guarrerías precocinadas con variedades infinitas de salsa.

—Es normal que quiera pasar las fiestas con su familia —digo para restarle importancia a lo evidente.

—No va a volver. No pronto.

Suspira bajito, con miedo de mostrar debilidad. Algo tremendamente complicado en ella, pues no he llegado a conocer todavía a nadie que sea capaz de utilizar todo lo que tiene a su mano para ser feliz, en lugar de pasar la mayor parte de las horas de sus días, lamentando lo que nunca tendrá o llegará a ser. Viene a la ventana y se sienta, colocando mis pies desnudos sobre sus piernas. Sonríe. Deduzco que al ver a Simon y pillarme con los ojos en la masa. Coge mi cuaderno y aguza la mirada concentrada en el dibujo. Infla su mejilla con aire y me lo entrega, soltando el aire que acaba de secuestrar en su boca.

—Me dijo que me quería.

No muestra sorpresa. Al parecer, soy la única que lo está.

—Bueno, podemos ir a visitar a Mark —digo, cambiando el tercio—. Siempre he querido conocer San Francisco.

—Sí... sería un buen plan —dice pensativa—. ¿Has hablado más con él? —pregunta, volviendo a la carga con Simon.

La cuestión es tirar nuestras pelotas al tejado de la otra.

—¿Más?

—Nena, llevas un par de semanas amargada. —Pongo cara de «eso no es cierto»—. Y hoy estás embobada en la ventana, dibujándolo. Habla con él, algo tendrá que valer que haya tenido cojones de decirte lo que sentía.

—Eso no cambia que reculara y...

—Tú eres la reina de la marcha atrás. Va, vístete de persona. —Agarro la camiseta de mi pijama y arrugo la nariz—. Estamos cansados de verte con semejante atentado a la vista. Joder.

—Es él quien decidió no arriesgarse, tendría que venir él.

—¿Cuántas veces ha tirado de ti hasta hacerte ver lo que hoy sabes? —no respondo—. Pues eso; mueve el culo y baja.

—No tiene sentido.

—Lo tiene y mucho. Péinate por lo menos y baja —reitera—. Yo entretengo a mi cuñada y a mi sobrino para que no tengas espectadores.

—¿A quién narices va a importarle que tenga una conversación, con toda seguridad desastrosa, con Simon?

—¡Ay, qué inocente eres! Y qué rica cuando dejas ver cuánto.

Resoplidos, bufidos y «no pienso ponerme eso» me entretienen del objetivo real. Busco mi pasador en la cestita del baño y me lo pongo sin mirarme al espejo. Es una tontería, pero me da seguridad llevarlo puesto. Luego bajamos, retardando llegar al rellano todo lo posible.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con Mark?

Se encoge de hombros, intentando hacerme ver que lo ha asumido.

—Me conformaré con saber que alguna vez, querrás venir conmigo a San Francisco—. Sonríe, forzada y me da una patada en el trasero para que me dé vidilla en bajar.

—¿Cómo consigues que sea tan fácil?

Se queda calla y piensa.

—Tú y yo nos parecemos en muchas cosas, aunque hay muchas más en las que no. —Tuerce la boca y vuelve a reflexionar sobre lo que va a decir—. Yo lo intento todo, hasta que algo me dice que no saldrá bien.

—¿Crees que porque Mark se haya ido, no tenéis posibilidades?

Sacude la cabeza para negar.

—Es hartó complicado y largo de explicar. Ni siquiera creo que pudiera explicárselo a alguien y que lo entendiera. Mark y yo, somos dos almas que se conocieron en un momento equivocado...

—Podría venir el correcto dentro de una temporada, ¿no?

—Cariño, tengo veintisiete años. Sí, sé lo que estás pensando. Eso no me convierte en una abuela, pero sí me aporta la experiencia suficiente como para saber que da igual que espere o no. Para cada cosa hay un momento... Y si pasa ese, otro llegará con otras cosas mejores o no. Otras.

Le pellizco las mejillas y ella sonrío.

—Por eso, enana, aprovecha el tuyo ahora. Antes de que pase y llegue otro que, quizá, te guste menos.

Adele me mira y ladea la boca en un amago de sonrisa. Seguimos sin hablar mucho, sin embargo, hemos superado la línea de tensión instaurada entre nosotras. Digamos que ahora la relación fluye sin ser

tan forzada y que ambas nos molestamos en dejar de fingir que la otra no nos importa y ofrecemos muestras de cariño espontáneas, que ninguna explica, pero que nos dan vida.

Salgo fuera con los puños apretados y ocultos en el jersey. Simon tontea con Robert. En su cuerpecito hay pocos rincones que no estén manchados por los impactos de los globos. Ríe fuerte, de manera contagiosa. Acto reflejo, río yo también. Simon se gira hacia mí, le brillan los ojos y su pelo cae revuelto delante de su cara. Si continúa sin cortárselo, su longitud será mayor que la del mío pronto.

—Mira Vega —Solicita mi atención Robert, haciendo malabares con tres globos—. Me lo ha enseñado Simon.

—¿Te ha enseñado también a quitarte el rebozado ese que llevas? Pareces una croqueta gigante.

La ironía no es interceptada por el crío como debiera, así que sigue a lo suyo. Quien no lo hace es Simon. Pasa su flequillo tras la oreja y mete sus manos en los bolsillos con los pulgares fuera.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Mejor que ayer, peor que mañana. Espero.

A borde y desubicada me ganan pocos. Me recrimino tomar caminos imposibles y vuelvo a centrarme.

«Ibas a hablar con él para arreglarlo»

La fuerza de su mirada me hipnotiza. Desde que lo conozco he aprendido a interpretar cómo de jodidos o estupendos son sus días según la intensidad con la que brillan. Hoy hace un día soleado, la luz incide directamente en ellos en prácticamente todos los ángulos. Sin embargo, su color no es el que me ciega normalmente. Están apagados, resentidos. Esa sensación me embarga desde que ayer me explicara con escuetas formas que no podía entrar en su casa. Dolor y culpa. Su frente carga con ese reflejo. Yo también. No soporto verlo así, tampoco evitar pensar que parte de que ahora nos encontremos enfrentado como extraños que se conocen más de lo que creen, tiene que ver con ello.

—¿Podemos hablar? —Oculto yo también, las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—Robert, ¿puedes venir a enseñarme a hacer eso, cielo? —pregunta Brianna, siguiendo su plan maestro.

Simon observa como mi hermano se aleja.

—Bien tú dirás.

Saca las manos de los bolsillos, levanta la barbilla y vuelve a esconder la mitad de sus dedos en los traseros.

—¿Yo diré? Vale, no tenemos nada que decirnos. Total, ya lo dijiste tú todo.

Es la consecuencia de contenerte en el momento que no debes, cuando lo intentas, más tarde sale a la superficie lo que no esperas que lo haga. Tira de mí y me insta a volver a girarme. Su frente está arrugada y sus labios tiemblan en medio de casi una sonrisa sibilina de las suyas. Miro su rostro y he olvidado cualquier pregunta tonta que fuera a hacerle.

—Empecemos otra vez, seguro que no es tan difícil ser adultos un ratito pequeño. —Junta el pulgar y el índice, pongo los ojos en blanco. —¿Quieres? —Me ofrece una chocolatina.

Niego con la mano. Él insiste.

—No me apetece comer chocolate.

—Come —ordena.

No lo he entendido hasta que no ha sonreído insistiendo; cuando comemos no discutimos, la acepto y le doy un mordisco con el que me llevo la mitad.

—Para no querer...

—Vale, esto es raro —digo con la boca llena.

Mastico despacio. Ganando tiempo para decirlo lo que quiero, sin dejarme detalles, ni hacerlo de forma brusca. Trago con lentitud al resguardo de su mirada.

—Soy imbécil no sé cómo he podido estar tantos días intentando convencerme de que podría estar alejado de ti. —dice. La mano me tiembla como si fuera un metal cerca de un imán.

Trago. Me atraganto. Toso.

—Ayer dijiste que no podías entrar en tu casa. —Sus extremidades se tensan—. ¿Quieres contármelo?

—¿Es de eso de lo que quieres hablar?

—Trato de ser ordenada.

Si no sabe a qué me refiero, disimula muy bien. O me equivoco y estoy metiendo los dos pies, y el cuerpo entero, donde no me llaman.

—Recordemos por un momento que el coherente de los dos eres tú. —Asiente—. Hablamos de dejar de lado nuestras mierdas y estar juntos porque es lo que queremos... —Reitera los balanceos de cabeza afirmativos—. Me recriminas que no elija o acepte cosas a la velocidad que tú lo haces y luego lo mandas todo por la borda.

—Vega...

—No, déjame terminar —inquiero—. Luego te pasas días sin hablarme o darme una explicación al porqué de esos cambios repentinos y a ser un hijo de puta.

—Esto no va a terminar bien por ese camino.

—Oh, sí que lo va a hacer. —Me aclaro la voz para continuar—. Y resulta, que sin pretender hacerlo, termino sabiendo que tú no me lo habías contado todo. Había cosas que nunca mencionaste. Como ese terror por...

—Cállate.

—No pienso callarte, ¿sabes por qué? —Se pone de lado para no mirarme—. Porque me obligaste a verlo todo con otros ojos hasta que supe lo que querías decirme. Gracia por eso. Me enamoré de ti, tuviste que decírmelo primero para ser capaz de reconocérmelo, pero lo hice y luego... luego cuando te conviertes en una persona de las que forman mi mundo lo rompes. En trocitos muy pequeños. Miles de pedazos.

—No me apetece seguir hablando en medio de la calle, Vega.

—Esta es la única oportunidad que te voy a dar para que me ayudes a tener respuestas. Para que me dejes ayudarte.

—No necesito tu ayuda, ni la de nadie. Quizá, yo también estuviera equivocado y no sea la persona que conoces, quizá, sea un mierda cobarde que creer haberse perdonado o haberlo hecho todo bien desde entonces, porque así podía dormir. Pero este maldito sitio no me deja dormir. Porque las paredes me susurran, me recuerdan y...

Se ahoga. Me adelanto dos pasos y acaricio su brazo con los nudillos. Continúa sin mirarme, pero por el tono gangoso de sus palabras sé que llora. Menos de lo que necesita, pero acaba de romperse.

—Déjame intentarlo, Simon.

Mi mano asciende hasta su cara. Mis dedos se empapan y tiemblan con su mentón.

—Por favor —suplico—. Te lo debo.

—No me debes nada —chilla, apartándose.

Me giro como un girasol al ver como su silueta dobla la esquina. Estamos igual que al principio, con la diferencia de que la que parece estar menos rota de los dos soy yo. Parece. Recuerdo haber dicho que de haber sabido que querer a alguien dolía tanto, jamás me hubiera dejado llevar. Reformulo: si hubiera sabido que el dolor de alguien que quieres escuece tanto, jamás se me hubiera ocurrido improvisar una conversación.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Brianna, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Acabamos de empezar por el principio, pero al revés.

Capítulo 35

Simon

Una de las absurdices más repetidas por el ser humano es esconder lo que nos aterra y nos hace sufrir. A veces, es más sencillo no pagar el precio que requiere enfrentar todas las piezas que nos componen, ignorando parte del dibujo. Solemos convencernos de que si lo hacemos dejaremos de ser nosotros, porque es más reconfortarle pensar que nuestras debilidades no existen.

Hiperventilo como un animal que ha corrido kilómetros, escapando de un depredador. Vega no es peligrosa, pero sí una visión distorsionada de todo lo que se me ha venido encima. Yo soy el fuerte. El que tiene las cosas claras. El que pone las manos antes de que otros caigan. Y ha quedado claro que; ni tengo tantos reflejos para hacerlo bien ni cojones para aceptar que hay cosas que escapan de mi control. Escapa de mi control que ella me conozca más de lo que creía. Sobrepassa mis límites que sea ella quien tenga que socorrerme de mí mismo. Yo no cargo con más peso a nadie. Yo no soy débil. Joder. Mi mantra no funciona.

Mi madre no está, el abuelo no viene verme y yo... yo sigo sin poder formar el puzle que me define.

—Soy imbécil —le digo a mi primo en cuanto cruzo la puerta.

—Has tardado veinticuatro años en darte cuenta —bromea.

Hace días que la tía Meredith no viene para imponer su punto de vista acerca de todo. ¡Al fin se ha aburrido! Tyler, no se va, pero pernocta por la barbería sin hacer mucho ruido. Ni físico ni en pensamientos. Nunca hablo de estas cosas, ni siquiera con Thomas, y lo necesito. Ruido. Gritos. Suspiros. Me siento mejor cuando Tyler me fuerza a sacarlo todo fuera, incluso habiendo dejado a Vega hablando sola me siento mejor porque sepa que hay algo que no me permite estar bien. Estaba muy seguro de que con el paso del tiempo y la distancia me olvidaría de ella, con mucho trabajo, pero lo conseguiría. Iluso. Si no me hubiera cerrado en banda y concentrado en no escuchar lo que trataba de decirme, con toda probabilidad la hubiera besado y estrechado hasta que ella misma se hubiera zafado del agarre. La echo de menos, incluso cuando he estado a medio metro de ella.

—Lo haré —digo, apoyando los codos en las rodillas.

—Claro que lo harás, aunque no tiene que ser ahora.

—Pasado. Iré a la cena de Navidad.

Me levanto de un salto. Tyler me examina con una ceja levantada y gesto interrogante. Normal, acabo de entrar y es imperativo que vuelva a salir. No debería haberme ido así, menos hablarle de ese modo. Ella es todo. Ella le da sentido a que me plantee en serio superar esa barrera. Diría que la he elegido. Y que esa decisión me ha dado coraje para todo lo que espero ser capaz de hacer. Mentira, nunca renuncié a ella. Ahora me doy cuenta de que no me he esforzado por separar nuestros caminos. Aquí sigo, como un mártir tal como dice Tyler, sin crearme mis propios embustes.

—Está bien saberlo, porque si el viejo no quiere venir aquí y tú tampoco allí. Ya sabemos quién sale ganando, y es una putada perderse la única cena de todo el año en la que mamá se esmera.

Río por sus ocurrencias. También echo de menos a ese viejo gruñón y no soportaría pasarme la Nochebuena solo. Ninguno permitiría que tal cosa ocurriese, pero me alienta pensar que sí, para traspasar la barrera de una vez. Voy a por el abrigo, tengo que aceptar las manos que me tienden. Y besarla otra vez. Sobre todo eso.

—¿Adónde vas?

—A buscar a Vega.

En casa de los Morris, Adele me anima a subir al piso superior. Está claro que la conversación entre su hija y yo, ha sido a más decibelios de los que hemos sido conscientes. Podría haberla llamado, pero arriesgarme a que no aceptara la llamada no era una opción. Hay cosas que no se dicen por teléfono. Se

sienten y respiran.

Golpeo con los nudillos la madera que me impide verla desde fuera de la habitación en la que se encuentra. Varias veces; sin obtener respuesta. Por un instante, he querido darme la vuelta y dejarlo estar. Imposible. Cuando entrara en casa las ideas me acosarían y me obligarían a rehacer el camino otra vez. O tendría que soportar que se reiteraran una y otra vez como penitencia. No. Es momento de obtener la expiación y arreglar lo que he roto. Ya no se trata de recuperar mi cordura, también de que mis sentidos dejen de sufrir una separación que nunca tuvo sentido.

Giro el pomo sin hacer ruido y me apoyo en el dintel de la puerta, dejando la hoja entreabierta. No saludo y, aunque ella tampoco se ha inmutado, sabe que estoy aquí. Mejor dicho; sabe que soy yo. Es gracioso y curioso; suele saber cuándo estoy cerca.

Su pijama oculta cualquier curva de la vista. No importa, me las imagino. Su olor flota en el aire. Dibuja ajena a mis ganas de eliminar la distancia y abrazarla por detrás, susurrarle al oído cuanto siento ser tan idiota y besar cada milímetro de su preciosa cara. Carraspea y golpea con frenesí el parqué del suelo. Y desde donde estoy, percibo el esfuerzo de su mente por encajar cada idea que se desliza por su mente.

—¿Piensas quedarte toda la noche figoneando, o vas a saludar al menos? —pregunta.

Deja a un lado el carboncillo, se limpia las manos en la parte baja de la camisa del pijama y va hasta el alfeizar de la ventana para sentarse y mirarme de frente.

—He sido un poco brusco antes —digo.

—¿Tú crees?

Quiero, necesito acercarme. Solo si la toco y percibo su calor como propio, saldrán las palabras. Mando a la mierda cualquier signo de contención y elimino el medio metro que nos separa. Me pongo de cuclillas y enjaulo sus manos, apoyadas en sus rodillas, entre las mías.

—¿Qué estamos haciendo, Simon? —no digo nada—. Seré más gilipollas de lo que creía... no entiendo nada. ¿Qué se supone que hay que hacer en situaciones así? ¿Cómo hacen las personas normales para no partirle la cara a la misma persona con la que compartirías tu vida, pese a ser una decepción?

Me froto el puente de la nariz con dos dedos.

—Nosotros no somos normales —digo como defensa.

—¡Eso lo arregla todo entonces!

—Escucha —acaricio sus dedos con mi pulgar—, no sé si pedirte disculpas y que olvides cada estupidez. Si significaría o serviría de algo...

—¿Cuál de todas? —me interrumpe—. Son demasiadas... por ambas partes...

Su tono empieza a relajarse. En consecuencia, mis articulaciones también lo hacen, suelto el aire que tomo a un ritmo normal y consigo dejar de mirar el dibujo de su tripa para enfocar sus ojos.

—Lo siento —digo, despegando el trasero de los talones—. Es poco original e insuficiente y... no sé hacerlo mejor...

Sus ojos me miran y destellan cuando su boca se tuerce en una diminuta sonrisa que fuerza por ocultar.

—En lo único en lo que te mentí fue en que estaba equivocado con lo nuestro. —Me río con ironía—. Me persigues en sueños y casi no sales de mis pensamientos. Me duele la piel por no sentir tus manos en ella y la bufanda que te robé, ya no huele a ti...

Mientras he hablado, he ido pasando por todos los niveles de aproximación sucesiva existente: sus manos, rodillas, leves roces en sus mejillas. Ahogo un gemido y me inclino. Durante unos segundos nos miramos a los ojos, nuestros labios se separan tímidos. Dejo caer los párpados y justo después, sus manos encierran mi cara y la aproximan. Nuestras narices y frentes chocan, como única barrera para ahogar mis gemidos en su boca y devolverle a mis labios el sabor de los suyos.

—Podrías hacerlo mejor... Supongo que ninguno de los dos sabemos hacerlo mejor —dice, mostrando con el tono su desesperación—. A mí también me ha dolido demasiado estar así estas semanas.

Pinza su labio inferior y detiene su mirada en mis ojos. Abatida. La rabia me embarga, sopesando que yo sea la razón de su mutismo y redención.

—Me siento rara, Simon. Nunca he sentido la necesidad de saber cada día algo de alguien. Estoy cansada de discutir contigo, con todos, y también asustada.

Se levanta y pasa por delante de mí con cuidado de no caerme.

—Voy a estar aquí. Siempre, ¿me oyes? Ahora sí puedo prometerlo. Pase lo que pasé, siempre estaré, de alguna forma.

Vuelve a sentarse en el mismo sitio de antes. Mira al techo reflexiva. Como si lo que dijera fuera a cambiar el rumbo de nuestro universo particular y no estuviera preparada para ello.

—Eso ya lo dijiste y...

—Nunca me he ido.

Tiro de su muñeca y caemos al suelo. Miro el techo con ella sobre mí. Sus palmas rastrean mi torso, su aire se funde con el mío. Beso su nuca.

—No tienes que protegerme de nada, ¿lo sabes, verdad?

—Sí.

—No fue culpa tuya —dice, desviando nuestra disputa a mis fantasmas.

—Te quiero.

Percibo como sus mejillas se alzan por una sonrisa. Frota su perfil contra mi camiseta y planta un par de besos en mis costillas izquierdas, justo sobre el corazón. Permanecemos mirando el techo un rato. El ritmo y sonido de nuestras respiraciones regulan y suavizan el ambiente. No obstante, todavía falta algo. En este tiempo hemos desarrollado una clase de conexión por las que callarse y hablar sin palabras suele ser mejor que gritar lo que no sentimos. Ahora no es así, los murmullos vacíos, sin materializar me apuñalan. Se recuesta de lado, gira mi barbilla con un dedo, a la par que coloco un brazo detrás y recuesto la cabeza en él. Se inclina, sin prisa y sin pestañear y posa sus labios en los míos. Un beso rápido, casto e inmortal. Que encierra confesiones y desvanece tensiones.

Mi ceja izquierda se curva. Mi labio superior la imita y, al cabo de unos segundos, justo cuando su lengua vuelve a retar a la mía comprendo lo que ha querido decirme. Rodamos hasta que termino encima de ella, entre el hueco de sus piernas. Encierro su cara y apoyo mi frente en la suya, aspirando con fuerza el resultado de la mezcla de su olor con el mío, de nuestros deseos, de nuestra paz.

—¿Volvemos a estar bien entonces?

—¿Cuándo lo hemos estado?

Río a carcajadas descontroladas. Su nariz se arruga, como cada vez que intenta no reírse y, al final, termina haciéndolo.

—¿Volvemos a no estar de acuerdo en nada y en todo a ratos?

Sus ojos dan un ruedo alrededor de la habitación, con su dedo en la barbilla, simula que se lo está pensando antes de asentir.

—Vale, entonces será mejor que me levante, para no pasar del acuerdo a la guerra tan pronto.

—Gallina —dice y simula el cacareo del animal.

—Acabas de decir que...

—Digo muchas cosas...

—Bruja.

—Sabiondo.

Se escabulle de mi cuerpo y me tiende una mano cuando está de pie. La miro, como si fuera el primer día y con la fascinación del último. ¿En qué instante supe que no podría vivir sin discutir o sin reír con ella?

Recuerdo por qué estoy aquí. La primera parte ha salido bien, pero la segunda... la segunda mejor me la guardo.

—Tal vez sea buena idea que te vayas —dice—. Tengo que pensar un poco; ordenar mi cabeza.

Le beso la nariz y bajo a regañadientes después de separarme. Me gustaría decirle mil cosas más, cargarla al hombro y romper a patadas tanta tensión. Me gustaría gritarle que ya no tengo miedo, que todo está bien de verdad y que ha sido gracias a ella. Porque, aunque no le haya pedido que me acompañara a la cena de Navidad en mi casa, ella ha sido quien más me ha impulsado, aun sin saberlo. Por ello, he reulado. Cuando lo consiga, sabrá que ha sido por y gracias a ella.

—Simon —me llama cuando casi he cruzado la puerta—. Pase lo que pase, del modo que sea; también estaré.

Capítulo 36

Vega

La emoción por estar a dos metros sobre la mesa que cenaremos, no me embarga. Cuando no estoy muy segura de cómo actuar en una situación, retrocedo en años. Hoy me tomado la libertad de comportarme bastante lejos de lo que se espera de una persona de mi edad. Así que lo más inteligente que se me ha ocurrido, ha sido sentarme en el último escalón a observar como los demás realizan los preparativos, colando la cabeza por los barrotes de la barandilla, hecha un ovillo, sentada en el último escalón.

Cuando desperté, mucho más tarde que de costumbre, todo el mundo parecía tener prisa por llegar primero a algún rincón a por algo; a por las sartenes, a colocar el mantel, a...

Robert, pasea por el piso bajo con maestría, destrozando los pequeños y tan importantes detalles que nuestra madre se ha esmerado en ir dejando por la casa, delatándose con su risita traviesa. Sonrío, cual espectadora embobada a una película de sobremesa del domingo, aunque la sensación que tengo es más parecida a la de observar un experimento; examino desde las alturas sin inmiscuirme y grito mentalmente a los personajes para que mis gritos no influyan en el resultado.

—Estás muy guapa, señorita.

Acepto el elogio de Peter, regalándole una sonrisa. Sube y se sienta a mi izquierda e intercambia miradas entre mi perfil y lo que observo.

—¿Alguna vez has deseado tanto algo que cuando lo has conseguido ha perdido su brillo y gracia?

—Montones de veces —confiesa—. La primera vez que tu madre hizo el experimento de cenar todos juntos, no estuviste muy cómoda, esta vez será diferente. —Aprieta mi rodilla desnuda gracias al vuelo de la falda—. ¿Lo echas de menos hoy?

—No.

Mi respuesta poco vacilante, lo coge por sorpresa. Esboza una sonrisa nerviosa, dando a entender que no sabe qué decir.

—Era un día cualquiera en casa; comida basura por toneladas y películas de Bud Spencer, cuando a papá no le superaba el sentido del deber. Los echo de menos. Como cualquier otro día.

—Lo siento.

—Que va...—empiezo a decir restando importancia—. Cada fecha, evento o recuerdo tiene el significado que nosotros le demos o prefiramos concederle. Recuerdo otras tradiciones inventadas por nosotros, cosas que solo hacíamos él y yo, que añoro infinitas veces más. Me gusta la Navidad y la echaba de menos, y era por volver a tener esto. Y ahora que lo tengo... no sé cómo sentirme.

Anochece y todos van llenando la mesa poco a poco. Está siendo diferente tal como aseguró Peter. Nadie me mira con la expectativa de ver algo en mí que desconocían, con recelo o con pies de plomo por no ofenderme.

Me hacía gracia esa manera de proceder para conmigo. Me sentía como una intrusa de mi propia vida, igual que si quienes me miraban en lugar de intentar adivinar que pasaba por mi cabeza, lo supieran de antemano. Incluso antes de que mi mente se planteara tener ideas... El cinismo que podemos llegar a tener a veces, pensando que sabemos más de los demás que ellos mismo, me provoca náuseas. Y chiste, sobre todo una risa frenética y descontrolada.

Mamá se sienta a mi lado, las escasas veces que coincidimos para almorzar, cenar y demás, siempre se las arregla para quedar a alguno de mis laterales. No hablamos, ni estrechamos el lazo tenso, pero desde el otro día hay menos nudos. Al menos, no me cuesta tanto trabajo ofrecer una sonrisa sincera o fingir que lo es, si con ello se siente mejor. Me alegro de estar tan hastiada como para no seguir con mi postura, pues aunque hay cosas que me llevará años aceptar, no me molesta el mero sonido de su voz, opinando sobre cosas que desconoce.

He mirado mucho tiempo a la pared contraria, he puesto muchos parches, he huido. No pienso hacerlo más. Ni si quiera creo poder. Mis pies, han elegido el camino opuesto y si antes echaban al trote sin la censura de unos frenos, ahora permanecen anclados a la tierra, con raíces para que no se me ocurra torcer la mirada como un girasol cuando la luz abandona el cielo.

La celebración sigue su curso; risas y anécdotas que desconozco en su mayoría. No participo en las charlas, más que nada porque me siento un poco fuera de lugar. Además, ¿qué podría decir yo?

Brianna tampoco participa; se limita a revolver el contenido de su plato con el tenedor. Hace solo unas horas que Mark se despidió de nosotras. Ha sido emotivo y triste. Tanto que tendrá que pasar algún tiempo para imaginarme este pueblo sin él. Mi amiga no ha escupido palabra, pero está claro que, el peso de las que rebotan en su cabeza la atonta y aflige. Ambos parecían seguros de poder dejar lo que fuera que tuvieran en un limbo imaginario, pero la realidad y su aceptación, es más lenta, dura y absorbente que todas las historias que nos contamos para estar bien. Creí que la partida de Mark sería otra puntilla; estaba equivocada. Despedirnos de él ha significado superar otro miedo y pasar a otro nivel. Ha sido duro y doloroso, pero con la alegría y lo que implican los hasta pronto. No diré que podré acostumbrarme a ellos, después de haber sobrevivido a uno mejor de lo que esperaba, sin embargo, no hay un vacío que haya que llenar. No completo. Volveremos a vernos, mantendremos nuestra amistad y antes de que nos demos cuenta, estaremos diciéndonos «hola» de nuevo.

La mirada de Brianna y la mía se encuentra, y es entonces cuando aprovecho para hacerle un gesto con la cabeza. Me levanto y me disculpo por retirarme de la mesa; cosa que hago sin mucho reparo, pues la mitad de los comensales no me hace caso. Ella pilla mis disculpas, suelta con pesadez el tenedor y coge su abrigo del respaldo de la silla.

—No estás bien, deberíamos hablarlo —digo, yendo hacia los columpios.

—El tiempo pasa lento cuando quieres que lo haga rápido. Me va a costar acostumbrarme a que no esté... es por su familia, por él. Estaré bien... ¿Crees que volveremos a verlo? —pregunta, cogiendo impulso para mecerse.

—Sí, no mañana, ni pasado. Seguramente, pasen años..., pero lo haremos.

Medito sus palabras e inevitablemente las aplico a mí, a Simon, a nosotros. Desde que vi como abandonaba mi habitación ayer, no paro de darle vueltas a todo. ¿Estamos bien? ¿Fue una tregua forzada?

Lo cierto es que no tengo respuestas. Ha cambiado tanto en las últimas dos semanas que, todavía, me queda un largo recorrido para acostumbrarme a mí, a la nueva visión del mundo que he adoptado y a todo.

—Debí haberme lanzado hace mucho, pedirle una cita, un beso o dos —dice—. Debí intercalar la guerra con la paz. De haberlo hecho, ahora, tendría más recuerdos con sentido a los que agarrarme, mientras acepto que, aunque lo viera, no seremos los mismos.

—¿Sigues pensando que no te irías de aquí ni por todo el oro del mundo?

—Pues... es la pregunta que me hago. —Me mira, con una sonrisa amarga—. ¿Tú te imaginaste que querrías quedarte aquí?

Niego con un leve movimiento de cabeza.

—El tiempo te ha dado la respuesta. Has hecho tu camino, te has reconciliado con tu madre, contigo y empiezas a ver lo equivocada que estabas. Tal vez, sea eso lo que me sucede, estoy dándome cuenta de que toda mi vida ha girado en torno a una idea errónea, que no tengo que estar aquí para ser feliz, que son las personas que te acompañan en el camino las que le otorgan el significado a la palabra hogar.

—Exacto —susurro, sumida en mis pensamientos—. Hace un par de meses, Mark, me dijo algo que no llegué a comprender del todo. —Entrecierra los ojos cuando me mira—. Me dijo que un hogar no es un montón de piedras esperándote. Y, por suerte, lo entendí a tiempo —Tapo su mano, asida a la cuerda del columpio, con la mía—. Puede que estés en ese punto; necesitas abandonar tu montón de piedras y buscar el de verdad.

Sonríe con más dulzura que antes y asiente. Reflexiona sobre nuestras hipótesis. Y yo, soy consciente de golpe de lo que significan mis palabras. Ya he perdido un poquito a Mark, ojalá no lo haga. Ojalá no se vaya. Ella es muy especial, imprescindible me arriesgo a afirmar. No obstante, aquí, no está su futuro.

—¿Qué vas hacer con Simon? No creo que se vaya.

Aguzo la vista a los destellos de luz, que traspasan el cristal de la salida al jardín. Sonrío y salto del columpio en movimiento.

—Creo que es otra de las piezas de mi hogar que no soportaría perder. Ayer no aclaramos nada, se quedó demasiado en el aire y, desde entonces, estoy dándole vueltas a lo mismo.

—¿A qué?

—Yo he podido hacer el proceso bien; me he permitido odiar, enfadarme, no perdonar, para luego descubrir que tenía que dejar de hacer todo eso y dejar de existir para empezar a vivir.

—Dejar de existir para empezar a vivir —repite en susurros.

Salta del columpio, coge mi mano y la aprieta.

—Ve a buscarlo —dice con firmeza—. Al igual que muchos otros —se incluye implícitamente—, no ha seguido el proceso bien. Ha vivido, olvidando y creyendo que lo hacía, ha perdonado y ha aceptado lo que el destino le regaló, pero sigue sin hacer lo más importante.

—Perdonarse a sí mismo.

Cuando me pongo el abrigo que Brianna me presta para salir a hurtadillas, evitando dar explicaciones en un arranque de impulsividad que perdería toda gracia, si me parara a explicar a los presentes adónde voy; corro, literalmente. Con el reconocimiento del lugar de las últimas piezas que me quedan por descubrir, el puzle se ha completado y mi hogar está preparado para empezar a llenarlo de detalles. Y, mientras corro, sonrío, más segura que nunca de que quiero quedarme.

Pasaran años hasta que mi madre y yo seamos capaces de dejar el cinismo a un lado y consigamos tener lo que, con seguridad nunca tuvimos. Dejaremos de sobrevivirnos la una a la otra y un día dejaremos de mirarnos con el sabor de las decepciones de todo lo que no dijimos. Algún día la veré como quien es, y no como la madre que espero que sea y ella sabrá que solo por estar cerca e intentarlo, para mí ya estará siendo esa madre.

Seguiré cada paso que Robert dé y le daré las gracias a Peter, por cada uno de los detalles que tiene con todos, con tanto amor. Pero, para que mi sonrisa sea plena, tengo que hacer algo. Se lo debo, aunque él piense lo contrario.

Si he llegado a este punto del camino ha sido gracias a sus indicaciones, a sus impulsos y a todas las cosas que ve en mí, y que de no ser por él, nunca hubiera descubierto. Simon es una de las piedras, razones y sentimientos por las que Cold Springs es mi sitio, siendo él, una de mis estancias favorita en este hogar.

Tyler me recibe con una risita cínica, propia en él. Su boca suele estar torcida, incluso con sus ojos reflejando emociones que contradicen esa felicidad que regala a los demás.

—No ha venido... —dice con la voz rota—. Lo he llamado ciento de veces, pero no lo coge y tampoco está en su casa.

—Sé dónde está —aseguro.

Le doy un beso en la frente antes de desearle feliz Navidad e irme corriendo a encontrarme con su primo.

—Lo traeré de vuelta. Lo prometo.

Capítulo 37

Simon

Alguien me dijo alguna vez que el dolor era inevitable, pero el sufrimiento era una opción. Una sencilla, cómoda y destructiva. Porque aun con todo lo que representa, cuando te acostumbras a él, aprendes a apreciar lo mullido de quedarse sentado; compadeciéndote y evitando levantarte a probar otro sillón. Y en lugar de aceptar que aquella cachetada que te dieron no suponía un dolor eterno, te aferras a él, como comodín a una explicación que, o no llegará, o no es lo que esperamos. Casi nunca lo es.

Miro la carta que mamá dejó preparada antes de irse definitivamente de este mundo. El papel amarillea y algunas palabras han perdido gran parte de la tinta negra con la que fueron escritas, pero nada más abrirla he sabido que era su letra. Inconfundible. Redonda y bien trazada. Mamá no era de las que arrastraba el bolígrafo, ni descuidaba los trazos. Se tomaba su tiempo en esbozar cada letra, dándole la misma importancia a cada una.

La arrugo, llenándome el puño con su tacto. Elevo el brazo para arrojarla al Hudson, perderla de vista, hacer tangible mi verdad que, leerla o no, no ha cambiado nada. Unos dedos me aprietan el hombro, mi brazo desciende y vuelvo a desenrollarla. La piel desnuda de mi antebrazo se eriza, la boca se me humedece y mi olfato se activa como cada vez que perciben los extractos de dulce y amargo en el perfume de Vega. No tengo que enfrentarla directamente para saber que es ella.

Echo la cabeza hacia atrás y resbalo el trasero hasta dejarlo en la punta del banco para reposar el cuello en el respaldo. Se sienta, coge mi mano y pide permiso para desplegar la hoja de papel que, con tanto recelo, tengo apresada en el puño.

—*Mi pequeño Simon:*

No seas como yo; no abandones, aunque nieve o diluvie. No mires atrás, no te laments. Siempre he creído que cuando deseas algo con todas tus fuerzas y pones empeño, al final, se consigue. También que estamos preparados para irnos, pero, si ni siquiera podemos tomar una decisión concreta, porque no tenemos valor de llevarla a cabo; nada se cumple y, nunca, estaremos preparados para irnos.

Debes estar horrorizado, ¿cómo puedo sentir alivio yéndome adonde no sé lo que hay? Te estarás preguntando. Es lo que necesitamos; buscar lo desconocido, creer que es mejor que lo que tenemos. Tú siempre has visto el lado bueno de todo, siempre has sabido conservar lo mucho o poco que teníamos. Ojalá pudiera decir y sentir que lo has aprendido de mí. Sin embargo, todo me pesa, nada me atrae, y lo único que me distrae de esos pensamientos eres tú; lo único que me hace ver otro día eres tú. Y, aunque no sé cuándo llegará el día, si estás leyendo estas líneas, significará que no he soportado más; que abandone y me rendí.

Sigue apreciando todo lo que tienes y consérvalo. No muchos tienen ese don. Cumple tus deseos, crece, enamórate. Pero, sobre todo, camina cogiéndole la mano a la vida, no la pisotees. No te culpes, ni me odies. Sé tú. Lucha por conseguir todo lo que ansías, y si alguna vez me detestas, que sea por haber sido cobarde hasta para irme.

Te quiere,

Mamá.

Su voz transportada al día en que mi madre la escribió, es diferente a como han resonado para mí mismo desde la primera lectura. Siento un alivio tan efímero, que ni si quiera consigo articular algo nuevo y que al oírme en eco me reconforte.

—No lo planeó aquel día —susurra con un hilo de voz débil—. Ocurrió sin más. ¿La habías leído?

Asiento, dejando colgar los brazos por el hueco de mis piernas abiertas.

—No podrías haber hecho nada por ella, Simon. Era algo que deseaba y que tarde o temprano haría. Cuando fueras a la universidad, cuando salieras... —Dobla el papel—. No puedes seguir culpándote por lo que no hiciste ese día.

Estaba pensando justo lo mismo que yo. Las razones a las que me empeñaba en darle la espalda, ahora, tienen un significado. Un diminuto matiz que lo cambiaba todo, pero tampoco me hacía sentirme mejor.

—Ni si quiera por mí venció sus distorsiones.

La miro, con el alma congelada, buscando el calor de sus ojos. Sé que solo con verme reflejado en ellos, sentiré la calidez que hace años perdí; que toda la culpa que he cargado ha dejado de ser mía. Sigue sin ser sencillo.

—Piensa en como era antes de todo. —Sonríe con esfuerzo—. Recuerda eso.

—No puedo, la agonía se mezcla con la luz y soy incapaz de distinguir unos recuerdos de otros. Ya no sé cuáles duelen más.

Se pone en pie y se acerca. Sube su vestido y se sienta en cuclillas encima de mí, cubriéndome las mejillas con sus manos. Sus rodillas presionan mi cintura, su calor abandona su cuerpo para acoplarse al mío; para compartirlo. No es el momento idóneo para ello, pero mis instintos gritan a voz rota. La han echado de menos, y mi sexo, rebelde e implacable, cuando se trata de ella, me distrae de la tormenta que me ahoga por dentro, reanimándose. Aprieto sus piernas para acercarla más a mí; para absorber más de su energía y mantenerme sereno en el caos.

—Siento que tengas que estar aquí, en un día como hoy.

—Yo no —confiesa—. Vamos.

—¿Adónde?

—A tu casa, porque yo sí que siento que tú estés aquí.

—No voy a poder.

—Claro que puedes. Me has traído a casa a mí. Podrás llevarte a ti. Podrás; podremos.

Se inclina, con suma lentitud, sin dejar de mirarme a los ojos y los besa. La frente, la nariz, la barbilla y abre sus labios conforme los acerca a los míos. Giro la cabeza y la beso, acercando su cara a la mía. Invadiendo su boca, mientras acaricio su espalda. Durante unos segundos dejamos de ser ella y yo para ser solo nosotros. El pecho se me hincha, las manos me pesan y me dan calambres. Su sabor está intacto en mi memoria. Me despego y la insto a mirarme, su lengua recorre el contorno de su boca. Miro con fijación sus labios hasta que, finalmente, muy despacio, consigo quedarme anclado a sus ojos.

—¿Por qué lo haces? ¿Solo porque crees que he hecho esas cosas por ti?

—Porque te quiero.

Nunca antes me lo había dicho tan claro. Me cuesta procesarlo y, cuando lo hago. Me levanto con ella, asida a mi cintura y cuello. Entrecierra los ojos, mirándome fijamente, como si adivinara que es lo que pasa por mi cabeza. No lo va a conseguir, ni yo mismo lo sé. La felicidad o algo que se le parece demasiado, pero más intenso aún, se extiende enérgicamente por mi torrente sanguíneo. De pronto, tengo más fuerza que hace unos instantes y, aunque parezca algo increíble, sabiendo que ella ha hecho tangibles sus sentimientos, me veo capaz de hacer cualquier cosa para que eso no cambie. Por ella y por mí.

—Voy a quedarme —dice de camino a mi casa.

Mis dedos, entrelazados con los suyos, aprietan su palma. Vega sonrío, y cuando lo hace, el suelo tiembla. «Nosotros», es lo único que me cabe en el pecho. Tomo aire y lo expulso al encontrarnos cerca de la entrada. Acto reflejo mis pies intentan cruzar en dirección a la acera de enfrente. Ella me lo impide, dándome un tirón.

—Puedes hacerlo —susurra—. Pase lo que pase, sea como sea.

—Estarás conmigo.

Compartimos una sonrisa, más breve en mí, y me concentro en la entrada. Las rodillas me tiemblan, el aire se condensa alrededor. Su mano me da tirones.

«No fue culpa mía; iba a hacerlo de todos modos», me reitero.

No estoy seguro de cuánto tiempo he pasado perdido en mí, lo que sí, es que la culpa no me pesa tanto. No es repentino, y, a pesar de me gustaría decir que haber leído esa carta no ha cambiado nada; miento,

lo ha hecho; lo ha cambiado todo. Días completos, con sus segundos, minutos y horas he estado obsesionado con llegar a este momento atisbando el final. Y no ha sido hasta hoy, con ella transmitiéndome su calor y seguridad, que he conseguido visualizarlo. La miro por el rabillo; continúa sonriendo.

—No me sueltes... —suplico con un hilo de voz inaudible.

—No me necesitas para hacerlo —empieza a decir hundiendo su cara en mi pecho—. Una de tus mayores virtudes es que puedes conservar todo lo que tienes. Ahí, Simon, está una parte de tu vida y, en cuanto cruces esa puerta, conseguirás separar las sombras de las luces en tus recuerdos.

La luna incidiendo en su rostro, el castaño de sus dientes y las deportivas que destacan sobre su vestido de coctel, hacen que sonría. Creía conocerla, creía que era poco probable que pudiera sorprenderme más. Está claro que, necesito una eternidad para que deje de hacerlo y hoy, puede ser el primer día de ese infinito.

Despacio eliminamos la distancia entre la acera y la entrada. Las piernas vuelven a las andadas con el temblor. Por suerte es menos intenso que otras veces.

«Sigue apreciando todo lo que tienes y consérvalo. No muchos tienen ese don. Cumple tus deseos, crece, enamórate. Pero, sobre todo, camina cogiéndole la mano a la vida, no la pisotees.»

Expulso el aire que colapsa mis pulmones, dejando el espacio necesario para que el corazón vuelva a su sitio. Siento como si desde que Vega dijo esas dos palabras se hubiera dilatado y ya no me cupiese en el pecho, como si todo mi interior se estuviera acomodando a esa sensación. Como si todas mis pesadillas y fantasmas me hubieran arrastrado a este momento. A luchar por ella, a quererla más de lo que ya lo hago, si es que se puede.

—Estoy preparado —digo, conteniendo una arcada.

Retrocedo, contradiciendo mis palabras. Sus dedos pasan de aferrarse a mi mano a rodear la muñeca. Observo callado y estático sus movimientos. Mi mano toca el pomo ayudado de la suya, que todavía no se ha retirado de la mía y, de repente, percibo como las goteras de sudor se duplican y congelan el camino que dejan atrás mientras descienden. Las arcadas vuelven.

—Estoy preparado —repito en susurros.

Lentamente mi muñeca gira, dudo de que mi cerebro haya dado la orden, pero no lo cuestiono. El clic me golpea. Las arcadas se intensifican, el sudor se multiplica más y más; no puedo respirar. Trastabillo un par de pasos sin retirar la mano del pomo.

Han transcurrido tres minutos desde que me aferré a él, espero que no sean muchos más.

Mi tráquea se bloquea.

No me entra aire.

Aprieto los ojos al mismo tiempo que su mano acaricia mi mejilla. Sus labios rozan mi mandíbula, y mi mano se decide a empujar la puerta, sin que me atreva a abrir los ojos. Tomamos aliento compenetrados. Sigo con los ojos cerrados, no sé cuándo mis párpados se negaron a subir. Los tengo pegados.

—¿Simon? —Es la voz de mí tía con el llanto contenido.

Continúo sin abrir los ojos. Si el camino hasta aquí ha sido complicado, lo poco que falta es la sal en la herida. Mi brazo es zarandeado y mi hombro apretado por una mano distinta; grande y fuerte.

—Sólo un metro más y estarás dentro —dice en susurros Vega.

Al hacerlo, y dominar a mis pesados párpados, la primera imagen que se me graba a fuego no es ni una antigua, ni lo igual o cambiada que está la sala. Es mi abuelo, mi padre. Una parte tan gigante de mi vida que eclipsa todo lo demás.

Vega insiste en hacerme entrar y, a tientas la sigo. Esta vez sí que examino la sala y comparo con lo que había al fondo de mi mente. El brazo de Vega rodea mi cintura y el calor me invade.

—Parece otro lugar —digo incrédulo.

—Todos los principios necesitan de cambios, hijo —dice mi abuelo y añade—: Esto solo es una muestra del tuyo, de vosotros.

Me abraza y a los pocos segundos lo siguen los demás. Tyler es el primero que me roba el aliento con sus achuchones desproporcionados, la tía con sus lágrimas recién limpiadas y Jude con sus golpes en la espalda.

Me falta alguien.

Salgo del iglú de personas que me concina y le guiño un ojo cuando la encuentro.

—Pase lo que pase —empieza a decir.

—Sea como sea —continúo.

—Estaré aquí; estaremos...—rectifica.

Epílogo

Un año después

Tiene los dedos pringosos y llenos de varios colores. Sus pobres uñas llevan una buena temporada sin parecer tan solo lo que son. A un par de metros, recostado en el hueco de la escalera que llevaba a mi dormitorio y, ahora está convertido es su estudio personal, la observo. Nunca conseguiré vencer esta manía de mirarla en silencio, ni ella evitar que le moleste que lo haga. Culpa suya por dejar las escaleras—también nuevas desde hace poco—, colgando.

Hoy está más irascible de lo usual. Los nervios le comen y el moño con el que se recogió la melena, que ya le llega unos dedos por debajo de los hombros, es un nido de ratas del manoseo que ha sufrido. No le he preguntado. Supongo que estos meses conviviendo juntos, he aprendido a leer entre sus trazos, lo que es incapaz de chillar a grito sordo.

—Ya lo sé, llegamos tarde. En diez minutos estaré lista—dice, después de oírme resoplar.

—Por supuesto, *cariñito*.

Ante mi sarcasmo e insistencia, se limpia las manos, sin mucho resultado, en las mallas antes de girarse. Tiene las mejillas arreboladas de un tono artificial, el rojizo que las recubre es tinta, que lo extiende todavía más al rascarse con el dorso de la mano. Al pasar por mi lado, me revuelve el pelo y yo maldigo porque seguro que me ha puesto mechas «arcoíris» en él.

Justo cuando pone el pie en el último peldaño, gira a la izquierda, en dirección al que es ahora nuestro dormitorio. La barbería—creo que nunca dejaremos de llamarla así— ha cambiado mucho desde que Vega y yo encontramos nuestro sitio y decidimos vivir juntos. Unos meses después de la cena de Navidad, ella decidió despedirse de su piso en Nueva York, aunque no necesariamente del pasado o recuerdos que la unían a su padre. La mayor parte del mobiliario que tenemos es suyo, así, ella pudo albergar la sensación de haber unido pasado y presente y lo ha traído con nosotros hasta el futuro. Y por si os lo preguntáis; la fotografía de mi difunto suegro con uniforme, también está en una de las paredes, en la entrada para más señas. Me advierte cada vez que entro o salgo, que si no cuido de su hija, me perseguirá en todas mis vida para patearme las pelotas. Y el óleo del desnudo, que sigo sin saber si es ella, en mi despacho en el centro de las otras dos pinturas que compré en la cafetería cuando apenas la conocía.

—Simon, ¿puedes ayudarme?

Está duchada, mirando su reflejo en el espejo con el pelo cayéndole en cascada. El vestido elegido es bastante sugerente; una fina gasa casi transparente, sugiere las líneas de la espalda hasta la cremallera, en el comienzo del trasero, y el escote delantero dibuja el contorno de su esbelto cuello. Se ha maquillado y pintado los labios, ninguna mancha extraña adorna su cara y el flequillo que le cae desordenado por la frente me incita a llevar la punta de los dedos a él, apartárselo y besar su frente. Tampoco me canso de besarla, por cada rincón. Y seguimos sin llevarnos bien del todo y, a veces, ni si quiera hablamos el mismo idioma. Pero poco a poco vamos sentando las bases de uno propio.

—¿Lista?—pregunto.

Sonríe, tímida, y al mirar a sus pies, sé que es por los zapatos de tacón que lleva del mismo tono ocre que el vestido. Se agarra a mi antebrazo y yo me aprieto el nudo de la corbata, mientras ella va cogiendo el abrigo y bolso de camino a la salida.

Si os asomáis, veréis que un par de puertas más adelante del dormitorio, hemos dejado la cocina atrás y la salita de estar a la derecha, con la decoración excéntrica y caótica que caracterizaba el piso de Vega. Llegamos al final del pasillo y los escalones que nos llevan al exterior, nos saludan. Vistos desde fuera, dan la sensación de adentrarse en un lugar con una majestuosidad de la que carece. La reforma no dio para espacios demasiado abiertos o extensos, pero es lo que tiene tener en el mismo edificio; una casa, un estudio para dar clases de pintura y una consulta de fisioterapia. Dimensiones reducidas con grandes sueños recogidos entre paredes. En el centro nuestra humilde morada y en cada lateral las ilusiones y el

orgullo de cada uno.

—¿Qué crees que tendrá que decirnos?—pregunta cuando faltan un par de calles para llegar a casa de su madre.

No os lo he contado, pero no es muy difícil de intuir. Vamos a celebrar la Navidad en casa de los Morris. Y ese vamos, incluye a los Scott y al señor Mark Bennet. Este último año ha traído muchos cambios para todos. Por un lado, mis primos me cedieron su parte de la Barbería para seguir poniendo las piedras de mi mundo. El abuelo, no ha tenido otra recaída, aunque sigue fumando esos puros apestosos a escondidas. Tyler continúa sin sentar la cabeza y Jude... es tan reservado, que ni los exhaustivos interrogatorios de la tía Meredith funcionan para sonsacarle.

En casa de los Morris, Adele nos recibe con los brazos abiertos y uno de esos jerséis rojos de lana con un reno en el centro.

—¿Le huele el aliento a anís?—pregunto a Vega para chincharla.

Mi suegra es muy graciosa cuando está achispada, pero su hija no le ve la gracia. Se llevan mejor, como cualquier madre e hija. Perdón; como cualquier madre e hija adolescente. En serio, no os hacéis una idea de lo absurdas que pueden llegar a ser sus discusiones.

—¿Estamos todos?—pregunta Vega a su madre.

—El tío Mark ha llamado—empieza a decir Robert, alias el terror de las nenas. A sus siete años, tiene en su lista a más ligues que yo con veinticinco. Y pasa tanto tiempo con el abuelo, que aunque quisiéramos, no podemos librarnos de sus pajaritas. El niño sucumbió a ellas y estoy seguro de que, cuando le empiece a nacer la barba, llevará perilla. Espero que se le pase la calentura antes.

El otro enigma que sigo sin resolver es el cómo y por dónde entraba en la barbería. Ya no lo hace, pero sigo sin imaginarme cuál era el rincón secreto por el que se colaba.

—Sí, llegará un poco más tarde —explica Peter.

Vega me mira un poco decepcionada y a los pocos segundos sonrío para que su hermano no empiece con una retahíla de preguntas que tanto le gustan.

—¿Qué crees que tendrá que decirnos? —vuelve a preguntarme.

Subo y bajo los hombros. Si ella que habla con él y Brianna, quien también abandonó Cold Springs hace casi un año, no lo sabe, a mí no se me ocurre nada que la saque de dudas.

—¿Te imaginas que viene con Brianna?

—Sería estupendo. Sin embargo, no lo creo. Será mejor que no te hagas ilusiones, Girafita.

Dentro saludamos a todos por turnos. El viejo está en su salsa porque la tía Meredith lo ha dejado desfasar un poco. Tyler le tira la caña en broma a mi suegra y Peter y Thomas le sigue el juego, ayudando a que la mujer se ponga como los tomates. Vega ríe y bebe, apoyando su cara en mi hombro. Sé que le hubiera encantado que Brianna estuviera con todos nosotros, tal como lo estará Mark en cuanto llegue. No obstante, su vida ha seguido su curso y su corazón. Hubo un momento en el que se ahogaba por no tener aire que tomar a bocanadas y, como consecuencia, se fue a buscar oxígeno. A encontrar su montón de piedras que llenar y a equivocarse conforme busca.

El timbre suena, mi novia se levanta de un salto y a zancadas va a la entrada y abre a la visita. Con el pelo más corto, camisa blanca y una discreta americana negra alarga las manos para rodearla por la cintura y la levanta un par de cuartas del suelo. Vega chilla y él ríe y le besa la cabeza, mientras le susurra la guapa que está en el oído y algo más que no consigo entender. La baja al suelo y en cuanto se aparta, de su espalda aparece una chica rubia con una sonrisa que ciega. Alta y muy guapa, pero no es Brianna. Vega me mira por encima del hombro y yo le respondo con una sonrisa interrogante.

—Tú debes ser Lara.

La chica sonrío y acepta el abrazo de Vega primero y luego el mío. Cortesía superada, entramos en fila india y al llegar al salón en el que cenaremos, cojo a Vega del codo y la freno.

—¿Qué me he perdido? —pregunto con curiosidad.

—Esa chica es su mujer —susurra. Se pinza el labio antes de sonreír—. Supongo que tendremos que hacer un hueco esta noche para otra historia.

Me rodea la cintura y me muerde a la altura del pecho. Encierro su cabeza entre mi costado y mi brazo y con el otro le hago cosquillas. Se suelta. Todos nos miran, se ríen y animan la «pelea» a favor de ella; para no variar.

Y así, perdidos y encontrados. Con guerras ganadas y en medio de batallas. Cada uno ha seguido o está en el camino de encontrar eso que llaman hogar. Puede que mañana nos desorientemos y no veamos las señales para llegar hasta él con la misma facilidad que ahora, pero todos, tarde o temprano, aprendemos a encontrar atajos. Los míos son los colores que veo cada vez que la miro, las miles de risas que compartiremos, las pruebas que tendremos que saltar o rodear, los gestos que todavía no entiendo y descifraré mañana... todo forma parte de ese caos. Nuestro caos.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que te bastaba con ser el mundo de alguien? —pregunta.

No lo recuerdo, pero asiento igual.

—Gracias por ser parte del mío, Rizos.

FIN.

Agradecimientos

Durante muchos años, imaginé cómo sería llegar a este momento. Y, ahora que estoy en él, aún no me hago a la idea de lo que significa llegar aquí. Hace mucho que escribo cosas sin sentido y, cuando empecé esta historia lo único que sabía era que quería terminarla. Quizá, porque también estaba un poco perdida por el camino y necesitaba saber cómo lo encontrarían NUESTROS chicos para orientarme yo.

Sea como sea, aquí estamos; ellos y yo. Justo en el instante en el que paramos y respiramos para no dejarnos a ninguna de las personas que nos han acompañado en el proceso. En este parto, no tan largo en el tiempo, pero sí en esfuerzo.

Porque ser anónima tiene la ventaja o virtud, según se mire, de que pocos saben quién es la autora de estas líneas. Sin embargo, he tenido la suerte de que todo aquel que sabe que me paso las horas en las nubes y que no hace mucho, decidí bajar para poner orden y empezar a materializar algo, me ha empujado y apoyado hasta el final. Por ello, este es su rincón. Espero no dejarme a nadie. Allá vamos:

A papá, mamá y mi *cabezón*, todavía no sabéis que esta o las historias que están por llegar existen, puede que pasen meses o años hasta que me atreva a decíroslo, pero gracias. Porque nunca ha importado lo disparatado o imposible que fueran mis sueños y decisiones; siempre, siempre, me habéis apoyado y creído en mí, incluso más que yo.

A J, mi compañero, amigos, amante... mi TODO. El que me aguanta en horas de risas y me levanta en horas bajas. Menos mal, que te tengo en mi vida. Gracias por creer que podría. Gracias por todo. Gracias por ser tú.

A Tatiana, por ser una inmejorable compañera de fatigas y psicoterapeuta personal. Y por las cañas que nos beberemos celebrado el angustioso «parto». Gracias por estar y seguir.

A Eugen, por su constante apoyo, interminables charlas y espíritu positivo. Aunque estés al otro lado del charco, siento tus apretones de manos.

A Rocío, por sus bonitos deseos y por estar siempre dispuesta a «leerme» y escuchar cómo me quejo.

A Lucía, por ser una silenciosa cómplice en esta parte de mí.

A Esther y María, porque cuando la amistad es verdadera, da igual la distancia, los años o que no estemos pegadas al móvil a diario; cuando algo es real, merece la pena.

A Casto, por tu amistad y por la sabiduría que desprendes.

A Javi, por la paciencia infinita que tienes con cada ataque de histeria transitorio que sufro.

Pero, sobre todo, a ti. Sí, tú que has llegado hasta aquí. Tú que has sonreído, gritado y enfadado, apostando por NUESTROS chicos. Gracias por acompañarnos.

Y, recuerda: «Caminando en línea recta no puede uno llegar muy lejos». Sal al mundo. Grita, ríe, corre, frena, equivócate, acierta... haz lo que sea necesario para encontrar tu sitio. Y, si algún día no puedes respirar; encuentra el oxígeno.

GRACIAS.

Sobre la autora

Sira Duque es el seudónimo con el que escribo y me muevo por las redes sociales. Nací en 1991 y crecí en uno de los rincones más bonitos de Andalucía donde, además, resido y comparto vida con el señor Duque.

Soy una chica normal que recuerda su época de estudiante con cariño, que grita mucho cuando habla, a la que es fácil chingar y que haría un pacto con el demonio por tener cerveza gratis de por vida.

El primer tortazo me lo llevé por pintorrear algunas novelas de mi padre. Fue él quien me enseñó a amar a los libros como si fueran hijos, a viajar a través de las páginas y a soñar con otras vidas. Así, cuando tuve edad para imaginar historias propias, empecé a plasmarlas en cualquier superficie, papel o cachivache en el que pudiera pintorrear. Pero me gustaban tanto los principios, que nunca avanzaba más allá de un punto. Hasta que un día, me empeñé en saber qué sucedería con esas personas que tantas horas convivían conmigo, y decidí hacerles caso y escuchar su historia completa.

No busques mi foto, porque prefiero que os enamoréis de mis chicos y de sus logros. Pero, oye, dicen que soy maja y, aunque no verás lo mona que salgo por las redes sociales, si te gustan las historias que escribo o los chicos que las protagonizan, puedes contármelo por [Facebook](#), [Twitter](#) o [Instagram](#).

Y si te pasas por [Amazon](#) o [Goodreads](#) y dejas tu opinión, además de hacerme muy feliz, te lo agradecería muchísimo.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)